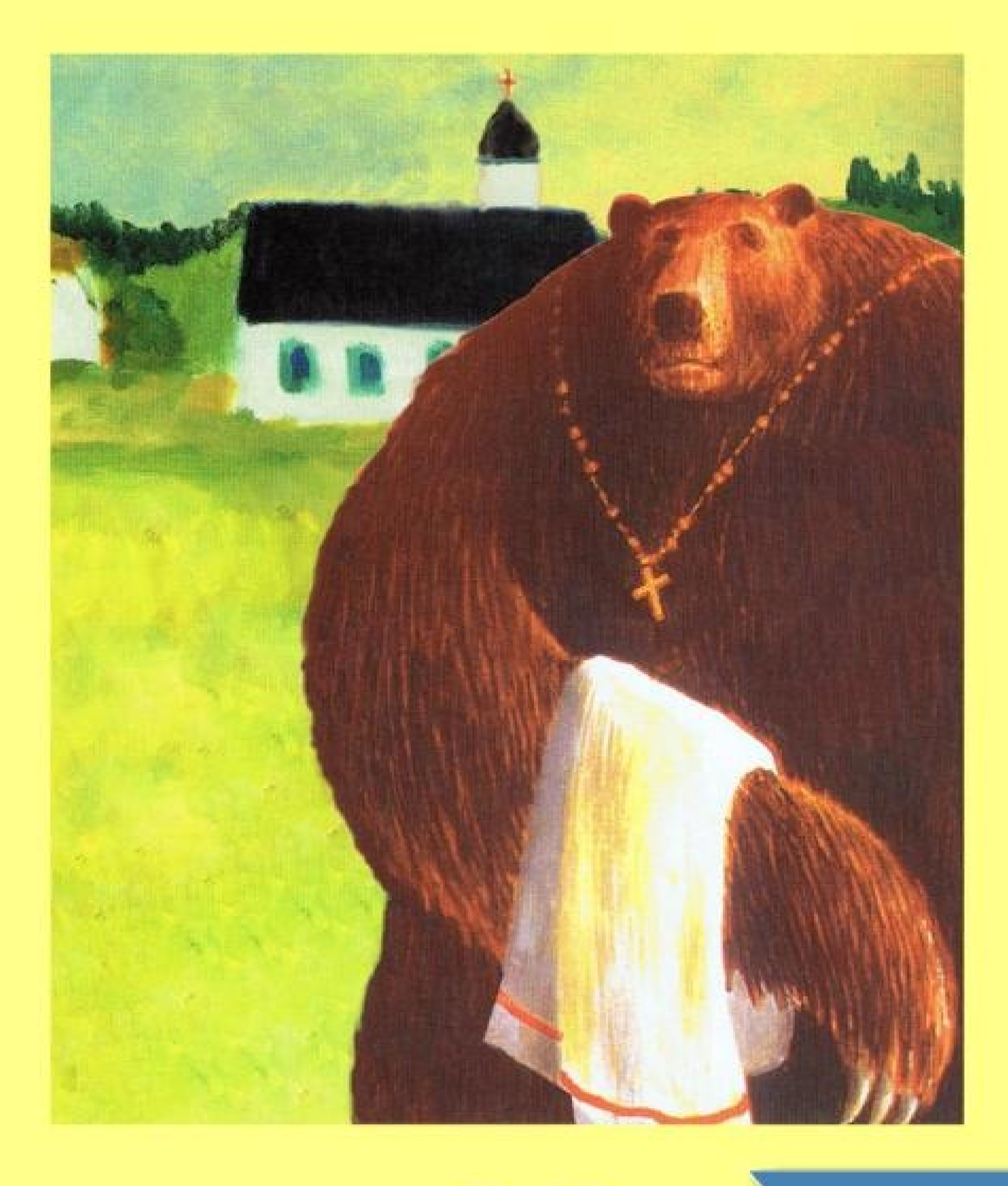
ARTO PAASILINNA

El mejor amigo del oso



Lectulandia

Entre aventuras hilarantes y reflexiones profundas, la voluminosa presencia de un oso catapultará la nueva novela de Paasilinna. El animal, regalado al pastor protestante Oskari Huuskonen y criado por él, encarnará, para este hombre de mediana edad, sumido en una crisis vocacional y conyugal, una válvula de escape: bautizándole Lucifer, el pastor ya parece intuir que ese raro compañero le invita a sobrepasar los límites de su vida frustrada de religioso de provincias. Despedido por el obispo por sus ideas poco ortodoxas (como cuando desvaría sobre un Jesús «ministro del gobierno revolucionario»), empieza para el reverendo una deriva geográfica y existencial: primero el letargo con el oso y el despertar de los sentidos con la joven etóloga que le asiste, después el viaje, en precario equilibrio entre lo sagrado y lo profano. Convencido de haber captado de las estrellas mensajes de inteligencias superiores, Huuskonen emprende una odisea del Mar Blanco al Mar Negro, desde el Mediterráneo hasta las forestas de Laponia: entre miles de peripecias, el pastor y su servidor darán espectáculo, harán prosélitos, y sobre todo demostrarán que lo divino no está en los dogmas sino en algo que supera al hombre pero permanece cerca de él, entre las preguntas suscitadas por los espacios siderales y las repuestas elementales del mundo animal. Paasilinna encuentra en los acontecimientos del pastor y de su muy peludo Sancho Panza un paraíso creativo, alternando invenciones picarescas e interrogaciones filosóficas sobre la proximidad entre lo natural y lo sobrenatural, a la búsqueda de una fe más auténtica en el hombre y en la vida.

«De nuevo una aventura desopilante imposible de resumir. Feroz sin ser perverso, extravagante pero no ridículo, Paasilinna se burla divinamente de la hipocresía imperante y de las convenciones sociales. En Finlandia y en cualquier otro lugar» (Amélie Dor, *Lire*).

«En Paasilinna, el humorista y el moralista van a la par. Una búsqueda espiritual a través de la diversión. El pastor y su oso (que ha aprendido a santiguarse y a repasar las camisas) caminan entre Dios, el diablo y los extraterrestres. Un guiño a Monty Python bajo el sol de la medianoche» (Jean-Dominique Merchet, *Libération*).

«La agilidad de la prosa de Paasilinna, su comicidad y su capacidad de jugar con uno de nuestros deseos más recurrentes, el de dejarlo todo y huir de los deberes puramente burgueses, restituyen la idea de que sus libros son como si alguien llamara a nuestra puerta por la mañana con una buenísima noticia» (Sebastiano Triulzi, *Il Manifesto*).

Lectulandia

Arto Paasilinna

El mejor amigo del oso

ePub r1.0
Titivillus 29.03.17

Título original: *Rovasti Huuskosen petomainen miespalvelija*
Arto Paasilinna, 1995
Traducción: Dulce Fernández Anguita

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera parte
El osezno huérfano

1. EL TRÁGICO DESTINO DE UNA OSA

—¡El Diablo galopa entre nosotros como el león rugiente del Apocalipsis!

El pastor Oskari Huuskonen se apoyó con ambas manos en la barandilla del púlpito e, inclinándose por encima de ésta, contempló con severidad a sus feligreses, que le escuchaban cabizbajos y en actitud contrita, sin atreverse a respirar. La iglesia de Nummenpää, hecha de troncos embreados y machihembrados en las esquinas, estaba pintada de almagre por fuera y por dentro era de un celestial azul grisáceo. El altar y el púlpito eran de pino rojo pulido. En la primera fila de bancos se sentaban las fuerzas vivas de la localidad: el consejero de agricultura Lauri Kaakkuri, el industrial cementero Onni Haapala, el teniente coronel Hannes Roikonen, el doctor Seppo Sorjonen, el farmacéutico, los maestros, el inspector de obras, el jefe de bomberos… y Saara Huuskonen, la mujer del pastor —a quien todos llamaban «la pastora»—, una mujer de belleza fría y arrogante, que parecía al borde de sufrir un soponcio cada vez que tenía que escuchar las filípicas de su marido.

—Pero ¡ay del Diablo, cuando el azote de Dios caiga sobre sus posaderas! ¡Ahí se le caerá el pelo! ¡Ahí se cagará patas abajo!

El pastor Huuskonen era un orador incendiario y poco dado a mimar a su rebaño, no como los curas de ahora. Las épocas de crisis exigían pastores con mano dura, y de eso Huuskonen andaba sobrado.

Esa misma mañana en la parroquia, una madre osa estaba enseñando a sus cachorros a buscarse sabiamente la vida y el sustento. La vida consistía, principalmente, en que era mejor salir de noche por la pitanza —o sea, cuando los despiadados seres humanos dormían— y en que los osos dormían durante el día, tan ricamente, protegidos por la oscuridad de los bosques. Los inviernos se pasaban en la osera y el verano estaba para ir de un lado a otro y ser libres, como han de serlo las criaturas salvajes.

Era principios de verano y hacía mes y medio que la osa parda había despertado de la hibernación en su cubil. Tenía dos oseznos, macho y hembra, niño y niña, nacidos aquel invierno en la madriguera, bajo la nieve, y que ahora eran del tamaño de un perro pequeño, dos ositos enternecedoramente dulces. El parto se había desarrollado bien desde todos los puntos de vista, sin complicación ni sobresalto alguno. Las osas no necesitan comadronas y los machos no se quedan a ver el nacimiento de sus hijos. Todo sucede en la negrura de la osera y la madre ni siquiera llega a despertarse del todo al echar al mundo a sus criaturas, las cuales apenas tienen el tamaño de un ovillo de lana. Un empujoncito para que encuentren las tetas, y andando.

Era una clara noche estival de finales de mayo. Los tres peludos iban siguiendo la línea de tendido eléctrico que atravesaba el municipio de Nummenpää, bajo la cual crecía un espeso pimpollar de álamos y serbales, y aquí y allá, en los lugares más secos, frondosos enebros y pequeños abetos. Nummenpää es un municipio del

noroeste de Uusimaa, vecina a Sammatti y Somero, y la línea de alta tensión que la atraviesa es la que une las centrales de energía del norte con la capital, que es donde más electricidad se consume. La madre osa tenía su madriguera a unos diez kilómetros del pueblo, en un montecillo densamente poblado de abetos, y por allí solía moverse cada verano, rondando por las inmediaciones de las aldeas cercanas y matando de vez en cuando un alce o algún reno o, como en aquel momento, enseñando a sus cachorros a comer huevos de hormiga. Y es que bajo el tendido había un hormiguero que la osa, nada más llegar, dejó mocho de un zarpazo, poniéndose acto seguido a escarbar en lo más hondo, con sumo cuidado, hasta dar con la blanca e hirviente capa de sabrosos huevos blancos. Luego, rápidamente, se llenó la zarpa de aquella delicia y la lamió, teniendo cuidado de no tragar al mismo tiempo demasiadas agujas de pino y otras guarrerías. Generalmente, era mejor sangrar los hormigueros de madrugada, cuando las obreras dormían y las larvas descansaban, bien ordenaditas en las profundidades de su cámara. Los oseznos hurgaban entusiasmados en el nido, saboreando las golosinas que su madre acababa de descubrirles. Sabían mejor que las ranas, y no estaban tan ácidas como los arándanos que de un año para otro quedaban bajo la nieve.

Terminado el banquete, la madre volvió a tapar el hormiguero valiéndose de su zarpa; quería que aprendiesen que no se trataba de destruir el nido, sino solamente de recolectar las larvas que a un oso le correspondían por derecho.

Al llegar a un claro donde había árboles recién talados, la madre se puso a arrancar la corteza de algunos de los troncos en busca de blancos y hermosos gusanos de potentes mandíbulas, cuyo sabor les pareció a los cachorrillos tan delicioso o más que el de los huevos de hormiga. Los osos son golosísimos desde muy tierna edad.

Al amanecer llegaron a las afueras del pueblo, donde la madre osa, con la gracia que le daba la costumbre, vació dos panales de abejas: abrió una brecha por la que colarse con sus cachorros en la valla metálica, puso la colmena patas arriba de un empellón y sacó con gran habilidad los panales, que lamió golosamente hasta dejar limpios, haciendo caso omiso al zumbido furioso de las abejas. Luego apiló a un lado los bastidores vacíos, teniendo cuidado de no romperlos. No era aquélla una osa feroz, ni de natural despiadado.

Tras el dulce banquete, continuaron su viaje siguiendo la línea de alta tensión y llegaron a la linde del pueblo. Un perro se puso a ladrar. La madre osa apremió a sus cachorros para que se escondieran al pie de un árbol y ella también se echó al suelo, pero al ver que el perro no se calmaba, dejó escapar un gruñido sordo a modo de advertencia. Al oírlo, al chucho se le erizaron los pelos de la nuca, metió el rabo entre las patas y en un santiamén desapareció en su caseta, por cuyo hueco ya sólo asomó la húmeda punta de su tembloroso hocico.

Pasado un momento la osa se puso en pie, olfateó largo rato el aire y, al ver que la situación se había calmado, reanudó la marcha en compañía de sus crías. Cerca de la caseta del transformador había algún que otro chalé y, lindando con el bosque, unas

cuantas naves, en una de las cuales funcionaba la cervecería Maltas y Mostos Lupulados de Nummenpää, S. L. A aquellas horas de la madrugada el edificio despedía un apetitoso tufillo a cerveza artesanal —o *sahti*, como la llamaban por allí — al que la osa no pudo resistirse. Dio un rodeo a la valla en busca de una entrada, pero como todas estaban cerradas, no le quedó más remedio que colarse por las malas: el plantígrado se echó con todo su peso contra la puerta de hojalata y no cejó hasta que ésta fue cediendo gradualmente y se dobló hacia dentro, sin armar mucho escándalo. Tras quedarse un instante alerta, la osa entró seguida por sus obedientes oseznos.

El interior de la nave estaba a oscuras, pero gracias a su infalible instinto, los osos dieron fácilmente con la artesa en la que fermentaban borboteando cerca de doscientos litros de espeso mosto de cerveza. ¡Con la sed que tenían ellos! Mamá osa se puso a lamer con avidez el espumoso manjar y los cachorros no tardaron en alzarse sobre sus patas traseras y meter los hocicos en la artesa. Lengüetazo va, lengüetazo viene, pronto le tomaron gusto al mosto. La madre sorbía y rechupeteaba a base de bien, ¡aquello estaba de miedo! Al cabo, a los dos chicuelos les pudo la curiosidad y se pusieron a husmear por el almacén, hasta que encontraron una artesa aún más grande llena hasta la mitad de malta de cebada. Dicho y hecho: zarpa va, zarpa viene, dieron buena cuenta de ella, para luego volver a beber cerveza. Los osos empezaban a estar a sus anchas, el mosto se les había subido a la cabeza haciendo que olvidaran sus naturales precauciones, los cachorros se pusieron a retozar y pronto a la osa empezó a apetecerle un poco de gamberreo, sólo que, siendo madre y adulta responsable, tuvo que dominarse.

A los cachorros les entró cagalera, pero el mundo es grande y siempre habrá sitio para un poco más de mierda. Y como eran unos bichos tan listos y no usaban pantalones, no había peligro de que se les pegase la churre mientras hacían el oso.

Cuando decidió que ya habían empinado el codo lo suficiente, la madre apremió a sus cachorros para que salieran de la cervecería y volvieron a la línea del tendido eléctrico para descansar un poco. Mamá osa era un animal de gran tamaño, que pesaba por lo menos ciento cincuenta kilos y llegaría fácilmente a los ochenta centímetros a la cruz. Con la espesa pelambre que se le rizaba sobre los pómulos, era una hembra más atractiva de lo habitual. Era la favorita de los machos de la zona y en la época de celo no le hacía falta recurrir a sus tácticas femeninas para atraerlos. Es más, en aquellas ocasiones, lo normal era que llevase tras ella con la lengua fuera a unos cuantos candidatos a futuro padre.

La tropa de osos estaba más que achispada; y como no tenían ningunas ganas de volver a casa, continuaron resueltamente la excursión rumbo a la estación eléctrica. Dejándose guiar de nuevo por su olfato, atinaron con la casa de Astrid Sahari, una cocinera que tenía un servicio de catering. Atraída por el delicioso aroma de los manjares que ésta guardaba en su cobertizo, la osa decidió colarse en él como fuera, a pesar de que el día empezaba a clarear. Así que arrancó la puerta del almacén de sus

goznes y se quedó tan pancha. Con los bigotes temblorosos por la excitación, los tres osos se colaron en el almacén, adonde justo la noche anterior Astrid había llevado decenas de fuentes con todo tipo de viandas: coulis de frutas, estofados, salsas de todos los colores y sabores, un guiso de carne al estilo de Carelia, gratinado de arenques con patatas, bollos trenzados, tartas de varios pisos, ensaladas y otras delicias, todo ello en tales cantidades, que las pobres fieras perdieron definitivamente la cabeza. Hundieron sus peludos hocicos en el delicioso coulis, lametearon alegremente la salsa de carne y las temblorosas gelatinas y devoraron unas cuantas paletillas de cordero ahumado, sin más ceremonias. Y así fue como acabaron los sabrosos platos que tantas semanas de esfuerzo le habían costado a Astrid Sahari. Los manjares estaban destinados a un banquete de boda: ese mismo día tenían que casarse el atorrante oficial del pueblo y conductor de excavadoras Hannes Loimukivi y Marketta Haapala, única hija del propietario de la fábrica de vaciados de hormigón, una muchacha de naturaleza algo simplona, pero dulce y cariñosa. Ambos contrayentes pertenecían a la parroquia y eran ya cuarentones. Onni Haapala, el industrial hormigonero, había prometido hacerse cargo de los gastos del festín nupcial, el mismo que la camada de osos, beodos a más no poder, acababa de engullir en menos que canta un gallo.

En esto se oyó la campana de la iglesia roja de Nummenpää, pero los plantígrados no hicieron el menor caso. Ya estaban acostumbrados a su sonido, que a veces, durante las crudas heladas del invierno, les llegaba amortiguado hasta la osera. En base a su experiencia, la algarabía de las campanas del Señor resultan inofensiva.

Pero los cachorrillos del demonio, alborotados por su primera curda, no podían estarse sin retozar ni gruñir. Y allí todo era un caer de mesas, el estruendo de las fuentes haciéndose añicos contra el suelo y de cacerolas de salsa rodando por las esquinas. Alarmada por semejante escándalo, la cocinera Astrid Sahari corrió en bata a ver qué demonios pasaba en su almacén.

¡Dios Santo! ¡El cobertizo estaba lleno de osos con los hocicos embadurnados de coulis y de nata!

Ni corta ni perezosa, Astrid agarró una escoba que había en el zaguán y se puso a hacer con ella molinetes, amenazando a los ladrones. Conviene decir, llegados a este punto, que Astrid no era precisamente una mujer cobarde. A sus cincuenta años las había visto de todos los colores, entre otras cosas porque se había casado dos veces, y —hay que recalcar— ambos maridos eran conductores de excavadora, comían como mulas y empinaban el codo que daba gloria verlos.

La madre osa recibió en el hocico un airado escobazo. Los cachorros se parapetaron detrás de ella. No paraban de gemir, asustados al ver los aspavientos que la iracunda cocinera hacía con su escoba desde el umbral de la puerta.

La osa, alarmada, se propuso defender a sus criaturas como fuera. Enganchó con tal violencia a Astrid por la permanente, que a ésta se le escapó la escoba de las manos y a continuación salió volando por las escaleras y fue a parar con todo su peso

al patio. Sin perder un segundo, la osa conminó a los cachorros a que se subieran a un espeso abeto para refugiarse y éstos, quejumbrosos, treparon ágilmente al árbol. La cocinera, dando unos berridos desgarradores, aprovechó la situación para huir a galope tendido. Corrió despavorida hacia la valla del transformador, rezando para que no estuviera echado el candado de la puerta. Y no lo estaba… Dios aprieta pero no ahoga. Sin embargo, el alivio fue momentáneo, ya que la osa salió escopetada tras ella. A Astrid no le quedó otro remedio que ponerse a trepar por los más de veinte metros de acero de la torre de alta tensión para salvarse.

Y si la mujer trepaba, la osa también.

En ese momento, las campanas de la parroquia de Nummenpää empezaron a doblar. Un tal Aarno Malinen, de profesión operario de molino de grava, había fallecido hacía semana y media, y en aquel mismo momento el párroco —que no era otro que el pastor Oskari Huuskonen— se hallaba recitando junto a su féretro:

—Polvo eres, Malinen, y en polvo te convertirás. Jesucristo, Nuestro Salvador, habrá de resucitarte y salvarte en el día del Juicio Final.

Huuskonen se dijo que en aquel caso en particular hubiese sido más apropiado decirle a Malinen que, en lugar de en polvo, iba a convertirse en grava, pero las exigencias de la liturgia le impedían tomarse semejantes libertades.

Pero aunque Malinen estuviese muerto, no se había de quedar sin compañía en su tránsito al más allá. Astrid Sahari, la enérgica cocinera, trepaba ágilmente por la torre de alta tensión, cada vez más alto, con la osa de rojas fauces pegada a las faldas de su bata. Tenía que decidirse: o agarrarse con todas sus fuerzas al cable del tendido, o dejar que aquella bestia sedienta de sangre acabase con sus días. Haciendo honor a la peculiar lógica femenina, Astrid se colgó con ambas manos de los cables de acero. Se produjo un espectacular arco voltaico: primero la pobre mujer se asó por fuera como un pollo, luego las carnes se le volvieron tiernas como las de un cordero lechal, para acabar tiesa y reseca como un churrasco.

Mejor no le fue a la sacrificada madre osa, que le hincó los colmillos en una pierna y una descarga aún más violenta que la primera, tanto, que lo que de ella quedó más parecía un asado de alce que otra cosa. Su pelambre ardió en llamas como si de una antorcha se tratase. Los restos carbonizados del animal se quedaron soldados a la torre de alta tensión, con el cuerpo churrascado de la cocinera —qué ironía— entre sus dientes.

La siniestra desgracia dejó sin electricidad al pueblo entero. A causa del apagón, Yriänä Tisuri, un inseminador jubilado que en el momento fatídico se hallaba ingresado en el hospital del centro médico local y conectado a un respirador artificial, para más inri, se las vio y se las deseó para salir con vida. Al parecer, el encargado de mantenimiento no era capaz de arrancar el motor diésel del generador del hospital, así que para mantener con vida al inseminador hubo que aplicarle el método boca a boca, tarea que no resultó nada fácil ni agradable para la enfermera, teniendo en cuenta que Tisuri se había pasado la mayor parte de su vida con un pegote de *nuuska* —una pasta

maloliente de tabaco— metido entre el labio superior y la encía, y que siempre había sido dado a evitar todo aquello que tuviese que ver con la higiene bucal, más aún ahora, llegado a edad tan provecta.

Cerca del transformador, encaramados aún a uno de los abetos del patio de Astrid Sahari, dos oseznos gemían desconsolados, los corazoncitos encogidos por el temor. No podían entender, criaturitas, que acababan de quedarse huérfanos.

2. DONDE SE VE QUE EL PASTOR HUUSKONEN ES DE LOS QUE CASAN A LA FUERZA

La iglesia de madera maciza de Nummenpää fue erigida allá por el año 1600. Según la tradición oral, en aquel mismo lugar había existido con anterioridad una pequeña capilla también de madera, en la cual se habrían celebrado, tanto en verano como en invierno, las liturgias de las fiestas mayores del año, bajo el auspicio de la parroquia mayor de Somero. Pero Nummenpää era ahora una parroquia independiente, cuyo rebaño de feligreses era guiado por el pastor Huuskonen, que hacía las veces de párroco. Estaba casado, y la pastora y él tenían dos hijas, ambas ya en edad adulta, casadas y viviendo fuera de la casa paterna desde hacía tiempo. La vida en aquella parroquia remota, situada en el quinto pino de la provincia de Uusimaa, era mediocre e insulsa a más no poder y el pastor se veía afectado a menudo por la soledad y el abatimiento. Era un hombre de natural fogoso y le hubiese ido mucho mejor proclamando la palabra de Dios en alguna parroquia más grande y de mayor importancia o, mejor aún, desempeñando tareas de mayor enjundia en algún alto puesto de la jerarquía del obispado. Pero, a pesar de sus repetidos intentos, Huuskonen nunca había podido escapar de Nummenpää. Quién sabe si la culpa de ello la tendrían las libertades que en ocasiones se tomaba interpretando la Biblia, o sus tronantes homilías, tan alejadas a menudo de la ortodoxia luterana, o aquellos panfletos críticos y biliosos que publicaba en la prensa cristiana… El caso es que Oskari Huuskonen era nada menos que doctor en teología y su tesis había versado sobre la apologética, la defensa de la fe cristiana, distinguiéndose en su investigación como un gran defensor de la verdad. Pero había llovido desde entonces, demasiado, y Huuskonen ya no creía con tanta firmeza en la verdad de sus argumentos, ni en los de la fe cristiana en general.

La pastora Saara Huuskonen, de soltera Lindkvist, y profesora de sueco de la escuela secundaria de Nummenpää, también se hubiese mudado con gusto a alguna comarca más animada y próspera, pero en aquellos tiempos de desempleo y austeridad no eran muchas las parroquias libres, ni tampoco es que existiese mucha demanda de profesoras de sueco de cuarenta y nueve años. Aunque la situación no tuviera nada de extraño, ni fuese culpa de Oskari, la pastora se lamentaba continuamente de que fueran a terminar sus días enterrados en aquel pueblucho de inviernos tristes y oscuros a más no poder y donde los veranos eran bochornosos y estaban plagados de moscardones de estercolero. Si al menos Oskari hubiese sido un poquitín más… lameculos —en el buen sentido de la palabra, naturalmente—, más conciliador y más dispuesto a colaborar y frecuentar los círculos de la iglesia, con seguridad se le hubiesen presentado muchas oportunidades de quedarse con alguna vacante más jugosa. Después de todo, la tarea fundamental de los curas era la de pregonar el mensaje de la caridad y la humildad. Entonces, ¿quién demonios se creía

Oskari que era, queriendo quedar siempre por encima de todo el mundo con sus críticas, o discutiendo constantemente sobre bobadas teológicas que a nadie quitaban el sueño? Un cura como Dios manda hubiese cerrado el pico, procurando colocarse en la sede del obispado de Helsinki para más tarde llegar a obispo. Lo primero era lo primero, esto es, sacar a la mujer de uno del quinto infierno, y luego ya habría tiempo para escándalos litúrgicos, qué leches.

La homilía de aquel domingo trataba sobre el versículo del Éxodo en el que Moisés le dice a Josué: «Elige a algunos hombres y sal a combatir contra Amalec.»[1]

Durante su evocación de las luchas del pueblo elegido, el pastor Huuskonen resaltó que ni Dios ni la Unión Europea iban a poder ayudar a los finlandeses si a éstos les fallaba la fe, si dejaban que su mano temblase en los momentos decisivos. Citó también el Libro de Abdías, que en su capítulo 1, versículo 2 decía así: «Mira, te he hecho el más insignificante de los pueblos, el más despreciable.»

Fue un sermón con muy mala leche. Sus feligreses le escuchaban con las orejas coloradas, pues lo cierto era que pocas son las personas que se hallan libres de pecado, por no hablar de los pueblos… De manera que las amenazadoras palabras del Libro de Abdías cayeron en terreno propicio, gracias al abono que Huuskonen había repartido previamente.

—¡Naciones enteras pueden acabar como el león rugiente! —insistió el pastor, dale que dale.

Una vez concluido el funeral del difunto Aarno Malinen y tras las bendiciones de rigor, las campanas volvieron a doblar, esta vez con brevedad, ya que a continuación iba a celebrarse una boda. La novia era Marketta Haapala, la hija del dueño de la fábrica de vaciados, una mujer algo retrasadilla y de tez blanquecina, a la que Huuskonen conocía mejor que bien, debido a los cuidados espirituales y corporales —le avergonzaba confesarlo— que le había procurado. Tonta o no, el caso es que Marketta estaba embarazada, y era de todos sabido que el artífice del bombo había sido Hannes Loimukivi, el cual —tras un largo período de hostigamiento, eso sí— había accedido a casarse con la joven. Al final, el pastor se había encargado personalmente de plantearle el ultimátum a Loimukivi e incluso de soltarle un par de galletas.

Al son de la marcha nupcial de Mendelssohn, los contrayentes avanzaron a lo largo de la nave central de la iglesia en dirección al altar. Todo parecía en orden, si no se tenía en cuenta la expresión algo taciturna del novio. El templo estaba repleto, ya que la gente ardía en deseos de presenciar aquel casamiento que la desigualdad entre los contrayentes hacía tan grotesco.

Fue llegar la pareja al altar y, ¡zas!, el apagón. El pastor Huuskonen dijo para sí: «¡Haya luz!» Si había una unión que no le apetecía bendecir a oscuras, en la penumbra de la vieja iglesia de madera, era precisamente aquélla. Pero, bueno, lo importante era tenerlos por fin ante el altar, fuese como fuese. El sacerdote le echó a la pareja una mirada de reconvención y dio comienzo a la ceremonia. Se había

decidido por la variante más larga de la liturgia, que tenía pensado aderezar además con citas bíblicas a porrillo. El sermón… había pensado que fuese estimulante, una puerta a la esperanza, ya que iba especialmente dirigido al futuro esposo. Se iba a enterar, el muy capullo, de lo que valía un peine.

Para escribirlo, Huuskonen se basó en el capítulo 12, versículo 27 del Libro de Nehemías: «Cuando la dedicación de la muralla de Jerusalén, se buscó a los levitas por todos los lugares para traerlos a Jerusalén, con el fin de celebrar la dedicación con alegría, con cánticos de acción de gracias y música de címbalos, salterios y cítaras.»

El pastor proclamó que, en aquel día tan señalado para la parroquia de Nummenpää, todos debían regocijarse, siguiendo el ejemplo de los levitas en la dedicación del templo de Jerusalén, miles de años atrás. También aquí, lejos de Dios y en el culo del mundo, si no címbalos, al menos podían tocar el acordeón y disfrutar de los deliciosos manjares que Astrid Sahari les había preparado, bailar y cantar. Sin embargo, no estaba mal recordar, en medio de tantos placeres mundanos, que tras el festejo siempre venía la rutina y que ello era motivo más que suficiente para encomendarse a Dios y vivir con decoro.

En pleno sermón, un borrachín del pueblo entró escopetado en la iglesia. Acababa de salir del café, e iba haciendo eses camino de su casa, cuando se dio de narices con el macabro espectáculo de la cocinera, Astrid Sahari, y la osa, ambas encaramadas a la torre de alta tensión, humeantes y enganchadas la una a la otra cual guirnalda. El borracho berreó a voz en cuello:

—¡Que pare la boda! ¡Astrid se ha subido a la torre de la luz con una osa y las dos se han quedado churrascadas del latigazo que les ha dado! ¡No veáis el humo que echan! ¡La han palmado las dos!

La ceremonia nupcial se vio interrumpida por el fenomenal barullo que se lió, y éste fue en aumento al irrumpir en la iglesia Rainer Hyhkönen, el encargado de mantenimiento del centro de salud y de los servicios públicos municipales, que también había salido por patas en busca de ayuda. Desde el umbral, a voz en cuello, dijo que necesitaba urgentemente a un forzudo que le acompañase al sótano del ambulatorio y le ayudase con el motor diésel que ponía en marcha el generador en caso de que hubiese un corte de corriente. Precisamente en aquel momento tenían a un paciente enchufado al respirador artificial, lleno de tubos y dando saltos, así que había que poner en marcha el artilugio echando leches.

—Es que se arranca dándole a la manivela y como la batería está descargada… y un servidor ya no puede más de darle al jodido chisme.

Al pastor Huuskonen no le quedó otra que informar a la feligresía allí presente de que había que posponer la boda, pero que ésta se celebraría, Dios mediante, en cuanto se aclarasen las causas de la catástrofe. El gentío, con el novio a la cabeza, salió desbocado de la iglesia, dejando al pastor con la palabra en la boca. La novia se quedó plantada en un banco ante el altar, sentadita y sosteniendo todavía con manos temblorosas el ramo nupcial, hecho de las más hermosas flores silvestres que se

podían encontrar a principios de verano. En sus ojos —pobrecilla— brillaban dos lagrimones como dos puños.

Oskari Huuskonen y Hyhkönen salieron a galope tendido hacia el sótano del ambulatorio. Al pasar junto al transformador el pastor vio que de la torre colgaban dos figuras humeantes, pero no supo distinguir cuál era la cocinera y cuál la osa. No había tiempo para darle vueltas a tan desgraciado asunto, había que apresurarse a poner en marcha el dichoso motor del generador para que la electricidad volviese al centro de salud y salvar así la vida del paciente.

Ya en el sótano, el pastor se puso a darle a la manivela con toda la fuerza que le permitían sus brazos, mientras el encargado de mantenimiento ajustaba los indicadores: el motor arrancó con una tos ronca y la vida en forma de electricidad empezó de nuevo a fluir por las venas del ambulatorio, haciendo resucitar el respirador artificial. Al inseminador Tisuri, que ya estaba en las últimas, le pudieron volver a poner —por fin— la máscara de oxígeno. La enfermera, sudorosa, salió del cuarto dando tumbos y agarrándose el pecho con ambas manos.

—Hay que ver lo duro que es a veces trabajar en la sanidad pública —dijo jadeante.

El pastor Huuskonen regresó al pueblo. La estación del transformador parecía el rosario de la aurora. Los bomberos voluntarios habían bajado ya de la torreta los cadáveres de la cocinera y de la osa con ayuda de la escalera de uno de los coches. Astrid estaba cubierta con una manta, pero a la osa la habían dejado tal cual sobre el césped. El aire olía a carne socarrada.

Los aterrorizados oseznos seguían encaramados en el abeto cercano y en cuanto los atraparon, los encerraron en el cobertizo de la despensa, donde reinaba un caos bestial. ¡Cómo se notaba que aquello era cosa de osos!

La vida en el pequeño pueblo andaba manga por hombro y pronto corrió como la pólvora la noticia de que el mequetrefe de Hannes Loimukivi había aprovechado para tomar las de Villadiego en medio de aquel tiberio. Y la novia sorbe que te sorbe, de plantón en la iglesia, mientras su donjuán se daba a la fuga como un desesperado.

Por suerte el pastor Huuskonen no era de los que se rendían a la primera de cambio. En un periquete reunió una cuadrilla de búsqueda de cinco o seis hombres con el fin de atrapar al galán fugitivo. Ni que decir tiene que en su casa ya no estaba, como tampoco en la tasca de costumbre. Registraron los chalés cercanos y las viviendas de los conocidos de la familia Loimukivi. Revolvieron armarios, miraron incluso debajo de las camas, pero sin resultados. Entonces se les ocurrió que el zascandil podía haberse escondido en el refugio que la sociedad local de cazadores tenía en la colina de Nummijärvi, ya que ejercía de portavoz suplente en la citada asociación recreativa. Se ve que al muchacho le tiraba la cinegética y que lo mismo le daban las mujeres que la caza mayor… Efectivamente, allí estaba el prófugo: se había subido a lo más alto de la sauna, convencido, el muy tonto, de que se encontraba a salvo. Lo bajaron entre forcejeos y el pastor Huuskonen se lo llevó a rastras detrás de

la pequeña cabaña, con el fin de tener con él un mano a mano.

Fue aquélla una labor espiritual algo más efusiva de lo corriente. El sacerdote hizo hincapié en el significado sagrado y constitutivo de obligación del matrimonio, y para reforzar su mensaje le restregaba de vez en cuando la jeta al casanova en una mata de ortigas que oportunamente allí había. Y así fue como surgió el acuerdo: el novio volvería obedientemente a la iglesia, donde el pastor llevaría a término con toda dignidad la interrumpida ceremonia nupcial.

Tras el lance, volvieron al pueblo haciendo eses en el coche de bomberos, y mientras, por el altavoz del vehículo, Huuskonen iba informando a los habitantes de que la ceremonia interrumpida a causa de la tragedia continuaría al cabo de media hora.

—¡La fiestaaa se celebraráaaaa en caaasa del industrial Haapalaaa, pero por las circunstancias que todos conocemooos, no habrá conviiiite!

El pueblecito no tardó en volver a su sosiego habitual y, a la hora acordada, la iglesia estaba de nuevo repleta de feligreses deseosos de presenciar el casamiento. La novia estaba hermosa, y el novio…, tan grave él, tan seriote…, aunque, a decir verdad, tenía el traje un tanto arrugado y la cara roja de sarpullido. Se ve que se había acercado demasiado a las ortigas. Pero bueno, lo que importaba era que todo hubiese vuelto a la normalidad. El pastor les dirigió unas palabras de consuelo a los familiares y allegados de Astrid Sahari, y sin más preámbulo procedió a casar a la pareja según el ritual más breve, a toda mecha y dejándose de zarandajas bíblicas.

3. AL PASTOR HUUSKONEN LE REGALAN UN OSEZNO EL DÍA DE SU CINCUENTA CUMPLEAÑOS

Oskari Huuskonen cumplía cincuenta años una semana antes de San Juan. Había nacido en Rovaniemi un 17 de junio, de padre almadiero de profesión. La guerra mundial se hallaba en su fase final, y lo que en principio había parecido una victoria para los alemanes había acabado convirtiéndose en una derrota sangrienta. En África llevaban ya todas las de perder y hasta los judíos de Varsovia se habían alzado contra ellos. Cuando Oskari tenía poco más de un año, todos los habitantes de Laponia fueron evacuados y dio comienzo la guerra entre finlandeses y alemanes, que hasta el momento habían sido compañeros de armas. Como el resto de los civiles, los Huuskonen huyeron a Suecia. A su regreso, año y medio después, Rovaniemi ya no existía. En su retirada, el ejército germánico la había arrasado, y de lo que antes había sido un animado núcleo de población no quedaba más que un bosque siniestro de chimeneas negruzcas, ya que las casas de madera se habían calcinado hasta los cimientos.

La Asociación de Amigos del Coro Parroquial de Nummenpää, presidida por Taina Säärelä, una sesentona que era profesora en la misma escuela que Saara Huuskonen, se encargaría de coordinar los preparativos oficiales del cincuenta cumpleaños del pastor. Los salmos e himnos que iban a ser cantados en la celebración ya habían sido elegidos con esmero, y el teniente coronel Hannes Roikonen —que tenía una cabaña de verano en Nummenpää— pronunciaría el discurso. Finalmente, todos se pusieron a darle vueltas a la cuestión del regalo. Tenía que ser algo especial, significativo. Y entonces a alguien se le ocurrió que podrían regalarle uno de los oseznos que habían atrapado en el patio de Astrid Sahari; total…, encima iba a salirles gratis, qué más se podía pedir. De los dos, habían logrado alojar a la hembra en el parque natural de Ähtäri, pero como no había demanda de machos, el otro seguía en Nummenpää. Lo tenían en el garaje de Rauno Koverola, el jefe de bomberos, y le daban de comer como si fuera un perro. También habían intentado colocarlo en el zoológico de Korkeasaari, en Helsinki, e incluso en el de Luleå, en Suecia, pero a ninguno de ellos le venía bien acogerlo y no mostraron interés alguno por el cachorrillo. Y como nadie quería tomarse la molestia de matar a aquella bestezuela peluda, pensaron que era una buena idea encasquetársela al pastor, toda vez que éste había nacido en Laponia y era hijo de almadiero, es decir, un hombre de los bosques, libre y salvaje, por su origen al menos. Regalarle un oso vivo no era una idea tan descabellada, después de todo. Por no hablar de que así la asociación evitaría tener que hacer una colecta entre los feligreses y éstos, por su parte, se ahorrarían su dinero.

Lo que nadie decía en voz alta era que un oso vivo era justo lo que el intransigente pastor se merecía: ¡hala, que se fastidiara! Y de paso mataban dos

pájaros de un tiro y jorobaban también a la pastora, que no era más que una bacalada y que por ser profesora de sueco se creía alguien, la muy pedorra, todo el santo día sacándole faltas al pueblo, que si esto, que si lo otro… Ya vería, cuando tuviese que echarle de comer al oso y se pasase el día quitando zurullos de la alfombra de la salita de la casa parroquial…, por fin le iba a quedar bien clarito lo que la gente pensaba de ella. También tenían la vaga esperanza de que un día, cuando el oso alcanzase la talla de adulto, por un quítame allá esas pajas, les metiese al pastor y señora una buena tunda. Vamos, que lo que aquella buena gente quería era que el plantígrado se tomase la justicia por su zarpa y les hiciese pagar a los Huuskonen hasta el pecado original.

La profesora Säärelä se puso en contacto con el Ministerio de Agricultura y al cabo de pocos días recibió un permiso por escrito autorizando la crianza doméstica del animal, ya que la madre había muerto y el cachorro, al no cazar aún y carecer de recursos para sobrevivir en la naturaleza, necesitaba quien lo cuidase.

A través del Sindicato Central de Invidentes encontraron en un pueblo de las cercanías, vecino a Somero, a un ciego que hacía cestos de raíz y le encargaron uno que fuera lo suficientemente grande y resistente como para contener al osezno. Se abría por uno de los extremos y en el otro tenía una especie de ventanuco por el que cabía el hocico del animalito, que así podía olfatear el mundo exterior. Forraron el culo del cesto con una mantita esponjosa para que el bicho pudiese echarse y, por si esto fuera poco, añadieron al lote un cuenco cromado para la comida, un collar con herrajes plateados y un bozal hecho a medida. Lo llevaron a una perrera que había en Lohja a que lo pelaran y ya quedó listo para serle entregado al pastor. Ataron la cesta con varias cintas anchas de seda y la coronaron con un ramo de flores. Naturalmente todos estos preparativos los hicieron a espaldas de Huuskonen y su mujer, ya que nadie estaba muy seguro de que fuesen a aceptar el oso de buena gana. Lo mejor era dejarse de preguntas inútiles y entregarle la alimaña al homenajeado, estuviese éste de acuerdo con el regalo o no.

Y por fin llegó el esperado día. La fiesta se celebraba en la casa parroquial, y a ella acudieron más de cien invitados, entre los cuales se encontraba el obispo de la diócesis de Helsinki, Uolevi Ketterström. El coro de la iglesia abrió la celebración cantando la tercera estrofa del salmo primero:

> Será como árbol plantado entre acequias,
> da su fruto en sazón, su fronda no se agosta.
> Todo cuanto emprende prospera.

A continuación, el teniente coronel Hannes Roikonen, un oficial del ejército de tierra, grandullón y con pinta de acémila, soltó un discurso pomposo en el más puro estilo militar, en el que hizo una semblanza de los diferentes momentos de la vida del pastor, y concluyó su rimbombante intervención con un brindis, por cierto, bastante soso. Luego, todos cantaron la tercera estrofa de un viejo himno sueco, el 327, que

decía así:

A celebrar la acción de gracias,
venid a la casa del Señor,
pues Él en su bondad escancia
misericordia sobre su Creación.
Se extiende así de Cristo el perdón
de generación en generación.

Acto seguido, los representantes de las diferentes asociaciones del municipio empezaron con el desfile de regalos y flores. El coro acometió esta vez con «Qué gran ilusión, las olas surcar», que era algo más ligerito, y coincidiendo con el final, llegó el regalo sorpresa, la cesta en cuyo interior el osezno huerfanito esperaba a sus futuros amos.

En medio de un gran jolgorio ésta le fue presentada al pastor Huuskonen, que no tenía ni repajolera idea de lo que podía contener. Pero, una vez desatadas las cintas de seda, se descubrió el pastel. Al ver el hociquito húmedo que asomaba por el ventanuco de la cesta, la pastora gimió:

—¡Un oso, por los cuernos de Lucifer!

El pastor clavó en su esposa una mirada reprobatoria. Aquél no era el momento de ponerse a soltar juramentos, aunque…, bueno, a él también le habían dejado boquiabierto con el regalito de marras. Y así fue como desde ese día todos empezaron a llamar Lucifer al pobre osito.

Taina Säärelä se encargó del discurso de entrega. Hizo hincapié en la reconocida virilidad del homenajeado y en su amor a la naturaleza, insistiendo en que no había nada que pudiese resultar más adecuado como regalo para el querido pastor de su parroquia, sin lugar a dudas, que aquel oso macho.

—Queridísimo Oskari, en ocasiones tú mismo eres como un oso: con garra firme pero paternal nos haces arrepentirnos a nosotros, tus fieles feligreses, de todos nuestros pecados. Eres fuerte y ardoroso, pero sabemos que tu interior oculta la misma dulzura y suavidad que la sedosa piel de un oso —concluyó Taina Säärelä.

Sacaron al animalito de su cesta e insistieron en que el homenajeado lo tomase en sus brazos. Un reportero del *Noticiero de Nummenpää*, allí presente, se dispuso a sacar una instantánea del quincuagenario y su regalo. El osezno le lamió al pastor las ásperas mejillas y les dio también un repaso a las tiras del alzacuellos. Todos opinaron que la foto iba a quedar de lo más aparente.

La ceremonia concluyó con una plegaria del obispo, que rogó por que Dios Nuestro Señor le concediese a Oskari Huuskonen una larga vida y lo protegiese de todo mal. Echándole un vistazo al cachorro que retozaba a los pies del pastor, el obispo añadió:

—Y larga vida a ti también, Lucifer.

Aquella noche, ya en su casa, tras quedarse por fin solos, el pastor y la pastora colocaron las flores recibidas en varios jarrones y luego se dejaron caer derrengados en el sofá, dispuestos a disfrutar de un par de buenas copas.

—Bueno, pues yo también te felicito —dijo la agotada Saara, para añadir luego con bastante mala leche—: Y a la petarda esa de Astrid, que no se le ocurre más que ir y encaramarse a la torre de alta tensión. ¿Pero es que la muy pava no sabía que trepar no sirve de nada cuando uno intenta escapar de una osa cabreada? Y, claro, no me ha quedado más remedio que cargar sola con todos los preparativos y liarme a hacer tartas y pastas para cientos de invitados…, como si una no tuviese otra cosa que hacer, y con lo seco que está el jardín, vamos.

—Déjalo ya, por favor, que a la pobre Astrid ni la hemos enterrado aún.

—No, si ahora resultará que el montón ese de carbonilla que ha quedado habrá que enterrarlo y hasta decirle un responso, no te…

El cachorro se puso a mordisquear una esquina del sofá y Saara le soltó un guantazo en todo el hocico. El animal montó un buen alboroto y se subió de un salto al regazo de Oskari.

—Mujer, deja en paz al oso.

—No hace más que llegar y ya está royéndome los muebles, el muy…

El pastor apuró de un trago lo que le quedaba en el vaso y fue a cambiarse las vestiduras negras de sacerdote por otra ropa más adecuada para ir a pescar.

—Me voy a la isla a echar las redes.

—¿En el día de tu cincuenta cumpleaños?

—Es que se me han quitado las ganas de celebrarlo.

—Pues llévate al bicho peludo ese, que huele a caca que tira para atrás.

El pastor tomó a Lucifer en brazos y salió de la casa. Fueron en su coche hasta la playa de Nummijärvi, donde tenía su barquita. Dejó al osezno junto al banco de proa y empuñó los remos. Al principio al animal le asustó ver tanta agua, pero en cuanto Oskari empezó a hablarle en tono tranquilizador, se calmó y se puso a observar con curiosidad todo lo que pasaba a su alrededor. Tras remar algo menos de medio kilómetro, llegaron a una isla en la que había varias casitas de verano, entre ellas la cabaña de pesca de los Huuskonen. El pastor amarró el bote al embarcadero y depositó al osezno en tierra firme. Luego fue al cobertizo por dos redes y las tendió a lo largo de la orilla, que estaba poblada de juncos. Gimiendo de preocupación, Lucifer se acercó al extremo del embarcadero para poder seguir los movimientos de su amo, pero al ver que éste no tenía intención de alejarse remando, acabó por tranquilizarse.

Oskari fue a recoger una nasa que tenía colocada cerca de la orilla y comprobó que en su fondo se agitaban unas cuantas percas y algún que otro rutilo. Se los ofreció al cachorro, el cual primero los olisqueó con desconfianza, pero luego, al darse cuenta de que se trataba de comida, se los zampó de buena gana.

Acabada la faena, el pastor se echó sobre la hierba. El sol se ponía, tiñendo de

rojo las blancas y panzudas nubes, y al contemplar tanta belleza, su vida y la fe le vinieron al pensamiento. Cincuenta años eran muchos años… Podía dar por pasada más de la mitad de su vida, bastante más de la mitad, para ser honestos. ¿Y qué había logrado? ¿Era su fe aún firme y sincera? Bueno…, según como se mirase. Era doctor en teología, tenía su propia parroquia, una posición en el seno de la Iglesia luterana, una familia, e incluso una cabaña en una bonita isla… Tampoco era tanto.

—Bueno, pero por lo menos tengo un oso.

Lucifer se echó junto a Oskari y ambos se quedaron contemplando el rojizo anochecer.

4. DISPUTAS CONYUGALES Y OTRAS NUEVAS Y VARIADAS FORMAS DE HACER DEPORTE

Al cumplir la cincuentena, el pastor Oskari Huuskonen se sintió repentinamente agotado y harto de su sacerdocio. En sus años mozos, cuando no era sino un humilde coadjutor en Somero, aguantaba lo que le echasen y se afanaba incansablemente por servir al Señor, yendo y viniendo de un lado a otro de la parroquia. Ahora, en cambio, había empezado a aborrecer la magnitud de su trabajo y su fe ya no tenía la fuerza de antaño. Por suerte, la parroquia de Nummenpää era tan grande —más de cinco mil almas— que el obispado le había puesto una coadjutora, una mujer de aspecto ratonil, con la cara plagada de acné. La pobre no era ninguna belleza, precisamente. ¿Cómo era posible que pudiendo elegir entre estudiantes de mejor ver —que las había, y muchas— en la facultad de teología sólo admitiesen a las menos agraciadas? Eran, con diferencia, las alumnas más feas de la universidad, mientras que las de historia y filología, especialmente las que estudiaban francés, eran unas diosas comparadas con ellas. Y también estaban, claro, las de ciencias políticas, que con su pinta de hippies y aun fumando y maldiciendo como carreteros, eran endiabladamente seductoras. ¡Vaya si se acordaba él de aquellos rebaños de muchachas! Qué tiempos aquéllos…

En lo concerniente a la evangelización y cuando se trataba de mujeres, una carita linda y un buen cuerpo solían dar mejores resultados que el fuego interior. Huuskonen había defendido el sacerdocio femenino con ardor desde el principio, llegando incluso a publicar contundentes artículos sobre la igualdad entre los sexos y chorradas por el estilo, pero el resultado —estaba a la vista— no había sido demasiado halagüeño.

Vaya…, y qué se le podía hacer a la jeta de la coadjutora. Sari Lankinen tenía veintinueve años y era la perfecta esposa de Jesús: se pasaba la vida cantando himnos y rezando, las manos le temblaban al recitar la liturgia y mostraba tal entusiasmo y tan exagerada devoción, que el pastor no podía evitar a veces sentir vergüenza ajena.

La semana siguiente a San Juan fue tan ajetreada como de costumbre. El lunes, desde primera hora, Oskari Huuskonen tuvo que ponerse a despachar la montaña de papeles que había ido acumulando sobre su mesa, hacer numerosas llamadas y preparar una boda, así como el sepelio de la cocinera Astrid Sahari. El retraso en la celebración de las honras fúnebres se había debido a la autopsia y a las prolijas investigaciones que las autoridades estaban llevando a cabo, pero parecía que por fin iban a dejar a la pobre Astrid disfrutar del descanso eterno. Que bien se lo merecía…

A las diez en punto se le presentó en la oficina el operario forestal Jukka Kankaanpää, el cual entró dando zancadas con sus botazas reforzadas de hierro y con el casco de seguridad bajo el brazo. Quería casarse y su novia exigía que la ceremonia fuera eclesiástica; pero lo malo era que, de joven, durante su alborotada época de comunista, había roto oficialmente con la Iglesia luterana, dejando de

recibir la comunión…, así que había pensado inscribirse de nuevo en la parroquia y todos tan contentos. Huuskonen le dijo con firmeza que de eso nada y que si quería que él lo casase tenía que asistir a clases de catequesis.

—Pero ¿cómo que a catequesis? ¿Es que me va usted a mandar de convivencias con los mocosos, teniendo, como tengo, casi cuarenta tacos?

El pastor le explicó que, naturalmente, no necesitaba ir al campamento de catequesis con los críos y acordaron que se estudiaría el catecismo y acudiría a casa de Huuskonen cinco noches seguidas, de manera que aquella misma semana tuviese hecho el cursillo obligatorio.

—Así que el domingo que viene te confirmo.

—¿Y comulgo y todo?

—Y te caso echando leches, vamos.

—Oiga, es que yo creer, no creo…, ¿eso es un impedimento?

Para el pastor, el que la fe fuera firme o no, no tenía mayor importancia y le dijo que mientras intentase ver a Dios y la religión como algo positivo, todo iría como la seda.

—Mira, hijo, es que tiene que haber fe para todos los gustos, ya sea ésta firme o vacilante.

El leñador Kankaanpää se aprendió el catecismo luterano de carrerilla, prestando especial atención a los mandamientos, con sus correspondientes explicaciones, y a los demás capítulos fundamentales, sobre todo al quinto, que establecía cuáles eran las obligaciones de un padre de familia.

Una vez libre de sus deberes matutinos, el pastor se fue a su casa a almorzar y a dar de comer al osezno y luego salió para felicitar a la consejera de economía doméstica retirada Emilia Nykyri, que justo ese día celebraba su ochenta cumpleaños. La anciana residía en una casita de madera de las cercanías de Nummenpää. El pastor dio un breve discurso y, antes de pasar a la tarta y el café, cantaron la segunda y tercera estrofas del salmo 278: «Oh, Señor, fuente eres de perdón.» Cuando salió a colación el entierro de Astrid Sahari, hubo quien se interesó por saber quién lo pagaría, ya que la difunta no tenía a nadie en el mundo. El pastor sabía de buena tinta, y así lo contó, que la cocinera tenía dinero más que suficiente en el banco, así que los gastos correrían de su propia cuenta.

—Pues sí…, si hay un negocio que da bien de comer, es el de la alimentación, yo siempre lo he dicho —bromeó la octogenaria consejera de economía doméstica.

El pastor Huuskonen se pasó la tarde negociando la renovación del tejado de tablillas de la iglesia. Desde las islas Åland, concretamente de Lumparland, habían venido dos techadores para tomar las medidas y hacerle el presupuesto. Huuskonen lo aprobó satisfecho y les dijo que lo presentaría en breve ante los miembros del consejo parroquial.

Los techadores se fueron la mar de contentos y el pastor pasó a ocuparse de un proyecto aún más grande. El sepulturero de la parroquia llevaba ya tiempo

quejándose de fuertes dolores de espalda y no paraba de rogar que le comprasen una excavadora que le facilitase el trabajo. Huuskonen había pedido precios en dos concesionarios de maquinaria agrícola y ahora tocaba elegir entre una u otra máquina. Tras sopesarlo un rato, se decidió por la excavadora Valtra, de fabricación finlandesa, que, según decían, se adaptaba muy bien a todo tipo de terrenos y era lo suficientemente fuerte para excavar el suelo helado, en caso necesario.

Si la parroquia no aprobaba la compra de la máquina, habría que jubilar al enterrador y eso no le parecía justo, ya que el hombre se había dejado la vida y la espalda cavando cientos de tumbas, si es que no eran miles, en el camposanto de Nummenpää.

Huuskonen pensó que una excavadora tan buena seguiría en buen uso cuando le llegara a él el turno de que le hiciesen su sepultura.

«Y hasta puede que la garantía siga vigente», se dijo con melancolía.

El pastor tenía pendiente dar una charla esa misma tarde en el Círculo de Diaconisas de Nummenpää, pero su primer deber era celebrar el sepelio de Astrid Sahari, así que no pudo ir. La ceremonia por el eterno descanso del alma de la cocinera tuvo lugar en la sala de actos de la parroquia y a ella sólo acudió un puñado de feligreses. Pobre mujer, fue morirse y pasar directamente al olvido… Hay que ver, tantas bocas hambrientas —¡miles!— a las que en vida había dado de comer, y en su propio funeral sólo la acompañaban unos cuantos amigos fieles…, y ni siquiera había una sola de las delicias que ella servía habitualmente en los funerales, sino café y galletas del economato, y pare usted de contar.

El pastor dedicó unas hermosas palabras a la memoria de Astrid, basándose en las palabras del Evangelio de San Juan, capítulo 21, versículo 15, que dicen así: «Le dice Jesús: apacienta mis corderos.»

En el capítulo en cuestión, el apóstol narra la milagrosa aparición de Jesús a sus discípulos a orillas del lago Tiberíades, durante la cual el Salvador les echó uno una manita —ya puestos— para que batieran el récord de pesca con red.

El sacerdote comparó la labor alimenticia de la cocinera con la obra de caridad de Nuestro Señor, por la dedicación y el amor al prójimo que ella había manifestado toda su vida. Durante el milagroso encuentro, los discípulos comieron peces y panes, que por algo eran pescadores. Astrid también era una gran devota de los frutos del mar. Cuántas delicias ahumadas, empanadas de salmón, pudines de lucio…, por no hablar de sus arenques marinados en sal, los corégonos ahumados y las bremas al horno: con todos aquellos manjares, la cocinera había mimado durante décadas el paladar de sus hambrientos conciudadanos. Y, como los discípulos de Nuestro Señor, Astrid había sido una panadera excelente y de su horno habían salido los mejores panes de centeno y agridulces, hogazas de cebada y libretas. Secaba como nadie los biscotes y nadie la igualaba amasando pasteles con el rodillo.

—Pero no sólo de pan vive el hombre. ¡Nuestra amada Astrid hacía prodigios sólo con tocar las carnes! ¡Eran divinas, divinas!

El pastor recitó con recogimiento los deliciosos platos de la difunta:

—Recordemos, hermanos, sus piernas de cordero asadas, o aquellos jamones asados a fuego lento… Y qué me decís de sus lomos de cerdo rellenos, de aquellas pechugas de faisán, aquellos riñones fritos, las paletillas de reno que con tanto esmero ponía a secar, por no mencionar sus empanadas de alce, famosas en toda Finlandia.

La pequeña audiencia escuchaba al pastor con la boca hecha agua. Les había entrado un hambre tan descomunal, que en cuanto la difunta estuvo bajo tierra y bendecida, sorbieron a toda prisa el café y salieron pitando, cada mochuelo a su olivo. También el pastor se apresuró a su casa, donde el cachorro hambriento ya le esperaba impaciente. Le cortó un generoso trozo de salchicha y luego le preguntó a su mujer qué había de cena.

La pastora le llevó a la mesa una bandeja de pudin precocinado de arroz con hígado que acababa de recalentar y con desgana cortó unas rodajas de pepino en salmuera y se las sirvió. Luego le llenó el vaso de agua, y dando media vuelta se metió en su habitación. El pastor puso un poco de mantequilla sobre la masa pastosa del pudin y esperó a que se derritiese un poco, luego masticó sin muchas ganas la desabrida cena, no porque aquella sencilla masa no fuese también regalo del Señor y en sí merecedora de todo respeto, sino porque de alguna manera le parecía injusto que él, todo un pastor de la Iglesia luterana, se viese obligado a comerse aquel amasijo insulso y grisáceo, que más bien parecía pensado para las fauces y el paladar de un perro.

Una vez alimentados oso y pastor, este último tomó en brazos al animal y se fue al dormitorio, donde la irritada pastora le esperaba echada en su lado correspondiente de la cama.

—Ni se te ocurra traerte a esa bestezuela aquí —le dijo con ganas de pelea.

—Pobrecillo, si es que está acostumbrado a dormir echado a los pies…, verás qué bien te los calienta —intentó el pastor.

La pastora se incorporó belicosamente de sus almohadas.

—¡Es que no te das cuenta, pedazo de tarugo, de que ninguna mujer en su sano juicio querría dormir en la misma cama que un oso!

Saara Huuskonen, ya metida en harina, le cantó a su marido el *dies irae*: el asco que le daba ocuparse de la higiene del oso porque los sobacos le apestaban a cieno de pantano, que el muy cochino nunca se lamía el ojete —¡ni de broma!—, que los dientes le olían a pescado pocho y tenía que pasarse el día obligándole a hacer gárgaras, y que el muy demonio encima intentaba morderla cuando lo hacía, y no sólo eso: ni siquiera era capaz de aprender a sentarse en la taza del váter como Dios manda, sino que, encantado de la vida, iba dejando sus mojones a todo lo largo y ancho del jardín, e incluso el día anterior había soltado uno —bastante hermoso, por cierto— delante mismo del sofá de la sala.

Oskari le recordó que de joven no se hacía de rogar para meterse con él bajo las mismas sábanas cada vez que había oportunidad, y no sólo eso, sino que, en su

entusiasmo, a menudo le había murmurado al oído que era tan fuerte y tan tierno como un oso.

—Y ahora que por fin tienes un osito de verdad, resulta que no te interesa lo más mínimo.

—Al diablo ya con esa fiera, puñeta, y déjame dormir.

A Lucifer lo metieron en su jaula, pero al apagar las luces se echó a gemir de miedo y no dejó que sus amos pegasen ojo. Oskari le rogó a su mujer que permitiese al animalito dormir con ellos para que no estuviese tan solo y triste, prisionero de su canasta. La pastora acabó por perder la paciencia y, esta vez, a quien echó de la cama fue a él.

—¡Hasta el moño estoy del maldito oso! ¡Fuera de mi dormitorio! ¡Los dos!

Oskari Huuskonen se llevó la jaula a la sala de estar, abrió el sofá cama y lo preparó para él y el osito. En cuanto Lucifer salió de la jaula y se echó a los pies de su amo, se durmió en un santiamén. A veces, en sueños, lamía la peluda pierna del pastor, que permaneció en vela hasta bien entrada la madrugada, dándole vueltas a los derroteros que estaba tomando su vida.

Al día siguiente, el pastor estaba agotado y no fue capaz de ocuparse de los papeleos de la parroquia con la energía acostumbrada. Cuando la jornada tocaba casi a su fin, se presentó en la secretaría un joven agricultor con una jabalina y un enorme rollo de cuerda de tender echado al hombro. Se trataba de Jari Mäkelä, un treintañero de complexión atlética que, al parecer, tenía algo importante que consultar con el párroco.

—He estado dándole vueltas y se me ha ocurrido que la parroquia podría alquilarme la torre del campanario para mis entrenamientos. Vamos, que como ya no se usa para dar la hora…, digo, la campana. Como hoy en día los toques vienen de una cinta…

La propuesta de alquilar el campanario le sonó tan curiosa al pastor, que quiso enterarse bien de qué se trataba.

Mäkelä apoyó la jabalina contra la pared y dejó el rollo de cuerda de tender en una silla. Luego empezó a explicarle que estaba practicando un nuevo estilo de lanzamiento de jabalina mucho más exigente que el ya conocido.

—Ahora que me acuerdo, ¿no eres tú el mismo Jari Mäkelä que quedó primero en el campeonato regional de lanzamiento?

El deportista se sonrojó de satisfacción. Vaya, todavía había quien le recordaba y encima al pastor se le había quedado grabada su buena actuación en los campeonatos de verano de 1989. ¡La marca había sido de sesenta y tres metros y veintidós centímetros, nada menos! ¡Un lanzamiento diabólico!

—Pues ahora me he puesto a practicar el lanzamiento vertical y se me ha ocurrido que este verano podría entrenarme en el campanarios porque tengo intención de desarrollar un poco la nueva disciplina.

El pastor Huuskonen le dijo a Mäkelä que tendrían que dejar para más tarde el

asunto del alquiler de la torre, porque no tenía tiempo en ese momento, ya que el obispo de la diócesis acababa de llamarle para que fuera a comer con él y tenía que apresurarse para llegar a tiempo.

Al día siguiente Jari Mäkelä volvió a presentarse en la secretaría. Aunque esta vez el esforzado lanzador no se había traído la jabalina, seguía cargando al hombro el rollo de cuerda de tender. El insistente atleta empezaba a hacérsele algo pesado al pastor: ¿a santo de qué le había dado al chalado aquel por lo de lanzar jabalinas en su parroquia? ¿Es que el muy idiota no se daba cuenta de que las iglesias no estaban para hacer deporte, y menos aún los campanarios? Estaba como un cencerro, y de los gordos.

—Oiga, no se me ponga nervioso. Es que se me ocurrió el otro día que el campanario vacío sería el lugar idóneo para entrenarme e ir desarrollando la disciplina, el estilo, ya sabe.

Mäkelä le explicó que últimamente le había empezado a hacer gracia la idea de lanzar la jabalina en vertical, o como él decía, «to tieso». Y, claro, la cosa exigía que hubiese mucho espacio por encima de la cabeza del lanzador y que en el techo existiese además alguna abertura por donde la jabalina pudiese salir disparada hacia las nubes. Por eso insistía en que le alquilasen el campanario hasta finales de verano.

—Total, no se usa para nada, y al menos la parroquia le sacaría algún provecho.

El pastor le preguntó dónde había estado entrenándose hasta entonces.

—Pues en mi silo, pero es que se me ha quedado chico. No vea cómo he mejorado la marca…

Jari Mäkelä dobló un brazo y sacó bola, orgulloso. El pastor concluyó que tenía ante él al precursor de una nueva modalidad deportiva de lanzamiento, pero no estaba dispuesto a cederle su campanario a la primera, así como así…, por mucho que la vocación del chico fuera digna de ser apoyada y, quién sabe, tal vez aquello hiciera famosos a la parroquia de Nummenpää, a la nación, e incluso al pueblo de Finlandia.

—He estado practicando unos cuantos fines de semana en uno de los silos del depósito del Estado, en Salo, que lo tienen vacío porque lo están arreglando. Es demasiado alto y las jabalinas me caen encima, porque no salen. Tengo que lanzar con casco y, para más inri, el silo lo van a volver a llenar dentro de una semana.

El interés de Huuskonen llegó a tal punto que fue a pedirle al sacristán la llave del campanario y luego acompañó a Mäkelä a inspeccionar el posible terreno de entrenamiento. Era el momento de hacer uso de la cuerda de tender: el lanzador en vertical subió hasta el último piso y midió la altura de la caña de la torre que quedaba libre para el lanzamiento. Desde el último tramo, que era donde estaba la campana ya en desuso, gritó:

—¡Más de doce metros! ¡Mi récord es de catorce metros y treinta y tres centímetros, así que, dejando abierta la trampilla del tejado, este sitio es cojonudo!

El pastor le pidió a Mäkelä que bajase. Le explicó lo peligroso que le parecía

aquello de lanzar jabalinas en la torre del campanario, ya que, fácilmente, éstas podrían ir a parar al jardín de la parroquia y terminar ensartando a algún inocente por la nuca. Al atleta rural le parecía que no había que exagerar tanto. Podían poner una valla alrededor de la torre como medida temporal, e incluso clavar alguna señal de peligro que avisase de la posible lluvia de jabalinas procedente del campanario.

—Hagamos un trato, le prometo no lanzar durante las misas y los funerales —intentó convencerle Mäkelä.

Oskari se lo pensó un poco, pero pronto llegó a la conclusión de que ni hablar del caso. En la parroquia —y más allá de sus límites— ya le consideraban un tipo bastante rarito y mandón, así que, qué no dirían cuando se corriese la voz de que había alquilado el campanario para semejante uso. Un rústico chiflado, dando un berrido cada vez que lanzase la jabalina…, por no hablar del peligro que representaba para la feligresía.

—Que no. ¿No podrías entrenarte en algún otro sitio, digo yo? ¿Y si te fueras a lanzar esas jabalinas tuyas desde el fondo de algún pozo? Hace años que no teníamos un verano tan seco como éste y todo el mundo se queja de que los pozos están en las últimas.

A Jari Mäkelä no se le había pasado por la cabeza esa posibilidad. ¡Qué bárbaro! Siempre había pensado que el pastor Huuskonen era un hombre con sentido común, pero ahora tenía ante sí la prueba de que estaba en lo cierto.

El destripaterrones no veía el momento de ponerse a buscar pozos secos que le sirviesen de terreno de entrenamiento y el pastor se brindó a acompañarle. Era casi la hora de cierre de la secretaría y aquel día no tenía programado servicio alguno.

Ya no quedaba ningún pozo en el pueblo, porque desde los años setenta había un alcantarillado y una conducción general de aguas en el municipio. En las afueras, por el contrario, había uno en el jardín de cada casa. Los pozos perforados no servían para propósitos deportivos, pero en las aldeas que circundaban el pueblo aún quedaban muchos pozos excavados en buenas condiciones. Fueron casa por casa en el coche del pastor y midieron la profundidad de cada uno de ellos con ayuda de la cuerda de tender. La mayor parte eran demasiado angostos y se quedaban chicos para los propósitos de aquel par de hombretones. En otros había demasiada agua acumulada en el fondo. En algunas casas la gente se mostró escéptica y poco dispuesta a colaborar con ellos, al no entender la importancia que el desarrollo de una nueva disciplina deportiva podía tener para el municipio. Sin embargo, la presencia enfurruñada del pastor Huuskonen bastaba para disipar cualquier posible duda.

Tras un par de horas de búsqueda, dieron por fin con el pozo apropiado en Rekitaipale, una aldea a seis kilómetros de la parroquia. Tampoco era muy largo el viaje desde allí hasta Mäkiniity, donde se hallaba la granja de los Mäkelä, así que el muchacho podría entrenarse cada tarde. En la construcción del pozo, que era totalmente vertical y de once metros de profundidad, se habían empleado veintidós anillos de cemento de ciento cuarenta centímetros de diámetro. El agua del fondo

llegaba hasta el tercer anillo y como estaba contaminada por la cercanía de la fosa de purines de la casa, sólo servía para el regadío de la huerta, así que podían usarlo para practicar el lanzamiento vertical.

A la tarde siguiente, tras su charla habitual en el círculo de oración, el pastor se dirigió a Rekitaipale en compañía del osezno. Jari Mäkelä ya había puesto manos a la obra: tenía aparcado el tractor junto al brocal y, con ayuda del cargador frontal, se disponía a bajar al fondo del pozo una plataforma de tablones clavados, con unas patas de ciento ochenta centímetros para que se quedase convenientemente por encima del nivel del agua. La abuela de Jari, Sanna Mäkelä, que hacía de asistente y controladora de marcas del esforzado atleta, le ayudó a colocarse una armadura soldada de latón galvanizado y le alcanzó un casco de albañil de fibra de vidrio para protegerse la cabeza. Todas las medidas de seguridad eran para que el lanzador no se hiciese daño alguno, si a la jabalina, era un suponer le daba por volver a caer en el pozo tras el vuelo.

—Aunque esta disciplina no sea ni por asomo tan peligrosa como el boxeo o el hockey sobre hielo, por no mencionar las carreras de fórmula uno —comentó el muchacho.

Luego se puso unos pantalones impermeables de pesca que le llegaban hasta los sobacos, no fuera que la plataforma se tambalease con la fuerza del impulso y terminase nadando en las aguas fecales.

Con cinco o seis jabalinas bajo el brazo, se subió al armatoste, que ya estaba enganchado a la polea, y su abuela lo bajó lenta y dignamente a las negras profundidades del pozo. Terminada la operación, apagó el motor del tractor y se asomó al brocal. Desde el fondo llegó el eco lejano de la voz del nieto:

—¿Le arreo ya o qué?

—¡Arréale, chavalote!

La vieja salió corriendo y se colocó en un punto a unos diez metros del pozo, desde el cual fijó su mirada de águila en el canalón del alero del establo. El punto máximo de la trayectoria de la jabalina sería fácil de calcular, gracias a la línea que unía los ojos de la abuela con éste. El resultado podría medirse después gracias a un poste que habían colocado en el brocal: si a la lectura de éste le sumaban la profundidad del pozo —restándole la medida de los tacones del lanzador—, el cálculo sería exacto y oficial, sin ninguna duda.

Se oyó un cavernoso rugido procedente de las profundidades y al cabo de un segundo, con un silbido, una jabalina salió disparada de la boca del pozo. El pastor Huuskonen se sobresaltó. La jabalina describió un arco espléndido y singularmente misterioso, como si se tratase de un terrible y silencioso mensaje de los Infiernos.

La mirada de águila de la abuela registró inmediatamente el punto máximo del arco. El pastor colocó el poste de medir en su sitio y, tras una pequeña operación aritmética, obtuvieron como resultado una marca considerable, nada menos que catorce metros y cuarenta centímetros, la mejor de aquel verano para Jari Mäkelä. Un

gran mérito, teniendo en cuenta que lanzaba por vez primera desde el fondo de un pozo y que, hasta el momento, sólo se había entrenado en silos y en el secadero de cereales de la granja familiar.

Cuatro jabalinas más salieron disparadas del brocal. De los cuatro lanzamientos siguientes, los dos primeros no alcanzaron tanta altura como el primero y en el tercero la jabalina volvió a caer en el interior del pozo, provocando una andanada de palabrotas cuyo eco llegó claramente a oídos del público. En el cuarto y último lanzamiento Jari mejoró la marca en veinte centímetros. No volvió a lanzar la jabalina que había vuelto a caer en el pozo, porque tal y como él veía las normas, no se podían repetir los lanzamientos fallidos.

Una vez en la superficie, Jari comprobó cuidadosamente sus resultados y los anotó en un cuadernito de tapas negras, visiblemente satisfecho de sus logros. También la abuela se mostró orgullosísima de su nieto.

—Lo espabilado que ha sido siempre este crío para lanzarlo todo, como aquella vez, no se me olvida, que tiró el reloj de su abuelo, que en paz descanse, al lago. Cómo volaría de lejos, que nunca volvimos a verlo, aunque mi difunto se pasó aquel verano zambulléndose y buceando a ver si daba con él. Mi Aareti, no le digo más, acabó convirtiéndose en el mejor nadador de la comarca de Nummenpää y hasta participó en un campeonato nacional de waterpolo.

El dueño de la finca y anfitrión, Juuso Reikitaival, quiso también probar sus fuerzas. Les contó que de joven había sido lanzador de disco y martillo y Jari se apresuró a aclararle, por si acaso, que no era posible lanzar discos ni martillos en el pozo, ya que lo angosto del lugar lo hacía muy peligroso.

—Vamos, que si te cae en todo el melón una bola de hierro, ni el más resistente de los cascos lo aguantaría sin hacerse fosfatina —le dijo. Iba a tener que practicar el lanzamiento vertical de martillo en su secadero de cebada.

El resultado obtenido por el anfitrión en sus cinco lanzamientos fue bastante bueno, pero incluso la mejor marca quedó muy por debajo —más de metro y medio — de la obtenida por Jari.

Todos animaron al pastor para que él también probase suerte. La verdad es que le apetecía mucho, pero su dignidad de hombre de iglesia le imponía ciertos límites. Pero, qué caramba, al final se dejó convencer y cuando quiso darse cuenta ya lo estaban bajando al fondo del pozo. Huuskonen era un hombretón, así que le llevó su tiempo encontrar la postura adecuada para efectuar el tiro. Eran muchas las cosas en las que el lanzamiento vertical en pozo se diferenciaba del habitual: la jabalina se sujetaba con la mano derecha, manteniéndola paralela al muslo del mismo lado, mientras que con la mano izquierda había que sostenerla casi del extremo inferior. El impulso se llevaba a cabo mediante un movimiento seco de abajo arriba, teniendo cuidado de no golpearse el codo contra la pared del pozo. Estaba permitido apoyar el costado izquierdo contra ésta. ¡Era increíble la fuerza que se desprendía del brazo derecho en cada tiro! Los del pastor fueron todos satisfactorios y obtuvo una marca

de doce metros y setenta centímetros, excepcional viniendo de un atleta de categoría senior.

A Lucifer todo aquello le tenía tan intrigado y era tanta su curiosidad, que no podía evitar asomarse todo el tiempo al brocal del pozo y poco faltó para que lo atravesaran, así que terminó encerrado en la cabina del tractor, desde donde se dedicó a seguir el entrenamiento con cara de experto en la materia.

Y el tiempo pasó sin sentir. La noche veraniega se les echó encima y la abuela de Mäkelä empezó a quejarse de que ya no distinguía las marcas ni los resultados, ya que con la edad se había vuelto algo nictálope. Al pastor se le ocurrió entonces pegar una linterna con cinta aislante a la punta de la jabalina para poder seguir registrando los resultados. Sin embargo pronto se vio que la idea —que en sí era atinadísima— iba a salirles demasiado cara, ya que los cristales y las bombillas de las linternas se hacían añicos al dar contra la tapa del brocal, o contra el empedrado del patio. Pronto lo resolvieron cambiando las linternas por unas bengalitas que el atleta de turno tenía que encender antes de cada lanzamiento. Acabaron con los adornos del árbol de Navidad de sus anfitriones en una sola noche. Aunque, bien mirado, valía la pena por el hermoso espectáculo de ver pasar silbando las jabalinas, que se destacaban contra el cielo nocturno de verano, brillantes como fuegos de artificio, veloces como cometas.

5. CONVERSACIONES QUE LEVANTAN EL ALMA

A Santeri Rehkoila, agricultor de profesión y eterno e infatigable incordio en las barbas de Nuestro Señor, se lo encontraron ahorcado un día de la tercera semana de julio. Con el habitual tambaleo de borrachín que le caracterizaba, se metió en su establo —abandonado desde tiempos inmemoriales— y se colgó de una soga, que ató previamente a uno de los tiradores de la estufa que había en el cocedero donde antiguamente se hervían cubos y lecheras. Allí estuvo meciéndose unos cuantos días, hasta que lo empezaron a echar en falta y lo encontraron colgadito de su cuerda. Por suerte Saimi Rehkoila, su esposa, no estuvo presente cuando lo encontraron, ni cuando por fin consiguieron deshacer el nudo de la cuerda para bajarlo. Mientras que Saimi era una mujer extremadamente religiosa y sensible, el difunto había sido durante toda su mala vida un ser frío y brutal: lo que se dice una mala bestia, vamos. Santeri había cumplido los setenta y ocho años pocos días antes y su esposa era un año más joven. Los hijos, claro, eran ya adultos y vivían por su cuenta, así que en la desierta e inhóspita granja sólo quedó la viuda —gris y menudita como un ratón—, completamente desorientada por la violencia de su muerte. El mundo se desmoronó a su alrededor.

Nada más enterarse de lo sucedido, el pastor Huuskonen acudió a la granja para consolar a la desgraciada anciana y hablar con ella sobre el funeral y el entierro. La señora Rehkoila estaba rota de tanto llorar y completamente fuera de sí. Tenía mucho miedo de que a Santeri no lo enterrasen en suelo sagrado, por la ocurrencia que había tenido de colgarse en vez de esperar a morirse él solo y decentemente, como Dios manda.

Oskari le aseguró que ya no se discriminaba a los difuntos por su forma de morir y que, además, los suicidios se habían vuelto algo tan habitual, que ya nadie se escandalizaba. Aunque, claro, cuando le tocaba a uno directamente, era una pena inmensa de llevar.

El pastor animó a la granjera a que fuese a visitar al doctor Sorjonen al centro de salud y charlase con él. En momentos de tanta ansiedad y tristeza nunca venía mal una pequeña ayudita, un tranquilizante, tal vez unas pastillas que la ayudasen a dormir… No estaría mal. Y, claro, la fe en Dios siempre era un gran consuelo en momentos de prueba como éstos.

El pastor le proporcionó a Saimi una asistenta que la atendió durante los peores días del luto y la ayudó en las cuestiones prácticas del entierro, además de apoyarla espiritualmente. El sepelio de Santeri se celebró por fin a finales de julio, pero la tristeza de la viuda no hacía sino aumentar a medida que pasaba el tiempo. El pastor iba con frecuencia a visitar a la buena señora, y mantenía con ella largas charlas con objeto de levantarle el alma.

—Mi vida se ha quedado tan vacía —se quejaba—. Aunque Santeri era una bestia parda y fuese conmigo tan cruel a veces, a pesar de todo, se me ha caído el mundo

encima por la manera en que me ha dejado. No me queda nada, pero nada de nada… Esta casa vacía y lúgubre…, este silencio…, sin nadie que me mire, sin vida. A veces hasta pienso que yo tengo la culpa de que Santeri se quitara la vida, por no saber, a lo mejor, entender sus dificultades.

—Todos los seres humanos nos quedamos solos ante la muerte, solos y desconcertados —le dijo el pastor comprensivamente, mientras se decía que aquel viejo granuja no se merecía tantas lágrimas. Huuskonen había conocido en vida a Santeri Rehkoila, un tipo con mala cabeza, que siempre andaba buscando pendencia y era más vago que la quijada de arriba, aparte de borrachuzo. Cada vez que pillaba una cogorza zurraba a su mujer hasta dejarla llena de cardenales, el muy desgraciado. En tiempos se había dedicado a la fabricación ilegal de aguardiente de centeno y había acabado ante la justicia por ello en varias ocasiones. Por si eso fuera poco, dejaba un reguero de hijos por toda la comarca y había estado encarcelado repetidas veces por conducir en estado de profunda embriaguez y por cometer alguna que otra estafa. Dios Santo, aquello no era un hombre, sino un dolor de pelotas, y de los malos. Pero su viuda ya se lo había perdonado todo y sólo tenía fuerzas para hablar de su dolor con una vocecita rota por la debilidad:

—Llevo sobre mis hombros un pesar espantoso, estoy angustiada como usted no se imagina y a veces lloro muchas horas sin poder parar. La comida no me apetece, ni me sabe a nada… Qué triste es poner sólo un plato en la mesa después de haber estado cocinando para dos durante cuarenta años. Algunas noches me despierto y tengo la misma sensación que entonces, cuando Santeri volvía de la ciudad y se derrumbaba en la cama a mi lado, pero cuando meto la mano bajo el edredón para acariciarle la frente, me encuentro con que la cama está vacía y las sábanas están húmedas y frías y ya no huelen a Santeri.

—Es natural sentir añoranza por el esposo que ha muerto. A veces es tanto el amor por el que nos deja, y tan fuerte, que llega a sentirse como un dolor físico —le explicó el pastor.

Como resultado de la investigación, la policía había concluido que tras el suicidio de Santeri se ocultaba el tremendo fregado en el que éste se hallaba metido: aparte de haberse endeudado hasta las cejas y de andar en tratos con criminales de tomo y lomo, eran varias las denuncias que pesaban sobre él y, a juzgar por el contenido de éstas, últimamente se había dedicado a los más sucios chantajes. Evidentemente, había perdido la partida y ya no le quedaban perspectivas en esta vida. Su naturaleza implacable hizo el resto y decidió acabar rápidamente con sus días, evitándose así otro tipo de muerte más lenta, envenenándose con los brebajes alcohólicos que él mismo fabricaba. Un caso ciertamente lamentable, sí…, sólo que el pastor no conseguía sentir compasión por el desgraciado difunto. La viuda, por el contrario, ya había arrojado al olvido todas las humillaciones a las que se había visto sometida, dedicada como estaba a atesorar hasta el más minúsculo recuerdo favorable de su esposo:

—Esta mañana me he puesto el mono de faena de Santeri y sus botas de goma, aunque me están enormes, y de esa guisa he recorrido la granja entera, patios y corrales, todos los lugares en los que Santeri acostumbraba trabajar. Oliendo su ropa e hinchándome a llorar.

El pastor Huuskonen se preguntó si a Saimi no se le habría ocurrido seguir las huellas de Santeri hasta donde éste tenía escondido el alambique con el que fabricaba su infame aguardiente, o subirse con sus botas de goma al altillo del establo, el nido de amor de aquel bellaco, adonde llevaba a sus conquistas para refocilarse con ellas y jactarse luego en la taberna ante todo el mundo. Sin embargo, le dijo a la triste viuda:

—En los momentos de soledad, identificarse con el esposo fallecido es una prueba de la solidez de los sentimientos y de su alcance hasta más allá de la misma muerte.

Ya había caído la tarde y el pastor tenía que llegarse aún a dar una charla sobre «Cómo estimular el vigor espiritual en las áreas rurales» en la reunión del comité de festejos de Rekitaipale. Luego se fue al entrenamiento de lanzamiento vertical, ya que quería mejorar su marca. Pero era como si la pesada carga de tristeza de la viuda de Rehkoila se hubiese trasladado a sus hombros y a duras penas consiguió elevar la jabalina un poco más de once metros, tras lo cual ésta volvió a caer en el pozo, atinándole en todo el casco. Sumido en la penumbra, el pastor intentó recordar en qué momento su vida se le había ido de las manos de aquella manera: estaba nada menos que lanzando jabalinas metido en un pozo.

Al regresar a la rectoría, se encontró a su mujer en el patio trasero, atizando a Lucifer con la palmeta de sacudir las alfombras. El osezno intentaba defenderse y hasta se atrevió a enseñarle los colmillos, pero para cuando Oskari llegó al lugar y acudió en su ayuda, ya había recibido una buena zurra.

La pastora estaba que se ahogaba de la rabia. Durante el día, sin nadie que lo vigilara, el cachorro se había dedicado a mordisquear la alfombra de la sala hasta destrozarla y, no contento con eso, se las había apañado para abrir uno de los armarios de la cocina, sacar el bote del azúcar y volcarlo en el fregadero para zampárselo, repitiendo la jugada con la harina, sólo que esta vez el tarro fue a caerle encima y acabó rebozado en ella a conciencia, así que a continuación no le quedó otra que darse una vuelta triunfal por toda la casa, sacudiéndosela y poniéndolo todo perdido.

—Por eso me lo he tenido que traer afuera y sacudirlo. No sabes el despiporre que era esto cuando he llegado a casa de la tienda.

—En cualquier caso, no deberías haberle zurrado con la palmeta de las alfombras, pobrecillo, míralo.

El pastor se lo llevó en brazos a su habitación, tomando la determinación de no volver a dejarlo solo en casa con Saara. Aunque no era mala persona, ésta tenía peor genio que una pava atada, y si se la contrariaba, se dejaba cegar por la cólera y no era responsable de sus actos.

Saara era plenamente consciente de ello, pero como no quería reconocerlo ante Oskari, le soltó un comentario mordaz:

—Pues vaya con la feligresía…, mira que no ocurrírseles regalarte un mono en lugar de un oso.

—¿Y qué hago yo con un mono?

—Claro, como el oso te hace tan buen apaño… Toda la comarca se está carcajeando de ti, marmolillo, nada menos que un pastor y doctor en teología, y todo el día vas paseando un oso que va cagado la mitad del tiempo. Y encima te dedicas a echar concursos con un gárrulo que está más loco que una cabra, lanzando jabalinas desde un pozo. Espera a que se enteren también de eso estos palurdos y verás… Ahí va a ser cuando yo agarre el petate y me vaya de esta casa.

Más tarde, aquella misma noche, Saara llamó a la puerta de Oskari y le tendió un biberón, el mismo que hacía más de veinte años había pertenecido a su hija menor.

—Le he calentado al bicho un poco de leche con miel, dáselo —dijo Saara antes de retirarse a su cuarto.

Lucifer no se hizo de rogar dos veces y al instante ya estaba mamando del biberón con sonoros rechupeteos, los ojos entrecerrados de placer.

Antes de dormir, el pastor le leyó unas cuantas páginas del enternecedor cuento *El osito Puh*. Lucifer miraba las ilustraciones y escuchaba la historia como si la entendiese, y como al cabo de un rato se le empezaron a cerrar los ojillos, Oskari lo llevó en brazos a su cama y lo acostó. A él le faltaba todavía pulir un poco la homilía del domingo, cuyo contenido iba a ser de naturaleza aún más biliosa que de costumbre.

A la semana siguiente el pastor se enteró de que a Saimi Rehkoila le había dado por pescar en el lago Nummijärvi. No es que la noticia fuese nada del otro mundo, ya que el lago era muy popular por su abundante pesca y los habitantes de la ribera eran muy activos poniendo sus redes. Lo peculiar del caso era que la buena señora no había remado jamás en vida de su esposo, limitado como estaba su mundo al patio de la granja, a cuidar las vacas y a guisar. Y ahora le había cogido el gusto a los remos y había aprendido a poner las redes, enterándose primero por sus vecinos de cuáles eran los caladeros favoritos de Santeri.

Saimi se ponía cada día la ropa de faena de su marido y se dedicaba a conducir el tractor por los sembrados. Ella, que antes sólo entendía de siembras lo que le había visto hacer a éste desde la ventana de su cocina, se dedicaba ahora a cultivar frenéticamente los mismos surcos.

El pastor era consciente de que la viuda estaba en una fase muy profunda y delicada de su luto. En sus años de universidad, allá por los sesenta, Oskari se había familiarizado con las teorías sobre el duelo de Erich Lindemann y por eso se daba cuenta de que las reacciones de Saimi no eran muy sanas. Es muy habitual que cuando alguien tiene que cuidar a un familiar enfermo durante largo tiempo y éste finalmente muere, el que le sobrevive y se ha ocupado de él empiece a desarrollar a

corto plazo los mismos síntomas de la enfermedad y acabe en la cama, necesitado de que sean los demás los que le cuiden a él. Es decir, que encarna la continuación de la enfermedad de su ser querido, porque, si no, no es capaz de superar la muerte de éste. Por el contrario, Saimi se había puesto a imitar la vida y los trabajos de su marido, aunque, por suerte, no le había dado por ponerse a destilar aguardiente. Menos mal que no conocía el lado más oscuro de Santeri, que si no…

El pastor Huuskonen, esta vez acompañado de su oso, volvió a poner rumbo a la granja de Saimi Rehkoila para ocuparse de su alma dolorida.

El cachorro retozó a su gusto por la amplia sala sin que nadie le dijese nada y se encariñó tanto con la viuda que se pasó largo rato en su regazo mendigándole golosinas. La señora se levantó a coger de un cestillo un bollo de canela, lo calentó en el microondas y lo troceó para Lucifer. El osito se lo comió entusiasmado, le pidió más y ella se lo dio.

—Hay que ver lo majos que son los osos —comentó la granjera. Luego se puso a hablar de sus penas, que parecían irse alejando poco a poco—: He vuelto a poner a flote la barca de Santeri y ahora sé pescar, no vea la de lucios y bremas que estoy sacando con las redes. Además, he estado gradando un par de hectáreas de barbecho y todavía me han quedado fuerzas para acarrear un montón de estiércol hasta el patatal. La primavera que viene, si Dios quiere, tengo intención de sembrar patata temprana. Eso es lo que mi Santeri decía siempre que iba a hacer, aunque nunca fue muy dado a plantar patatas… y, ahora que caigo, tampoco a sembrar centeno, pero qué más da. ¿Estaré cumpliendo algún designio divino, con este afán que me ha entrado por terminar todo lo que Santeri dejo a medias?

Huuskonen pensó que si así era, a la buena señora le quedaba para rato, dado que tanto la casa como la finca entera estaban llenas de trastos y proyectos arrumbados, de chapuzas sin acabar. Pero en voz alta le dijo a Saimi:

—Está usted más recuperada, porque aun en medio de su dolor ha sido capaz de sacar fuerzas para pensar en la pesca y en la cosecha venidera. La mies del Señor da fuerzas al hombre.

—Lo que usted diga, pastor, pero yo me sigo sintiendo más sola que la una. Es como si me estuviesen castigando por algo malo. Ni gato tengo, y no puedo buscar uno porque como a Santeri nunca le han gustado…

—¿Sabe lo que le digo? Le podría traer todos los días al osezno para que me lo cuide, ¿qué me dice? A lo mejor es una buena cura para su soledad.

—¿De verdad me lo dejaría tener? ¿Y qué diría mi Santeri, a todo esto?

Poco le faltó al pastor para soltarle un rugido a la vieja y decirle que qué le podía importar su oso a aquel zascandil sinvergüenza que, encima, estaba muerto, pero consiguió dominarse y le dijo:

—El oso es, de entre todos los animales, uno de los favoritos del Señor, sobre todo los cachorritos como éste.

El pastor le explicó a Saimi Rehkoila que tenía que viajar a Helsinki, ya que le

habían llamado a capítulo por un sermón de la primavera anterior y unos cuantos artículos publicados en el periódico, que no habían sido muy bien digeridos por el superior del capítulo y el obispo de la diócesis. Iba a tener que quedarse a pasar la noche en la capital, así que le rogó a la anciana que se hiciese cargo del cachorrillo dos días, es decir, al menos una noche.

—¿Y qué va a decir la pastora? Imagino que también ella querría estar con el osezno.

—Es que mi señora es alérgica, por eso se lo pedía a usted…

Y así lo acordaron. El pastor Huuskonen le apuntó a Saimi en un papel lo que el cachorro podía comer y lo que no, dónde debía dormir y cómo cuidar de su higiene. Le ofreció dinero a la granjera por la comida y los cuidados, pero la señora se negó a aceptarlo.

—En una casa tan grande siempre hay con qué alimentar a un oso —dijo encantada.

Cuando al caer la noche el pastor se marchó a su casa, la viuda preparó su cama y quiso acostar al osezno a su lado. Al principio Lucifer no entendió muy bien que le estuvieran dando permiso para meterse en el lecho, pero en cuanto Saimi le acarició el cogote y le habló con su dulce vocecita, el cachorro llegó a la conclusión de que en aquella casa todo estaba permitido y, pegando un brinco, se apropió del sitio del difunto Santeri. Y lo bien que durmieron el oso y la viuda aquella noche, calentitos los dos y tan feliz ella de tener un compañerito tan peludo con quien compartir su cama.

6. LAS HAZAÑAS BÉLICAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

A principios de aquel verano, el pastor Huuskonen había escrito, medio en broma, un artículo para el diario *Noticias de Salo*, cuyo tema, bastante chusco, eran las hazañas bélicas de Jesucristo. Oskari era doctor en teología, experto en apologética y exégesis y, a su entender, estaba más que capacitado para sacar conclusiones no sólo sobre las cuestiones de fe, sino también sobre la significación histórica —o sea, real y efectiva— del cristianismo y, especialmente, de Jesús. Conocía las teorías de Joel Carmichael, un escritor británico especializado en religión, algo majara y bastante exaltado, que había argumentado sobre el papel de rebelde y agitador social desempeñado por Cristo.

En sus propias reflexiones, Oskari Huuskonen había llegado a la conclusión de que, en primer lugar, Jesucristo había sido un orador de talento, y que gracias a ello habría atraído a muchas orejas y a muchos seguidores, sobre todo de entre las capas más pobres del pueblo. En segundo lugar, Jesús tenía la firme y clara intención de echar del poder al clero conservador que se apoyaba en las fuerzas de ocupación de Roma y, quién sabe, de proclamarse finalmente rey de los judíos, primero en la tierra, y de no conseguirlo, al menos en los cielos.

En su artículo, titulado «Las hazañas bélicas de Nuestro Señor Jesucristo», Huuskonen había escrito que Jesús, contando con el apoyo de un ingente grupo de partidarios a los que había congregado, había decidido marchar sobre Jerusalén y hacerse dueño del poder. Es decir, que su entrada en la Ciudad Santa no había tenido nada que ver con la que habitualmente aparecía representada en las estampitas, pacífica y a lomos de un asno, sino que se había tratado de la irrupción brutal de un comando paramilitar de guerrilleros en el templo de Jerusalén. Jesús disponía de un grupo de élite formado por fanáticos a los cuales denominaba «discípulos», los cuales estaban acostumbrados a usar la fuerza sin reparo alguno. La vigilancia del templo se hallaba a cargo de cien hombres de una cohorte romana y, además de éstos, de la guardia judía que allí se alojaba. Aquella panda de vagos fue barrida sin apenas esfuerzo, y después Jesús echó del templo a todos los cambistas y demás adversarios sin mayor problema.

Que los discípulos eran bastante torpes desde el punto de vista militar lo demostraba el hecho de que la ventaja inicial de la toma del templo se transformase rápidamente en fracaso, lo cual significó la pérdida de su cabeza de puente. Jesús se vio obligado a huir a Betania, y de haberse convertido en guerrillero, probablemente habría podido continuar el combate, pero tuvo la mala suerte de que a Judas Iscariote, uno de sus lugartenientes, le diese por cambiar de bando y le delatase, revelándole al enemigo dónde se ocultaban los rebeldes. Jesús fue capturado por sorpresa, sin posibilidad de defenderse, y al verse en aquella tesitura eligió el único camino que le

parecía razonable, esto es, la resistencia pasiva.

Era evidente que el líder del levantamiento popular, que se había forjado serias ilusiones sobre un Estado judío independiente y al cual todos llamaban ya «rey de los judíos», representaba un serio peligro para los romanos, así que éstos lo ejecutaron clavándolo en una cruz. Ése suele ser el cruel destino de la mayoría de los rebeldes que fracasan en su empresa.

Casi al final de su artículo, el pastor Huuskonen decía que, si el Mesías hubiese vivido en la Finlandia de principios del siglo XX, durante la guerra civil, su destino no hubiese distado mucho del original.

«Si Jesús hubiese sido un bolchevique, un rojo —tal como se podría esperar, dadas sus convicciones políticas—, habría sido elegido ministro del gobierno revolucionario por el Comité del Pueblo nada más estallar la rebelión. Hubiera podido obtener con toda facilidad un puesto de comisario de abastos, en vista de sus sobradas facultades y su experiencia en el ramo, y con esto me refiero a aquella vez que alimentó a una multitud de mil personas con tan sólo unos panes y unos peces. Habría podido ser un agitador, un buen orador o un periodista, pero carecía de la habilidad que se necesita para mandar las tropas en el frente, por ejemplo. Resulta natural imaginar que Jesús, como hombre religioso que era, creería profundamente en las teorías de Marx e incluso puede que las mejorase conforme a sus propios puntos de vista y su filosofía.

»Al ser aplastada la rebelión, seguro que Jesús nunca habría huido a la Unión Soviética, a la manera de los cabecillas rojos finlandeses, ni se hubiese quedado allí para más tarde fundar el Partido Comunista Finlandés, sino que al llegar la derrota se habría rendido sin condiciones a los blancos, al igual que lo hicieron miles de combatientes rojos, hombres y mujeres. Con toda seguridad lo hubiesen arrastrado al borde de alguna fosa abierta para ejecutarlo de un tiro. La cuestión de si al tercer día habría resucitado de entre los muertos o no, queda abierta a las suposiciones. Probablemente, eso es lo que los rojos hubiesen pretendido, al igual que en su momento lo hicieron sus discípulos, allá en Israel.

»De haber sobrevivido a las ejecuciones sumarias, le habrían llevado ante un tribunal de excepción y la condena hubiese sido a muerte o a cadena perpetua y, en ese caso, lo hubiesen encerrado primero en la fortaleza de Suomenlinna, para luego trasladarlo al campo de trabajo de Tammisaari, un terreno de lo más fructífero para continuar con sus escritos políticos y sus actividades clandestinas. Sin lugar a dudas, habría acabado siendo un héroe nacional para los rojos, y es más que probable que en ese caso Otto Ville Kuusinen nunca hubiese tenido acceso a una posición de tanta responsabilidad dentro del movimiento comunista internacional.

»Por consiguiente, es de suponer que Cristo habría terminado derrocando a Stalin y, una de dos, lo hubiese desterrado o mandado ejecutar. Así, el comunismo internacional habría tomado un derrotero muy diferente, caracterizado por el humanismo y la virtud, y nunca hubiese fracasado. Es una lástima que Jesús no

participase en la guerra civil finlandesa. Pero tal vez éste sea un ejemplo de la omnipotencia de Dios Todopoderoso.»

A principios de agosto, el pastor Huuskonen dejó a Lucifer al cuidado de Saimi Rehkoila y se fue a Helsinki. Tras registrarse en el Hotel Intercontinental, se dirigió al obispado para presentarse ante el capítulo. Eran las once y tenía cita en el despacho del asesor jurídico Ilkka Hanhilainen, en el paseo de Bulevardi. También estaba presente Uolevi Ketterström, obispo de la diócesis. Hanhilainen era un sesentón calvo y jovial, mientras que por su parte Ketterström era alto y correoso al estilo de algunos deportistas, aunque bastante paliducho. Daba la impresión de ser un sujeto difícil. El despacho del asesor era amplio y estaba presidido por un escritorio de caoba. Al otro lado, delante de la biblioteca, había un tresillo de cuero gastado y sobre una mesita se bailaba dispuesto el café, acompañado de unas deliciosas pastitas de la cercana confitería Ekberg.

Tanto el obispo como el asesor se levantaron para recibir al pastor deshaciéndose en sonrisas y le estrecharon la mano con fuerza y calidez, con lo que Huuskonen dedujo que aquella vez la cosa iba en serio. Los clérigos, cuanto más simpáticos, peores intenciones albergan.

—Hermano Oskari, ¿no quieres un bomboncito? Éstos están recién traídos de Porvoo, nada menos que de la fábrica de Brunberg, un capricho celestial…

Pero Huuskonen los rechazó. Lo que él quería era ir al grano lo antes posible y dejarse de pamplinas chocolateras.

—Pues sí, pues sí…, ésta es ciertamente una situación muy delicada —empezó el obispo Ketterström.

—Totalmente cierto, muy, muy delicada, delicadísima, diría yo —corroboró el asesor jurídico.

El obispo empezó a excusarse hipócritamente, y le aclaró a Huuskonen que ni la Iglesia ni él tenían nada malo que decir ni opinar sobre su vida privada, ya que ésta era únicamente asunto suyo y nada más que suyo…

—Pero, chico, es que nos han venido con el cuento de que tienes dos, y hasta pudiera ser que tres hijos ilegítimos repartidos por la parroquia de Nummenpää y que, encima, te dedicas a predicar sobre lo que se te canta, sin prestar atención a los textos del día recomendados por la Iglesia.

—Y que se te ve por ahí con un cachorro de oso que va dejando mojones hasta en la sacristía… y que durante los servicios religiosos el bicho en cuestión se dedica a retozar por la iglesia, asustando a los fieles de la congregación. Pero todo esto es pecata minuta, cosas sin importancia, de las que aquí, en el obispado, ni nos preocupamos —comentó Ketterström amistosamente y con un tonillo caritativo.

—También ha llegado a nuestros oídos que te ha dado por el lanzamiento de jabalina en pozo y tampoco nos importa, porque Dios nos libre de meternos con las aficiones deportivas de la gente, por muy raritas que éstas sean. La Iglesia luterana de

Finlandia dispone de un gran corazón y es famosa por su tolerancia —aseveró el asesor en tono comprensivo.

—Pero lo de tus artículos, Oskari… ¡Parecen fruto del delirio! —dijo desolado el obispo.

—Y el último que has publicado, el que salió en *Noticias de Salo*…, ¡desgraciado, es un desatino! —exclamó quejumbroso el asesor jurídico.

—En él das a entender, entre otras lindezas, que Jesús fue una especie de rebelde, comunista para más señas —continuó el obispo—. Y tienes los lereles, ¡encima!, de afirmar que los discípulos y los apóstoles no eran sino los cabecillas de un comando guerrillero paramilitar y que el Mesías fue un revolucionario sediento de poder, cuyo objetivo no era otro que conseguir la independencia de Israel y hacerse con la corona.

Hicieron un descanso para tomarse el café, y mientras mordisqueaba una pastita, el obispo declaró por fin:

—Es el mismísimo Demonio quien suele inspirar esta clase de escritos, lo puedo decir más alto, pero no más claro. Con tu articulito de marras has hecho quedar mal a la Iglesia luterana de Finlandia, cuestionas el núcleo central de la fe religiosa y te pasas por el forro el mensaje de misericordia y reconciliación de Nuestro Señor. Vamos, hijo mío, es tan irreverente y grotesco como sostener que la Virgen María no fue virgen.

El pastor Huuskonen les echó una mirada cerril a sus interlocutores y gruñó:

—¡Y cómo iba a serlo! A ver, explicadme cómo hizo el Espíritu Santo para dejar embarazada a una mujer, listos. No me negaréis que la cosa tiene un ligero tufillo a inseminación artificial.

Tras un ligero carraspeo, el asesor jurídico dijo que probablemente él, Huuskonen, sabía más del asunto, ya que llevaba sembrados aquí y allá unos cuantos hijos adulterinos.

Ahí fue cuando al pastor se le empezaron a hinchar las narices y preguntó a bocajarro por qué le habían llamado realmente a capítulo. ¿Querían solamente enderezarlo, o se trataba más bien de infligirle algún tipo de sanción concreta, prohibirle predicar, por ejemplo, o suspenderle en su puesto de párroco?

—Que no, que no se trata de eso —suspiró el obispo Ketterström—. Estos asuntos son de una delicadeza tan extrema, que opino que deberíamos llegar a un arreglo amistoso.

—Hermano Oskari, te queremos proponer que durante un tiempo te abstengas de escribir en los diarios.

—La libertad de opinión también atañe a los curas —observó Huuskonen.

—¡Cierto! —exclamó el obispo, rebosante de júbilo—. Especialmente la libertad de predicar el mensaje divino, sólo que el mensaje debe ser conforme a lo dictado por la Iglesia y ha de inscribirse dentro de sus límites, o sea, que no vale sacarse las cosas de la manga. No puede haber interpretaciones diferentes sobre las cuestiones de fe. Hay que vivir según los dogmas de nuestra Iglesia. Sin ir más lejos, en las

congregaciones primitivas…

—En aquellos tiempos cualquier imbécil podía decir lo que se le cantase y, encima, grabar sus majaderías en tablillas de barro —objetó Huuskonen.

—Aquellos tiempos son agua pasada —repuso el asesor jurídico—. Además, la Biblia sigue imperando por la fuerza de su verdad sagrada, eso no se puede negar.

—Y su prosa es de mejor calidad que la de esos panfletos que te publican en *Noticias de Salo*, tendrás que reconocerlo —afirmó el obispo Ketterström con vehemencia.

Huuskonen admitió de buen grado que ahí llevaba razón. Sin embargo, en aquella ocasión se negó a aceptar la censura del asesor y del obispo y les informó de que continuaría en su línea mientras le pareciese necesario, aunque les hizo la siguiente proposición:

—Vamos a quedar en que, por este otoño al menos, voy a dejarme de aficiones periodísticas. Anda que no tengo yo cosas que hacer, como para estarme aquí de cháchara con vosotros. Por ejemplo, poner a mi oso a dormir, que ya viene el invierno.

Con gran alivio, el asesor y el obispo le sirvieron más café.

—Si lo he entendido bien, piensas quedarte con el oso —le preguntó el obispo, satisfecho por el compromiso obtenido.

Huuskonen admitió que ya se había hecho a la presencia del cachorrillo y que ni se le había pasado por la cabeza matarlo. A su mujer no es que le gustase mucho, pero le había encontrado al osezno un hogar adoptivo en casa de una viuda que estaba de luto.

—¿Y cómo se llama el oso…? —preguntó el obispo con complacencia.

—Lucifer.

En opinión del obispo Ketterström, el nombre le iba que ni pintado a una alimaña.

—Las fieras son como diablos, según como se mire. Esta diócesis no tiene nada en contra de ese animal, ni de su nombre. Por nuestra parte, como si se llama Belcebú.

7. DONDE UN OSO DE PELUCHE LE SALVA LA VIDA AL PASTOR

El pastor Huuskonen tomó la costumbre de llevarse a Lucifer a los servicios dominicales y demás actos religiosos de la parroquia, ya fueran bautizos, funerales o bodas. Al principio encerraba al cachorro en la sacristía, pero a éste no le gustaba estar solo y entonces Oskari empezó a dejarle entrar en la iglesia, donde normalmente mantenía la compostura, tal y como corresponde hacer en la casa del Señor. Pero la naturaleza retozona del cachorrillo y su inagotable curiosidad triunfaban a veces, y lo mismo acababa subido a la tribuna del órgano que correteaba por los pasillos; otras veces trepaba hasta el púlpito y, escondido tras la barandilla, se dedicaba a observar desde arriba a los fieles congregados. Al principio se asustaba un poco del sonido del órgano, pero pronto se acostumbró a sus grandiosos mugidos y hasta parecía escuchar los himnos con gran recogimiento. Y seguramente le hubiese gustado unirse a los cánticos, pero los osos no saben cantar, aunque ganas no les falten.

Tan encantador y retozón era el osito, que terminó por convertirse en el juguete de toda la parroquia, haciendo de las suyas bajo la mirada complacida de los feligreses, que ya no se extrañaban de verle hacer volatines por el templo. Al contrario, este último se llenaba cada domingo de fieles que seguían con arrobo las hazañas del cachorro y pronto hubo más feligreses en Nummenpää que en cualquier otra iglesia de la diócesis de Helsinki, lo cual no era ningún milagro, ya que daba gloria ver la de cosas que se le podían llegar a ocurrir a Lucifer y contemplarlo en plena acción era como ver uno de esos documentales de fauna que ponían por la tele, sólo que mejor, porque era en vivo y en directo, más natural, claro. Y los fogosos sermones del pastor Huuskonen tampoco estaban tan mal, después de todo.

La reprimenda del obispo fue para Oskari una experiencia tan perturbadora, que se puso a predicar con más testarudez si cabe. Su actitud se volvió aún más desafiante, porque cuanto más le presionaban, más se empecinaba, siendo, como quien dice, capaz de hundir las paredes a cabezazos.

Cierto domingo de septiembre, el pastor se sulfuró de veras y en pleno cabreo hizo una terrible declaración. A grandes voces, tal como era su costumbre, les confesó a sus feligreses que, si alguien había perdido la devoción y la fe en Jesucristo, en Dios Todopoderoso y en el Espíritu Santo, ése era él.

—¡Soy un pecador y así me siento y, lo que es peor, junto con la fe he perdido las ganas de vivir y la alegría y me he convertido en un cínico detestable que se revuelca en el lodo de sus pecados!

La pastora, sentada en la primera fila, se removió incómoda en su asiento. ¡Virgen Santa, mira que írsele otra vez la olla a ese hombre…! Los feligreses, como siempre en esos casos, escucharon con las orejas rojas la soflama autoinculpatoria del pastor, durante la cual ni siquiera Lucifer se atrevió a respirar. Huuskonen sospechó que

estaba dando su último sermón en aquella parroquia. ¿Algún sacerdote había confesado sus pecados desde las alturas del púlpito antes que él? No tenía conocimiento de ello, pero era precisamente lo que él estaba haciendo en ese momento y, encima, desgañitándose. Tras el servicio se quedó en tensión, esperando las reacciones de la parroquia. Las consecuencias podían ser graves, desde la suspensión de su cargo hasta la prohibición de predicar. Sus cincuenta años le habían cundido mucho dando sermones, pero de qué había servido… De nada. Lo mismo hubiese dado que se los pasara con la boca cerrada, o al menos ésa era la impresión que tenía, a su edad.

Nada más acabar el oficio, los feligreses que se hallaban sentados en las primeras filas se levantaron y acudieron a estrechar la mano de su párroco, felicitándole por el emotivo y recio sermón. Lauri Kaakkuri, portavoz del consejo parroquial y consejero de agricultura de la zona, le confesó con gran admiración:

—¡Hay que ver, Oskari, eres una fiera predicando! Es que de la emoción hasta se me han saltado las lágrimas. Con qué dramatismo has hablado de esos pecados que todos los mortales compartimos. ¡Te felicito y deseo que continúes igual, por muchos años!

Taina Säärelä, la presidenta de la Asociación de Amigos del Coro Parroquial, gorjeó encantada:

—¡Cómo te implicas, cómo te mojas, Oskari Huuskonen! ¡Yo siempre digo que lo tuyo es un don divino!

Ya en la sacristía, la coadjutora Sari Lankinen se acercó a decirle que le gustaría aprender a predicar con la pasión con que él lo hacía. ¿Podía acaso él, Oskari Huuskonen, darle unos cuantos consejos paternales a ella, su joven e inexperta hermana?

—Hija mía, la vida de un sacerdote ha de ser fuente de inspiración para sus sermones —observó Oskari ingeniosamente.

Era un consejo bien dado. La pastora Lankinen se quedó pensativa: estaba claro que lo que le hacía falta era decidirse de una vez por todas a pecar un poco para así tener algo que confesar, extraviarse como un corderito más por este valle de lágrimas para más tarde caer de rodillas con un arrepentimiento sincero que la ennobleciera. Aunque, pensándolo mejor, lanzarse a la senda del pecado era algo que aterraba a la joven e inocente pastora, así que decidió posponer prudentemente el proyecto y dejarlo para más adelante.

Y así fue como el pastor Huuskonen continuó con su peculiar apostolado en la parroquia de Nummenpää. Sus homilías eran atinadas y los feligreses se las agradecían. Oskari se dio cuenta de que también los curas podían hablar con claridad si lo deseaban y que ello no debilitaba el alcance del mensaje divino, al contrario: los fieles escuchaban atentos y seguían con interés lo que su pastor tenía que decirles.

No pasaron muchas semanas antes de que los rumores sobre los sermones de Huuskonen llegasen a oídos del obispo de la diócesis, Uolevi Ketterström. Así que el

tozudo de Huuskonen continuaba erre que erre con sus soflamas… Lo habían llamado a capítulo hacía nada y, a fuerza de apretarle las tuercas, le habían sacado la promesa de no volver a escribir insensateces en los periódicos. Pero ahora resultaba que el tipo seguía voceando sus desatinos, esta vez desde el púlpito y, lo que era aún peor, al parecer se le llenaba el chiringuito hasta arriba cada domingo. El obispo decidió ir a Nummenpää para ver si lograba poner freno a los desmanes del pastor, felicitándose por lo oportuno del momento, ya que estaba a punto de levantarse la veda del alce y a lo mejor allí se le presentaba la ocasión de participar en alguna cacería. Ketterström era un entusiasta de la caza en general, pero la del alce era la que más le emocionaba. Para ir adelantando, llamó a uno de sus amiguetes, el teniente coronel Hannes Roikonen, el cual tenía una villa y derechos de caza en Nummenpää, y acordaron organizar una montería la primera semana en que se levantase la veda.

Mientras tanto, en su parroquia, el pastor Huuskonen observó que con la llegada del otoño, el apetito de Lucifer había aumentado de manera admirable. Sin esfuerzo alguno, era capaz de zamparse de una sentada un par de kilos de salchicha de segunda clase, para, al cabo de un par de horas, ponerse otra vez a mendigar comida con insistencia. El cachorro había crecido mucho durante el verano y ya era del tamaño de un perro grande. La expresión de su cara se había vuelto más torva y ya no era tan dado a los retozos como a principios del verano. Comía como una fiera, preparándose para el sueño invernal. La pastora no hacía más que quejarse por el dinero que se les iba en toda aquella comida, que, por cierto, ella era la encargada de traer a diario, cargando sola con las bolsas del supermercado llenas a reventar, cual madre de familia numerosa. Como Lucifer constituía el motivo principal de las cada vez más frecuentes y violentas peleas del matrimonio, Oskari decidió que era más prudente dejarlo al cuidado de la granjera Saimi Rehkoila.

Oskari llamó por teléfono a los zoológicos de Korkeasaari y Ähtäri y preguntó si podían acoger a un osezno macho bien educado para que hibernase. Había engordado a conciencia y ya estaba venga que bostezar. No sabía qué hacer con él y no disponía de osera alguna ni de osa que lo durmiese.

Si en primavera ningún zoológico había querido hacerse cargo de él, en otoño se mostraron aún más reticentes, poniendo como excusa que las osas no aceptaban cachorros ajenos en sus madrigueras y que, además, el sueño de los osos en los zoológicos no era profundo y eran muchos los que permanecían despiertos todo el invierno, ya que no se les podía ofrecer una tranquilidad ni un silencio constantes. Los expertos le aconsejaron que o bien lo matase antes del invierno, o bien le construyese algún tipo de cubil que fuese lo suficientemente cómodo y tranquilo para que pudiese hibernar.

—Vale, pero ¿cómo hago para que se duerma?

—Eso ya se las trae… Mire, cómprele el oso de peluche más grande que encuentre y enséñele a que duerma con él, qué quiere que le diga. No le puedo aconsejar mejor, porque en Finlandia no disponemos de muchos estudios sobre el

tema, ¿sabe?

Huuskonen hizo una última llamada al zoológico de la Universidad de Oulu y allí le recomendaron que construyese la osera en algún terreno apacible. Una etóloga que se apellidaba Sammalisto le explicó cómo eran los cubiles de los osos en la naturaleza y Huuskonen anotó todos sus consejos.

Puso manos a la obra y llamó a todas las jugueterías de Helsinki, tratando de encontrarle a Lucifer el oso de peluche más grande que hubiese. Ositos pequeños los había a patadas, pero encontrar uno del tamaño de una osa adulta fue un reto. Por fin, en el departamento de juguetes de los grandes almacenes Stockmann le atendieron:

—Bueno…, entonces dice usted que desearía un oso de peluche de entre uno cuarenta y dos metros de alto y de setenta centímetros o un metro de ancho. Y, dígame, ¿quién tiene ganas de jugar con semejante mostrenco? Perdone, pero vaya niños que debe de tener usted, señor pastor.

—Oiga, menos cachondeo.

—Perdón, perdón.

—El pelo de un oso adulto puede llegar a crecer hasta veinte centímetros, ¿tiene algo que se le parezca?

Resultó que en los grandes almacenes sí que había un oso de aquellas características, que había sido usado después de la guerra en la decoración de Navidad de alguno de los escaparates y cuyas medidas coincidían con las deseadas. Eso sí, tenía la pelambre más corta de lo que al pastor le hubiese gustado y puede que estuviera algo raído y descolorido, porque era más viejo que Matusalén.

El pastor Huuskonen decidió acercarse al día siguiente a Helsinki para comprar el que, al parecer, era el oso de peluche más grande de Finlandia. La pastora se animó a viajar con él. Le encantaba ir a la capital siempre que podía y no sólo para las visitas de rutina a su ginecólogo. Oskari aparcó el coche junto a la estación de ferrocarriles y acto seguido se fueron a Stockmann muy impacientes.

—Y allí pienso hablar todo el tiempo en sueco, para que te enteres —le advirtió la pastora, que por algo era licenciada y quería darse pisto.

—¿Y eso por qué? Como si no supieras hablar finés…

—Eso es lo que hace una señora como Dios manda cuando va a Stockmann, cazurro, que eres un cazurro.

Después de sacudirle bien el polvo que había acumulado durante decenas de años en el almacén, les llevaron el oso gigante a las dependencias de decoración de escaparates, sitas en la primera planta, y se pusieron a hablar del precio con un encargado.

—No se lo vamos a dejar muy caro. ¿Les parece bien diez mil marcos?

—*Härre guud!* —exclamó la pastora en sueco, para hacerse la fina—. ¡Dios Santo! ¡Pero si vale tanto como un piano!

El dependiente le hizo notar que tanto la cabeza como los miembros del oso podían girarse en todas direcciones y que éstos, además, estaban articulados como los

de los maniquíes, así que se lo podía poner a dormir si se quería y en su regazo podía meterse a dormir un osezno.

—Ayer nos dijo usted por teléfono que tenía que servirle a un cachorro de sustituto de la madre. ¿No le parece que queda muy natural?

—Le podría pagar tres mil marcos, pero no más. Es que los pastores tenemos unos sueldos muy modestos y he tenido muchos gastos por culpa del cachorrillo. No vea lo que zampa, es una fiera.

—Los osos, ¡menudos zampabollos! Estoy deseando que se vaya a dormir lo antes posible y no dé la lata en todo el invierno, a ver si yo también puedo descansar un poco —se quejó la pastora.

Acordaron dejar el precio en tres mil marcos, entre otras cosas porque a Stockmann le interesaba mantener sus buenas relaciones con el clero. ¿El pastor y la pastora tenían el coche cerca, o deseaban que la madre sustituta les fuese enviada directamente a la madriguera del quinto pino de Nummenpää? Porque, en ese caso, el transporte iba a salirles como poco por dos mil marcos y cuanto más hubiese que adentrarse con ella en el bosque…, suma y sigue.

El pastor contestó que él no tenía recursos para pagar semejantes gastos por el flete. Así que, ni corto ni perezoso, se cargó el muñeco a la espalda y echó a andar hacia el aparcamiento de la estación. Ni siquiera hizo falta que se lo envolvieran, pero de todos modos le pegaron en una pata la etiqueta distintiva de los grandes almacenes, para que los Huuskonen pudieran salir de allí con el orgullo bien alto.

—¡Qué vergüenza, venir aquí a comprar peluches apolillados! —bufó la pastora, en finés, naturalmente, porque ya estaban en la calle.

El bicho pesaba lo suyo y era más grande que un demonio. Las patas de atrás iban arrastrando por el empedrado de la calle y la enorme cabeza le impedía la visión al pastor. Como no cabían por la acera, por culpa de la anchura de la carga, éste tuvo que bajar a la calzada. También a él le avergonzaba pasearse de aquella guisa por Helsinki, pero qué podía hacer. A un cura pobre y amante de la naturaleza como era Oskari, no le quedaba más remedio que apechugar. La pastora, que se negó a ayudarle, echó a andar por la acera de la avenida central de Mannerheimintie, fingiendo no conocer de nada a aquel tipo que iba dando trompicones con un oso descomunal echado a la espalda y haciendo el ridículo más espantoso.

El pastor decidió cargar con el oso hasta su coche, que estaba aparcado entre la manzana de los grandes almacenes Sokos y la de Correos. Calculó que la mejor manera de llegar hasta allí sería ir siguiendo los raíles del tranvía, ya que no veía más que el suelo y era evidente que a su mujer le daba vergüenza hacerle de lazarillo. Durante los primeros doscientos metros todo fue bien, pero al llegar a la esquina de Correos, la cosa se torció, y de qué manera.

—¡Por Dios! ¡El muy estúpido se va a meter debajo del tranvía! —chilló la pastora.

Sin comerlo ni beberlo, el tranvía número tres surgió de detrás de la esquina,

circulando en el mismo sentido que Oskari, sólo que éste no lo vio hasta que no lo tuvo literalmente encima. El zambombazo que se oyó fue tremebundo, y de no haber actuado como amortiguador el peluche gigante, Oskari hubiese muerto aplastado *in situ*. Por el contrario, lo que sucedió fue que a consecuencia del impacto, pastor y oso rebotaron y, trastabillando, fueron a caer con suavidad delante del vehículo, el cual los empujó todavía unos veinte metros antes de detenerse del todo. El conductor, completamente lívido del susto, se bajó para comprobar si había supervivientes.

—¡Oskari, cariño, no te habrás muerto! —gemía la pastora zarandeando al pastor para que se espabilara.

Pero a Oskari no le pasaba nada. El oso de peluche le había librado de una muerte segura. Levantando los ojos al cielo, dio gracias a Dios por haberle salvado. El hombre reconoce a Su Señor en el momento de la verdad…, y al pastor le quedaba al menos un ápice de su antiguo fervor del que echar mano llegado el momento, como era el caso.

Al oso de peluche se le había reventado una de las patas por la costura y tenía el trasero polvoriento. La gente se empezó a agolpar a su alrededor y a lo lejos se oyó el aullido de una ambulancia. «Lo que faltaba», suspiró el pastor, y lo mismo pensó Saara. Inmediatamente se puso en pie y, echándose de nuevo el peluche a la espalda, salió trotando hacia su coche. Algunos curiosos le echaron una mano y hasta Saara agarró el peluche por una pata. Una vez en el aparcamiento, Huuskonen embutió el oso en el asiento trasero del coche y lo sentó, doblándole las patas para que cupiese, luego cerró la puerta de golpe y arrancó rumbo a Nummenpää. Desde el asiento de atrás, el oso de peluche les sonreía con cara picarona a los Huuskonen, que iban la mar de serios.

8. DONDE UN ALCE ES FULMINADO Y UN OBISPO, ENSARTADO

Era un miércoles como tantos otros, y al pastor Huuskonen le tocaba presidir la reunión con los trabajadores de la parroquia, que solía celebrarse a las nueve de la mañana. Se hallaban presentes la coadjutora, Sari Lankinen, y el organista, Teemu Minkkinen, un cuarentón que había sido hippy y porrero en sus tiempos mozos y que, a pesar de su talento y sus dones musicales, había terminado yendo a parar a aquella parroquia dejada de la mano de Dios. Participaban también en la reunión la diaconisa Helmi Saranpää, una mujer mayor y muy agradable y la monitora de actividades juveniles, Katariina Malinen, una mujer medio exaltada, que en sus comienzos en la parroquia se había empeñado en organizar sesiones de gospel para atraer a los jóvenes de la comunidad. El pastor le dijo que si los himnos de toda la vida no les bastaban, también podían probar a hacer sesiones de vudú ante el altar.

En la reunión se procedió a la revisión de una o dos de las tareas pendientes para la semana entrante. Les echaron un vistazo a los catálogos de maquinaria de Valmet y opinaron unánimemente que mecanizar la excavación de tumbas era una buena decisión, teniendo en cuenta que el aumento de la mortalidad —debido a la avanzada edad de gran parte de la población— le acarreaba al enterrador un exceso de trabajo. La monitora de actividades juveniles les informó de que no se habían encontrado drogas en el campamento de catequesis de verano, asunto del que todos tomaron nota con satisfacción.

Acabada la reunión, el pastor se puso a redactar el orden del día para la asamblea del consejo parroquial, tras lo cual acudió presuroso a la residencia de ancianos para dirigir el rezo diario. A veces, mientras contemplaba a los viejecitos, y más que nada por pasar el rato, Oskari se entretenía en adivinar en qué orden iba a celebrar sus exequias. Con el tiempo los sacerdotes se vuelven expertos en detectar la cercanía de la muerte y Huuskonen raramente dejaba de atinar con sus pronósticos. Se le daba incluso mejor que al personal del centro de salud, sin contar al doctor Sorjonen, que era un hacha en la materia.

Por la tarde le tocó hacer de animador de un debate en el Club de Hombres Jubilados, bajo el lema «Primeras señales del envejecimiento psicológico en hombres y mujeres», un tema sobre el que los abueletes demostraron tener muchas opiniones y puntos de vista, en su mayor parte de un machismo difícil de creer, si uno no estaba muy curtido. Y en eso se le fue el día.

Mientras todo esto sucedía, el obispo Uolevi Ketterström había llegado en su coche oficial a la villa que el teniente coronel Roikonen tenía en Nummenpää. Tras cambiar su atuendo eclesiástico por otro de cazador, más acorde a las circunstancias, se dirigió a la sala, donde dio cuenta del contundente almuerzo de caza que su anfitrión había dispuesto sobre una gran mesa hecha de troncos de pino aserrados a lo

largo. Y luego, tras la limpieza previa de las armas, ¡a cazar! Al obispo le dieron un buen puesto, en la zona oriental de las tierras que rodeaban la loma de Nummiharju. La partida de caza del teniente coronel disponía de una cuota de tres piezas y decidieron que ese día lo intentarían con una cría y un alce adulto.

Ketterström se hallaba a la sombra de una roca cubierta de liquen, observando el pequeño retazo de prado que se abría ante él y en cuyo límite crecía un ralo bosquecillo de abedules. Más allá brillaba la serena superficie de un estanque y a la derecha del bosquecillo se levantaba un montículo rocoso. Los alces acostumbraban a utilizar el angosto terreno entre el estanque y el promontorio como ruta de paso, así que aquel puesto era el ideal para sus propósitos.

El lugar estaba en silencio y el día de septiembre, seco y nublado, era un regalo para la vista. Las hojas de los abedules no amarilleaban aún, pero tan pronto cayese la primera helada nocturna, los colores se volverían rojizos y podría decirse que había llegado el otoño.

Al verse en aquel silencio, en medio de la naturaleza, el obispo se sintió invadido por la emoción: ¡qué hermosa era Finlandia! No en vano muchos decían que para los finlandeses el bosque era un templo. Allí uno se sentía parte del silencio, los pensamientos fluían ligeros y libres, y un recogimiento casi sagrado envolvía el espíritu.

Dos cornejas sobrevolaron el prado, impacientando un poco al obispo: ¿qué se les había perdido en el templo del Señor a semejantes pajarracos? Ganas le dieron de pegarles un tiro en pleno vuelo, pero tuvo que contenerse, primero porque hubiera sido muy difícil acertarles a aquellos avechuchos con un rifle de cazar alces, y segundo porque a lo que había venido era a una cacería seria y los disparos hubiesen ahuyentado a los alces que los ojeadores habían levantado. Además, las cornejas también eran criaturas del Señor, aunque, para ser más exactos, su existencia y su capacidad de volar se debían a la evolución, una evolución orquestada, naturalmente, por el Creador de los cielos y la tierra, que era quien dirigía el desarrollo de las especies. Al obispo le importaba un pito en qué momento exacto empezaba o acababa la creación, ya que, en su opinión, Dios estaba siempre creando, dale que dale. Otra cosa era que el hombre se diese cuenta de ello, ya que la evolución era extremadamente lenta. «Los molinos del Señor muelen despacio», pensó el obispo, acordándose del dicho.

De repente le corrió un pequeño escalofrío por la espalda. A ver si el alce aparecía de una santa vez y por fin podía pegar un par de tiros. ¿Habrían encontrado ya los ojeadores algún animal que levantar? El teniente coronel era veinte años más joven que él. Se habían conocido con motivo de unas convivencias, cuyo tema era la doctrina luterana de los dos reinos, el temporal y el espiritual. Llevaban años cazando en las mismas partidas de gente importante y colaborando en asuntos oficiales.

La Iglesia luterana y las fuerzas armadas se llevaban mejor de lo que la gente creía. El consuelo espiritual es de gran importancia en las guerras; el que un herido

pudiera recibir la bendición de su capellán castrense antes de exhalar su último suspiro era algo digno de ser valorado. Por no hablar de cuando los caídos eran devueltos a casa para ser enterrados con todos los honores que, como héroes de la patria, se merecían. ¿Quién, sino los capellanes, se encargaban de la ardua tarea de reconocer y clasificar a los caídos? Y llegado el caso, un cura castrense sabía muy bien cómo disparar un fusil. Así era: la Palabra y la espada al servicio de una buena causa, la defensa de la patria y el hogar. No había que olvidar que Dios era también el Señor de la Cólera y la Venganza, así como de la Guerra. Nuestro Dios es nuestra fortaleza, siempre sólidos sus muros…

En los desatinados años sesenta y setenta, la juventud había arrastrado aquellas verdades por el fango, pero ahora, por fin, se podía volver a llamar al pan, pan y al vino, vino sin temor alguno. Muchos agitadores estalinistas de antaño que se habían confesado con él le habían contado que, en tiempos, se habían dedicado a blasfemar… y todo por nada, porque era una moda y sus compañeros les instigaban. Pero qué bien que al final se arrepintiesen…; el obispo Ketterström les daba siempre su bendición, porque no era hombre de andarse con rencores.

Un día que el teniente coronel Hannes Roikonen estaba con una resaca espantosa, le había pedido que le confesase. En la intimidad del refugio de campaña, el militar arrepentido se puso a hablarle de sus cosas con los ojos anegados en lágrimas. Se trataba de un asunto francamente escabroso. Al parecer, había tenido relaciones carnales con Saara Huuskonen, la pastora. Y ardientes, para más inri.

Vaya usted a saber si aquello era cierto… Las mujeres de los curas no solían ser muy dadas al adulterio, aunque si el pretendiente era un teniente coronel, quién sabe…, tal vez la cosa funcionase.

Inevitablemente le vino a la mente la cara de Oskari Huuskonen y de inmediato el hechizo de la Madre Naturaleza saltó por los aires hecho pedazos. Desde luego, el tal Huuskonen era un cenizo de cuidado. Vamos, que no era de extrañar que la buena señora lo coronase de vez en cuando. A decir verdad, se lo merecía. Ah…, si pudiese hacer algo para que él se enterase… Lo malo era el secreto de confesión, porque por muy obispo que fuera no se atrevía a violarlo.

Justo cuando maldecía a Huuskonen, llegó a sus oídos un chasquido de ramas rotas proveniente del bosquecillo de abedules. Una hembra de alce irrumpió en el límite del bosque y, mirando desesperada en todas direcciones, intentó atravesar el claro al galope.

El rifle del obispo Ketterström tronó. La reina de los bosques cayó de rodillas y giró la cabeza en dirección a él, luego se desplomó de costado y, agitando las pezuñas en el aire, echó su último aliento. El obispo disparó dos tiros más de aviso: había cobrado su pieza.

Aquella noche, después de lavarse la sangre de las manos y cambiarse de ropa, Uolevi Ketterström y el teniente coronel Hannes Roikonen se presentaron en la rectoría, preguntando por el pastor Huuskonen. La pastora les invitó a entrar,

ofreciéndoles un licor para celebrar el éxito de su cacería, pero como no estaba el amo de la casa, no quisieron entretenerse más.

—Seguro que Oskari está en Rekitaipale entrenándose. Ultimamente va mucho por las tardes a lanzar jabalinas.

Y a Rekitaipale se fueron. Cuando llegaron a la granja que la pastora les había indicado, ya estaba oscuro. Los de la casa les dijeron que Huuskonen estaba en el pozo, pero que mejor no se acercasen, porque podía resultar peligroso. El obispo, que era medio bobo, no entendía qué riesgo podía haber en echar un vistazo por encima del brocal. Atravesó el patio tan campante y, asomándose, susurró alegremente:

—Yuhuuuu… Oskariiii, ¿qué andas haciendo ahí abajo? ¡Venga, sal ya, chavalote!

De las profundidades surgió como una exhalación la jabalina, con su bengala encendida en la punta. Con un sonido repulsivo, la punta de acero le entró al primado por debajo de la clavícula derecha y, atravesándole los músculos, se le clavó en la paletilla. El obispo cayó al suelo de costado con la jabalina hincada en el pecho, agitando las piernas con frenesí. La bengala le había quemado los faldones de la camisa, dejándole el ombligo negro de hollín.

¡Qué terrible suceso! El teniente coronel se apresuró a llamar al doctor Sorjonen desde su teléfono móvil, y éste dijo que salía pitando hacia Rekitaipale, advirtiéndole que bajo ningún concepto se les ocurriera sacarle la jabalina de cuajo al obispo antes de que él llegara y lo examinase.

El galeno apareció al cuarto de hora y dijo que aquel caso era muy parecido al de Nätti-Jussi, el célebre leñador lapón, al que cierto día, después de una partida de cartas, un perdedor despechado le clavó un hacha en toda la cabeza. Como el médico de Kemijärvi no se atrevía a sacársela, porque tenía la hoja hundida hasta muy adentro, ordenó que trasladaran al paciente a Oulu para ser operado. Antes de que se lo llevaran a Oulu, Nätti-Jussi le rogó al médico que hiciera el favor de serrarle el mango al hacha, para que le entrase el gorro de piel, ya que estaban a menos de cuarenta grados bajo cero y tenía que ir en la trasera de la ambulancia, es decir, de la camioneta que hacía de ambulancia…

El doctor Sorjonen partió la jabalina y luego llevaron al obispo a la ambulancia, que acababa de llegar del centro médico de Nummenpää para llevárselo. Entonces recordaron que habían olvidado al pastor Huuskonen en el pozo. Roikonen sugirió que lo dejasen allí un par de días —o al menos hasta la mañana siguiente— para que le sirviera de lección. Ensartar a un obispo era una jugarreta tan gorda que de alguna forma había que castigarlo.

Pero los de la granja sacaron al pastor del pozo y éste se dirigió a toda prisa al hospital para interesarse por el obispo.

9. HORA DE HIBERNAR

Una vez en el centro médico de Nummenpää, el doctor Sorjonen le extrajo del pecho al obispo la punta de la jabalina, mientras éste jadeaba dolorido echado en la camilla. Junto a ella, Oskari Huuskonen, que se había colado en el quirófano, contemplaba la hazaña con sumo interés.

—Mmm…, una herida punzante bastante profunda y muy peculiar —murmuró Sorjonen mientras hurgaba con el dedo en el orificio que el proyectil había dejado en el pecho de Ketterström.

—¿Lo habría atravesado del todo de no haber estado en medio la paletilla? —preguntó Huuskonen con curiosidad.

—Oskari, no preguntes gilipolleces, haz el favor —le espetó el obispo, muy enfadado.

—Yo sólo he venido a interesarme por ti y a pedirte perdón. Todo ha sido culpa mía, tenía que haber organizado algún tipo de vigilancia junto al pozo para impedir que nadie asomase la gaita, como hiciste tú. ¿Es que no te lo advirtieron los de la casa?

El obispo se negó a continuar con aquella conversación y el doctor Sorjonen exhortó a Huuskonen a que se fuera, ya que quería terminar la cura con tranquilidad. Tras recitarle al herido unas palabras de consuelo, hizo amago de marcharse, pero volviendo sobre sus pasos le preguntó:

—Y digo yo: ¿estaría bien informar a la policía para dejar constancia formal de lo sucedido?

El obispo aulló que bajo ningún concepto, que ni se le ocurriese, que sólo quería olvidar para siempre jamás aquel odioso incidente, así que ¡amén y a tomar viento!

A la mañana siguiente, el herido fue trasladado a la Clínica de las Diaconisas de Helsinki para que se recuperase de su herida en el pecho. Según el pronóstico, iba a pasar bastante tiempo antes de que pudiese volver a dispararle a un alce o a un gorrión, ya que tenía la herida en el lugar exacto —un poco más abajo de la clavícula — donde el arma golpeaba con la fuerza del retroceso. Los médicos opinaban que, de todos modos, nada le impediría reincorporarse a la dirección de la diócesis al cabo de un par de semanas. La versión oficial del incidente era que el obispo había sufrido una lesión leve en el hombro durante una cacería, al tropezar y caer sobre un palo afilado que sobresalía del suelo. Tanto en el hospital como en el cabildo consideraron que tampoco es que fuese una mentira muy gorda, y que cambiar un pelín la verdad de los hechos era algo que ni siquiera resultaría ofensivo a oídos de Dios.

Aparentemente, el pastor Huuskonen continuaba ocupándose de su parroquia con normalidad, pero la verdad es que esperaba ansioso la reacción de la diócesis. Pero como pasado un tiempo no sucedió nada, se quedó tan fresco y volvió a sus aficiones. Además del lanzamiento vertical de jabalina, Oskari se había propuesto retomar sus estudios juveniles de astronomía. Cuanto más disminuía su fe en Dios, más

aumentaba su interés por el espacio y por la posibilidad de que éste estuviese habitado por otros seres inteligentes. Así que cuando llegó a sus oídos que en el Instituto Científico y Tecnológico Heureka organizaban una conferencia internacional sobre el espacio exterior, Huuskonen se las arregló para colarse en las conferencias y luego se leyó todos los folletos e informes que le dieron. Se enteró así de que a través de potentes radiotelescopios la humanidad llevaba más de veinte años a la escucha de las señales de radio provenientes del espacio exterior, por el momento sin resultados. Sin embargo, había científicos de probada solvencia que estaban convencidos de que el ser humano no era la única especie inteligente en la inmensidad del cosmos, cosa que el pastor también había empezado a pensar. Si Dios había creado al hombre, los animales, los vegetales y todo lo que había sobre la faz de la tierra, ¿por qué negar la posibilidad de que hubiese hecho lo mismo en algún otro punto de la inmensidad? Todas las galaxias y sistemas solares eran obra de Dios, no sólo el agusanado globo terráqueo.

Aparte de sus intereses astronómicos, Oskari se estaba dedicando a proyectar una madriguera para que Lucifer pudiera pasar el invierno calentito. Llamó por teléfono a varios expertos en el tema y se leyó todo lo que encontró en finés sobre depredadores, que era bastante. Incluso se compró *El oso pardo*, un hermoso libro con textos de un biólogo especializado en plantígrados, Eric S. Nyholm, y bellas ilustraciones del fotógrafo naturalista Eero Kemilä. También Sonja Sammalisto, una simpática investigadora de la Universidad de Oulu, le prodigó muy buenos consejos, como buenos fueron también los obtenidos en los zoológicos de Korkeasaari y Ähtäri.

Al principio Oskari pensó construir la osera en el patio de la rectoría, pero al enterarse de sus intenciones la pastora se puso hecha un basilisco.

—¡No, si tú has perdido el poco juicio que te quedaba! Y digo yo…, ya que estás, ¿por qué no se la haces en el hueco de la escalera, so necio? ¿Es que no te das cuenta de que con la llegada de la primavera de ese agujero puede salir cualquier fiera corrupia? Como no va a tener nada mejor que hacer, más que dormir y peerse, esa alimaña se va a pasar el invierno creciendo y, en cuanto se despierte, se nos va a zampar enteritos. ¡Será lo primero que haga!

No sirvió de nada, por mucho que Oskari intentase explicarle que los osos crecían muy poco durante la hibernación y que el sueño no los volvía especialmente salvajes.

—Me da lo mismo, te llevas a esa bestia a la granja de la tal Saimi, le construyes allí su madriguera, o lo que te salga de las narices, y a mí me dejas tranquila. ¡Ea, se acabaron los bichos en esta casa! ¡Y ya me estás sacando de aquí ese nido de pelusas! —vociferó la pastora, señalando el oso gigante de peluche que Oskari había dejado en el zaguán de la rectoría. Estaba apoyado en la pared y parecía divertirse con lo que estaba oyendo, a juzgar por su picara expresión.

A Saimi Rehkoila le pareció excelente que el pastor construyera la osera en su jardín. Éste tomó papel milimetrado, una regla y un rotulador y se puso a dibujar los croquis en su oficina. Decidió que haría la estructura de tablas de madera sin tratar,

de dos por cuatro pulgadas, y que usaría como aislante lana de roca en planchas de diez centímetros, de la marca El Oso, qué agradable coincidencia. El pastor pensó que diez metros cuadrados de planta serían suficientes. Los osos solían hacer madrigueras mucho más pequeñas, pero en aquélla tenían que caber —aparte de Lucifer— el oso de peluche y una persona, por si al cachorro le hacía falta al principio que lo arrullasen antes de dormirse. La forma era elíptica. Al fondo tenía que caber el oso de peluche en posición supina, con Lucifer en su regazo, y en el centro tenía que haber sitio para un colchón de espuma, destinado al acompañante. En la parte más ancha iría una abertura por donde una persona pudiese entrar y salir a gatas. Huuskonen decidió que la altura en el lado de Lucifer sería de setenta centímetros y de algo más de un metro en el lado «humano» de la madriguera.

Sonja Sammalisto, la etóloga de la Universidad de Oulu, le llamó para proponerle que trabajasen juntos. Ya que le iba a construir una osera en condiciones a su protegido, ¿qué le parecía si ella realizaba al mismo tiempo su investigación sobre las posibles reacciones del organismo del oso durante el proceso de hibernación? La universidad estaba dispuesta a participar en los gastos del proyecto y a proporcionarle la información necesaria para llevarlo a cabo. La etóloga estaba justamente preparando su tesina de licenciatura, que versaba sobre la hibernación y el letargo de los mamíferos en las zonas septentrionales. La que ahora se le presentaba era una oportunidad incomparable para recabar datos empíricos sobre el sueño de Lucifer.

La temperatura interior de la osera tenía que ser estable. El seguimiento de las funciones orgánicas del oso se llevaría a cabo mediante unos electrodos implantados en diferentes partes de su cuerpo y los datos obtenidos se irían introduciendo en la memoria de un ordenador, para ser analizados con posterioridad.

¡Qué estupendo! De repente el proyecto estaba cobrando una dimensión científica y Oskari ya no necesitaba tener miedo de convertirse en el hazmerreír de todo el mundo, con su oso y sus proyectos de construcción. Encantado, corrió a contarle a su esposa la oferta que le había hecho la universidad.

—Por lo que parece, este país está que se sale de chalados —le contestó ésta.

El pastor llamó al departamento de supervisión de la concejalía de obras del municipio, ya que deseaba saber si su proyecto requería de algún tipo de licencia oficial. El ingeniero Taavi Soininen se interesó al instante y le rogó que le enseñase los planos, por si podía echarle una mano.

Tanto fue su interés, que ambos, pastor e inspector de obras, acabaron trabajando juntos en la planificación.

—Por lo que veo, las medidas de temperatura dentro de una osera se corresponderían tal cual con las requeridas para una vivienda unifamiliar —pensaba Soininen en voz alta—. Sugiero que en el tejado instalemos una capa de veinte centímetros de lana de roca El Oso, además, claro está, de una capa de plástico que lo proteja del viento. ¿Será suficiente usar betún fieltro para el exterior del tejado, o había usted pensado hacerlo de chapa? En ese caso, la de acero galvanizado o

plastificado suele ser la más indicada y duradera. Lo único que, como la cubierta ha de tener forma elíptica, como si se tratase de un iglú, le va a hacer falta alguien entendido en la materia que sepa dársela. Es lo que tienen estos trabajos, que son muy difíciles. Y otra cosa: las lluvias de otoño y la techumbre de metal…, malo, porque el tamborileo no va a dejar dormir al oso.

—¿Y si le pusiéramos un tejado de tablillas y santas pascuas? —propuso el pastor.

—Es que las normas de seguridad contra incendios prohíben ese tipo de cubierta en las casas, quiero decir…, en las madrigueras en las que haya alguna instalación eléctrica.

Oskari le dijo que estaba claro que iban a necesitar electricidad en la osera, porque a ver quién era el guapo que aguantaba estar en completa oscuridad allí dentro, ya que a lo mejor pasaban semanas antes de que el osezno se durmiese. Sin libros la cosa podía ser mortal. Además, para la investigación científica era indispensable disponer de corriente.

—¿Y cañerías, le van a hacer falta?

—Pues no estaría mal, por lo menos para poder lavarse las manos y disponer de agua fresca sin tener que andar entrando y saliendo, y acabar despertando al bicho.

El inspector de obras le sugirió que instalase en el lado del acompañante un pequeño climatizador, como el que tenía un primo suyo en el apartamento de multipropiedad que se había comprado en Portugal.

—Es de lo más silencioso y no sale muy caro —elogió Soininen. Durante la semana de vacaciones que había pasado en casa de su primo, no había notado el más mínimo calor. Y en caso de necesitarlo, el climatizador podía usarse también para calentar la madriguera.

El pastor estaba de acuerdo sobre la importancia de disponer de una buena ventilación. Sin lugar a dudas un aparato así resultaría muy efectivo para renovar el aire viciado que con toda seguridad se acumularía en ella.

—Bueno, pues voy a dibujar el emplazamiento y la toma de aire para el climatizador. Ya puestos, se podría instalar un periscopio, ¿no le parece?

La idea no era mala. Así el acompañante de Lucifer podría echar un vistazo afuera siempre que le hiciese falta saber qué se cocía en el exterior, sin necesidad de andar vistiéndose para salir. La madriguera iba a ser como un submarino que navegase bajo la nieve por el país de los sueños, sin ventanas al mundo exterior.

—¿Y radio y teléfono?

—Pues claro. Y ambos con auriculares, para que al oso no lo despierten timbres ni músicas.

Sonja Sammalisto les informó de que le resultaba indispensable disponer de una línea de fax para sus investigaciones, así que también instalaron una en la madriguera.

Soininen prometió incluir en el plano un hueco para una nevera portátil. Estaría

situada en la zona del acompañante y así éste dispondría de cerveza y comida con sólo abrir una pequeña trampilla. ¿Y una chimenea o cocinilla, serían pertinentes? Dormir al osezno, junto con las correspondientes investigaciones, era algo que podía llevarles semanas. Durante ese tiempo una persona necesitaba comer caliente, a diferencia del oso amodorrado, que se conformaba con estar a gusto y peerse cuando le venía en gana.

—Creo que mejor pongo un microondas, que no hace ruido y es más apañado —decidió el pastor.

El inspector Soininen prometió tener listos los planos lo antes posible y encargarse de presentarlos personalmente ante la junta de revisiones.

—Para construir un habitáculo tan pequeño como éste no es que haga falta ningún permiso, pero como se trata de sentar un precedente, lo mejor es que lo revisen ellos. Aún tenemos que decidir bajo qué nombre registramos la madriguera, porque la ley de construcciones no entiende de oseras, así que estamos ante un problema burocrático.

—¿Valdría «refugio invernal para plantígrados»? —se le ocurrió al pastor, en un intento de ser útil. Soininen dijo que valía y añadió satisfecho que estaba seguro de ser el primer inspector en todo el mundo que tenía el honor de solicitar un permiso para la construcción de una osera.

—Y no le digo nada cuando traigamos el cañón de nieve de la estación de esquí y le metamos a ese tejado una buena capa de un metro de espesor…, va a quedar la mar de bien. Y muy natural, oiga.

10. DONDE A LUCIFER LE HACEN SU OSERA

A Lucifer casi se le descoyuntaban las quijadas bostezando mientras observaba cómo el lanzador de jabalina en verucal Jari Mäkelä le hacía su casa a martillazos. El osezno ni entendía, ni le importaba mucho lo que estaba pasando, pero le gustaba estar en medio del barullo, siguiendo a Oskari y al inspector Soininen por todas partes. La viuda Rehkoila le daba de vez en cuando alguna golosina, por ejemplo panceta ahumada, o pedazos de una salchicha muy gruesa. Otros días le preparaba una papilla con miel, de la que Lucifer se zampaba varios platos a lametones. Luego siempre le entraban muchas ganas de tumbarse por ahí.

Era ya finales de octubre y caía sin cesar una llovizna fría. La marca de Jari Mäkelä en lanzamiento vertical era ya de dieciséis metros y cuarenta y siete centímetros y tenía un nutrido grupo de seguidores, los cuales se habían unido con gran entusiasmo para fundar el Club de Lanzadores To Tieso de Nummenpää, patrocinado por el Lions Club local, que ya les había encargado unas camisetas con refuerzos en el codo derecho o izquierdo —según el lanzador fuese diestro o zurdo— y con el siguiente eslogan impreso en la parte de atrás:

¡¡AL CIELO CON ELLA!!
Club de Lanzadores To Tieso de Nummenpää

—Le va a quedar una madriguera la mar de maja al Lucifer —dijo Jari, contemplando satisfecho su trabajo. Y luego se puso a filosofar—: Sería una buena idea que los humanos también pudiésemos hibernar. Por lo menos nosotros, los agricultores, que nos sobra la mar de tiempo en invierno. La única pega que le veo, es que entonces debería uno poder pagar sólo media licencia para ver la tele, la de los meses de primavera y verano, en vez de la licencia entera. Porque, ya me dirán quién tiene ganas de verla, pudiendo sobar. Y lo mismo el periódico: media suscripción y no habría que repartirlo más que en verano —fantaseó el atleta.

Al pastor se le ocurrió que también la iglesia podría estar cerrada en invierno, para que los curas pudiesen dormir a pierna suelta.

—Y a la gente no se la enterraría hasta mayo y las confirmaciones se harían todas a la vez, a porrillo. Ah, y nada de servicio por Navidad.

El inspector, que acababa de presentarse en la obra arrastrando un pesado rollo de betún fieltro negro, se sumó a la conversación:

—Para el ramo de la construcción una parada invernal sería excelente, teniendo en cuenta nuestro clima. Especialmente las labores de encofrado y vaciado y la instalación de las tuberías, son mucho más fáciles de llevar a cabo a partir del deshielo.

Saimi Rehkoila era de la misma opinión:

—Una no tendría que bregar tanto en Navidad, venga a hacer pan y bollos, venga a quitar nieve, aunque, la verdad, las viudas que viven solas, como yo, no tienen por qué andar celebrándola. Sólo que ya en otoño habría que hacer la limpieza general, la colada de las sábanas y lavar las alfombras, más que nada para no tener que liarse a hacerlo todo en primavera, nada más salir una de la cama, con lo mal que debe de sentar eso…

—Y si ampliamos la idea y la hacemos más general, toda la economía nacional sacaría provecho de la hibernación —dijo Soininen, ya enfrascado en el tema—. Sin ir más lejos, todo el sector de servicios podría congelarse, mientras que la industria de procesamiento continuaría funcionando a base de fuerza laboral extranjera contratada, la cual permanecería despierta, claro, de manera que la exportación funcionase todo el año. Ahora los parados se ven obligados a pasarse doce meses a la bartola, pero si se estableciera la hibernación obligatoria, el desempleo descendería a la mitad y sólo estarían sin trabajo durante el verano. Un ahorro importante para la economía nacional, en estos tiempos tan difíciles —recalcó el inspector mientras clavaba el betún fieltro sobre las tablas machihembradas del tejado de la osera.

Poco antes de que la obra estuviese terminada, llegó procedente de Oulu Sonja Sammalisto, cargada con un batiburrillo de ordenadores, libracos, cables y electrodos. Sonja era una treintañera seductora y bastante entrada en carnes, que hablaba en dialecto del norte. Nada más bajarse del taxi que la había traído, expresó su deseo de instalarse a vivir en la granja, al menos por unas semanas, si no era molestia, para poder poner su investigación en marcha lo antes posible.

—Y éste debe de ser Lucifer, ¡pero qué ricura! Ya verás, te vamos a enganchar unos cablecitos por aquí y por allá y vamos a observar qué es lo que pasa en tu cabecita durante el oscuro invierno y si sueñas o, por el contrario, careces de actividad psíquica mientras duermes, chiquitín.

Lucifer, encantado, se puso a restregarse contra el rotundo muslo de la etóloga y a Oskari, al contemplar el panorama que se abría bajo la falda de ésta, le entraron ganas de apartar al cachorro para poder restregarse él también.

Para celebrar la colocación de la última viga, el pastor pronunció unas oraciones. Luego, como hombre acostumbrado a aquellas situaciones, el inspector dirigió unas palabras a la fuerza laboral, la cual se reducía a un par de currantes voluntarios, aparte de Jari Mäkelä. La viuda Rehkoila había preparado una sopa de guisantes para la ocasión, y para acompañarla se bebieron unas cuantas botellas de cerveza, como era la costumbre. El osezno bostezaba echado en el césped. Empezaba a hacerse grande y ya se le veían maneras de macho joven.

La pastora no se presentó a la celebración, por mucho que Oskari intentara convencerla de que fuese a la granja para ver la madriguera.

—Ni lo sueñes. Las oseras me importan un pepino. Y para ser sincera, estoy empezando a hartarme un poquito de todo el rollo este del oso. Es que lo veo y me pongo de mala leche, mira.

A Huuskonen le parecía que su mujer tenía un corazón de piedra.

—Pues no te digo que no. Una termina por endurecerse de tanto andar por ahí, dando explicaciones de las chorradas que hace el gilipollas de su marido.

Al oírla, Oskari se enfadó un poco. ¿Qué estaba sugiriendo?

Saara le recordó que hacía nada, por ejemplo, había ensartado nada menos que a un obispo con una jabalina…, entre otras cosas.

—De verdad, que a veces hasta desearía que tú también hibernases para poder vivir más tranquila.

Pues vaya. No estaría mal. Al pastor no le desagradó la idea. Acudió a su mente la imagen de la etóloga de apretadas carnes. Podía tomarse sus vacaciones en invierno e instalarse con ella y Lucifer en la madriguera. Habiendo sitio de sobra y con lo hermoso y blandito que era el colchón…

A su regreso a Rehkoila, Oskari se puso a clavar betún fieltro en el tejado del cubil. Sonja Sammalisto había instalado ya el ordenador y tenía colocados sus libros y demás enseres.

Entre varios hombres metieron el viejo oso de peluche que Oskari había traído de Helsinki. Le doblaron las extremidades por las articulaciones mecánicas y lo acostaron en la parte más profunda de la osera, la que estaba reservada a Lucifer, al cual metieron en su regazo. El cachorro estaba ya tan atontado que no opuso resistencia, aunque su nueva casa le resultaba extraña. Le dejaron que inspeccionase el lugar con toda calma, a falta de los últimos detalles. Un electricista vino a poner los cables, el fontanero instaló una cañería y Sonja Sammalisto se presentó con un fax que había traído con el resto de su equipaje. Le instalaron su línea y conectaron a ella un teléfono digital. El pastor ya había dispuesto que todas las facturas fuesen enviadas a la secretaría de la parroquia. Para terminar, pusieron el climatizador. Sonja explicó que unos aparatos tan sensibles como los que había traído exigían una temperatura estable para poder funcionar como era debido, de ahí la necesidad del aparato.

Y por fin, a finales de octubre, la osera estuvo lista. Como aún no era tiempo de nevadas, trajeron uno de los cañones de la estación de esquí de Vihti y cubrieron la osera y sus alrededores con una capa de nieve de medio metro. La viuda Rehkoila fue la primera en quedarse a pasar la noche con el cachorro y a la mañana siguiente les contó que, al principio, Lucifer había estado algo inquieto, tal vez debido a que el lugar le resultaba extraño, pero que después el sueño le había vencido y el bicho había dormido sin mayores problemas. Sonja le afeitó el pecho y la frente y le adhirió unos cuantos electrodos, y a continuación procedió a poner a punto las funciones del ordenador y del climatizador. Luego corrió la cortina que separaba la cueva del osezno del laboratorio y se tumbó en el colchón a leer novelitas de amor de una pila que se había traído. Habían acordado que el pastor Huuskonen la relevaría por la tarde y que de la noche se encargaría de nuevo la viuda Rehkoila.

Durante la primera semana de hibernación, el pastor se entretuvo preparando un

sermón basado en el Evangelio de San Mateo, capítulo 14, versículos 22-33. Jesús anda sobre las aguas del mar y a Pedro le es concedido el mismo don. En un momento dado, la falta de fe hace que Pedro esté a punto de hundirse entre las olas, pero Jesús le ayuda a salir de nuevo a la superficie y le salva.

En la oscuridad de la osera, Oskari Huuskonen meditaba sobre el tema de su homilía. Sumido en la contemplación, volvió una y otra vez al pasaje de los Evangelios, rememorando los textos exegéticos a él referidos. Normalmente no le llevaba tanto tiempo la redacción de sus sermones, pero a veces disfrutaba realizando un trabajo más profundo, según las enseñanzas recibidas en su juventud. La Iglesia tenía sus propios métodos de apostolado y de vez en cuando no estaba mal —incluso para un ministro tan experimentado como él— preparar los sermones a conciencia. Mientras se hallaba tumbado allí, con la única compañía de Lucifer y con el murmullo del climatizador de fondo, sus pensamientos fluían más libremente hacia las cuestiones de fe, como en su época de devoto coadjutor.

Oskari meditaba sobre el sentido de la apologética. «Apología» quería decir defensa, y en ese caso la apologética sería la rama del saber teológico mediante la cual se intenta encontrar métodos para la defensa de la verdad cristiana. Los científicos de otras áreas, por el contrario, se volvían unos escépticos incurables, unos eternos desconfiados y, con frecuencia, acababan sus días convertidos en pobres diablos llenos de cinismo, a los que la fe se la traía al pairo.

La tesis doctoral del pastor rebosaba de argumentos e ideas seudocientíficas sobre la Biblia, pero en aquel momento, echado en la penumbra de la osera, empezó a parecerle que toda la apologética, o por lo menos la apología, no era sino un espantoso globo lleno de aire. ¿A santo de qué ponerse a justificar la firmeza de la fe con remilgos científicos, cuando la fe era precisamente lo que se le tambaleaba?

El osezno parecía dormir bien. Se oía su respiración profunda y regular. La investigación de Sonja Sammalisto sobre su sueño invernal había tenido un buen comienzo. La etóloga le había contado que, de encontrarse la causa, el factor desencadenante del prolongado letargo del oso, el descubrimiento sería de gran importancia para las ciencias, porque, por ejemplo, podría empezar a usarse el sueño prolongado como terapia de desintoxicación de los alcohólicos y con el mismo sistema podrían curarse otras dolencias de índole orgánica, como la obesidad, una vez se aprendiese a reproducir en el organismo de las personas los mismos procesos naturales que tenían lugar en el del oso durante su letargo. Y para los pobres y los locos una buena hibernación constituiría el mejor alivio para la triste oscuridad del invierno.

Bueno, y esa homilía, ¿qué? Mientras iba quedándose dormido, el pastor tuvo unos cuantos pensamientos confusos: ¿y si Jesús hubiese sido finlandés? Entonces lo de andar por encima de las aguas no hubiese sido ningún milagro, no al menos en invierno… No dependía de la solidez de la fe, lo de andar sobre el mar…, sino de la solidez del hielo.

11. HUUSKONEN, O UN DEVOTO PESIMISTA BAJO LA NIEVE

El pastor Huuskonen empezaba a encontrarse a sus anchas en la madriguera de Lucifer. El lugar era tranquilo y acogedor y allí tenía tiempo para meditar, lejos de los improperios de su mujer y de las prisas de su ministerio. Aquel lado de la osera estaba impregnado del olor de Sonja Sammalisto y cada vez con más frecuencia el pastor se metía en la cueva, a sabiendas de que se la encontraría allí tumbada, leyendo sus revistillas y sus novelas de tres al cuarto. El pastor siempre era bienvenido y Sonja le hacía sitio a su lado. Hablaban bajito para no despertar a Lucifer, y Oskari, como quien no quiere la cosa, dejaba descansar su mano con naturalidad sobre la cadera de Sonja.

La joven le hacía todo tipo de preguntas sobre religión y, como profesional del ramo que era, el pastor le hablaba gustoso de Dios Todopoderoso, de la Biblia, de Jesucristo y del Espíritu Santo; cosas en las que él ya no creía, pero de las que se había ocupado durante gran parte de su existencia.

Para ser una mujer de ciencia, Sonja era una criatura bastante veleidosa y algo pueril, la verdad. Le encantaban las revistillas de cotilleos y todo lo que fuese prensa basura, horóscopos y demás idioteces por el estilo. Pero no se podía negar que era una mujer vigorosa y llena de vida que, además de no tener un pelo de tonta, estaba dotada —bueno, a su manera— de un alma simple, pero llena de vigor. El pastor Huuskonen le refería pasajes de la Biblia y de paso le enseñaba también algo de historia de la Iglesia. Se lo pasaban bomba, sobre todo Oskari, que se sentía rejuvenecer al lado de la muchacha. A ratos se paraba a pensar si no lo estaría poseyendo el demonio meridiano y, para su asombro y felicidad, constató que así era.

Y allí, en la profundidad de la osera, surgió entre Oskari y Sonja una hermosa relación espiritual que poco a poco evolucionó hacia formas más… terrenales, hacia una amistad física, como tan bonitamente la denominaba el pastor. Cada vez con más frecuencia, se quedaba a pasar la noche en el cubil. En esos casos, le hacía una llamada rápida a la pastora, con la excusa de que el osezno se había puesto pachucho y que tenía que quedarse con él noche y día para cuidarlo y darle mimos. Incluso dejó dicho en la parroquia que le pasaran todas las llamadas de trabajo a la osera.

Saimi Rehkoila les preparaba al pastor y a la etóloga unas sabrosas y nutritivas sopas de carne de alce y de vez en cuando se encargaba de los turnos de vigilancia. Cuando le tocaba a ella estar de guardia, el pastor nunca aparecía por la madriguera y aprovechaba para ir a su despacho, o para darse una vuelta por su parroquia, visitando círculos religiosos y dirigiendo rezos. Pero cuando a Sonja le llegaba el turno de supervisar sus ordenadores, el pastor concluía a toda prisa las plegarias con un rápido amén para estar lo antes posible en el cubil y echarse en los brazos de su amorosa etóloga.

Todo fue bien durante el comienzo del invierno y el Adviento, pero al llegar la Navidad las cosas se complicaron para Oskari. Sonja Sammalisto volvió a Oulu a pasar las fiestas y a él se le fue el interés por vigilar la osera. Ahora era Saimi Rehkoila la que dormía con Lucifer y cuidaba de que no se despertase, no fuera que hiciese un estropicio con los aparatos de medición o, peor aún, le diera por escaparse. No hubiese sido la primera vez que un oso se despertaba en medio del letargo y salía a darse un garbeo en plena helada. En esos casos los animales se ponen muy irascibles y al no saber qué hacer, ni adónde ir, solían perderse: ellos, que eran los reyes del bosque, no eran capaces de encontrar el camino de regreso a casa.

Con motivo de la Navidad, al pastor le caían encima todo tipo de obligaciones religiosas. Tenía que presidir un rezo tras otro en diferentes lugares, visitar a algunos feligreses, preparar el sermón navideño y, encima…, pasar las fiestas en familia. ¿Fiestas? ¿En familia? La pastora no era muy dada a las celebraciones. Al parecer, el Misterio del Nacimiento de Cristo era algo que no tenía muy claro. Siempre asistía muy acicalada al oficio de Navidad, pero lo hacía con un gesto de profunda displicencia en el semblante, como si estuviese allí castigada por algo que no hubiese hecho. El eco de la voz de Oskari retumbando en la vieja y gélida iglesia no representaba para la profesora de sueco una invitación al recogimiento ni al fervor, como tampoco lo era la presencia de los granjeros que se sentaban en el banco de atrás, apestando a tabacazo, grasa de tractor y tocino frito.

Y para empeorar más las cosas, el teniente coronel Hannes Roikonen tampoco se encontraba en el pueblo pasando las navidades, porque tenía familia. Y mira que le hubiese encantado presumir con él en su trineo negro…, él, tan apuesto, de pie en el pescante, haciendo restallar el látigo sobre las cabezas de las dos yeguas blancas que les llevaban a toda velocidad por los caminos nevados… En vez de eso, iba a tener que conformarse con volver a casa en el vulgar cochecillo japonés de su marido, que para más inri ni siquiera era negro, sino gris rata y estaba infestado de pelos de oso.

Aquella Navidad no habría regalos, no vendrían sus hijos ni ningún otro huésped. No es que Oskari y ella se hubiesen puesto de acuerdo, no había hecho falta. La pastora había comprado en la tienda un jamón asado, así que se limitó a calentarlo en el microondas. Luego abrió una lata de guisantes, los echó en la misma fuente y puso la mesa con desgana: un cubierto de plata a ambos lados de cada plato y santas pascuas. El pastor no se molestó en encender la chimenea y se limitó a poner una vela encendida sobre la repisa. Luego comieron por comer, en silencio, y Oskari ni siquiera dijo la oración de acción de gracias. Menuda Navidad…

El matrimonio dormía en habitaciones separadas desde el fatídico día en que Saara había sacudido a Lucifer con la palmeta, como si de una alfombra se tratase. Pero, aunque fuese con desgana, siempre se deseaban las buenas noches desde la puerta de sus respectivos cuartos, o sea, que no es que estuviesen peleados, pero desde luego el ambiente era muy opresivo. La pastora, ya en su cama, se puso a darle vueltas a la que le había caído por casarse con un hombre que degeneraba por

momentos. Oskari había perdido el sentido de la realidad y lo peor de todo era que él mismo ni siquiera se daba cuenta. Que un tipo, a sus años, perdiera la chaveta por una chica joven —cosa que, sin ir más lejos, le estaba sucediendo con la investigadora aquella de Oulu…, una gorda, para más inri— ya era ridículo y hasta patético, pero que encima le diera por revolcarse con ella, ¡nada menos que en una osera! ¡Un viejo! ¡Lo que había que ver! ¡Qué vergüenza, Virgen Santa! Llevada por la desesperación, Saara incluso había pedido hora con un psiquiatra y, con la excusa de que tenía que hacer unas compras de Navidad en Helsinki, había acudido a su consulta para hablar con él de su vergüenza. Cuando se lo contó a Oskari, éste no hizo más que encogerse de hombros y dar media vuelta. Vamos, que, como siempre, ella era la histérica y para él todo estaba a pedir de boca. Y encima no se le ocurrió otra cosa que soltarle —¡si sería capullo!— que a lo mejor era que ya le estaba llegando la menopausia… ¡A ella!

La pastora se levantó de la cama y, sin encender la luz siquiera, fue a la sala de estar, buscó a tientas sus cigarrillos y se sentó a fumar. El jamón seguía sobre la mesa y empezaba a oler. Nadie se había molestado en guardar las sobras de la cena en la nevera. Pues qué bien. Todo manga por hombro, desde los platos hasta la última miga…, y también su vida: todo por culpa de aquella bestezuela peluda, que el diablo la confundiese… Saara apagó con saña el cigarrillo en las sobras de un plato de jamón y se volvió a la cama sorbiendo el moco amargamente.

Oskari tampoco conseguía conciliar el sueño y menos aún cuando oyó que su mujer andaba levantada por la casa, así que se incorporó y puso la oreja.

¿Qué andaría haciendo Sonja en Oulu? ¿Y si después de todo tenía novio? Pues claro que lo tendría, una cabeza de chorlito como ella, que se pasaba la vida leyendo frivolidades y que estaba tan poco desarrollada intelectualmente, tenía que tenerlo, por muy académico que fuese su trabajo y muy lista que se creyese. Había en ella, sin embargo, rasgos de una naturaleza nórdica, rebelde y violenta. Oskari no podía evitar añorarla y añorar sus noches compartidas en la cueva de Lucifer. Y sí, tal vez fuese una osadía, tal vez murmurasen en el pueblo y en sus alrededores, pero lo que los dos hacían allí metidos era ciencia. En principio, Y, además, biología. Las larguísimas conversaciones mantenidas en voz baja sobre lo divino y lo humano eran, a su modo, parte de su labor como pastor y hombre de iglesia. La muchacha estaba sedienta de fe, de eso ya se había dado cuenta. También habían probado a rezar juntos. Lo más fastidioso para Oskari era que a medida que la devoción de Sonja aumentaba, su propia cháchara iba pareciéndole más necia. Era ciertamente infantil, eso de andar susurrando memeces bíblicas al oído de una mujer, como si se tratara de una catequesis. Pero aun así, a pesar de que el tiempo pasaba, Oskari había conseguido mantener a la chica a su lado mediante aquella estratagema.

Por suerte, el obispo se había recuperado de su herida, así que tal vez no llegase la sangre al río, o al menos al río de la prensa.

Ketterström le había llamado poco antes de la Navidad, dejando caer que nunca

más quería volver a oír hablar sobre el desgraciado incidente de la jabalina. Por otra parte, deseaba vehementemente aconsejarle que no ensuciase la poca reputación que le quedaba como hombre de iglesia. Le parecía alarmante y sospechoso que un sacerdote estuviese ayudando a una mujer joven a llevar a cabo trabajos científicos de naturaleza temporal. Hizo hincapié en que un teólogo cuya tesis doctoral se titulaba «Sobre la apologética a través de los tiempos», tenía motivos sobrados para mantenerse al margen de cualquier investigación cuyo tema fuese el letargo invernal de las fieras. Le parecía un escándalo que a un sacerdote como él se le hubiese ido la olla de aquella manera.

—A un pastor que vive en la santidad del matrimonio, nada se le ha perdido en semejante madriguera, menos aún cuando ésta tiene bicho dentro y el bicho resulta ser una mujer soltera… y jamona, para más señas. Así que piénsatelo, chico.

Oskari adujo que tenía que ocuparse del osezno, ya que éste era un presente de sus feligreses. El obispo repuso que, de haber sabido la clase de problemas que aquella bestezuela iba a acarrearle a la parroquia, ya haría tiempo que él mismo se hubiese encargado de retorcerle el pescuezo con sus propias manos.

En un momento de la conversación, salió a relucir que la pastora ya había tratado de aquellos asuntos con Ketterström.

—Lo de Saara es un sinvivir, de lo preocupada que está por tu salud mental, y yo creo que razones no le faltan para estar tan angustiada.

—Ketterström, no me toques las bolas, ni me digas que estoy mochales. Tú sí que estás gagá, perdona que te diga.

—Oye, oye…, sin faltar, ¿eh, Oskari? Que aquí todos somos hermanos y yo sólo estoy intentando protegerte de ti mismo.

Oskari abrió despacio la puerta del dormitorio de su mujer. Se acercó de puntillas a la cama y puso su mano sobre la frente de la pastora. Ésta sorbió ruidosamente el moco.

El pastor se acostó a su lado y ella no puso objeción alguna. «Bueno, al fin y al cabo es Nochebuena», pensaron ambos. Y así se quedaron, acostados en la oscuridad de la silenciosa rectoría.

12. LA PASTORA APOSTATA Y LA GUERRA SE DESATA

Pasado el Año Nuevo, Sonja Sammalisto volvió de Oulu para continuar con su investigación. Imprimió toda la información sobre el sueño del osezno que Saimi Rehkoila había ido almacenando obedientemente en disquetes durante las fiestas y luego se instaló tan ricamente en la madriguera para observar a Lucifer. En cuanto el pastor Huuskonen se enteró de su regreso, se apoderó de él nuevamente el entusiasmo científico y, llevado de éste, empezó a pasar los días en la osera, como venía haciendo antes. La cosa continuó igual, es decir, entre susurros y toqueteos bajo la nieve.

En el plano espiritual, a Sonja le había sentado bien pasar la Navidad en el norte. Le contó a Oskari que había tenido tiempo de reflexionar y analizar en paz su despertar religioso. Durante aquellos días serenos había estado rumiando sus enseñanzas, leyendo la Biblia y la historia de la Iglesia, e incluso había asistido a los servicios navideños…, bueno, además de leerse las habituales noveluchas y revistas a las que era tan aficionada, claro. Pero lo que ahora más le urgía era darles un buen repaso a sus sentimientos religiosos.

El pastor se horrorizaba por momentos. Evidentemente, su propósito nunca había sido convertir a Sonja, más aún cuando de su propio ardor apologético no quedaba sino el rescoldo; pero qué se le iba a hacer, si la chica había despertado a la fe, pues había despertado… Después de tantas semanas durmiendo con un cura y como quien dice bajo tierra, qué más se podía esperar.

A finales de enero, Oskari se compró unos esquís de fondo nuevecitos. La pastora quería tener el coche familiar siempre a su disposición y él no tenía dinero para comprar otro o alquilarlo, aunque para ocuparse de los asuntos de la parroquia el vehículo le fuese indispensable. La verdad es que si Oskari hubiese vivido en la rectoría, se hubieran podido apañar perfectamente con un solo coche, pero la realidad era que éste se pasaba la práctica totalidad de los días —con sus noches— metido en la cueva de Lucifer, susurrándole a Sonja versículos del Cantar de los Cantares, aderezados con otras expresiones de gusto tal vez más profano, todo hay que decirlo.

La afición del pastor por el esquí fue la solución a sus problemas de transporte, ya que justamente de la granja de Rehkoila partía un atajo que atravesaba el bosque e iba a dar justo al lado de la iglesia. Tantas veces lo recorrió, que acabó haciendo una pista desde la madriguera hasta la secretaría. Así la pastora pudo quedarse con el coche sin problemas. Un par de veces por semana, Oskari se calzaba sus esquís y, veloz como un silbido, acudía a las aldeas más alejadas de la parroquia para asistir a las asambleas de alguno de los círculos de oración. Otras veces sus deberes lo llevaban aún más lejos, al quinto pino, adonde acudía para socorrer con unas últimas palabras de consuelo a alguna abuela moribunda, necesitada de socorro espiritual. A sus cincuenta años, Oskari Huuskonen era una fiera esquiando y su estado físico había

mejorado admirablemente a raíz de los meses que llevaba metido en la madriguera. Hay que recordar también que desde finales de verano había estado practicando el lanzamiento vertical de jabalina, disciplina dura y exigente donde las haya.

Naturalmente, el pastor decidió pasar sus vacaciones de invierno en Rehkoila, en el cubil de Lucifer. Además de los días que por derecho le correspondían, se tomó unos cuantos más de licencia sin sueldo, para poder pasarse a la bartola lo que quedaba hasta finales de febrero. Sonja tuvo tiempo más que suficiente para dedicarse a reflexionar sobre asuntos de fe, ahora que disponía para ella sólita de un teólogo como Oskari, tan voluntarioso y con conocimientos bíblicos tan profundos. La muchacha era una discípula bien dispuesta; su despertar religioso se hacía sentir cada vez con mayor intensidad, tanta, que hasta le rogó a Oskari que la confesase, cosa que él rechazó inmediatamente, ya que no tenía la menor intención de convertirse en su padre espiritual. Aquel incidente hizo que sus relaciones se enfriasen un tanto, ya que el peso del arrepentimiento acabó casi por ahogar la pasión carnal que Sonja había sentido en otro tiempo. «¿Cómo ha podido pasar esto?», pensaba Huuskonen con despecho. «A esta tía se le ha ido la olla con tanta religión.» Ése no había sido su propósito en absoluto. Las beatas, sobre todo las más jóvenes, constituían casos muy difíciles, bien lo sabía él. En algunos de sus aspectos, el despertar espiritual podía llegar a asemejarse a la histeria y eran muchas las mujeres que enloquecían para siempre, llevadas por los ardores del fanatismo.

En el pueblo empezó a correr el rumor de que el pastor Huuskonen estaba poseído y que el culpable era un diablo meridiano de la peor calaña. Vamos, que las mujeres lo traían chocho, mira tú, el viejo… Los cotilleos llegaron a oídos de Huuskonen, que se los tomó con gran calma, declarando ante quien lo quisiera escuchar que el hecho de que un hombre llegase a cierta edad no lo convertía necesariamente en un sátiro, ni significaba que en los últimos años de su vida le diese por corretear tras mujeres más jóvenes cual si fuesen gallinas. Todo lo contrario, la cuestión se reducía a una ley natural inquebrantable: el macho más viejo siempre reúne a su alrededor su propia manada. Eso era lo que hacían el alce macho y el reno: el individuo más fuerte echaba de su territorio a los pretendientes más jóvenes y se encargaba él solo de las hembras, preservando y mejorando así el vigor de la especie.

La pastora intentó devolverle el juicio a su marido por las buenas y por las malas, y hasta le suplicó que volviese a casa, al menos para cubrir las apariencias. Pero en cuanto sus obligaciones pastorales se lo permitían, hala, Oskari se calzaba los esquís y ponía rumbo a la madriguera. Ante Saara admitía que tal vez tuviese ciertas rarezas, pero de ahí a estar mochales…, eso sí que no. ¿Y qué si se había enamoriscado de una etóloga de Oulu y quería ayudarla en sus investigaciones? A él no le parecía que hubiese nada malo en ello, no era más que un pecadillo sin importancia. Oskari incluso llegó a proponerle a Saara que en verano hiciesen los tres un viaje con el oso, a Laponia o a alguna zona montañosa de Europa.

—¿Pero tú te crees que yo me voy a ir por ahí contigo y con esa barragana tuya?

¡Ni a la vuelta de la esquina! —le respondió la pastora con amargura—. ¡Y ni se te ocurra volver a traer a esta casa a la bestia esa del demonio! ¡Imbécil! —añadió con rabia.

Durante aquel invierno, la osera de Rehkoila se convirtió en sucursal de la secretaría parroquial por una temporada. Todas las llamadas por asuntos administrativos le eran transferidas allí al pastor. Desde las profundidades del cubil, rodeado de silencio, Oskari repartía instrucciones para que el trabajo apostólico saliese adelante lo mejor posible, dirigía la parroquia y preparaba con calma sus homilías, el alma llena de paz.

Pero ya empezaba a anunciarse el final del invierno, y con él, también el de las vacaciones. A Oskari no le quedó otra que salir de debajo de la nieve y volver a recorrer la parroquia en sus esquís, presidiendo rezos y predicando, como era habitual, para por las noches poder volver esquiando a la madriguera. Y llegó el fatídico día, hete aquí, que la pastora se presentó en la granja y le espetó a la viuda Rehkoila que quería saber dónde estaba su marido.

—Pues dónde va a estar…, mismamente en la osera. Es que están haciendo experimentos, así que casi mejor que no les moleste. Por si se despertase el cachorrillo, digo, que también sería mala sombra.

Pero la pastora venía a resolver un asunto oficial y no estaba dispuesta a que nadie la detuviese. Agarró una pala que había en el zaguán, se plantó delante de la osera en cuatro zancadas y empezó a cavar como una posesa.

Mientras, desde el interior, Oskari y Sonja contemplaban horrorizados por el periscopio el espectacular ataque de la pastora. La joven etóloga le pidió a Oskari que se arrodillasen para rogar el perdón de Dios, pero éste se limitó a soltarle un gruñido de indignación.

La enfurecida pastora, haciendo molinetes con la pala, terminó arreándole un meneo al tubo del periscopio y lo tumbó. Luego siguió apartando la nieve con rabia, y cuando dio con la entrada de la madriguera, gritó bien fuerte, para que se la oyera desde dentro:

—¡Para que te enteres, Oskari Huuskonen! ¡Aquí y ahora, hago acto de apostasía!

La escena que vino a continuación fue terrible por lo grotesca. Sonja Sammalisto salió a gatas de la osera y, entre berridos y sollozos, corrió despavorida a refugiarse tras las faldas de la viuda Rehkoila, que estaba en su cocina. Oskari se emboscó en el cubil, intentando desde allí tranquilizar a su esposa, pero sin resultado. Saara se hallaba poseída por la rabia que durante todo el invierno se le había ido acumulando y no atendía a razones. Tales eran las voces y los aullidos que ambos daban, que Lucifer acabó por despertarse. Gruñendo enfurecido —tanto que hasta la misma pastora se hizo a un lado, aterrada—, atinó finalmente a salir de la madriguera y, una vez en el exterior, echó a correr como alma que lleva el diablo. Era ya un chavalote… En el interior del cubil sólo quedó Oskari, al que toda aquella escena había pillado literalmente en calzoncillos. Fuera hacía mucho viento, estaba oscuro y la

temperatura era de veinte bajo cero. La verdad es que lo último que le apetecía era salir de allí en paños menores, pero pronto vio que no le iba a quedar más remedio que vestirse, y rápido, ya que su mujer se había puesto a palear con furia la nieve, arrojándola al interior del cubil. El pastor salió por fin, braceando furioso para esquivar la avalancha. Al verle, Saara echó a correr hacia la granja. Oskari se puso los esquís para ir en pos de Lucifer y, al pasar como una flecha junto a ella, le gritó que si quería apostatar lo hiciese en la secretaría de la parroquia y en horario de oficina. Luego, siguiendo las huellas del cachorro, se perdió de vista, desapareciendo en la oscuridad del bosque.

Mientras tanto, en la granja, las mujeres intentaban serenarse como podían. La viuda Rehkoila preparó café y se lo sirvió a sus invitadas, acompañado de un bizcocho casero. Sonja Sammalisto, deshecha en llanto, no hacía más que repetir que se había convertido, y les pedía perdón a Dios y a Saara por su desvergüenza. Presa de la histeria, se puso a farfullar un galimatías que recordaba lejanamente a los salmos aprendidos durante la hibernación, mezclados con fragmentos bíblicos difíciles de identificar. La cólera de la pastora se hallaba ya tan aplacada, que le dijo que podía quedarse con su marido y que de buena gana se lo regalaba con esquís, con oso y con todo, vamos. Primero iba a apostatar de su fe y luego de aquel cura caduco.

Lo último que Sonja deseaba era quitarle el marido a la pastora. Su conversión era Sincera, tenía novio formal en Oulu y ni por asomo tenía intención de vivir en pecado con un viejo…, que encima era ministro de la Iglesia.

Bien entrada la madrugada, Oskari consiguió por fin encontrar a Lucifer en el bosque. El pobre bicho había pasado tanto frío que se había quedado casi tieso. Y encima pesaba como un demonio, caramba. No paraba de gruñir y de mostrar los colmillos, y al pastor le costó lo suyo llevárselo de vuelta a casa. Ya amanecía cuando llegaron agotados a la granja de Rehkoila, Oskari esquiando y el indignado Lucifer a cuestas, en su espalda. Empujó al animal al interior de la madriguera, cuya puerta cerró con furia, y luego ambos se echaron a dormir.

Sería cerca ya del mediodía cuando Saimi Rehkoila le despertó para que se tomase la sopa de carne que le había traído y le contó que la pastora y Sonja Sammalisto se habían marchado juntas y que esta última le había expresado su deseo de que le enviasen los disquetes con los datos del letargo del oso, si al pastor no le suponía molestia. También había dicho que los podían mandar a su nombre a la Universidad de Oulu.

—Y que no le corrían prisa alguna, me ha encargado que le diga. Y ya está…, chimpún, final del cuento.

El pastor Huuskonen se quedó pensativo. ¿Qué había pasado para que todo se hubiera ido de repente a tomar viento? Por un segundo se le pasó por la cabeza rogarle a Dios que borrase todo lo sucedido, pero luego lo pensó mejor, dio media vuelta en el colchón y con gran cansancio murmuró «que así sea». Total, si al final la tal Sonja le había salido más tonta que una oveja…, porque había que estar tonta para

volverse tan meapilas, con la de cosas buenas que la vida ofrecía. Oskari sentía tanto despecho, que hasta ganas le daban de patearle el culo a Lucifer. Pero éste se había vuelto a dormir como un bebé y además, ¡animalito!, qué culpa tenía él de los líos de los humanos… Le volvió a colocar los electrodos y encendió el ordenador.

Se pasó dos días durmiendo de un tirón, se despertó un par de veces para sorber un poco de sopa y volvió a cerrar los ojos, con el corazón negro.

La tarde del segundo día, la viuda Rehkoila se coló sigilosa en el cubil y, echándose en silencio al lado de Oskari, lo rodeó con sus brazos y le susurró:

—No se me vaya a poner triste, pastorcito… Así…, ya verá como la vieja Saimi lo consuela. Hala, y ahora a dormir, hijo. Los solitarios tenemos que hacernos compañía, no hay más remedio.

Segunda parte
El oso danzarín

13. EL PASTOR ERRANTE

Llegó la primavera y con ella el despertar de Lucifer. Cierta mañana, el pastor Huuskonen se presentó con él en la sala de la granja Rehkoila.

—¿Ve usted que bien, pastorcito?, ya se ha pasado el invierno, visto y no visto. Pocas veces una granjera como yo tiene la oportunidad de hacer ciencia con los osos —parloteaba Saimi mientras le servía un café a Oskari. Lucifer, mientras tanto, mordisqueaba un hueso bajo la mecedora de la anciana. Todavía estaba un poco atontado y la comida no le llamaba aún la atención.

Saimi le contó al pastor que ya había superado el suicidio de Santeri. Por fin había comprendido que no se podía resucitar a los muertos a fuerza de lágrimas, por muy grande que fuera el desconsuelo con que se los llorase. Durante su última visita al cementerio, el Viernes Santo, se había parado a escuchar el canto de los herrerillos y a contemplar las señales de la incipiente primavera. Luego fue a buscar una pala e hizo un montículo de nieve de más de un metro sobre la tumba de Santeri. No sabía explicar el simbolismo que encerraba aquel acto, pero la verdad es que le había hecho mucho bien.

La pastora la había llamado desde Helsinki. Trabajaba de profesora suplente y no pensaba volver nunca más a la rectoría de Nummenpää.

—Y que recuerdos. Y que se ha salido de la Iglesia. ¡Ah!, y que se ha llevado todos los muebles.

El pastor y Saimi fueron más tarde a limpiar la osera. Le dieron una buena pasada de aspiradora para quitar los pelos de Lucifer y el resto de la suciedad acumulada durante el invierno.

—¿Vendrá usted el próximo invierno a hibernar, pastorcito? —preguntó Saimi.

El pastor no supo qué decirle, porque su vida y su futuro le parecían aún bastante inciertos.

—Yo, por si acaso, voy a dejar el cubil como está, por si le da a usted por aparecer en septiembre —dijo esperanzada la anciana.

Oskari sacó de la cueva el oso de peluche que durante aquel invierno había hecho las veces de madre sustituía de Lucifer. Lo llevó a la granja, donde le sacudieron el polvo cuidadosamente, y lo colocó en una esquina de la sala, junto al reloj de pie. Saimi se lo agradeció mucho, encantada con el regalo. Devolvieron el ordenador a su caja de cartón, en cuya tapa escribieron la dirección de Sonja en la Universidad de Oulu y Saimi quedó encargada de hacérselo llegar por correo aéreo, junto con las hojas de datos.

El pastor también dejó al cuidado de la viuda sus esquís y la ropa de invierno. Luego le rogó que le pidiese un taxi y regresó a la rectoría. La casa estaba desierta y el único mueble que quedaba en ella era la estantería empotrada de la sala, en la cual había tan sólo un par de metros de libros. Oskari encontró unos pocos de sus enseres de aseo en el cuarto de baño. Por suerte, su cochecito gris se hallaba en el garaje, con

las llaves pegadas con cinta adhesiva al parabrisas, tal como Saara las había dejado.

Las mujeres se divorcian de sus maridos, pero rara vez lo hacen de los muebles… La pastora, por no dejar, no había dejado ni una nota, pero al menos había tenido la delicadeza de no cortar el agua, ni apagar los radiadores. Oskari llenó la bañera de agua caliente y fue a por Lucifer, que pesaba ya tanto que a duras penas pudo con él.

En cuanto vio la bañera y entendió de qué iba la cosa, el apestoso Lucifer se lió a patalear, pero su amo no se amilanó, y sujetándolo con firmeza en el agua, empezó a frotarlo enérgicamente con el champú. Como por arte de magia, el bicho se convirtió en una bola de suave espuma blanca de la que sólo sobresalía la punta del hocico. El pobrecillo no hacía más que manotear, sentado en la bañera, pero al cabo del rato empezó a acostumbrarse al agua calentita y al final hasta le tomó el gusto. Su amo lo enjuagó a conciencia y luego lo secó con su propia toalla. Lucifer acabó el trabajo en la sala vacía, donde se sacudió el resto del agua del pelaje y se dio una buena sesión de lametones. Oskari le echó desodorante en los sobacos antes de meterse él mismo en el baño. Una vez aseado, se puso su traje gris y una gabardina negra, en cuyo bolsillo se guardó las llaves de la sacristía. Le puso a Lucifer el collar y su correa y se fueron a la iglesia tranquilamente, dando un paseo. Ya era por la tarde.

Al pasar por la calle principal del pueblo, se cruzaron con el jefe de los bomberos, Rauno Koverola, el cual, nada más verlos, los saludó agitando la mano y paró su coche:

—¡Vaya con el oso, está hecho un chavalote! Y qué, ¿ya ha cagado el tapón intestinal?

—No, aún no. Es que se ha despertado hoy mismo.

—Hace tiempo que no le oímos predicar.

—No he andado muy cristiano que se diga y, además, me lo tienen prohibido.

El jefe de bomberos se quejó de que a él tampoco le iba muy bien.

—Como ya casi no hay incendios, ahora sólo nos contratan por media jornada, fíjese.

El pastor Huuskonen abrió con su llave la puerta de la sacristía y soltó a Lucifer por la iglesia. Éste se puso inmediatamente a olisquearlo todo, se subió al púlpito y a la galería, pero recordó que el altar le estaba prohibido.

Estaba el pastor revisando sus papeles, cuando apareció la coadjutora, Sari Lankinen. Qué mujer tan asustadiza y poco natural… Huuskonen la saludó y le preguntó cómo habían ido las cosas por la parroquia durante su ausencia, y si había alguna novedad.

—Que conste que yo lo he intentado, pero es que era demasiado trabajo para mí sola. Claro, como estaba usted de… vacaciones.

La pastora Lankinen se toqueteaba nerviosa un grano que le había salido junto a la nariz. Incómoda, le explicó que el obispo de la diócesis, Uolevi Ketterström, había enviado una carta a la secretaría parroquial con el siguiente mensaje: el pastor Huuskonen debía presentarse inmediatamente ante él para aclarar su situación

laboral.

—¿Y cómo sigue el pecho de nuestro queridísimo obispo?

—¡Ejem!, de eso no mencionaba nada. Digo yo que estará ya bien.

—Entonces tendré que ir a Helsinki la semana que viene, pero antes tengo que revisar mi correspondencia y hacer unos cuantos recados por la parroquia.

Pero no había carta alguna que revisar, y cuando se pasó por la secretaría parroquial, todos intentaron evitarle y apenas le dirigieron la palabra. El oso, como si no existiera.

Oskari le encargó al zapatero un bozal nuevo y más grande para Lucifer y enseñó al animal a llevarlo puesto. También compró salchichas de las más gordas que había y le dio un pedazo generoso. El organismo del animal empezaba a funcionar con normalidad tras la larga hibernación y al cabo del día podía zamparse con facilidad hasta tres kilos. Huuskonen compartía con él la dieta, sólo que él se freía su ración y le añadía cebolla para darle más sabor. Para dormir se las apañaban con una alfombra vieja que había encontrado en la sauna, la cual hacía las veces de colchón. Antes de acostarse, Lucifer retozaba un rato y luego, cuando ya se cansaba, venía a echarse a su lado. Tenía ya mucha fuerza y era de lo más juguetón.

A finales de aquella semana Huuskonen se presentó a capítulo en el obispado de Helsinki. Precedido de un secretario, hizo su entrada en el despacho del obispo, llevando a Lucifer sujeto por la correa. Tras el intercambio de saludos, el oso se tumbó sobre la bonita alfombra de Ketterström y se quedó mirando a éste con desconfianza.

—¿Un café, querido hermano?

—Prefiero que primero aclaremos las cosas.

El obispo Uolevi Ketterström intentó adoptar un tono paternal al hablar de los problemas de Huuskonen. Enumeró sus pecados, empezando por sus hijos naturales, fruto del adulterio. Luego evocó con un mohín de desagrado el estilo incendiario de sus sermones de energúmeno, así como sus peculiares excentricidades y, como colofón, le recordó la prohibición que aún pesaba sobre sus posibles escritos en la prensa. Lo que no mencionó en ningún momento fue la cicatriz que le había quedado de recuerdo en el pecho. En lugar de ello, le habló con detalle sobre lo que denominó «su hibernación»: se había metido en una osera —situada para más señas en el patio de una viuda perteneciente a la parroquia— con un oso y una mujer todavía en edad de merecer. Al obispo todo aquello le parecía de una inconsciencia sin precedentes.

Confesar a voces los propios pecados desde el púlpito no era el estilo retórico que la Iglesia luterana de Finlandia esperaba de sus sacerdotes. Y si encima la esposa de un párroco, una pastora, hacía de su divorcio un número de circo que incluía la apostasía…, la verdad es que, como obispo, tenía razones más que suficientes para acojonarse.

Y, para terminar, fue al grano:

—En fin…, me he pasado estas últimas semanas dándole vueltas y creo que lo

mejor sería ofrecerte alguna otra tarea en el ámbito de la Iglesia. Lo malo es que no parece haber nada apropiado para ti en este momento. Si hay algo que ahora mismo el mundo no necesita son iluminados como tú.

El pastor Huuskonen reconoció que, efectivamente, estaba pasando por una durísima lucha interior en el plano espiritual y que los cimientos otrora sólidos de su fe parecían estar resquebrajándose.

—El pueblo finlandés…, ¡qué digo!, la humanidad al completo está necesitada de una nueva Idea, de una ideología en la cual creer. Tengo un pálpito, y es que si no la encontramos pronto, el mundo va a desmoronarse, a corromperse entre guerras y turbulencias, tal y como sucedió con Sodoma y Gomorra —meditó Huuskonen en voz alta.

En opinión del obispo, él no era el más indicado para proclamar ninguna nueva Idea, no al menos como representante de la Iglesia Luterana. Un cura con sentido común no se dedicaba a ir por ahí arreglando el mundo, sacándose de la manga doctrinas novedosas que a nada llevaban. Con difundir el mensaje de los Evangelios había más que suficiente, que en ellos había Idea de sobra y, encima, de la buena, de la que servía para consolar a los parados y demás pobres diablos carentes de ideología.

—Oskari, por el amor de Dios… ¿Te imaginas lo que llegaría a suceder si te da por desarrollar eso que tú llamas «nueva Idea», con sus correspondientes nuevos valores para la vida? Porque se trataría sencillamente de una ideología… Las masas no harían sino llenarse de entusiasmo y los hombres se convertirían los unos a los otros…, y otra vez vendrían el proselitismo y la doctrina, otra vez la vigilancia de la pureza del dogma, el encarcelamiento de los que estuviesen en su contra, la tortura y las ejecuciones de los disidentes.

El pastor Huuskonen le espetó a Ketterström que sólo era un viejo cínico, y que se había apoltronado en su paz episcopal y su cómodo cargo oficial.

—Pues parece que a ti nada de lo que hemos logrado a lo largo de tantos milenios te basta. ¡Con lo que nos ha costado! La verdad, no sé qué hacer contigo —se lamentó el obispo.

—Me estoy oliendo una patada en el trasero —aventuró el pastor.

Ketterström le dijo que estaba pensándose si mandarlo a alguna parroquia olvidada de la frontera de Carelia del Norte. Si no recordaba mal, en Naarva, una parroquia perteneciente a la diócesis de Ilomantsi, había una ermita perdida en medio del bosque. Pero incluso esa alternativa se presentaba complicada en aquel momento. A pesar de la lejanía, el rumor de sus pecados y el oleaje levantado por sus nuevas e insensatas ideas se habían propagado hasta más allá de donde Cristo perdió el gorro.

El obispo le propuso a Huuskonen que se tomase una excedencia de un año con medio sueldo y que durante ese período se sometiese a tratamiento psiquiátrico. Ésa era también la opinión de la pastora cuando hablaron del tema.

—Y tienes que deshacerte del bicho peludo ese. Lo llevas a un veterinario y que

lo duerma.

—No anda falto de sueño, precisamente. Se acaba de despertar de la hibernación.

Ketterström repuso que a un hombre de iglesia no le convenía andar por ahí con un oso. Demasiado original. Un cura tenía que ser mediocre en apariencia. Es más: mejor si su mediocridad estaba por debajo de la media, porque entonces le resultaba más fácil transmitir la palabra de Dios.

—Igualito que en la tele, que cuanto más estúpidos son los programas, más audiencia tienen. La Iglesia tiene que estar a la orden del día y bajar generosamente el listón intelectual del mensaje divino cuando los tiempos lo requieren.

—Pues, querido obispo, me parece que eso a ti no te ha de costar demasiado.

Había una gran tensión en el ambiente y Lucifer lo intuía. Al salir del despacho del obispo, una vez que éste le dio a Huuskonen por escrito su orden de excedencia, el osezno le hincó el colmillo a una de las perneras del pantalón de Ketterström, desgarrándole un buen trozo, que no sólo se negó a devolverle, sino que encima se puso a defender con amenazadores gruñidos.

—Agradece que yo sea hombre de paz, porque de lo contrario ya hubiese llamado a la policía, y tú, Oskari Huuskonen, ya estarías tras las rejas y este diablo tendría sus días contados —fue la cruel despedida del obispo.

14. EDUCANDO A LUCIFER

Tras la anulación de su matrimonio y el correspondiente reparto de bienes, Oskari perdió su cabaña de verano y los muebles, pero a cambio pudo quedarse con Lucifer y su cochecito japonés. También, claro, con sus cosas de aseo, como la maquinilla de afeitar, y con sus efectos personales y libros. Saara le dio permiso para permanecer en la cabaña de la isla hasta finales de mayo, pero luego tendría que dejarla, ya que el nuevo propietario tenía intención de instalarse en ella para el verano.

No le quedó otra que meter sus cuatro bártulos en el coche y sentar a Lucifer en el asiento del copiloto. Le abrochó el cinturón de seguridad, cosa que al principio no hizo demasiada gracia al animal, que intentó resistirse. Pero en cuanto Oskari le pegó un par de voces y un buen mojicón en los hocicos, éste se contuvo y acabó por sentarse como Dios manda. Y en marcha… La existencia del pastor —en paro— Huuskonen se hallaba en aquel momento en una encrucijada. «Vaya a donde vaya, lo mismo da», pensaba.

Mientras iban en dirección a Pori, se acordó de unas estrofas del Eclesiastés, en concreto las del capítulo 3, y se puso a recitarlas en voz alta: «Sobre la conducta de los humanos reflexioné así: Dios los prueba y les demuestra que son como bestias. Porque el hombre y la bestia tienen la misma suerte: mueren el uno como la otra; y ambos tienen el mismo aliento de vida. En nada aventaja el hombre a la bestia, pues todo es vanidad. Todos caminan hacia una misma meta; todos han salido del polvo y todos vuelven al polvo.»

Lucifer le escuchaba en silencio, como es costumbre en los osos. No emitió opinión alguna, sino que se limitó a mirar hacia delante y dejar a Huuskonen en paz, mientras éste pregonaba a los cuatro vientos las sagradas estrofas.

Al pasar por Huittinen, el pastor paró a repostar y de paso midió la presión de los neumáticos. Luego compró un par de hamburguesas en el bar de la gasolinera, una para él y la otra para Lucifer. Tenía que ir inculcándole buenas maneras, así que no le dejó zamparse la hamburguesa de un solo bocado, sino que le enseñó a comérsela poco a poco, como hacían las personas, y cuando terminó, le limpió el hocico con una servilleta de papel. Lucifer tenía mucho talento para aprender, así que entendió rápidamente que en cuanto se acababa la pitanza, había que limpiarse los churretes de los belfos.

—Tendría que haberte sacrificado en septiembre… En lugar de eso, fíjate en todas las locuras que he hecho este invierno —murmuró el pastor al ponerse de nuevo en marcha.

Ladeando la cabeza, Lucifer se lo quedó mirando con los ojos llenos de lágrimas. ¿Se daba acaso cuenta de que el pastor se refería a él? No era muy probable. Debían de ser los fuertes condimentos de la hamburguesa, la cebolla y la mostaza especialmente, los que hacían que las lágrimas acudiesen a los ojos del pequeño plantígrado.

¿Adónde iban? Pues a ningún lado, no tenían destino fijo, ni nadie que les esperase en ninguna parte. Un cura cincuentón no tiene la misma capacidad de adaptación que un joven vagabundo. El pastor Huuskonen se hallaba en plena crisis existencial y toda su vida parecía habérsele vuelto en contra. Y sí, a lo mejor estaba un poco pirado… Neurótico sí que lo estaba, pero qué se le iba a hacer: tenía que poner manos a la obra si no quería dejarse arrollar por el destino. ¿Destino? ¿Qué destino, ni qué puñetas? Una maraña de casualidades urdida por el Diablo en persona, eso es lo que era, un espantoso enredo de cuyos hilos tenía que intentar librarse como fuese. Y en ello estaba, viajando con un oso. Lo primero de todo era usar el sentido común para fijarse una ruta, encontrar un lugar adonde ambos pudiesen ir y, una vez allí, pensar en una solución.

—Empezaremos por pasar el verano, y si no se nos ocurre otra cosa mejor, al llegar el otoño tendré que sacrificarte.

El pastor Huuskonen tomó el desvío a Turku al salir de Huittinen y decidió parar en Vampula. Acababa de recordar que en los años sesenta había participado en un seminario laico celebrado en un instituto popular cristiano de la zona, en el cual también había posibilidades de hospedaje.

Vampula era un municipio insignificante de la provincia de Satakunta, del que Oskari apenas si recordaba nada. En la gasolinera le dijeron que, efectivamente, en el lugar seguía funcionando el instituto popular cristiano, y que durante los veranos se seguían celebrando en él toda clase de cursos y cursillos. Siguiendo los consejos que le dieron, el pastor consiguió llegar hasta allí. Era un edificio de dos plantas, hecho de madera y pintado de amarillo, que se hallaba al final de una larga avenida flanqueada por dos hileras de abedules. Delante de la casa había un jardín con dos zonas, una cubierta de césped y otra de gravilla. Esta última hacía las funciones de aparcamiento y allí fue donde Huuskonen dejó su coche y a Lucifer esperando dentro.

Era ya pasado mediodía y en el comedor, del que ya había sido retirado el bufé de la comida, sólo quedaban algunas personas tomando café. En el centro se estaban celebrando dos cursos de verano: un seminario de ornitología, que había congregado a una veintena de aficionados, algunos incluso venidos del extranjero, y otro, con menos participantes, de drenaje linfático.

En la residencia aún quedaba sitio de sobra. El precio del alojamiento era muy económico y Oskari obtuvo además una rebaja cuando dijo que era pastor y se hallaba de excedencia. Llevó su maleta a la habitación que le asignaron y luego cargó con Lucifer, poniendo sumo cuidado en que nadie lo viera. El cuarto era pequeño, y tenía dos camas, un escritorio y un sillón con una funda de tela estampada del año de Maricastaña. Lo que no había era teléfono. El pastor le señaló al oso su cama para que se tumbase, cosa que éste hizo de buen grado. Luego fue a la cocina a preguntar si habían quedado sobras de la comida y regresó al cuarto con ellas. Las albóndigas les supieron a gloria bendita y cuando terminaron, Oskari volvió a limpiarle el hocico a Lucifer, intentando enseñarle de nuevo a que lo hiciera él mismo. El animal aún no

le pillaba el tranquillo a la cosa, pero paciencia… Y claro, tampoco sabía usar un mondadientes, porque eso ya eran palabras mayores.

En el pasillo había un aseo y una ducha. Oskari acompañó a Lucifer al primero y le hizo sentarse en la taza para hacer sus necesidades, cosa que éste hizo a la perfección. Acabada la faena, su amo le limpió el culo con unas cuantas capas de papel higiénico, intentando otra vez que se fijase y que lo hiciese él mismo, pero el plantígrado no consiguió quedarse con la copla en esa ocasión, pobrecillo.

—Me parece que al señorito le está haciendo falta una buena educación y mucha disciplina. Ahora ya no estamos hibernando, así que se acabó lo de pasarse la vida a la bartola —murmuró el pastor mientras guiaba a Lucifer por el pasillo, tirando de su correa. Una vez en el cuarto, el animal volvió a echarse dócilmente en su cama.

Oskari sacó unos pocos libros de su equipaje y los colocó en la pequeña estantería. Luego hizo lo mismo con la ropa, que colgó en el armario. Tenía una casulla, un alba y estolas de todos los colores litúrgicos: verde, blanco, morado, rojo y negro. Además tenía dos sotanas, una de ellas ya bastante gastada, varios pares de calcetines blancos y negros y un abrigo, también negro. Y, naturalmente, dos alzacuellos, uno de lino blanco y otro de plástico —más de diario— cuyo dobladillo estaba roto por el uso. De todos modos, ya poca falta iba a hacerle comprarse uno nuevo. También tenía un traje gris de seglar y algunas prendas de deporte, que cupieron de sobra, junto con el resto de su ropa, en el pequeño armario.

El pastor estaba echado en su cama y Lucifer en la suya. La calma reinaba en el centro de estudios y no se oía un solo ruido, ni dentro ni fuera de éste. Huuskonen se sentía como si estuviera hibernando de nuevo, como si en la vida no le quedase nada que hacer, salvo dormir.

A falta de nada mejor que hacer, decidió llamar a la viuda Rehkoila. Le dio su nueva dirección y charlaron de esto y de lo otro. Saimi le contó que había mucha pesca en el lago Nummijärvi, que había sembrado una pocas hectáreas de avena, por probar, y que ya había brotado el trigo de la cosecha de otoño. Ya no circulaban por la parroquia cotilleos sobre él, aunque tampoco es que ella fuese mucho por el pueblo, porque ya estaba muy mayor para corretear.

—Y Lucifer, ¿qué se cuenta?

—Todo bien. Le estoy enseñando a ir al váter.

—Con lo apañado y lo listo que es, seguro que aprende en un santiamén —observó la anciana.

Acabada la conversación, Huuskonen regresó a su cuarto, donde Lucifer le recibió a lametones. El animal le había echado de menos, pero como era tan obediente, no se había escapado a buscarle.

A la hora del desayuno, Oskari tuvo ocasión de conocer a los estudiantes, a quienes contó que iba a quedarse un par de días, o tal vez más, en la residencia. Ya vería. Los cursillistas le dijeron que si no importunaba su descanso, estarían encantados de celebrar alguna que otra asamblea de oración y de que él dirigiese los

rezos. El pastor les prometió pensárselo y luego se fue a llevarle al oso unas cuantas tostadas y huevos duros para que desayunara.

Por la tarde recibió una llamada de Oulu, de Sonja Sammalisto. Saimi Rehkoila le había dado su número. La etóloga estaba de excelente humor y se dedicó a pinchar a Oskari, diciéndole que no era más que un viejo oso tontorrón recién salido de su cubil. Luego se puso seria y le pidió perdón por lo sucedido a finales de invierno. Había roto el compromiso con su novio, pero dijo seguir sintiendo la llamada de la fe.

A Oskari le molestó la alegría de la joven. Allí estaba él, sufriendo por culpa de las malas acciones de Sonja…, bueno, más bien de las suyas propias, pero en cualquier caso: ¿qué quería ahora? ¿Es que no estaba claro que su relación ya había terminado? Oskari consiguió reunir fuerzas y le preguntó por la tesina de licenciatura, ¿la tenía ya lista?

Sonja le explicó que, justamente, lo llamaba por eso. Quería ir a Vampula para observar a Lucifer durante el verano y comprobar cómo se comportaba su fisiología durante la vigilia. Tal vez los datos que había reunido sobre su letargo no bastasen y, además, le parecía muy agradable volver a verse.

—Bueno, qué… ¿Hay un sitito para mí? ¿Puedo ir?

Sitio había en la residencia, y de sobra, pero de lo que no estaba muy seguro el pastor era de si valía la pena volver a encontrarse con ella.

—Jo, Oskari, cómo eres, de verdad…, di que sí, anda, no me seas gruñón. ¡Con lo bien que nos lo pasamos este invierno!

—No sé qué decirte.

—Un invierno entero en la misma madriguera, se dice pronto.

—Piénsatelo bien, Sonja, mi vida anda manga por hombro.

Tres días después, Sonja Sammalisto se bajaba de un taxi en el aparcamiento del instituto popular cristiano. Le dieron una habitación que estaba pared con pared con la de Huuskonen y Lucifer, y tras instalarse en ella, declaró encantada que aquélla era una ocasión excelente para continuar con su investigación. Esa misma noche le puso al oso la correa y lo sacó al patio. Para tranquilizar a los estudiantes que allí se encontraban, les explicó que el animal estaba domesticado y que lo conocía bien, ya que se había pasado todo el invierno observándolo. También les contó que el pastor Huuskonen era su padre espiritual. Tanto a los estudiantes como al personal del centro les había extrañado el descomunal apetito del pastor, así que al enterarse de la presencia del oso, lo comprendieron todo.

Cuando Sonja se planchaba la ropa, Lucifer no solía perder detalle. Cierto día, en un momento en que ella se sentó en la cama para descansar entre camisa y camisa, Lucifer agarró la plancha y se puso a imitarla, con tan mala suerte que se chamuscó las uñas. Pero pronto aprendió a no quemarse y acabó pillándole el tranquillo a aquello de planchar. No es que los resultados fueran como para tirar cohetes, pero para ser un oso, la verdad es que no lo hacía tan mal. El pastor Huuskonen se puso a pensar qué más se le podría enseñar y si valdría la pena obligar al pobre bicho a

aprender semejantes trucos.

—El coeficiente intelectual de los osos es superior al de los perros. De lo que se trata es de saber observarlos y animarlos a que aprendan —le explicó la etóloga.

15. DE CÓMO SE ADIESTRA UN PLANTÍGRADO

Los asuntos de fe de Sonja Sammalisto se habían consolidado durante la primavera y la muchacha ya no estaba convencida de ser la esposa de Cristo, ni iba por ahí bisbiseando rezos como una beata, tal como le había dado por hacer durante la hibernación. La etóloga de apretadas carnes se había recuperado de sus arrobamientos religiosos, pero le advirtió a Oskari que, de todos modos, seguía siendo una creyente de tomo y lomo y que esperaba lo mismo de él, que para eso era su padre espiritual.

—¡Que yo no soy tu padre espiritual, ni lo he sido nunca, a ver si nos entendemos!

—Cómo que no…, entonces tanto rezo y tanto sermón… ¡Lo que tú querías era llevarme al huerto, hombre de poca fe! ¡Y no precisamente al de los Olivos! ¡Engañar a una inocente muchacha…!

Oskari repuso que una etóloga capaz de elaborar una tesina de investigación como la suya no podía ser tan lela, al menos no tanto como para querer ser santa de buenas a primeras.

—¡Te has aprovechado de mí en nombre de Dios! —le recordó Sonja.

—Deja de decir chuminadas, haz el favor, que tú solita te abriste de piernas.

—¡Ya, pero eso fue porque me apiadé de ti, sátiro, caduco! Y, bueno…, porque la madriguera era tan estrecha que estábamos todo el día el uno encima del otro. ¡A ver de qué si no…!

—¡Bla, bla, blaaa!

Cada día, Sonja Sammalisto le tomaba la temperatura y el pulso a Lucifer y registraba los datos de su electroencefalograma. Recogía sus excrementos, los ponía a secar y los analizaba. El pastor Huuskonen le hizo observar que, tal vez, el rigor científico de su estudio no fuese el más deseable, ya que Lucifer se estaba alimentando de comida procedente de la cocina de un instituto popular cristiano, la misma exactamente de la que se alimentaban las personas allí alojadas. En su dieta no había nada de lo que habitualmente comía un depredador: ni ranas, ni liebres, ni siquiera carroña. Sonja objetó que lo que ella estaba estudiando era el aparato digestivo del oso y que para eso le daba igual si el bicho desayunaba cereales, almorzaba estofado de carne o cenaba té con pasteles de arroz al estilo careliano.

—Se trata de la ocasión ideal para saber cómo reacciona su estómago a una dieta rica en fibra y cómo su aparato intestinal convierte en energía una sopa de salchichas, o sea, el equivalente a una carroña.

Sonja solía llevar a Lucifer al váter, recogía cuidadosamente sus heces y se ocupaba de que éste se limpiase sólito el trasero. El animal estaba tan deseoso de complacerla, que ponía toda su buena voluntad en obedecerle. Por las mañanas solía gruñir, impaciente por que le dejasen ir al baño y ducharse, y Sonja le prestaba su propia toalla para que se secara. Demasiado trabajo para estar haciéndolo cada día.

Por eso decidieron que la frecuencia de ducha adecuada para un oso era de un día sí y otro no, para el aseo completo, y en los días alternos le bastaba lavarse la peluda cara y el hocico, además de un ligero cepillado.

—Hay que tener cuidado, no vaya a ser que le salga un eccema de tanto restregón —advirtió Sonja.

Mientras tanto, Oskari disfrutaba de su estancia en el instituto cristiano de Vampula. Se lo pasaba bien en compañía de los ornitólogos, eran gente cultivada con la que daba gusto charlar por las noches, sentados frente a la chimenea que había en el rincón más apartado y tranquilo del comedor. Los entusiastas del drenaje linfático se habían marchado al final de la primera semana, cosa que no le importó demasiado, ya que las siguientes en aparecer fueron las animadas y rollizas integrantes de un curso de danza del vientre. Durante todo el día se escuchaba el tamborileo del pandero en el gimnasio y el suelo del edificio temblaba al ritmo de los pasos que daban las robustas finlandesas al compás, acompañándose de sinuosos movimientos de caderas y del sube y baja de sus ombligos. Algunas noches aprovechaban para exhibir su talento ante los ornitólogos y, claro, también el pastor se quedaba a admirarlas. Después de una de aquellas actuaciones, Oskari llamó a la puerta de Sonja para rogarle que fuera a dormir a su lado, después de todo, tampoco iba a ser la primera vez que compartiesen cama… La joven le prometió trasladarse a su habitación, pero con la condición de que dirigiese un círculo de oración por la mañana y otro por la noche.

—Pero es que ya no tengo fe.

—Pues nada, o predicas con el ejemplo, o duermes solo, tú verás —le soltó Sonja.

—Bueeeno, vaaale, pero ni se te ocurra obligarme a cantar himnos.

Así que, cada noche, ornitólogos y danzarinas orientales se reunían en silencio alrededor de la chimenea para escuchar los sermones de Huuskonen, que solía echar mano también de su inglés y su alemán, ya que entre los especialistas en pájaros había un par de teutones, un suizo y algún que otro hijo de la Gran Bretaña. Los cursillistas habían pasado unos días en Porkkala, observando la migración de las aves árticas, y ahora estaban celebrando en Vampula un simposio sobre su interesante afición.

El ponente suizo, un oficial del ejército algo mayor que Oskari y que sufría de depresión, le pidió poder mantener con él unas cuantas charlas que le aliviasen el alma, seguro de que aunque él fuese católico y Huuskonen luterano —como la mayoría de los nórdicos—, aquello le ayudaría.

La depresión del capitán Hans Kroell se debía a que el ejército suizo le había obligado a aceptar la licencia absoluta y anticipada de su puesto de entrenador de palomas mensajeras. Las inocentes aves, adiestradas para llevar a cabo misiones de transmisión, habían sido el arma secreta de las fuerzas de defensa suizas desde los días de la Primera Guerra Mundial. El ejército mantenía en diferentes puntos de los Alpes decenas de palomares, donde se las adiestraba en el transporte aéreo de órdenes

e informaciones entre las diferentes unidades militares y el estado mayor. Extrañado, el pastor le preguntó a Kroell si los suizos no tenían dinero para comprar aparatos de radio y éste le respondió que una radio no resultaba de mucha utilidad en los Alpes, ya que las montanas impedían casi por completo la propagación de las ondas. Era habitual que hubiese interferencias y que sólo se oyesen pitidos y pedorretas. Según le contó, durante muchísimos años, las comunicaciones del ejército se habían podido mantener con eficiencia gracias a aquellas palomas tan bien entrenadas.

—Y ahora resulta que a algún gilipuertas del estado mayor se le ha ocurrido que había que ahorrar. Al parecer, mis palomitas les salían demasiado caras… Bueno, tal vez sea cierto que mantener los treinta palomares que había por toda la confederación saliese algo carillo, pero es que la seguridad de un Estado siempre vale dinero. Y, además, en estos últimos tiempos ya sólo quedaban doscientas setenta palomas mensajeras en el ejército. Yo creo que muy bien se las hubiese podido seguir manteniendo. Un solo tanque gasta el triple, oiga.

Su obra de toda una vida había sido barrida de un plumazo, y el pobre adiestrador se había visto condenado a la jubilación.

—La población de palomas fue aniquilada por completo y sin remordimiento alguno. Mataron a mis pobres pajarillos y estoy seguro de que los han estado sirviendo de cena en las residencias de oficiales —murmuró con desconsuelo el capitán retirado.

—¿Y no se le ha pasado por la cabeza ponerse a criar palomas de la paz? —se atrevió a preguntarle Oskari.

Aquélla era una posibilidad que a Hans Kroell ya se le había ocurrido. A través del Comité Olímpico Internacional, varias ciudades candidatas a sede oficial de los Juegos le habían hecho llegar tentadoras ofertas económicas, a cambio de que les criase varios miles de palomas de la paz, de esas que se soltaban en las ceremonias de inauguración de los Juegos, y cuyo vuelo servía para transmitir el espíritu olímpico. También le habían llamado desde Brasil, para que los asesorase sobre la puesta en marcha de un criadero local. Para los organizadores del carnaval no había nada que animase más al pueblo al comienzo de los desfiles que la suelta de una buena bandada de palomas blancas a ritmo de samba. Daban un ambientazo de miedo.

Estaba claro que el capitán Kroell era un adiestrador apreciado internacionalmente. Sin embargo, se negaba sistemáticamente a sacrificar su tiempo y su experiencia en la cría de palomas de la paz, ya que ello no le parecía aceptable desde el punto de vista ético.

—Cada vez que hay una suelta masiva en un estadio, en medio de un follón de mil diablos, las pobres se ponen fuera de sí, revolotean descontroladas sin rumbo fijo y terminan siendo presa de las aves rapaces o de cualquier mocoso que las despluma, cuando no acaban de almuerzo de un perro callejero. Y yo no puedo soportar que se torture a una paloma, porque amo los pájaros.

Hans Kroell añadió que fácilmente se podría haber dedicado a la cría de halcones

para la cetrería en algún país árabe. Era un negocio en el que se movían enormes cantidades de dinero y el mercado no tenía pinta de decaer, mientras hubiese desiertos y jeques del petróleo con ganas de gastarse sus millones.

—Y tampoco hay derecho a obligar a un ave, por muy rapaz que ésta sea, a que capture y traiga una pieza, no porque le vaya a servir de alimento, sino sólo por satisfacer las ansias de destrucción de su amo, por proporcionarle a éste el placer de ver cómo la mata.

El pastor Huuskonen se quedó pensativo. Él tenía un oso domesticado al que, por su propia comodidad, había enseñado a cagar en el inodoro, como si fuera una persona, y que hasta sabía plancharle las casullas. ¿Habría hecho mal en educarlo?

Hans Kroell le dijo que los osos eran animales tan inteligentes, que él no veía nada malo en que se les enseñasen buenas maneras. Permitir que un animal tuviese acceso la civilización no le parecía malo, al contrario. Sería muy diferente si el pastor lo hubiese adiestrado para convertirse en criminal, ya fuese caco o asesino profesional. Y la verdad era que, dadas sus condiciones físicas, Lucifer podría haber resultado un sicario de cuidado, haciendo honor a su nombre.

—Y no se puede comparar las palomas con los osos, porque son muy diferentes. Las palomas no duermen durante el invierno, ni los osos saben volar.

16. ALEGRÍAS DE LA COLADA VERANIEGA

Lucifer seguía creciendo, engordando y poniéndose hecho una mula, gracias a las comidas del instituto cristiano de Vampula, que le sabían a gloria, sobre todo cuando les añadían comida para perros. A veces le daban sirope y otras golosinas por el estilo. El gracioso plantígrado estaba entrando en su fase de adolescencia y ya se le veían maneras de macho joven. El otoño siguiente, o a más tardar, después de su segunda hibernación, iba a tener que arreglárselas solito. A esa edad es cuando los machos jóvenes dejan a la madre para comenzar su vida en solitario. Oskari Huuskonen ni se planteaba aún abandonarlo a su suerte, ya que el pobre animal carecía de los conocimientos necesarios para la supervivencia y él no podía enseñarle a cazar en la naturaleza, porque no era una madre osa, sino un hombre de iglesia, un pastor…, bueno, ya ni eso, sino más bien un desterrado de la religión, un nómada sin oficio ni beneficio.

Cuando los ornitólogos y las bailarinas de danza del vientre se marcharon, el colegio se quedó vacío, pero el pastor y la etóloga pidieron permiso para quedarse unos días más y no hubo ningún problema. Ni el comedor, ni el servicio de lavandería funcionaban ya, así que ellos mismos tenían que hacerse la comida y lavarse la ropa. Oskari era el cocinero y preparaba unos pucheros tan descomunales de sopa de carne o de guisantes, que tenían para muchos días. Lucifer celebraba encantado los guisotes del pastor y lamía el cuenco hasta dejarlo reluciente. A principios de junio, Sonja decidió hacer una gran colada, porque se les había acumulado una gran cantidad de sábanas, toallas y ropa interior sucia. Con ayuda del entusiasta Lucifer, la etóloga puso manos a la obra en la lavandería del colegio: metían en la lavadora la ropa sucia y, una vez lista, la sacaban para tenderla en el exterior. Sonja le enseñó al oso cómo se hacía y éste demostró ser especialmente hábil manejando las pinzas con las zarpas y colgando la ropa en la cuerda del tendedero. Una vez seca la colada, Sonja y Lucifer se pusieron a planchar, menester en el que el plantígrado había demostrado ya ser una fiera. Hasta las camisas de Oskari se le daban ya divinamente. Y, como premio a su diligencia y buen hacer, de vez en cuando le daban una cucharada de sirope de arce.

Oskari intentó enseñarle a hacer el nudo de la corbata, pero no hubo manera, y no es que Lucifer no lo intentase —que lo hizo con gran entusiasmo y aplicación—, sino que cada vez que se lanzaba a por el nudo Windsor, al pobrecito se le llenaban las zarpas de uñas y no podía con él… Tal fue su frustración al darse cuenta de que no había forma humana de conseguirlo, que en el colmo de la irritación se lió a zarpazos con la corbata y la dejó echa unos zorros y, encima, se ganó una buena toba en el hocico, que el pastor le propinó, indignado.

Solían almorzar en el comedor del instituto cristiano. Cuando ponían la mesa, Lucifer se quedaba observando el trajín de platos y vasos sin perder detalle, e intentaba ayudar. Se cargó unas cuantas piezas de la vajilla y la sopa acabó en el

suelo más de una vez, pero en esas ocasiones el animal, ni corto ni perezoso, se liaba a dar lametones a diestro y siniestro y en cuanto lo volvía a tener todo limpio, se ponía a intentarlo de nuevo. Sonja lo acostumbró a que llevase siempre un paño en el antebrazo, por si cometía alguna torpeza, y Lucifer de aquella guisa parecía un auténtico camarero. Acabada la comida, recogía la mesa, llevaba los platos sucios a la cocina y pasaba el paño con esmero por la mesa para quitar las migas que hubiesen quedado. Aunque a veces, pobrecillo, se limpiaba también el trasero con él, llevado por la confusión.

Por las noches encendían la chimenea del rincón y charlaban de religión. El oso les traía los troncos de la leñera, pero no le dejaban prender el fuego. Bueno, tampoco hubiese podido, porque no sabía encender cerillas, ni tallar virutas con el cuchillo para usarlas de encendajas con que prender la leña.

Al no quedar ya nadie en el colegio, el pastor dio por acabadas las sesiones vespertinas de oración. Le explicó a Sonja que, por muy cura que aún fuese, ya no tenía fe, y que por ese mismo motivo no le parecía bien rezar con ella, ni siquiera en recuerdo de su relación.

—Me he pasado todo el invierno meditando y lo mismo he hecho esta primavera. He llegado a la conclusión de que no hay garantía alguna de la existencia de Dios. Este mundo en que vivimos está tan sujeto a las contingencias, que me resulta difícil pensar que detrás de todo pueda ocultarse un creador con dos dedos de frente…

—No blasfemes, haz el favor. Un pastor tiene por fuerza que creer en Dios.

—Un pastor sin rebaño puede pensar de la fe lo que se le cante. Además, me sobra experiencia y, precisamente, estoy muy curtido en cuestiones de apologética: mi tesis doctoral versó sobre la defensa de la fe, no lo olvides. Mira, es como una tortilla: se le da la vuelta y los mismos argumentos valen para despotricar en contra de lo que hasta hace un minuto defendíamos.

—Me espanta oírte hablar así, Oskari.

El pastor Huuskonen intentó explicarle una de sus teorías, según la cual el hombre era un ser limitado, principalmente a causa de sus hábitos de pensamiento. El cerebro humano se hallaba aún tan poco desarrollado y los conocimientos basados en la ciencia eran tan escasos, que para disimular su propia falta de sentido común los hombres los sustituían por la fe, que al menos ofrecía una explicación sencilla del mundo y del resto de lo existente. Dios, la divinidad, era necesario en tanto que creador y ordenador de la totalidad de las cosas, puesto que no había nada más a lo que agarrarse.

—Pero ¿qué otra cosa necesita el ser humano sino eso, precisamente?

—¿Y si no hay Dios que valga? No habría tampoco vida eterna, nada… Sólo este podrido mundo y lo que de él percibimos por los sentidos.

Sonja le dijo que no olvidase que el mundo se había originado en algún momento y que también en algún momento llegaría a su fin, que nada salía de la nada y que las cosas no desaparecían sin dejar rastro.

—A veces me digo que tal vez allá afuera, en el espacio interestelar, se haya desarrollado a lo largo de los tiempos una inteligencia de tal calibre, que haya sido capaz de encontrar una respuesta a estas cuestiones. Y que nosotros, pobres mortales, no somos más que un granito de arena en el cosmos y no nos enteramos de nada.

—No me irás a decir que te ha dado por creer en los ovnis y que has cambiado a Dios por una superchería.

—Es que no creo que el hombre esté solo en el universo. De todos los seres pensantes que pululan por él, nosotros somos los más tontos y me parece una idea muy lógica. En alguna otra dimensión del espacio tiene que haber una forma de vida mucho más inteligente que la nuestra, En vez de tanta alabanza al Señor y tanta acción de gracias, deberíamos pararnos a escuchar el cosmos, porque este mundo se está volviendo día a día más irrespirable y no me parece que haya nada digno de agradecer.

A Sonja Sammalisto los pensamientos del pastor la dejaron perpleja. ¿Se le habría ido del todo la chaveta? Porque, ¿a santo de qué, ponerse a especular sobre la existencia de una inteligencia extraterrestre, cuando la humanidad ya tenía una religión sólida y tolerante para dar respuesta y explicación a cualquier duda?

—La ciencia nunca podrá dar una explicación a los misterios del universo, porque los instrumentos que la humanidad ha desarrollado no bastan para traspasar las fronteras de lo insondable.

—No digas eso. Antes de la invención de la electricidad, a cualquiera que se hubiese atrevido a defender la existencia de un tipo de energía invisible, que se pudiese dirigir a través de un hilo de cobre, lo hubieran tomado por loco o por hereje. ¿Y qué me dices de las ondas hertzianas? ¿De la radiactividad? ¿Y la luz y la oscuridad? Para nosotros son de lo más normal, pero para el ignorante hombre de las cavernas eran motivo de espanto y por eso asociaba dichos fenómenos a la divinidad.

Oskari y Sonja continuaron la conversación mientras daban un paseo nocturno. Lucifer les precedía con su contoneo habitual, atado a su correa. Osos y perros se asemejan en ese aspecto, ya que ambos gustan de ir delante, olisqueando lo que les sale al paso, pero a diferencia de los canes, que tienen por costumbre ir levantando la pata trasera para marcar su territorio a base de meadas, los osos se contentan con soltar un bufido cada vez que se topan con un olor extraño. Y ni siquiera los machos orinan levantando la pata.

Sonja Sammalisto insistía en seguir hablando de religión.

—Una vez te oí decir que la conciencia del hombre era señal de la influencia divina en su naturaleza, algo así como una voz trascendente que se manifiesta en nuestro interior. ¿Cómo me explicas eso ahora?

—La conciencia es una voz interna, integrada en la constitución humana, una señal, una sirena que nos impide cometer iniquidades, o avisa de que vamos a cometerlas. Ahí no hace falta la intervención de ninguna divinidad. El sentido del pecado es un fruto más de la evolución, tanto como puedan serlo los sentimientos, el

sentido común, o la tendencia al misticismo. Tú deberías saber, siendo etóloga, que la evolución ha hecho que se desarrollen miles de características refinadísimas que han servido para la protección de las especies y, a raíz de ello, también para la conservación de la vida en general. La conciencia sería la alarma que protege a la humanidad de la autodestrucción.

—Pues mi conciencia, al menos, no tiene nada que ver con ningún mecanismo de defensa de la especie.

—Bueno, es que las mujeres sois siempre un poco diferentes en todo. A veces tengo la sensación de que tenéis dos conciencias. Una para las putas y otra para las madres. Muy práctico, si uno se para a pensarlo.

A Sonja le interesaba saber cómo se explicaba él, entonces, la muerte. ¿Qué sentido tenía que la evolución permitiese el desarrollo de un individuo, si resultaba que éste sólo iba a vivir un instante, para desaparecer después sin dejar el menor rastro? De ser así, el hombre hubiese podido evolucionar hasta convertirse en inmortal y la especie al menos se hubiese conservado.

—Bueno, pero es que cuando un ser humano muere, está dejando espacio para que otro viva: la especie no desaparece con la muerte de uno de sus individuos, sino que sobrevive, y el nuevo espécimen estará siempre más desarrollado que el anterior. Precisamente ése es el significado de la evolución.

Sonja suspiró y dijo que, ella al menos, creía firmemente en la vida eterna, ya que, como era sabido, en el último día Dios resucitaría a todos los que creyesen en él y los llamaría a su lado.

El pastor Huuskonen le hizo notar en este punto que tampoco esa cuestión era tan simple como parecía a primera vista. Porque ¿se trataba solamente de aquellos que se habían convertido antes de su muerte, o de toda la humanidad en general? En la Edad de Piedra los seres humanos no creían en el Dios de los luteranos, ni sabían nada de su grandeza. Por muy sensibles y generosos que fueran, no estaban al tanto de la posibilidad de ir al cielo en el último día… ¿Y dónde trazar la frontera entre hombre y animal? ¿Los monos creyentes iban al cielo, o era necesario saber hablar y usar una porra para que a uno lo dejasen entrar en la gloria?

—En uno de sus libros, el pastor Voitto Viro dijo en cierta ocasión que su perro entraría en el reino de los cielos —le recordó Sonja.

—Pues yo creo que Lucifer lo tiene difícil —dijo pensativo el pastor.

Desde donde estaban se oyeron ladridos provenientes del pueblo. El oso se puso a gruñir, porque estaba asustado y empezó a dar tirones de la correa. Algunos de los chuchos debían de andar sueltos, porque los ladridos avanzaban por detrás de las casas y se iban acercando a ellos por el bosque que había tras la avenida de abedules.

—¿Es que ya nadie ata a los perros? —se extrañó Sonja.

—Eso es que han olido a Lucifer. ¿Deberíamos volver a casa?

Pero Sonja quería seguir hablando sobre las grandes cuestiones de la existencia.

—¿Y la creación? ¿No es acaso una demostración de la divinidad? Nada puede

surgir de la nada, del vacío absoluto, así que la vida ha tenido que ser creada necesariamente por Dios.

—Bueeeeeno, no corras tanto. Entonces se podría decir que Dios es un creador poco profesional. La naturaleza le quedó bastante bonita, pero la creación del hombre fue una catástrofe. Si un relojero, por poner un ejemplo, se atreviese a ser tan chapucero como él, la patada en el culo no se la quitaba nadie. ¿No habrá en algún lugar, en algún otro mundo, una especie inteligente para la cual la respuesta a estas preguntas que nos estamos haciendo sea evidente y natural?

Huuskonen se disponía a continuar con su discurso filosófico, cuando de repente, trotando a través de un sembrado, apareció una manada de tres o cuatro perros cuyo cabecilla —a juzgar por los ladridos que daba sin cesar— era un perrazo de aspecto feroz a más no poder. Los demás chuchos eran todos spitz de cola curvada hacia arriba, los cuales se lanzaron despiadadamente en pos de Lucifer. Atacado por diestra y siniestra, el pobre oso se las veía y se las deseaba para mantener a raya a la jauría. Resistía como un valiente, pero el bozal le impedía defenderse en igualdad de condiciones y la correa no paraba de enredársele entre las patas. Por suerte tenía las zarpas libres y, con su agilidad y vigor de joven macho, les dio a sus asaltantes la lección que merecían.

En medio de la trifulca de ladridos y aullidos, el pastor Huuskonen acertó a encontrar un palo que había a un lado del camino, y con él se puso a zurrar a los chuchos más sañudos. Cuando por fin pudo quitarle el bozal a Lucifer y éste abrió las fauces, mostrando sus blancos colmillos, los perros del pueblo pensaron que lo mejor era volverse por donde habían venido. Aullando como posesos, escaparon campo a través en dirección al bosque vecino. Lucifer quiso salir en pos de sus asaltantes, pero Oskari lo sujetó firmemente de la correa para impedírselo. Jadeantes, regresaron a la protección del colegio y el pastor felicitó a su oso:

—Hay que ver, Lucifer…, es que estás hecho una fiera, chico.

17. EL PASTOR Y LUCIFER SE EMBARCAN

Nada más pasar San Juan y con la llegada masiva de los cursillistas participantes en un congreso sobre relaciones de pareja, que organizaba la Comisión de Asuntos Familiares de la Iglesia luterana de Finlandia, la atmósfera de la residencia de estudiantes de Vampula se volvió tensa. La relación entre Sonja Sammalisto y el pastor Huuskonen, que era a todas luces de carácter libre, provocó cierta indignación entre la concurrencia, y la presencia de un oso, para más inri con aquel nombre, no ayudaba mucho a disiparla.

Sonja Sammalisto y el oso siguieron con sus coladas y luego, ya a principios de verano, la etóloga pasó a limpio las anotaciones de su investigación y regresó a Oulu. «Hay que ver lo que me cuesta siempre separarme», pensó Oskari con resignación, al darle a Sonja dinero para el pasaje de avión. Pastor y oso no hacían sino estorbar a los cursillistas, así que éstos decidieron abandonar también el lugar. Oskari pagó la cuenta y puso rumbo a Köyliö y luego a Rauma, la más grande y bella ciudad de casas de madera del norte de Europa. Una vez allí, pasaron la noche en un hotel, y al día siguiente se pusieron en camino hacia Uusikaupunki.

Las fábricas de coches, que en tiempos habían dado trabajo a gran parte de la población local, habían disminuido tanto su producción que calles y tabernas estaban llenas de parados ociosos. El ambiente era siniestro y descorazonador. La crisis también afectaba al astillero: en aquel momento tan sólo había en sus diques un par de navíos en reparación, uno era un buque alemán de carga horizontal, el *Hansa*, y el otro un barco de pasajeros ruso, llamado *Alla Tarasova*, construido en tiempos en los astilleros polacos de Gdansk y cuyas reparaciones estaban llegando a su fin. Quiso el azar que el pastor conociera allí al capitán de la nave, el viejo y entrañable lobo de mar Vasili Leontjev, que había acudido a Uusikaupunki para recuperar su nave recién reparada. El encuentro se produjo por casualidad, cuando Huuskonen iba al volante de su coche sin rumbo fijo por el camino que llevaba al astillero. El viejo marino estaba justamente haciendo aguas menores junto a la verja de entrada y, al verlo, Lucifer se puso a gemir bajito, indicando que él también quería aliviarse. Oskari paró el coche y lo acompañó hasta la verja de acero. El joven plantígrado le echó un vistazo al capitán y se puso a imitarle, apoyándose con una de sus zarpas en el enrejado y poniéndose a miccionar como un hombre, cosa que también hizo el pastor. El capitán fue el primero en acabar, se sacudió la picha y se subió la cremallera de la bragueta. Comentó en inglés:

—Aquí el amigo es un oso, si no me equivoco.

—Lo es, efectivamente —contestó Huuskonen.

Tras las presentaciones, el capitán Leontjev les invitó a conocer su nave. Era un auténtico barco de pasajeros a la antigua, de unos cien metros de eslora, con capacidad para doscientos viajeros y una tripulación de cien hombres, la mitad de los cuales —principalmente los mecánicos, que estaban probando en ese momento los

nuevos motores diésel recién instalados— ya se encontraban a bordo trabajando. El capitán invitó al pastor y a Lucifer a compartir con él en su sala privada un almuerzo ligero, que acompañaron con unos cuantos vasos de vodka. Era un hombre solitario que había pasado su juventud en un ballenero que faenaba por el Pacífico. Más tarde, había hecho la ruta del Caspio en un carguero y, después de la perestroika, le habían destinado a Arjángelsk para abrir una línea de pasajeros entre dicho puerto y el de Murmansk, al otro lado de la península de Kola.

Oskari Huuskonen le contó algunas cosas sobre su propia vida: era un hombre de iglesia, luterano, para más señas, había tenido su propia parroquia en una zona rural de Finlandia y también era doctor en teología. En aquel momento se hallaba disfrutando de una excedencia —sólo con media paga— y llevaba algunas semanas viajando por el mundo sin rumbo fijo, acompañado de su oso.

Cuando acabó de comer, Lucifer juntó las zarpas, adoptando una postura de recogimiento religioso, mientras movía el hocico como si estuviese murmurando una acción de gracias.

—¡Anda, qué majo…! ¿Aprendería a hacer la señal de la cruz? —preguntó el capitán, divertido. Y probaron. Vasili Leontjev se santiguó varias veces para que Lucifer lo viese y Oskari le dijo:

—¡A qué esperas, Lucifer! ¡Ahora te toca a ti!

Al cabo de unos minutos de entrenamiento, el oso se sabía el nuevo truco a la perfección: llevaba su zarpa derecha a la frente, luego al pecho y después del hombro derecho al izquierdo, como hacían los ortodoxos. Tenía un aire de lo más piadoso.

—Un bicho muy espabilado, sí señor —tuvo que admitir el capitán.

Tras el postre, dieron una vuelta por la sala de máquinas y el puente de mando. El capitán estaba orgulloso de su navío: a pesar de sus casi veinte años, volvía a estar en unas condiciones inmejorables tras la renovación de los motores, los cuales habían sido puestos a punto y modernizados mediante la instalación de nuevos aparatos de electrónica más acordes con los tiempos. Al volver del puente de mando, fueron a echarle un vistazo a la sala de fiestas, donde un conjunto de cinco bailarines estaba ensayando al ritmo sincopado de un rock. Lo formaban dos hombres flacuchos y tres chicas monísimas en mallas. Moviéndose con gran sentido del ritmo, ensayaban las figuras de una coreografía plagada de insinuantes meneos de caderas y gestos que destilaban erotismo. El pastor se interesó por la procedencia del grupo:

—Con el debido respeto, me da la impresión, aunque no lo tengo muy claro, de que son pilinguis de San Petersburgo. Es personal contratado, no pertenecen a la tripulación. Los hemos traído porque al ser éste un barco de crucero, algún programa de entretenimiento había que tener —murmuró el capitán.

A Oskari se le ocurrió preguntarle si no habría alguna posibilidad de que él también formase parte del elenco artístico del crucero. Con tres comidas calientes y un pequeño sueldo diario por sus actuaciones, se conformaba. Oskari ya tenía en mente el número con el que Lucifer y él demostrarían su talento escénico: el oso haría

el papel de su criado, llevando a cabo los diferentes trucos que ya sabía al dedillo, como lavar ropa, planchar camisas, hacer de camarero, etc. Y luego, como colofón, podría ponerse a rezar y al final santiguarse de verdad y todo.

—¡Qué idea tan cojonuda! —exclamó el capitán Leontjev con alborozo, y admitió que llevaba un rato dándole vueltas a algo por el estilo, sin atreverse a decirlo en voz alta, no fuera que Huuskonen, como hombre de iglesia que era, se ofendiese. La verdad es que les urgía montar un programa de diversiones, algo que fuese más allá en gusto y nivel de las coreografías chabacanas, de las sacudidas de nalgas de aquellas señoritas ligeras de cascos y de los saltitos y taconeos de sus escuchimizados alcahuetes.

—Pues no se hable más. Vaya ahora mismo al sindicato de marinos finlandeses a inscribirse en el registro, que yo le voy preparando el contrato de enrolamiento. Supongo que tendrá pasaporte, ¿verdad? Ah, claro, y los papeles del oso, ¿están en regla?

El pastor le aclaró que Lucifer estaba registrado como animal de compañía y que disponía de un certificado del ministerio correspondiente, firmado y sellado. Todo en orden.

—Me lo regalaron mis feligreses cuando cumplí cincuenta años.

—Pues a mí, cuando cumplí los cincuenta, mi tripulación me regaló un pingüino… Navegábamos entonces por aguas de Nueva Zelanda. El caso es que el puñetero bicho se convirtió en un señorito y encima olía a muerto que tiraba para atrás. Al final acabé vendiéndoselo a un aviario de San Petersburgo, donde el muy cabrón le contagió la salmonelosis al resto de los pájaros acuáticos…; luego me enteré de que todos habían estirado la pata. ¡Lo que hay que ver!

El capitán anunció que al cabo de una semana, día más, día menos, zarparían de Uusikaupunki.

—El plan original era cruzar el golfo de Finlandia hasta el lago Ladoga, luego pasar por el Onega, y atravesando los canales llegar hasta el Mar Blanco, pero al parecer el calado de algunas de la esclusas no es lo bastante profundo, o no funciona como es debido. En cualquier caso, vamos a tomar la ruta del Báltico y pasaremos al Atlántico por el estrecho de Dinamarca. Luego, siguiendo la costa noruega, iremos hasta Pechenga y la península de Kola. En Murmansk subirá a bordo el resto de la tripulación y la primera tanda de turistas, y de ahí, dando un rodeo a la península de Kola, navegaremos primero por el mar de Barents y luego por el mar Blanco, hasta llegar a Arjángelsk. Tras una escala en las islas Solovetski, volveremos a Murmansk para recoger al siguiente grupo de pasajeros. Así que creo que tendrá tiempo de sobra para adiestrar al oso antes de que lleguemos a nuestro destino.

El capitán añadió que estaba dispuesto a pagarle el salario completo de un marinero de cubierta, pero que el oso iba a tener que contentarse con la paga de grumete.

—Los rublos se quedan en nada al cambio, pero podría usted subir su coche al

barco, venderlo luego en Murmansk y hacerse rico al estilo ruso, es decir, mientras se lo permita la inflación.

A Huuskonen le pareció una idea excelente. Firmaron el contrato y a continuación fue a inscribirse al sindicato de marinos finlandeses.

Una semana más tarde, dos remolcadores sacaron al *Alla Tarasova* de los astilleros de Uusikaupunki y el práctico lo guió hasta mar abierto. Luego pusieron rumbo al sur, hacia nuevos destinos. En la nave viajaban el pastor Huuskonen y su oso Lucifer. De pastor y oso a lobos de mar.

18. DE LA VIDA MARÍTIMA EN AGUAS ÁRTICAS

El *Alla Tarasova* se mecía en el neblinoso Atlántico. El coche del pastor Huuskonen viajaba en la cubierta de proa, atado con unas sogas, mientras que éste, apoyado en la baranda de estribor, contemplaba las escarpadas paredes montañosas que de vez en cuando se vislumbraban entre la bruma. Era de noche, pero aún había claridad, ya que en el norte el sol nunca se pone en verano. Ya habían dejado atrás Hammerfest e iban rumbo al océano Ártico.

Huuskonen estaba melancólico. Había abandonado su patria y se dirigía al remoto Mar Blanco. ¿Y si había tomado la decisión de partir demasiado a la ligera, sin pararse a pensar en las consecuencias? Había pasado de pastor luterano a marinero circense, ¿no era un poco raro?

Lucifer no cesaba de aprender cosas en lo que llevaban de travesía. Trabajaba como ayudante en el comedor de oficiales. Aparte de servir las mesas, se encargaba de la limpieza de la sala, cosa que hacía normalmente con su propio pelaje, que al ser más esponjoso que los trapos, limpiaba mejor, sobre todo si primero se lo humedecía un poco. Para barrer los suelos empleaba el siguiente método: le envolvían las zarpas en un trapo, a modo de los peales que usaban los soldados rusos, y dándose un garbeo por la sala la dejaba reluciente en un tiempo récord. De vez en cuando enjuagaba los trapos, metiendo las zarpas en un cubo de agua.

En un par de días arribarían al puerto de Murmansk, donde estaba previsto que subieran a bordo unos doscientos pasajeros. El pastor estaba nervioso: ¿cómo se las apañaría para entretener con su oso a los turistas? Habían ensayado muchísimo y tenía listos varios números de rezos marítimos, así que todo tenía que salir a pedir de boca. Mientras contemplaba la brumosa superficie del mar, Huuskonen le daba vueltas a su extraño destino. Sus únicas posesiones eran un coche viejo y un oso. El primero pensaba venderlo en cuanto llegase a Murmansk y al segundo iba a tener que sacrificarlo en otoño, cuando su tamaño fuese tal, que ya no pudiese alimentarlo con sus escasos fondos. Lucifer era ya un muchachote: su altura en la cruz era de casi un metro y ya pesaba más de cien kilos. Menuda alfombra podría hacerse con él…

El plantígrado se paseaba a su albedrío por la cubierta del barco, ya que el pastor no podía acompañarlo siempre. Se paró a observar los botes salvavidas y las balsas y entonces le vino a la mente el simulacro de emergencia organizado días atrás, mientras hacían una parada de avituallamiento en el puerto de Kiel. Lucifer había seguido su desarrollo con interés desde la cubierta, en compañía de Oskari, y de repente tuvo la ocurrencia de repetir las maniobras él solito. Los osos tienen muy buena memoria y la de Lucifer era excepcional. Le hincó el diente a las cuerdas que activaban la puesta en funcionamiento de uno de los botes salvavidas, y se fió a dar tirones hasta soltarlas, tal y como había visto hacer a los marineros rusos. El nudo se abrió en un píspás y la soga que sujetaba el bote empezó a pasar por la polea a una velocidad endiablada. Al realizar la misma operación con la cuerda del otro lado, la

pesada embarcación se soltó de los pescantes y cayó al mar en un abrir y cerrar de ojos. Al oso se le daban bien los salvamentos, al parecer. Echó un vistazo por encima de la barandilla y vio cómo el bote caía en plancha, levantando espuma en el oleaje. Encantado, se lanzó con uñas y dientes a por los cabos de las balsas de salvamento. En su entusiasmo, echó al mar tres de ellas, e iba ya a por la cuarta cuando algún miembro de la tripulación cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo. Entre aullidos de sirena, varios marineros corrieron a cubierta.

Al pastor le costó Dios y ayuda atrapar a Lucifer y llevárselo al camarote, donde le propinó una buena azotaina. El pobre oso no entendía a santo de qué le estaba cayendo aquella somanta y, rabioso, le enseñó los dientes a su dueño, cosa que no le sirvió de mucho, porque al final tuvo que someterse, en vista de la tanda de correazos que éste le propinó en el lomo.

El *Alla Tarasova* se detuvo y puso marcha atrás con gran rugido de sus motores. Echaron al mar una lancha de salvamento con cuatro hombres a bordo, los cuales, remando sobre las grises olas, se acercaron al primer bote liberado, consiguieron recuperarlo y lo subieron a bordo. Hicieron lo mismo con las balsas que quedaban, dos de las cuales se habían abierto con el impacto de la caída. Dos horas se les fueron antes de que todo hubiese vuelto a la normalidad y finalmente el navío pudiera continuar su singladura.

El capitán Vasili Leontjev se presentó en el camarote de Oskari. Estaba algo nervioso, pero no especialmente enfadado. El oso, enfurruñado, se había metido debajo de la mesa.

—Lamento mucho el lío que ha organizado Lucifer y le ruego que me perdone.

—Desde luego el bicho es espabilado, porque apañárselas para bajar una lancha y tres balsas… Y él solito. En una situación de emergencia hubiese salvado decenas de vidas —dijo el capitán, pensativo.

El pastor insistió en saber si los daños ocasionados por el zafarrancho espontáneo que había organizado Lucifer habían sido muy cuantiosos y si ello les había hecho perder mucho tiempo.

—¡Qué son un par de horas en la inmensidad del océano! Pero a partir de ahora no se te ocurra perder de vista al oso, no vaya a ser que le dé por meter la zarpa en el cuadro de mandos del puente y la caguemos. Éste es capaz de estamparnos contra las rocas de un acantilado, en el peor de los casos.

Dejando atrás el Cabo Norte y luego Pechenga, entraron en el fiordo de Kola, un profundo canal natural de decenas de kilómetros de largo que transcurría entre montañas desnudas de rocas redondeadas e iba a parar a Murmansk. La decadencia del gigante ruso saltaba a la vista: restos oxidados de transatlánticos, remolcados hasta allí, descansaban encallados entre las rocas de las orillas, sin que nadie se molestase siquiera en desguazarlos. Una espesa capa de aceite cubría la superficie de las aguas y las riberas estaban infestadas de basura y toda clase de chatarra. El puerto más grandioso del mundo estaba como dormido y tan sólo un par de grúas rechinaban

a lo lejos, en el ruinoso muelle pesquero. En ese momento, en la orilla opuesta del fiordo, un enorme navío de color gris, destinado al transporte de tropas, entraba jadeante en el puerto militar, mientras que un almirante pasaba revista a la dotación de la nave al compás de una estruendosa fanfarria. Prácticamente en el centro del fiordo, flotaba inerte un submarino de casco negro, sujeto con cables a dos remolcadores. Imposible saber si lo estaban trayendo del Ártico o si, por el contrario, estaban sacándolo.

El *Alla Tarasova* fue amarrado al embarcadero y los remolcadores se alejaron de sus flancos. Al momento se presentó en el muelle un grupo de estibadores, los cuales engancharon firmemente el coche de Oskari a los cables de una grúa. Para cuando la tripulación bajó a tierra, el vehículo ya estaba rodeado de una escandalosa muralla humana de posibles compradores, que daba vueltas alrededor de éste, comprobando su estado. A Oskari le llovían las ofertas: una bolsa repleta de rublos, diez litros de vodka y quinientos dólares en metálico. Alguien le hizo una oferta algo mejor y un tercero superó las anteriores. La venta se zanjó en un santiamén y al final Oskari lo vendió por treinta botellas de vodka y mil dólares, más el equivalente al salario medio de dos años de un trabajador, en rublos.

Esa misma noche, varios autobuses con matrícula finlandesa aparcaron junto al barco y de ellos se empezaron a bajar turistas, en su mayoría sesentonas jubiladas del norte de Finlandia. Las abuelas estaban explorando las antaño prohibidas tierras septentrionales de la antigua Unión Soviética, accesibles ahora al turismo por la apertura del gigante, aunque venidas abajo por la tremenda crisis. Durante el crucero, que iba a durar una semana, rodearían la península de Kola, se detendrían en Arjángelsk y regresarían a Murmansk, haciendo escala en el monasterio de Solovetski. Entre cacareos, las viejas subieron al barco, donde la tripulación ya las esperaba para darles la bienvenida. En el grupo también había un par de vejetes —aún con vida, aunque no por mucho tiempo, por lo que parecía…— y un par de guías que hablaban ruso. Doscientas abuelas en total que, tenaces y curiosas, corrieron a instalarse en sus camarotes, seguidas por el estruendo de sus maletas de plástico al ser arrastradas.

El pastor Huuskonen le puso a Lucifer el bozal y fueron a darse una vuelta para conocer la ciudad. Todo se caía a trozos irremediablemente. Hacía años que nadie cortaba la hierba de los parques, los balcones de hormigón de los espantosos edificios de viviendas estaban tan deteriorados que parecían a punto de desprenderse de las fachadas. Las calles estaban llenas de baches y agujeros y la gente llevaba en sus rostros una expresión generalizada de dureza y resignación. Oskari se paró ante las escaleras de entrada de un hotel, donde había un gran charco rojo y brillante. «Sangre humana», le dijeron unos cazadores de osos finlandeses, mientras desatornillaban los faros de sus todoterrenos para llevárselos al hotel, antes de retirarse a dormir. Habían viajado a Murmansk desde Ivalo, trayendo consigo unos cuantos perros de caza, con la intención de entrenarlos en los páramos de Kola, con osos de verdad. En cuanto los

canes olfatearon a Lucifer, rompieron a ladrar enloquecidos y hubo que encerrarlos en los coches.

—Esta mañana, nada más salir del hotel, nos hemos encontrado con que había un ruso muerto, ahí, en las escaleras —le contó uno de los tipos, que era de Sodankylä.

—Degollado. Un corte de oreja a oreja —confirmó otro. Nadie se había molestado en limpiar la sangre, pero al menos se habían llevado el cadáver.

—Aquí no se puede ni dormir, si no es con el rifle de cazar ciervos al lado —afirmaron. Luego empezaron a lanzarle ofertas a Huuskonen para comprarle a Lucifer.

—¡Anda, véndenos el oso! Nos lo podríamos llevar a casa, para entrenar a los perros y ahorrarnos el tener que venir aquí cada vez.

El pastor Huuskonen se lo pensó, pero decidió quedarse con él. Hubiese sido un crimen vender a su amigo, más aún para ser utilizado en semejantes menesteres y tener que pasarse el resto de su vida luchando contra jaurías de perros furiosos.

—¡Lo mismo da! Total, es demasiado manso para lo que lo queremos —rieron con sorna los tipos, mientras Huuskonen se alejaba de allí con su amigo de la correa. Luego paró en un gran almacén, donde se compró dos gorros de piel. A Lucifer le compró un cuenco de aluminio para la comida y ya está: tampoco es que hubiese mucho más que comprar, la verdad. Antes de regresar al barco, fueron a ver el Museo Militar de Murmansk, donde se hallaban representados de manera estremecedora los sufrimientos por los que había tenido que pasar durante la Segunda Guerra Mundial aquel puerto, cuyas aguas nunca se helaban. Los estibadores encargados de descargar el material militar que enviaban los Aliados habían tenido que soportar la interminable pesadilla de la amenaza y los ataques sin descanso de los bombarderos alemanes.

Ya de madrugada, bajo la tenue luz de verano, el *Alla Tarasova* largó amarras y fue remolcado al fiordo, desde donde zarpó para hacer su primera travesía. Dejando atrás los cuarenta kilómetros del canal, entraron en el Ártico y pusieron rumbo al este. A la mañana siguiente, las abuelas finlandesas protestaron porque querían café finlandés con su desayuno, pero tuvieron que conformarse con el té ruso que les sirvieron. Entre ruidosos sorbos, refunfuñaban, quejándose de que aquel crucero era una porquería, comparado con los que iban a Suecia desde Finlandia.

A lo largo del día, el pastor anunció por el servicio de megafonía del barco que, aquellos pasajeros que lo deseasen, tendrían la oportunidad de participar en el círculo luterano de oración que se iba a celebrar, Dios mediante, en el comedor. Medio centenar de abuelas se presentaron en el lugar y Huuskonen dio un pequeño sermón y pronunció un par de oraciones. Mientras tanto, Lucifer permanecía detrás de su amo, erguido sobre sus patas traseras y con las zarpas unidas en actitud de oración. A las viejas la reunión les pareció enternecedora y de mucho recogimiento.

Por la noche, Huuskonen dio su primer espectáculo de circo en la sala de fiestas del barco. Se encontraban ya navegando por el lado este de la península de Kola y

algunos de los viajeros habían visto una ballena blanca chapoteando en la estela del *Alla Tarasova*. El pastor le habló a su público sobre las maravillas del Ártico y luego contó todo lo que sabía de los osos. Mientras su amo hablaba, Lucifer iba repitiendo los trucos que le había enseñado. Siguiendo las instrucciones del pastor, dio unas cuantas volteretas por el escenario, primero hizo de oso salvaje, rugiendo cuando tocaba y enseñando los colmillos, y luego se echó al suelo, fingiendo estar en pleno letargo invernal. Como colofón a la actuación propiamente dicha, Oskari fue explicando la gran variedad de habilidades humanas que el oso había aprendido una vez domesticado, mientras éste las ponía en escena: sabía limpiarse solito el culo, cepillarse los dientes, lavaba la ropa y sabía planchar pantalones y camisas, servir el té y hasta limpiar el escenario. Todo ello iba aderezado con la ejecución de bailes diversos —polcas y yenkas, fundamentalmente— que hicieron las delicias del público. Y, para terminar, Lucifer se santiguó repetidas veces mientras Huuskonen recitaba una larga perorata de la vigilia ortodoxa. Emocionado hasta las lágrimas, el público se puso en pie a aplaudir rabiosamente. La actuación había sido un éxito y el comentario general fue:

—¡Qué gran actor! ¿Será verdad que es creyente?

19. EL OSO SE ECHA AL MONTE

Al llegar a las estribaciones de la península de Kola, el *Alla Tarasova* viró en dirección sur y navegó del mar de Barents al Mar Blanco, a través del estrecho del mismo nombre. Desde allí, el crucero prosiguió su singladura hasta Arjángelsk. Oskari Huuskonen continuaba organizando cada día breves retiros de oración y por las noches actuaba con Lucifer en la sala de fiestas del crucero. El animal se había acostumbrado al público con gran rapidez e iba aprendiendo nuevos trucos. Se veía a las claras que disfrutaba saliendo a escena. Oskari le enseñó también a pasar la gorra al final de las actuaciones y siempre se la devolvía llenita.

A los cuatro días de travesía, llegaron a Arjángelsk, lugar que el pastor Huuskonen tuvo ocasión de visitar con el capitán Leontjev, que hizo las veces de guía. Se trataba de un centro industrial al estilo de los del norte, más bien grande, y edificado en una vega del margen del río Duina septentrional. Su helada luminosidad y su estado de total abandono llamaban la atención. En el centro, todos los edificios eran de hormigón gris, e intentaban claramente evocar el pasado esplendor soviético, pero en sus inmediaciones se hallaban rodeados de barriadas de casuchas de madera, decrépitas y ladeadas en su mayoría a causa de los embates del cruel frío ártico. Los vientos invernales habían impreso en los rostros de sus habitantes una expresión de dureza, que, en el caso de los varones más jóvenes, solamente se suavizaba cuando se ponían hasta las trancas de vodka, o cuando sacaban a bailar a las risueñas muchachas en el Casino de la Marina. El capitán Leontjev acompañó a Huuskonen y a Lucifer a un museo al aire libre, a visitar el depósito de flotación de madera y la fábrica de celulosa del Duina septentrional, y ya al atardecer les llevó a las afueras a que vieran una vieja ermita de troncos grisáceos. Abrieron una botella de vodka y se tumbaron en la hierba de una pequeña colina a contemplar el diminuto pueblo que se extendía ante ellos. Cuatro o cinco viejos estaban segando heno y era tal la trompa que llevaban, que el pastor y el capitán no les quitaban ojo, preocupados por la posibilidad de que acabasen cayendo de culo sobre sus propias guadañas.

Mientras, Lucifer haraganeaba feliz, encantado de estar en la naturaleza, y se revolcaba junto a un henar. Con la trufa temblorosa, olisqueó el aroma a heno recién cortado, intentó atrapar un abejorro con la boca y luego se dejó caer panza arriba en el prado, lo mismo que el pastor y el capitán. A él también le dieron vodka, pero no le gustó en absoluto y lo escupió muy enfadado.

Regresaron al barco ya entrada la noche y a la mañana siguiente éste levó anclas y puso rumbo a las islas Solovetski, a través de la bruma. Una vez allí, echaron el ancla en un fondeadero situado en el oeste de la isla principal. Era tan espesa la niebla, que las lanchas a motor y los remolcadores que venían de la isla se perdieron y comenzaron a hacer sonar sus sirenas, detenidos sobre la mar en calma sin poder volver ni dar con el crucero, donde las abuelas finlandesas se quedaron esperando a que las recogiesen. Doce horas estuvo inmovilizado el *Alla Tarasova* en las aguas del

archipiélago, hasta que la niebla terminó por disiparse y las embarcaciones consiguieron acostarse a él. Tras bajar las escalas, el rebaño de abuelas pudo por fin ir a la isla y visitar su famoso monasterio, conducidas como borregas por los guías finlandeses.

Por su parte, el capitán Leontjev se ofreció a acompañar al pastor Huuskonen y a Lucifer, llevando de cicerone a una joven uniformada de la oficina de radiotelégrafos del puerto, la cual hablaba inglés y dijo tener tiempo de sobra para enseñarles Solovetski, una isla famosa sobre todo por su trágica historia. Tanja Mihailova debía de andar por los treinta y era esbelta, de tez clara, alta para ser rusa y de porte señorial. Les explicó que el archipiélago, Solovetskie Ostrova, tenía unos trescientos kilómetros cuadrados de superficie, y que allá por el año 1400 habían llegado a aquellas islas tres ermitaños, Germán, Zósima y Savati, que fueron los fundadores del monasterio. Desde allí, habían convertido a la fe ortodoxa vastas regiones, a todo lo largo de la costa septentrional y occidental del Mar Blanco, y las expediciones de reconocimiento y las rapiñas llegaron incluso hasta la misma Finlandia. Los monjes vivían bajo una durísima regla ascética y las gentes venían desde muy lejos para admirarlos. El monasterio se hizo rico y célebre, hasta que en el siglo XX sus actividades se vieron interrumpidas por la Revolución. Aquello marcó también el comienzo de la tragedia, ya que el archipiélago se convirtió en prisión. Tanja les contó que la tierra que estaban pisando se hallaba mezclada con los huesos de los prisioneros que allí habían encontrado la muerte.

Decenas de miles de seres humanos habían muerto de inanición, de frío o ejecutados en aquella isla totalmente llana y azotada por los vientos, mientras que por los helados callejones de la fortaleza habían resonado durante siglos los ecos de las monótonas salmodias ortodoxas, repetidas sin descanso por los monjes mientras los recorrían en procesión, santiguándose temerosos de Dios. Y fue allí mismo también, en los pantanos que flanqueaban las carreteras militares, donde los jóvenes reclutas de la Armada Roja cavaron durante su adiestramiento los siniestros agujeros que usaban como refugios individuales, las manos entumecidas, ateridos de frío y debilitados por el hambre. Allí aprendieron obedientemente cómo se luchaba y se moría en una guerra.

—Yo soy de Arjángelsk y desciendo de noruegos por parte de madre, pero no conozco el idioma. Mi abuelo cayó durante la guerra con Finlandia, en 1940, y mi padre murió cuando yo tenía apenas cinco años. Mi madre es maestra en Arjángelsk y está a punto de jubilarse, pero no va a durar mucho, porque está muy enferma. Tiene cáncer.

Tanja los guió por las ruinas del monasterio de Solovetski, para mostrarles las húmedas celdas en las que habían vivido encerrados los prisioneros. El cenobio estaba en un estado lamentable y hacía sólo un par de años que habían empezado a arreglarlo, pero las obras iban muy despacio. También los finlandeses colaboraban en el proyecto, aunque hasta el momento no habían hecho más que levantar unos

andamios chapuceros de tubos de acero, los cuales se estaban oxidando gradualmente.

—Ya sólo me queda este verano y el invierno que viene en la oficina de radiotelégrafos y luego a lo mejor me puedo ir. Aquí no hay ninguna diversión, esto está en el culo del mundo.

Insistió en llevar de la correa a Lucifer, el cual se mostraba encantado con ella, se le acercaba, le lamía la mano e incluso intentó que lo cogiese en brazos, aunque ya estaba demasiado crecidito para tales mimos. Abandonando las ruinas del monasterio, prosiguieron la caminata por la carretera llena de baches que atravesaba el pueblo en dirección nornoroeste. En medio del bosque, se toparon con un par de lagos en cuyas orillas crecía el musgo y decidieron detenerse allí para comerse las provisiones que les habían preparado en el barco. El capitán se había traído en su mochila una botella de vino georgiano, dulce al paladar, a la cual le dieron entre los tres sus buenos tragos para acompañar los bocadillos. El sol les calentaba con sus rayos y no hacía ni pizca de viento. Una nube de mosquitos se arremolinaba todo el tiempo sobre las cabezas de los cuatro excursionistas, cosa que a Lucifer y a Tanja no molestaba en absoluto, pero que al capitán y al pastor los martirizaba.

De repente oyeron unos sonoros ladridos provenientes del pueblo y al poco rato, levantando el polvo, se presentaron a la carrera tres perros de pelaje rojizo. Al igual que había sucedido en Vampula, Lucifer se enfureció: pegó tal tirón de la correa que ésta se partió y, fuera de sí, se abalanzó sobre los perros. Era ya un oso tan grande, que los espantados chuchos salieron pitando por donde habían venido, con el rabo entre las patas y sin dejar de aullar. Lucifer galopaba de tal modo tras ellos, que con la fuerza de sus zarpas el musgo de la orilla del marjal salía volando. De repente se internó en un espeso abetal y desapareció de su vista. Sus rugidos y los ladridos de los perros se fueron perdiendo en el bosque y pronto dejaron de oírse.

El pastor Oskari Huuskonen, el capitán Vasili Leontjev y la operadora de radiotelégrafos Tanja Mihailova se asustaron mucho y empezaron a llamar a Lucifer a grandes voces. Pero nada…, el animal no volvía, ni se le oía siquiera. Huuskonen se quitó los zapatos y se internó en el bosque. Siempre siguiendo las huellas de su oso, dio toda la vuelta al marjal, pero al llegar a terreno seco, las perdió del todo y tuvo que regresar a la carretera, donde estuvo con sus amigos más de media hora llamándolo a gritos, sin resultado. El animal se había perdido en el bosque, pero al capitán Leontjev no le quedaba más remedio que volver a su barco. Oskari, sin embargo, se sintió incapaz de dejar a su amigo abandonado, porque no sabía cómo se las iba a poder apañar éste solo. Además, sin Lucifer no tenía ya espectáculo que ofrecer en la sala de fiestas del *Alla Tarasova*.

—Levaré anclas esta noche a las nueve. Intenta encontrar a tu oso para entonces y ya verás como alguien te acerca al barco sin problemas. Y si no lo encuentras, le dices a Tanja que me llame —le dijo el capitán. Luego él y la muchacha echaron a andar en dirección al pueblo y Oskari volvió a meterse descalzo en el bosque,

parándose de vez en cuando para gritar desconsolado:

—¡Lucifeeeer, vuelveee! ¡Lucifeeer, vuelve a casaaa!

20. LOS NUEVOS CAUTIVOS DE SOLOVETSKI

El pastor Huuskonen erró por el bosque hasta altas horas de la noche, perdido tras las huellas de Lucifer, pero no tuvo la suerte de encontrarlo. Agotado y con las plantas de los pies llenas de heridas y arañazos, volvió cojeando al pueblo y se llegó hasta el muelle, donde le informaron de que dos marineros del *Alla Tarasova* habían bajado su equipaje a tierra y que podía encontrarlo en la estación de radiotelegrafía cercana. Y allá se fue Huuskonen. Como Tanja Mihailova estaba aún de servicio, era ella quien se había hecho cargo de sus maletas, así como de su reserva de vodka, la caja de libros y la tabla de planchar de Lucifer. Las posesiones de Oskari estaban en la habitación de descanso del personal de la estación radiotelegráfica, un cuartucho diminuto, donde apenas si había sitio para una cama, un armarito y una mesa. Tanja estaba muy preocupada por el oso:

—¿Cómo se las va a apañar el pobrecillo, de noche y en medio de esos parajes?

El pastor le dijo que el oso era ya lo bastante grande y que su espeso pelaje le protegería del frío, a fin de cuentas era una fiera salvaje, ni más ni menos. Sí, seguro que se las arreglaría bien…, después de todo, había nacido en el bosque. A Tanja le tocaba hacer el turno de noche, y como iba a tener libre todo el día siguiente, le prometió a Oskari que saldría con él por la mañana para buscar a Lucifer. Luego le preparó la cama en el cuartito de descanso. En aquel momento sólo había otras dos personas trabajando en la estación, además de la muchacha: un sargento rechoncho y un radiotelegrafista flacucho, que se dedicaban, más que nada, a mascullar entre ellos en ruso y a empinar el codo con relativo disimulo. Oskari no entendía ni papa de lo que decían, pero les ofreció una botella de vodka como pago por el alojamiento y él mismo se tomó un vaso antes de acostarse. Los rusos no le prestaron mayor atención y siguieron bebiendo de sus tazas con aire lúgubre. De vez en cuando se oía el crepitar de la radio, seguido de alguna parrafada en ruso, o la voz de Tanja emitiendo algún informe.

A la mañana siguiente la muchacha le llevó al pastor una taza de té y unos bocadillos para que desayunase y unas botas militares, con sus correspondientes calcetines. Luego se presentó en la barraca de la estación el siguiente turno de radiotelegrafistas, formado por un joven teniente y tres soldados. Los borrachines del turno anterior se habían escabullido hacía rato con sus respectivas resacas, para no estar cuando llegase el cambio de guardia. Tras examinar con detenimiento la cartilla de marino de Oskari Huuskonen, el teniente Iván Krossnikov le estampó un sello y le dijo que podía alojarse provisionalmente en la barraca, hasta el regreso del *Alla Tarasova*. Después del desayuno, Tanja y Oskari salieron a la búsqueda de Lucifer.

Pero ese día no encontraron al oso extraviado. Ni ese día, ni esa semana. El pastor empezaba ya a desistir de toda esperanza: Lucifer se había echado al monte y el *Alla Tarasova* regresaría de Murmansk al día siguiente con una nueva carga de turistas. Triste y silencioso, Huuskonen se puso a hacer de nuevo su equipaje, empacó los

libros y reunió sus enseres de aseo. «Al final me he deshecho del oso», pensó. Lucifer se había internado en el bosque por su propia voluntad, por darles una lección a los chuchos, y allí se había quedado. Aprendería a cazar, porque buscar bayas y setas sí que sabía, y hasta puede que en aquella isla encontrase de vez en cuando alguna carroña que llevarse a la boca. E incluso, quién sabe, a la llegada del otoño tal vez atinase a cavarse el solito su osera al pie de algún abeto o junto a algún hormiguero, para poder pasar a resguardo el largo invierno.

Pero, aunque el destino de Lucifer parecía haberse enderezado de una forma tan natural y satisfactoria, el pastor no se sentía muy feliz. Echaba de menos a su compañero, el pequeño Lucifer, ya que eran muchas las peripecias por las que habían pasado juntos durante aquel año tan largo. Se había encariñado con el animalito y se le rompía el corazón de pensar que lo iba a dejar abandonado en aquella isla rusa, en medio del Mar Blanco, sin otros medios que su inexperiencia y sin su protección paternal.

—No te preocupes, pastor, que siempre que tenga tiempo libre saldré a buscarlo y en cuanto lo encuentre te voy a mandar un cable, estés donde estés —le prometió Tanja Mihailova. Ella también se había encariñado con Lucifer en el breve transcurso de la tarde que habían pasado juntos, cuando lo había llevado de la correa por los caminos de la fortaleza de Solovetski y las carreteras de grava de la isla.

El *Alla Tarasova* no apareció. Tras un par de días de inútil espera, Oskari le rogó a Tanja que enviase un cable a Murmansk, preguntando por los motivos del retraso del crucero.

Resultó que, al poco de arribar el barco a Murmansk, y una vez que los turistas hubieron regresado en los autobuses a Finlandia a través del paso fronterizo de Raja-Jooseppi, la nave había sido asaltada por una temible banda de borrachos criminales, formada principalmente por jóvenes veteranos de la guerra de Afganistán, completamente desenfrenados, y unos cuantos oficiales alcoholizados de la Armada Roja, que habían sido desmovilizados de su destino en Alemania. Al parecer, se habían apoderado de la nave por la fuerza y, tras matar al capitán Leontjev, habían cargado en el puente una enorme cantidad de armas robadas, procedentes de los depósitos de la infantería. Parte de la tripulación pudo escapar, pero por desgracia no todos lo consiguieron. El *Alla Tarasova* y su carga habían sido avistados por última vez navegando rumbo al mar de Kara y después no se había vuelto a saber más de ellos. Tal vez la armada de guerra lo hubiese hundido, sí…, pero ese tipo de noticias no solía llegar a Solovetski.

De repente, el pastor Huuskonen se sintió como un prisionero más de la isla. Escribió unos pocos telegramas breves y le pidió a Tanja que los enviase a Finlandia. No contaba mucho en ellos, sólo que no podía salir de Solovetski. El oso había escapado y carecía de planes.

Al cabo de un par de días, la muchacha le entregó varios telegramas a Oskari. Uno era de Saimi Rehkoila, que le contaba que la vida en Nummenpää seguía como

siempre, que la cosecha de centeno había sido generosa y que había pescado mucho en el lago Nummijärvi, El comunicado terminaba con una frase lacónica: «Por ahí andan diciendo que la pastora se ha comprometido con el teniente coronel Hannes Roikonen.»

Sus hijas también le mandaban recuerdos, pero no obtuvo respuesta alguna de Sonja Sammalisto. Entre Oulu y Solovetski apenas si bahía unos cientos de kilómetros, sólo que todos eran de mar o de taiga infinita. Vamos, que ni oso, ni Sonja.

El pastor Huuskonen se pasaba los días recorriendo la isla de acá para allá, llamando a Lucifer, pero el bosque no le contestaba nunca y el oso menos aún. Cada anochecer el abatido pastor iba a sentarse frente a los muros de piedra del viejo monasterio, sobre las frías rocas de la orilla del Mar Blanco. Allí se quedaba largo rato, contemplando las cúpulas con forma de cebolla, mientras bebía vodka y reflexionaba deprimido sobre el sentido de la vida. Demasiadas penas para un solo corazón: pobre de él, sentado en aquella gélida playa, tan lejos del mundo y solo como un pobre diablo cualquiera, sin amigos: al capitán Leontjev lo habían matado y había sido abandonado por su mujer y olvidado por su amante. Hasta su oso le había dejado a su suerte. No tenía nada que hacer: ni trabajo, ni parroquia, por no hablar de su fe en el futuro… Sólo le quedaban el vodka y la gélida bruma que se levantaba de aquel mar siniestro.

«Dios es el juez más justo, y cada día dicta su sentencia.»

Las contundentes palabras del salmo parecían haberse hecho carne en su caso, pero ¿valía la pena tener fe, después de todo? Oskari ni siquiera disfrutaba de esa suerte, porque ya no creía en Dios ni en su palabra. Ni eso le quedaba.

Sería ya de madrugada cuando se levantó de su roca y echó a añilar, olvidando la botella vacía de vodka, que quedó flotando en la orilla del mar. Dando tumbos, volvió despacito a la barraca, deseando acostarse y poder dormir.

En la claridad de la noche distinguió a Tanja Mihailova, que corría hacia él. Entre jadeos, la chica se le abrazó y le dijo entrecortadamente:

—¡Ha aparecido Lucifer! ¡Lo han cogido en la fortaleza, al parecer ha salido él solito del bosque! ¿No te parece maravilloso, Oskari?

21. BAILANDO EL CASATSCHOK EN LOS BOSQUES DE SOLOVETSKI

A Lucifer lo habían sorprendido en unas dependencias del monasterio de Solovetski que servían de almacén. Parece ser que se había colado durante la noche en la cervecería, donde a partir de la caída de la Unión Soviética los monjes habían empezado de nuevo a fabricar su famosa «cerveza de pan», conocida con el nombre de *kvas*. El oso se había inflado de pan fermentado, malta y mosto, y cuando los cenobitas lo encontraron, era tal la curda que llevaba que ni supo plantarles cara, y acabó encerrado en una de las celdas monacales en reparación. Oskari Huuskonen y Tanja se apresuraron a ir en su busca. Cuando llegaron, el bicho estaba ya lo suficientemente espabilado como para reconocer a su amo y a la nueva acompañante de éste. El reencuentro fue jubiloso. Oso y pastor, ambos con una merluza considerable, se fundieron en un prolongado abrazo. A Oskari se le inundaron los ojos de lágrimas, mientras Lucifer le lamía la cara, loco de felicidad.

El pastor se llevó a su amigo a la barraca y éste, muy satisfecho, se echó en el suelo y se durmió al instante. Todo volvía a su antiguo cauce.

A finales de julio, el *Tatiana Samoilova*, un barco blanco de pasajeros, ancló en la rada de Solovetski. Era el gemelo del desafortunado *Alla Tarasova*, y lo habían destinado al norte para continuar haciendo la ruta ártica abierta por éste. Llevaba a bordo el consabido centenar de jubiladas finlandesas, deseosas de visitar la isla y su famoso monasterio, y hubo que transportarlas a tierra en lanchas a motor y gabarras. El pastor Huuskonen, encantado de que finalmente se le hubiese presentado la posibilidad de salir de Solovetski, se presentó inmediatamente ante el capitán de la nave para hablar con él. Éste era un tipo joven e intransigente, cuya reacción inmediata fue rechazar la petición del pastor:

—¿Que le contrate para decir misa luterana en mi barco…? ¡Usted está mal de la cabeza, perdone que se lo diga!

Huuskonen insistió, mostrándole su cartilla de marinero, y le explicó que había firmado un contrato con el capitán del *Alla Tarasova*, precisamente para celebrar reuniones religiosas destinadas a los turistas finlandeses. Reuniones que, por cierto, habían sido muy bien recibidas.

—Escúcheme atentamente, porque no se lo voy a repetir. Ni muerto consentiría que nadie convirtiese mi barco en una iglesia de herejes. Si tan bien se entiende usted con el capitán del *Alla Tarasova*, ¿qué hace que no corre a embarcarse con él?

Oskari le explicó que el barco había sido secuestrado, desapareciendo en el mar de Barents, y que su capitán había sido asesinado.

—Eso no me extraña —contestó el capitán.

Huuskonen no se dejó intimidar por sus negativas ni su mala leche y decidió sacarse el as que guardaba en su manga:

—Bueno, si los rezos no le interesan, le diré que tengo un oso que sabe bailar y planchar camisas. Se trata de un artista muy lamoso en el circuito de las salas de fiesta.

Pero el capitán no daba su brazo a torcer: la cosa le parecía cada vez más absurda y descabellada. Bajo ningún concepto, que quedase claro, iba a consentir que se subiera al barco una bestia salvaje que aterrorizase o pusiese en peligro la vida de sus pasajeros.

—Por lo que sé de los osos, los muy puñeteros son capaces de echarse al coleto a un turista… o a dos, si son pequeños. Ni hablar, no pienso cooperar de ninguna manera con un chalado como usted.

Acabada la conversación, el capitán le hizo señal a Huuskonen de que lo acompañara a cubierta y, después de guiarlo hasta la motora que lo iba a devolver al puerto, dio instrucciones a la tripulación de que no permitiesen que el caballero en cuestión volviese a subir a bordo. Y así fue como a Huuskonen lo empaquetaron de vuelta a Solovetski. Daba la impresión de que aquel verano no iba a presentársele otra oportunidad de salir de la isla con su oso.

La que estaba contenta de que Oskari y Lucifer no hubiesen logrado marcharse era Tanja, que opinaba que para un oso los bosques de Solovetski tenían que ser, por fuerza, el lugar ideal para hibernar. Y en lo que respectaba a Oskari, éste podía quedarse a vivir en su casa de las cercanías de la fortaleza el tiempo que quisiera. En realidad, lo que la radiotelegrafista llamaba «su casa» era una habitación en una residencia colectiva, pero podía alojar a un honesto pastor durante el invierno, cómo no. Desde luego, en la barraca no podía quedarse indefinidamente, puesto que se trataba de una propiedad oficial del Estado ruso, destinada al descanso de los funcionarios.

De manera que el pastor se mudó con sus escasas pertenencias de la estación de radiotelégrafos a casa de Tanja. Le agradaba la idea de volver a vivir bajo el mismo techo con una mujer. Sin embargo, Lucifer era ya tan grande y comía tanto, que Huuskonen empezó a pasar los días enteros en el bosque con él. No regresaban a casa hasta bien entrada la noche, intentando perturbar lo menos posible la rutina de la residencia.

El oso vivía a sus anchas en la isla. Cada mañana, Oskari empaquetaba las provisiones del día y le soltaba la correa. Marchaban tranquilamente por la carretera que llevaba al monte Sekirnaya, en el interior de la isla, vagabundeaban por la taiga, salpicada aquí y allá de pequeños lagos, y vivían libremente, como criaturas salvajes, alimentándose de arándanos y setas. El pastor construyó junto a la orilla de un estanque de agua casi negra un cobertizo, que cubrió con una espesa capa de ramas de abeto. La isla estaba repleta de densos bosques y no era difícil encontrar pinos secos que cortar para hacer leña. Muchas veces Lucifer y él se quedaban varios días en el monte y volvían a casa cuando necesitaban lavarse la ropa o víveres para su despensa.

Durante sus días libres, Tanja también acostumbraba a ir al bosque en compañía de Oskari y Lucifer, al cual enseñó a bailar el casatschok. Aunque al principio éste se mostró algo extrañado ante la coreografía, no tardó en pillarle el tranquillo, y acabó siendo aún más ruso y mejor saltarín que la propia maestra. Huuskonen les hacía el acompañamiento, cantando canciones de cosacos, y Lucifer y Tanja bailaban al compás. Su voz de barítono, que tanto le debía al entrenamiento eclesiástico, era el acompañamiento musical perfecto para aquellas clases de baile al aire libre.

Oskari alabó la gracia con que la muchacha bailaba y ella se mostró encantada con el piropo. Le contó que las mujeres rusas siempre habían sido famosas por su destreza como bailarinas y sus grandes dotes de interpretación en el cine.

—Pero creo que yo soy la única a la que le han concedido un Oskari…

Durante aquellos dorados días de finales de verano, el pastor Huuskonen sintió como si en su interior se despertara un raro sentimiento de felicidad, algo que al mismo tiempo le asustaba: ¿es que la vida estaba dispuesta a ofrecerle aún unas briznas de alegría y de bienestar, a su edad? ¿En qué momento le pasarían la factura por aquellos días y semanas pasados en la paz de los montes de Solovetski? Aunque tal vez ya había pagado por adelantado aquellas pequeñas alegrías, tal vez ya había sufrido en este mundo lo suficiente y ahora el destino —ya no pensaba en Dios…— estaba entornándole la puerta, dejándole entrar en el lado más luminoso de la vida.

Podía muy bien tratarse del destino, pero tampoco es que creyera mucho en esas cosas. Sin embargo, hacía ya tiempo que le daba vueltas a la idea de que la raza humana no estaba sola en la inmensidad del universo. Se había leído de arriba abajo todos los informes que le habían dado en el seminario sobre el proyecto SETI, al que había acudido el otoño anterior, organizado por el Departamento de Astrofísica del Instituto Científico Heureka. Se había inscrito en las jornadas por pasar el tiempo y, tal vez, para intentar encontrar un nuevo dios que sustituyese al viejo, cualquier cosa, algo que llenase el descomunal hueco que había quedado en su mente, una vez barrida toda posibilidad de fe.

Aunque, por supuesto, el pastor Huuskonen tenía claro que el universo era tan infinitamente grande, tan profundo y extenso, que la mente humana no bastaba para aprehenderlo en su totalidad. Pero en aquel inmenso mar de mundos tenía que haber necesariamente otros seres vivos y pensantes, aparte de los seres humanos. Era más que probable que en algún lugar, tal vez a cientos, o incluso a miles de años luz, existiese un planeta habitado por alguna civilización inteligente y desconocida que observase silenciosamente la marcha de la nuestra, probablemente con una sonrisilla despectiva en la boca… Tal vez dicha civilización tuviese en su poder un conocimiento más fiable y hubiese encontrado la solución a las grandes incógnitas del universo: el pecado, la evolución, el sentido de la vida…, todo.

Durante el transcurso del simposio, Oskari se había enterado de que la humanidad escuchaba el espacio por medio de enormes radiotelescopios, barriendo con ellos noche y día, año tras año, las ondas de radio que tal vez alguien pudiera estar

enviando a la tierra, y preparándose en el ínterin para interpretarlas. En ello estaba desde 1970, sin ir más lejos, la Universidad de California, en la cual se trabajaba desarrollando un programa llamado Serendip, que ya estaba en su tercera fase. También en otras partes del mundo había un interés enorme por las posibles señales de inteligencia extraterrestre, y los radiotelescopios situados en cada continente — Europa, Asia, Sudamérica y, por supuesto, la Unión Soviética, o sea, la actual Rusia — estaban debidamente configurados para captar los mensajes que pudieran llegar de otras galaxias.

Lo malo era que, a pesar de que la humanidad entera estaba con la oreja puesta, aún no había llegado mensaje alguno a la faz de la tierra. El insondable y negro cosmos era mudo. Si en algún lugar allí fuera, en la lejanía de la Vía Láctea, existía alguna mente divina, daba la impresión de que ésta no estaba muy interesada en los hombres, fuesen éstos americanos, rusos o de la Cochinchina.

Tanja, Lucifer y Oskari estaban echados bajo el cobertizo, mientras se calentaban los pies al amor de una hoguera. El té hervía en un perol tiznado de hollín. Las densas nubes de mosquitos de Solovetski habían dejado de molestarles ya, obligadas a rendirse ante la evidencia del frío otoñal. Oskari le estaba contando a Tanja cosas de su antigua religión, y también sobre sus nuevos pensamientos sobre una inteligencia oculta en el espacio intersideral, la cual tenía que existir por necesidad, porque era matemáticamente necesario y, además, natural.

A Tanja los curas le parecían muy curiosos, especialmente aquellos cuya fe se resquebrajaba por momentos y a ojos vistas.

Oskari sacó a colación un pensamiento que ocupaba su mente desde hacía tiempo:

—Me he pasado el verano dándole vueltas a un asunto y quisiera saber si es posible que…, si tú podrías…, la verdad es que no sé si atreverme a pedirte algo así.

La muchacha le dijo que adelante, que le escuchaba.

—Es que como trabajas en la estación radiotelegráfica…, ¿me dejarías ir allí algún día para escuchar los sonidos que llegan del espacio? Digo, por si casualmente yo llegase a captar alguna señal extraterrestre, de otro planeta… No, por favor, no pienses que se me ha ido la cabeza…

Pero a Tanja le hizo gracia la cosa: nada menos que un cura sin parroquia y en busca de un nuevo dios en que creer, estaba convencido de que la estación de Solovetski podía ser el lugar ideal para establecer contacto con una inteligencia sobrenatural…, para partirse de risa, vaya.

Huuskonen se picó. Herido en su orgullo, atizó el fuego y luego se dio la vuelta y se puso a hablar con Lucifer, el cual le metió el hocico bajo el sobaco y resopló chistosamente. Era su sentido del humor. Tanja se apuntó al juego y, metiendo la cara bajo el otro sobaco del pastor, se puso a hacerle pedorretas. Y cuando Lucifer se puso a lamerle la cara, ella le imitó. Luego se puso seria y le preguntó en qué frecuencia se escuchaban habitualmente los mensajes del espacio exterior. Claro que podían intentarlo, si él quería.

Oskari se emocionó. ¡Qué maravilla, poder escuchar con sus propios oídos los sonidos del universo! Naturalmente, la recepción de la radio de la estación no iba a ser como para tirar cohetes, si se la comparaba con la de los radiotelescopios de los americanos, o con los que tenían los rusos en sus bases de lanzamientos aeroespaciales. Pero, por otra parte, la situación tan alejada de la isla, en aquella zona tan septentrional del globo, tan solitaria y prácticamente en mitad del mar abierto, podía ser decisiva: ¿y si aquél era justamente el lugar indicado para recibir los mensajes que, desde algún planeta distante, alguien estuviese enviando a la tierra? Estaba clarísimo que en aquel rincón del mundo, y hasta el momento, a nadie se le había pasado por la cabeza ponerse a escuchar las ondas del espacio con la intención de encontrar las pruebas de la existencia de una inteligencia sobrenatural, oculta en las vertiginosas profundidades del cosmos.

Y allí, haraganeando al calor del fuego, con un oso bajo un brazo y una mujer bajo el otro, el pastor pensó: «Esto puede ser el principio de algo sumamente trascendental.»

22. UNA ESCUELA EN EL BOSQUE

El pastor Huuskonen se pasó lo que quedaba del verano y todo el otoño educando a Lucifer por los bosques de Solovetski. La isla, o mejor dicho el archipiélago, se convirtió en un lugar familiar para los dos amigos. La isla más grande tenía doscientos ochenta y cinco kilómetros cuadrados de superficie, sus playas eran de roca y la taiga —en su mayoría monte bajo o bosque denso— estaba salpicada de una inmensidad de estanques y pequeños lagos. Durante su época trágica de campo de prisioneros, los bosques fueron talados sin compasión, pero las huellas del desastre apenas se apreciaban, pues la propia naturaleza se había encargado de subsanarlo, haciendo crecer de nuevo la vegetación en aquellas tierras septentrionales, e impidiendo así que el gélido viento del Mar Blanco se colase en el interior de la isla.

La isla principal de Solovetski estaba unida a la Muksalma Grande a través de una carretera construida sobre un dique de granito, por el que también se unía a la Muksalma Pequeña; más allá se encontraba la isla de Anzer, es decir, la Isla de las Ocas, donde estaban la ermita del monasterio y el Gólgota, una colina de unos cien metros de altura. Naturalmente, Huuskonen no podía acercarse al lugar, ya que no disponía de barca.

El punto más alto de Solovetski era el monte Sekirnaya, una colina de casi ciento cincuenta metros que se levantaba en la esquina noroeste de la isla. Oskari se paseaba a menudo con su oso por la carretera llena de baches que unía la fortaleza con el monte, e incluso subía a veces para admirar su pequeña iglesia y, de paso, charlar con los turistas. Sin embargo, lo mejor de todo y lo más divertido era vagabundear por los bosques, acampar a la orilla de aquellos estanques de aguas casi negras, en cuyo borde crecía un musgo movedizo, pescar lucios y darle clases a Lucifer.

En su época de estudiante de teología, Oskari había adquirido conocimientos de pedagogía y aquélla era una buena ocasión de aplicar lo aprendido a la educación de su oso. Aunque no fuera una persona, los principios educativos de toda la vida, como los premios, el buen ejemplo y el estímulo positivo, funcionaban increíblemente bien con él.

El pastor había dividido el programa de formación de Lucifer en tres partes, que podrían llamarse asignaturas. En primer lugar estaban las clases de baile, la segunda asignatura era la de religión y la tercera trataba de habilidades prácticas: cuidado y servicio del hogar y otras cosas por el estilo.

Durante sus días libres, Tanja se encargaba de darle clases de baile a Lucifer, enseñándole además del casatschok, el vals, la mazurca y la polonesa. Un radiocasete portátil hacía las veces de orquesta.

El pastor, por su parte, se encargaba de la formación religiosa del oso. Éste ya sabía santiguarse con gran destreza y juntar las manos como si rezara, ponerse de rodillas y levantar el hocico hacia el cielo adoptando una actitud piadosa. Ahora tocaba pulir todas aquellas habilidades y aprender otras nuevas. El pastor le enseñó a

Lucifer la liturgia de las principales ceremonias, a saber, del bautismo del matrimonio y de los funerales, entierro incluido. Claro, pobre animalito, cantar himnos le resultaba imposible, pero aprendió a mecerse al compás de las salmodias de su amo con una expresión de lo más devota.

Además de las costumbres cristianas, Oskari le enseñó a su oso a prosternarse en dirección a La Meca, según la costumbre musulmana, así como algunas de las prácticas de los médiums sintoístas, de las que casualmente aún se acordaba. En definitiva, el oso estaba ávido por aprender todo el lenguaje gestual de los creyentes. Cuando el pastor le ordenaba ponerse a rezar, éste movía los belfos y hasta la trufa del hocico, tal como su maestro le había enseñado. Sabía sostener la Biblia en sus zarpas y pasaba las hojas como si realmente estuviera leyendo los Evangelios.

Entre clase y clase, comían copiosamente, la mayoría de las veces pan negro al estilo ruso con carne de foca del Mar Blanco y de postre canastos repletos de bayas del bosque. Cada vez que le entraban ganas de hacer sus necesidades, Lucifer se ponía a buscar desesperadamente un váter, acostumbrado como estaba a hacer sus cosas sentado, pero, al darse cuenta de que tanto Tanja como el pastor se aliviaban entre los matojos sin más contemplaciones, el animalito tomó ejemplo y, poniéndose en cuclillas, iba dejando sus suculentos zurullos bien repartiditos por el bosque. El culo se lo limpiaba con musgo, como le habían enseñado que un osito bien educado tenía que hacer.

Pero la parte más importante de la educación de Lucifer era la consagrada a las funciones de sirviente y demás tareas del hogar, las cuales eran muy variadas, como planchar camisas, cargar con el equipaje, mezclar cócteles adecuadamente y hacer bien una cama. Oskari le enseñó también a contestar el teléfono, a escuchar la radio y a ver la tele. Como material de aprendizaje, el pastor echó mano de los aparatos fuera de uso de la estación radiotelegráfica y los transportó a cuestas hasta el bosque. El teléfono lo talló en el nudo de un abedul y hasta le pintó sus teclas con los números en negro, como en los aparatos más modernos.

Lucifer aprendió, además, a cepillarse los dientes correctamente, a afeitarse y a mirarse en el espejo. Bueno, en realidad no le permitían afeitarse, pues ¿qué sería un oso sin su pelaje?

El pastor seguía dándole clases de cocina, enseñándole a preparar platos de elaboración simple, como ensaladas y bocadillos. A veces, Lucifer se lo zampaba casi todo sin esperar al final de la clase, pero siempre le dejaba algo de ensalada a su amo, y éste se la comía aparentando hacerlo con gran gusto, a pesar de que aquello más bien parecía una papilla hecha con forraje.

Lucifer no sólo aprendió a cargar con el equipaje, sino que también a hacerlo, convirtiéndose en un empacador rápido y eficiente. Se entrenaba con una vieja maleta rusa, de la que no paraba de meter y sacar los calzoncillos viejos de Oskari y otros cachivaches inútiles. Con tanto entrenamiento, al final consiguió tenerla lista en un par de minutos, lo cual era un gran logro, viniendo de un plantígrado tan joven.

Como premio a los esfuerzos estudiantiles de su pupilo, el pastor le compró al encargado de la cantina de las obras del monasterio varios litros de miel y de *kvas*, dos exquisiteces que volvían loco a Lucifer. A Huuskonen todavía le quedaban rublos de sobra, producto de la venta de su coche en Murmansk, así que tampoco le había hecho falta cambiar los dólares. Lo que sí se le había terminado hacía tiempo era el vodka con el que también le habían pagado.

Aquel domingo de septiembre, la lectura del día, perteneciente al Antiguo Testamento, era la siguiente (1 Reyes 18, 36-39): «A la hora de la ofrenda, el profeta Elías se acercó y dijo: “Yahvé, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, que se reconozca hoy que tú eres Dios en Israel y que yo soy tu servidor y que por orden tuya he obrado todas estas cosas. Respóndeme, Yahvé, respóndeme para que todo este pueblo sepa que tú, Yahvé, eres Dios y que tú has convertido sus corazones.” Cayó el fuego de Yahvé, que devoró el holocausto y la leña, y lamió el agua de las zanjas. Todo el pueblo lo vio, cayeron rostro en tierra y exclamaron: “¡Yahvé es Dios! ¡Yahvé es Dios!”»

Mientras sesteaba con su oso bajo el cobertizo, tras la excelente y copiosa comida, la contemplación del cielo trajo a la mente de Oskari la invocación de Elías a Dios y la impetuosa respuesta de éste. Sobre la cumbre del Sekirnaya se estaban agrupando unos nubarrones negros procedentes del mar, que quedaba al norte, y el cielo se tornó de repente negro y amenazador. Y fue entonces cuando un rayo cayó sobre el monte haciendo temblar la tierra, como si el mismo Dios lo hubiese lanzado. Pero Lucifer no cayó rostro en tierra, ni se puso a alabar a Yahvé. Siguió durmiendo satisfecho sobre su colchón de ramas de pino, y santas pascuas. Las fieras del bosque ni necesitan que el Señor les dé pruebas de su existencia, ni temen rayos ni truenos.

23. LUCIFER SE CONSTRUYE UNA OSERA

El invierno anterior, Sonja Sammalisto le había explicado al pastor Huuskonen cómo era la constitución biológica de los osos y cómo funcionaba su organismo. El ritmo anual de los plantígrados es único, con sus descansos invernales y demás particularidades. El año del oso se divide en el período de hibernación y en el período veraniego de actividad, los cuales transcurren, además, en varias etapas: al letargo invernal le seguiría una temporada de ingesta progresiva de alimento. Una vez que el animal expulsa el tapón intestinal, no sale inmediatamente a cazar renos, sino que remolonea medio dormido unos cuantos días, hasta que empieza a sentir apetito de nuevo. Entonces suele preferir la carne, y cuando está en libertad caza algún alce o un reno, come hasta hartarse y se echa a descansar junto a la carroña del animal para vigilarla. Esta conducta depredadora continúa hasta el solsticio de verano, a finales de junio, que es cuando el oso suele cambiar a una dieta vegetal: bayas, setas y todo lo que la naturaleza le ofrezca. Y hartándose de bayas llega hasta mediados de agosto, más o menos, que es cuando tiene que empezar a conformarse con comer lo que encuentre: alguna que otra carroña y cosas por el estilo. Lucifer se encontraba justamente en aquella fase, pero por suerte una ballena beluga herida —probablemente unos pescadores furtivos le habrían disparado— había encallado en la playa de la Isla de las Ocas y allí mismo, sobre las rocas, los lugareños la habían despedazado para vender su carne. Huuskonen también aprovechó para comprar y Lucifer se acostumbró enseguida a su sabroso gusto, engordó y adquirió una excelente forma como preparación al invierno que se avecinaba. Según la balanza de grúa que había en la obra del monasterio, pesaba ya ciento cuarenta y dos kilos. ¡Una hermosa bestia!

En el ciclo anual del plantígrado, a mediados de septiembre —que es justo cuando el animal suele tener sus reservas de grasa al máximo— empieza la fase de somnolencia preliminar al letargo invernal. Por suerte, los bosque se Solovetski estaban llenos de sitios donde se podía hacer una osera y el pastor Huuskonen ya había localizado varios: tenía que tratarse de un lugar tranquilo y en terreno seco, al menos lo bastante como para que las aguas superficiales no fluyesen nunca por él. El mejor de todos solía ser el terreno de bosque, a ser posible alguna suave pendiente orientada al norte, donde la nieve durase hasta la primavera y la vegetación fuese lo suficientemente espesa para ocultar la guarida con facilidad. El suelo tenía que ser arenoso, preferentemente, fácil de excavar y permeable y, por lo tanto, seco y más sano. También era conveniente tener lo más a mano posible ramas de coníferas, musgo y otras plantas similares, para cubrir el suelo y hacerlo más mullido.

A finales de septiembre, el pastor procedió a la clausura de los cursos de baile y demás asignaturas, ya que el oso se pasaba el día en un bostezo continuo y se negaba a mover un solo dedo de la zarpa, ya fuera para bailar el casatschok o para jugar a los camareros, preparando cócteles de mentirijillas. Aún se santiguaba, por la fuerza de la

costumbre, pero hay que decir que, con la modorra, la sinceridad de su fe flaqueaba bastante, como le pasaba también a su amo, que leía la Biblia de vez en cuando y se acordaba más o menos de las lecturas del día, pero al mismo tiempo se la traían floja. Llevaba siempre con él un pequeño manual, de hojas muy finas y con una encuadernación en cuero muy gastada, cuyas páginas estaban repletas de textos subrayados y papelitos con anotaciones. En aquel momento tenía la mente muy ocupada en sus elucubraciones astronómicas, sobre todo en las hipótesis sobre la existencia de una mente sobrenatural más allá de nuestro universo, aún no descubierta y que fuese la respuesta a todo lo existente y lo no existente.

Cierto día en que Oskari y Lucifer andaban por la punta norte de Solovetski, buscando un lugar donde excavar la osera, al llegar a la playa, desde donde se divisaba el panorama de un mar poco profundo y salpicado de rocas redondeadas, vieron una extraña flotilla en el horizonte. Eran dos remolcadores que se esforzaban en arrastrar un enorme submarino negro, una espantosa máquina de guerra de al menos doscientos metros de eslora. Tras él patrullaba una cañonera gris, cuya misión era protegerlo, aparentemente. Estaba claro que el submarino había encallado en el bajío y que los remolcadores intentaban arrancarlo del pedregoso fondo, haciendo uso de toda la potencia de sus motores. Hacía un viento fresco que venía del norte y el mar cabrilleaba. Contemplándolo, Oskari pensó que con un tiempo como aquél y tan blanco de espuma, bien se merecía el nombre que le habían dado.

Desde la cañonera lanzaron al mar dos grandes botes de caucho, en cada uno de los cuales se embarcaron cinco soldados armados hasta los dientes. Cuando las embarcaciones llegaron a tierra, los hombres se dispersaron y empezaron a peinar la zona del bosque cercana a la playa. Oskari y Lucifer se retiraron a tiempo al resguardo de la espesura. Los extraños hechos que habían presenciado eran como para tener miedo. Al día siguiente, ante la insistencia del pastor, Tanja le contó que se trataba de un submarino nuclear que llevaban al «desguace», es decir, que lo estaban remolcando desde los astilleros de Severodinski hasta el mar de Kara, para hundirlo allí. La muchacha le contaba aquello, consciente de que estaba poniendo su propia vida en peligro al hacerlo.

El pastor Huuskonen ya tenía localizados cinco posibles emplazamientos para la osera de Lucifer, todos ellos estupendos, a su juicio. Y fueron a inspeccionarlos. Oskari intentaba por todos los medios animar a su amodorrado camarada para que pusiese zarpas a la obra y se construyese de una vez su guarida de invierno. Para ayudarle, el pastor se puso a arrancar musgo, amontonándolo en el lugar indicado, y después, agarrándole de la pata, intentó mostrarle qué tenía que hacer para colocarlo debidamente. Lucifer lo miró con extrañeza, preguntándose si se trataba de un nuevo truco que su amigo estaba intentando enseñarle. Por su parte, el pastor creyó entender que el emplazamiento no satisfacía al animal, así que, dejando lo que habían empezado, se fueron a inspeccionar el siguiente terreno. Éste tampoco pareció convenirle a Lucifer, así que se trasladaron al siguiente. Esta vez el pastor le mostró

una osera a medio hacer: se trataba de uno de los muchos refugios subterráneos de la Segunda Guerra Mundial, en los que probablemente habían vivido los reclutas de la Armada Roja destinados en Solovetski para su adiestramiento. A los pobres muchachos les habían obligado a cavarse sus propios refugios en los húmedos bosques que crecían a ambos lados de la carretera que conducía al Sekirnaya, a cielo abierto, y se las habían tenido que apañar de cualquier manera allí metidos. No era de extrañar que la mayor parte hubiese muerto de frío, de hambre o de enfermedad.

Entonces fue cuando Lucifer entendió lo que le había querido enseñar su amo con todo aquel trasiego de musgo y ramas de pino. Claro: que se tenía que hacer su osera. ¡Andaaa! El animal no estaba tan domesticado como para haber perdido sus instintos naturales, así que una vez entendida la situación, demostró con creces que sabía hacerse una casa. Bueno, la verdad es que el pastor le echó una manita y entre ambos arreglaron la madriguera la mar de bien. Ayudándose de sus zarpas, Lucifer se puso a agrandar el agujero, que a lo largo de decenas de años se había ido llenando de tierra. Mientras, Huuskonen le iba trayendo ramas y musgo para cubrir el suelo. Cuando el animal juzgó que la profundidad de la madriguera era la adecuada, llegó el momento de hacerle el tejado. Lucifer arrancó el tocón resinoso de un pino seco, lo arrastró hasta el agujero y lo volcó sobre éste con gran estrépito. «La verdad es que hasta los trabajos pesados resultan fáciles con un oso», pensó alegremente el pastor, mientras terminaban el tejado de la osera con varios troncos que su amigo había ido encontrando por las cercanías y arrancando de raíz.

Tanja se acercó a la obra para llevarles té y bocadillos y carne de ballena para Lucifer, pero el organismo del animal se estaba preparando ya para el invierno y no tuvo ganas de comérsela.

La guarida estuvo lista al cabo de un par de horas. Lucifer se valió de su instinto para «decorarla» con el musgo y las ramas, y luego se tumbó encantado en la cama para probar su comodidad. Era ya finales de septiembre, y por la pesadez de sus movimientos, se notaba que sentía la cercanía del invierno. Una semana antes habían empezado las heladas nocturnas y alrededor de la costa se apreciaban los colores rojizos que teñían los bosquecillos de abedules. Las primeras nieves estaban al caer y el mar se helaría pronto. Lucifer dio varias vueltas por los alrededores de su osera, comprobando que no hubiese intrusos en su territorio. Aquella muestra de precaución era un comportamiento innato en él, herencia de los siglos y siglos de vida en la naturaleza de sus antepasados. Y, claro, la cosa no iba con Oskari, que era su amigo y no representaba para él peligro alguno. Es más, llegado el momento decisivo de irse a dormir, Lucifer se empeñó en que el pastor se metiese con él en la guarida. La de veces que fue a buscarlo, intentando atraerlo, tirándole de la manga…, pero nada, acabó mosqueado con su amigo, al ver que éste no le obedecía. En opinión de Huuskonen, Lucifer ya estaba lo suficientemente crecidito como para apañárselas solo y, además, no tenía ningunas ganas de pasarse el invierno durmiendo con un oso tan grande, sobre todo teniendo en cuenta que, a causa de su trabajo en la estación

radiotelegráfica, a Tanja le iba a ser imposible venirse con ellos. La cosa había sido diferente con Sonja, pero es que ella trabajaba en la madriguera.

Era el undécimo domingo después de la Santísima Trinidad y la lectura del día era la Primera Epístola de San Juan, capítulo 2, versículos 1 y 2, la cual dice así: «Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre: a Jesucristo, el justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.»

El pastor Huuskonen reflexionó sobre la epístola. No le parecía tan desacertada, pensándolo bien, ahora que el oso ya dormía y podía contemplar con calma los copos blancos que caían, desde el cielo plomizo de Solovetski. El mensaje era consolador y le daba ánimos, seguridad en el futuro, aunque sólo estuviese destinado a aquellos que creían en Dios y en Jesucristo.

Era ya de noche y el viento aullaba en el exterior. De repente se oyó un ruido proveniente del pasillo de la residencia, como si alguien estuviese arañando la puerta desde fuera. Tanja fue a abrir y cuál no sería su sorpresa cuando el amodorrado Lucifer se coló adentro. Se acercó a Huuskonen, que lo acogió en sus brazos, y frotando su hocico contra el pecho de éste lo miró con ojos suplicantes, para que lo acariciara. Luego se echó a sus pies y cerró los ojos. El pobrecillo se había despertado y, al echar de menos a su amo, había venido desde su refugio junto al Sekirnaya sólo para estar con él.

A la mañana siguiente, Tanja y Oskari lo acompañaron de regreso a su nueva casa. Algo avergonzado, se metió en el refugio y, tras dar un par de vueltas sobre el lecho de musgo, finalmente encontró la postura adecuada para dormirse. Tanja se quedó un rato con él, hablándole y haciéndole caricias, hasta que, dando un hondo suspiro, el pobre se quedó dormido. Luego cerraron con musgo la entrada de la guarida. Había empezado a nevar y eso eran buenas noticias para Lucifer, porque una vez que la nieve formase una gruesa capa sobre el techo, el interior se iría caldeando y haciéndose más agradable.

24. EL INVIERNO SE LE HACE ETERNO AL PASTOR

Al poco tiempo de que Lucifer dejase solo a Huuskonen, no porque quisiera sino porque tenía que dormir, éste empezó a sentir mucha nostalgia. Tanja trabajaba durante el día y a veces, dependiendo de que le tocara el turno o de que sus compañeros estuvieran o no sobrios, trabajaba también de noche. Por ser la más joven y novata de la estación, a veces tenía que quedarse de guardia hasta la mañana, especialmente si sus compañeros contaban con alguna razón especial para emborracharse. Entonces Oskari se sentía muy solo. Para remediarlo, se refugiaba en los brazos de la única amiga que le quedaba, la botella de vodka, y bebía como un cosaco. Aunque era peor el remedio que la enfermedad, porque al día siguiente el resacón apenas le dejaba moverse de la cama.

Más o menos al mes de que Lucifer se durmiera, Tanja le trajo a Oskari buenas noticias de la estación. Rebuscando en el almacén de la barraca, había encontrado un ordenador de fabricación occidental, un regalo que, al parecer, había sido enviado por los noruegos a Arjángelsk y, por algún motivo, había ido a parar a la estación de Solovetski. Nunca lo habían llegado a usar, porque tanto el programa como el teclado eran occidentales, y en Rusia se usaban habitualmente en cirílico.

—¡He hablado con el teniente Andréi Makarov y me ha dicho que te da permiso para que lo uses! A qué esperas, ahora ya puedes ponerte a escuchar esos planetas inteligentes de los que tanto me has hablado, y además tienes todo el invierno para hacerlo.

¡Dicho y hecho! Tanja y el pastor Huuskonen fueron a toda prisa a la estación a buscar el ordenador, que era ciertamente de un modelo bastante antiguo e incluía una impresora de papel continuo. El aparato parecía ser, sin embargo, relativamente potente e iba equipado con una estupenda pantalla en blanco y negro. Podían conectarle todo tipo de periféricos por medio de cables, por ejemplo un módem de recepción de ondas de radio. Ya sólo hacía falta elegir la longitud de onda en la que se deseaba escuchar los chisporroteos del espacio exterior. Las antenas de la estación medían veinte metros de altura, así que Huuskonen iba a tener con qué barrer los sonidos del cosmos.

—Esto que vamos a hacer se denomina SETI, Search for Extraterrestrial Intelligence, o sea, búsqueda de inteligencia extraterrestre —le explicó Oskari a Tanja, mientras le quitaba entusiasmado el polvo al cacharro noruego. Le siguió contando que en el mundo se estaban usando aparatos de una potencia increíble, como por ejemplo el radiotelescopio que los americanos tenían en Arecibo, Puerto Rico, de trescientos metros de diámetro, y que servía, entre muchas otras cosas, para captar los posibles mensajes que pudieran llegar del espacio. Incluso estaban trabajando en un sistema mediante el cual iban a poder escucharse hasta ciento sesenta millones de canales radioeléctricos de banda estrecha, en intervalos de dos segundos.

—¿No te parece alucinante? ¡Nada menos que ciento sesenta millones de canales! Con semejante armatoste es imposible no pescar algo, por poco que haya —exclamó el pastor, entusiasmado.

Tanja Mihailova observó que, si los americanos eran capaces de escuchar ciento sesenta millones de canales cada dos segundos, entonces…

—¡Y no sólo eso, mi querida Tanja! Hay repartidos por todo el mundo más de ciento cincuenta proyectos de escucha de gran envergadura, funcionando a todo trapo. Muchos de ellos aquí, en Rusia, como ya te he contado.

—Bueno, sólo intentaba preguntarte si toda esa gente que hay a la escucha no te parece ya suficiente. ¿No crees que es una pérdida de tiempo ponerte tú también a hacer lo mismo con la pequeña antena de nuestra estación y un ordenador enano? Vamos, digo yo…

Pero el pastor Huuskonen no se dejó desanimar por el escepticismo de su amiga. Estaba lleno de ánimo y decisión: el que otros estuviesen intentando hacer lo mismo que él, pero con telescopios de cientos de metros de diámetro, no quería decir que los mismos mensajes, o tal vez algún otro, no pudiesen ser captados por la antenas de Solovetski y que él los pudiese oír a través de los auriculares de su modesto ordenador.

—Por suerte dispongo de una caja entera de papel continuo, así que tengo para todo el invierno —dijo muy contento.

—¿Y cuál es la frecuencia en la que piensas empezar las escuchas? —le preguntó la operadora de radio.

—Ah…, la frecuencia, claro…

Oskari tuvo que admitir que no estaba muy al tanto de la tecnología radioeléctrica y menos aún de la astronomía, así que le pidió a Tanja que, ya que ella era especialista en el tema, le echase una mano.

—Ya, pero es que lo primero de todo es elegir la frecuencia, porque no sirve de nada andar banda para arriba, banda para abajo. Imagínate: en el caso de que diésemos con alguna señal, ésta desaparecería al instante. Es que no sé qué decirte, porque carezco de formación para lo que me estás pidiendo.

Primero probaron si el ordenador y la impresora funcionaban, y sí, todo iba a la perfección. La tinta hubiese podido ser un poco más oscura, pero a Oskari le pareció suficiente que fuese gris. Al día siguiente se presentó en la estación radiotelegráfica con algunos de los informes y folletos sobre SETI, que había estado leyendo la noche anterior, y declaró que empezarían la escucha situándose en una frecuencia de 21 centímetros.

—Los americanos han optado por una banda entre los 423-435 megahercios, pero a nosotros nos basta con veintiún centímetros, tampoco vamos a ponernos ansiosos nada más comenzar —dijo el pastor con decisión. Total, al final tampoco se enteraba muy bien de lo que significaban todas aquellas cifras, pero por algún lado tenía que empezar. Además, un centímetro más allá o más acá carecía de importancia, sabiendo

que la longitud del diámetro de la Vía Láctea, nuestra galaxia, era de cien mil años luz y que, por lo que se sabía hasta el momento, en ella había entre doscientos y cuatrocientos mil millones de estrellas. Así que conectaron el ordenador a los aparatos de radio de la estación, y poniendo cara de enterado, Huuskonen se encasquetó los auriculares.

El proyecto despertó gran expectación entre el resto de los miembros del personal de la barraca, tanto, que éstos insistieron en que les dejase escuchar por turnos lo que el espacio estuviese contando a la humanidad por intermediación de la estación de Solovetski.

—Lo que se oye no tiene pies ni cabeza —dijo Tanja Mihailova tras escuchar un rato, devolviéndole los auriculares a Huuskonen, el cual le hizo observar que no había que esperar resultados inmediatos, ya que, aunque la humanidad llevaba desde los años setenta escuchando sistemáticamente los sonidos provenientes del espacio, hasta el momento no se había llegado a establecer conexión alguna con las posibles civilizaciones alienígenas.

Tanja Mihailova se quedó mirando a Oskari, que estaba en un rincón de la barraca, sentado en su taburete y con los auriculares puestos, escuchando las pedorretas espaciales con cara de suma concentración. La pantalla del ordenador permanecía inalterablemente gris, ya que, al parecer, no había señal de vida alguna ahí fuera. Tanja pensó que vaya amante se había echado…, un tipo totalmente fuera de lo común: un cura finlandés que había colgado los hábitos y se había presentado en la isla con un oso —que, para más inri, se dedicaba a bailar, a santiguarse y a repartir bendiciones en la sala de fiestas de un crucero—, y, por si fuera poco, lo había acogido en su casa y se pasaba el día hablando de inteligencia extraterrestre, la misma con la cual intentaba establecer contacto en aquel mismo momento. Desde luego…, las mujeres nunca podían saber a ciencia cierta la clase de chalados que el destino iba a ponerles delante.

—Bueno, pues yo me voy a casa a hacer la comida —suspiró Tanja. Huuskonen estaba tan metido en el manejo de sus recién estrenados aparatos que decidió quedarse a pasar la noche en la barraca. Los funcionarios de la estación estuvieron un buen rato observando los manejos del cura finlandés, pero al comprobar que en el espacio no se oía nada digno de mención, regresaron silenciosamente a sus tareas. Los dos operadores que libraban el turno en ese momento abrieron una botella de vodka y se pusieron a preparar té.

Oskari le rogó encarecidamente a Andréi Makarov —el oficial a cargo de la estación de radiotelegrafía, un larguirucho de unos treinta años— que le permitiese usar la antena de la estación para sus investigaciones, argumentando que ello no estorbaría en nada el funcionamiento propiamente dicho de la estación, ya que su ordenador no necesitaba más que un cable suplementario. Estaba dispuesto a pagar un alquiler por la conexión, aprovechando que aún le quedaba un buen fajo de rublos procedentes de la venta de su coche. El teniente le explicó que, en principio, las

líneas del Estado no se podían alquilar a terceros, menos aún si se trataba de extranjeros, pero como le conocían y tenía además una cartilla de marinero, le iba a dejar —extraoficialmente, claro— que se quedase a escuchar el espacio siempre que lo necesitase y por el tiempo que le apeteciese. Así que no le iban a exigir alquiler alguno, pero si deseaba hacer algo a cambio, tal vez estaría bien que, especialmente durante las noches, hiciese alguna que otra suplencia. Como su inglés era tan bueno, podía echarles una mano en la vigilancia del tráfico marítimo internacional del Mar Blanco y del mar de Barents, hasta donde alcanzaba de sobra la cobertura de la estación de Solovetski.

—Y si pasa algo especial, escribes un informe, que ya luego Tanja lo traducirá al ruso —le ordenó el teniente Makarov.

A Oskari le dieron unos auriculares para él solo y la llave de la barraca, con la condición de que no se lo dijese a nadie.

—Y a quién se lo iba a decir, si no hablo ni papa de ruso…

Aquél fue el comienzo de una intensa fase de actividad en la vida del pastor. Sus ocupaciones eran de lo más variadas: de vez en cuando se acercaba a la madriguera junto a la carretera del Sekirnaya para asegurarse de que Lucifer continuaba durmiendo tranquilamente y que ningún extraño le molestaba. Huuskonen tomó la costumbre de visitar la osera tres veces por semana, dando siempre un amplio rodeo a su alrededor, comprobando la posible presencia de huellas humanas en la nieve.

Además, estaba aprendiendo ruso con ayuda de Tanja e investigando la apasionante historia de Solovetski, con la idea de escribir un libro. En el monasterio ya existía un museo y una especie de archivo, cuyos documentos tuvo la oportunidad de revisar, gracias una vez más a la ayuda de su amiga, que también le hizo de intérprete en las entrevistas que llevó a cabo.

Pero al pastor se le iba la mayor parte del día escuchando los sonidos del espacio. Se pasaba las horas muertas sin moverse de su rincón de la barraca, con cara de máxima concentración. De vez en cuando le echaba un vistazo al monitor y no parecía aburrirse aunque no se oyese nada especial a través de los auriculares, ni se apreciase en la pantalla movimiento alguno que rompiese la habitual nieve grisácea que en ella se veía. Para Huuskonen aquello era un intento de comunicación mágico, como una oración para la que uno esperase respuesta. En vano, ya que el espacio parecía estar vacío, pero aun así él no se desanimaba. El universo, en su temible enormidad, era algo imposible de comprender para un hombre insignificante y tonto, así que aquel silencio no era de extrañar. Y sin embargo había una posibilidad —mínima, tal vez, y muy teórica, pero una posibilidad al fin y al cabo— que podía hacer estremecer al mundo entero. Las guerras, el surgimiento de las religiones y el florecimiento de las culturas…, todo se quedaba en nada si se lo comparaba con aquella posibilidad.

A finales de noviembre la nieve en Solovetski llegaba ya a media pierna y a menudo helaba hasta superar los diez grados bajo cero. Huuskonen se compró unos

esquís fabricados en Petrozavodsk y subido en ellos efectuaba tres veces por semana su ronda de vigilancia de la osera, muchas veces en compañía de Tanja. Se divertían haciendo el descenso del Sekirnaya, sobre todo la gran pendiente de la cara sur. Desde aquella misma colina coronada por la iglesia, los presos políticos eran arrojados vivos por las empinadísimas y heladas escaleras, atados a troncos de árbol, en un interminable viaje de cientos de peldaños hacia la muerte cruel y segura. Entre 1920 y 1937 Solovetski había sido un gigantesco campo de prisioneros, precursor y modelo de los que habría después en el archipiélago: decenas de miles de seres humanos habían muerto aniquilados bajo el peso de las crueles torturas, la inanición y las enfermedades, llevados al agotamiento hasta extremos insoportables por el exceso de trabajo. La vigilancia de los presos políticos estaba en manos de los presos comunes, todos ellos criminales, por lo que en Solovetski nunca llegaron a imperar las leyes ordinarias.

El pastor escribió un extenso artículo sobre aquellos terribles tiempos y, después de traducirlo él mismo al inglés, lo envió a varios periódicos internacionales de Londres, Berlín y París. Su escrito recibió la atención merecida y fue publicado —en forma abreviada, eso sí— en diarios de muchos países.

Huuskonen se sentía lleno de vida y energía. Lo mismo redactaba artículos sobre la historia del monasterio, que escuchaba los sonidos procedentes del espacio exterior, que hacía sus rondas de vigilancia…, pero, por desgracia, también se dedicaba a empinar el codo al estilo ruso. Se había convertido en un hombre con una misión: sus pensamientos giraban en torno al pasado y el futuro de la tierra y de la humanidad al completo, sin dejar de lado el origen de las cosas y de la misma existencia, así como de su desaparición.

25. EMOCIONANTE HUIDA POR LOS HIELOS DEL MAR BLANCO

Pasada la Navidad, al pastor se le metió en la cabeza la idea de organizar una reunión ecuménica ruso-finlandesa, en la que él actuaría como representante de la Iglesia luterana de Finlandia y los pocos monjes que se habían mudado a Solovetski tras la caída de la Unión Soviética, representarían a la Iglesia ortodoxa.

Sin embargo, aquella inocente propuesta no sólo no salió adelante, sino que encima sirvió para hacer aún más tensas las relaciones del pastor Huuskonen con los lugareños. Los monjes, aparte de la intransigencia que siempre demostraban con aquellos que no profesaban su religión, eran una panda de zopencos de cuidado, y la sola idea de colaborar en algo con un cura luterano, o de intercambiar con él siquiera un pensamiento que tuviese que ver con la fe, les resultaba repugnante. Empezaron a sospechar de las intenciones de Oskari y a ver con malos ojos su afición por la astronomía y el interés que había mostrado por la historia del monasterio. Algunos incluso decían de él que era un espía.

Con todo y con eso, el pastor Huuskonen continuó escribiendo sobre la historia de Solovetski y redactando numerosos artículos sobre las diferentes épocas del monasterio: los eremitas Zósima, Savati y Germán, hartos del mundo y de sus pompas, se instalaron en el archipiélago hacia el año 1420 y fundaron un modesto convento, el primero, sometiéndose a las duras pruebas del hambre y del frío, que al Señor le parecían muy bien. Hasta ahí, todo iba como la seda. Novgorod, que en aquel momento aún conservaba su poder, otorgó a los santos varones una carta por la cual pasaron a ser los dueños de las islas. A partir de ahí, todo continuó a pedir de boca: el monasterio del Mar Blanco conoció más tarde, en el siglo XVI, una época de gran desarrollo, gracias a un tal Fiodor Kolychev, Felipe, de nombre religioso. Felipe, descendiente de una familia aristocrática de Novgorod, se había criado en la corte junto a Iván el Terrible. Gracias a su talento para sacar las cosas adelante, fue capaz de levantar una floreciente fortaleza religiosa en aquel rincón perdido del norte. Aparte de iglesias y capillas, en las islas se construyeron canales, conducciones de agua y caminos, una fábrica de ladrillos y varios saladeros. Pero, al final, al metropolita Felipe las cosas se le torcieron: Iván el Terrible, su amigo de la infancia, que había enloquecido por completo, mandó que lo estrangularan en 1570.

Solovetski continuaba enriqueciéndose, ya que uno tras otro, todos los zares hacían donaciones de tierras al monasterio, y éste acabó poseyendo feudos enteros por todo el territorio del Mar Blanco. Con el tiempo terminó siendo casi un Estado dentro del Estado, dueño prácticamente de todo el noroeste de Rusia. Su territorio abarcaba por el oeste Carelia, por el norte la península de Kola y en el sur hasta se permitía desafiar las órdenes de Moscú. El monasterio era al mismo tiempo centro financiero, industrial y fortaleza militar.

Pero, como siempre que todo va bien y que las cosas parecen estar en orden, la estrella de Solovetski empezó a declinar. En el monasterio había desigualdades, luchas internas y peleas por el poder. Los Romanov, para entonces dueños del trono de Rusia, decidieron darles una lección a los soberbios monjes, que se les habían subido a las barbas oponiéndose a su política, llegando incluso a rebelarse contra la autoridad religiosa del zar. A mediados del siglo XVII, el cenobio se puso de parte de los viejos creyentes, negándose a aceptar los nuevos textos litúrgicos corregidos, que acabaron en un sótano, relegados al olvido en las mismas cajas en que habían llegado a la isla. El monasterio fue cercado en 1668 por un pequeño ejército que envió el zar, harto ya de la terquedad y la soberbia de sus habitantes. El cerco duró años, ya que la fortaleza de Solovetski supo cómo defenderse. Pero finalmente, en el año 1676, los *streltsí* consiguieron colarse por una de las ventanas del monasterio y organizaron una degollina en la que pereció casi la totalidad de los cuatrocientos defensores de la fortaleza. De ellos, sólo sobrevivieron treinta, pero tras los interrogatorios la lista se quedó en catorce. Y así acabó su primer período de esplendor.

Al pastor Huuskonen, como era finlandés, le interesaba especialmente el papel del cenobio en la fundación de la ciudad de San Petersburgo. En el año 1694, el zar Pedro el Grande se presentó en Solovetski para hacer realidad un gran deseo: proporcionarle al imperio salidas al mar. Hasta el momento, Rusia había carecido de flota marítima y de un puerto en condiciones y, mal que bien, las exportaciones e importaciones se habían estado realizando a través de Arjángelsk. Culminando su expedición al Mar Blanco, el zar atravesó con sus tropas Carelia Oriental, hasta el lago Ladoga y el río Neva, en el confín del Golfo de Finlandia. Allí se enfrentó a los suecos y luego decidió fundar una ciudad, cosa que consiguió, la misma que más tarde sería defendida por los rusos con uñas y dientes en infinidad de guerras, sobre todo contra los finlandeses. La defensa de San Petersburgo, más tarde Leningrado, acabó convirtiéndose en sinónimo de los ataques de Rusia contra Finlandia.

Mientras tanto, el monasterio inició un nuevo período de renacimiento, aún más esplendoroso si cabe que el primero. En el siglo XIX, Solovetski se convirtió en El Dorado del Mar Blanco, un verdadero centro económico al que se desplazaban en manadas los peregrinos venidos de todos los rincones de Rusia. Era como si aquel escondrijo se hubiese convertido de repente en el Monte Athos del septentrión, llegando a ser más hermoso aún que el monte sagrado de la antigua Grecia.

Pero entonces la miseria del imperio hizo estallar la Revolución Rusa y Solovetski acabó convertida en cruel prisión durante largos años, tantos, que hasta el momento no había levantado cabeza de sus sufrimientos, cosa de la que Oskari Huuskonen podía dar fe.

El pastor se paseaba a menudo por las ruinas del monasterio en busca de información sobre el pasado. Seguía de cerca los lentísimos trabajos de restauración, que durante las heladas del invierno se veían a menudo interrumpidos con la excusa de beber té o vodka. Al contemplar una bóveda a medio derrumbar en la muralla

norte, a Oskari se le ocurrió que aquél podía ser un lugar excelente para practicar la nueva disciplina finlandesa de lanzamiento de jabalina en vertical. Aquella misma noche, sacó su idea a colación en la barraca y consiguió despertar el interés de los radiotelegrafistas por tan peculiar estilo deportivo. Se hicieron con cinco jabalinas y fabricaron una armadura de chapa soldada en el taller de reparaciones de las obras de restauración y mantenimiento. Y para evitarle al lanzador golpes en la cabeza, decidieron usar un casco de la Segunda Guerra Mundial medio oxidado, que probablemente había pertenecido a algún soldado de la infantería de marina.

A los rusos les entusiasmó el lanzamiento en vertical desde el principio. El jefe de la estación, el teniente Andréi Makarov, consiguió una marca de catorce metros y cuarenta centímetros en su primer lanzamiento. Para medir tal hazaña, utilizaron la línea imaginaria que unía la bóveda derrumbada con el alero del muro del monasterio. Huuskonen también consiguió una buena marca, mejorando en sesenta centímetros la obtenida en Finlandia. Pronto se animaron también un par de monjes incrédulos, cuyos resultados, por otra parte, no excedieron los diez metros, pero los albañiles de la obra…, ¡qué éxito, señores!: todos sobrepasaron los diez metros e incluso uno de ellos, un tal Kirill Semenov, logró la mejor marca del invierno, gracias a un vertiginoso lanzamiento de quince metros y veinticinco centímetros.

Desde aquel día, se organizaron entrenamientos tres veces por semana, cada lunes, miércoles y viernes. Los días que le quedaban libres, el pastor se ponía los esquís y hacía su ronda de vigilancia por la osera. Todo indicaba que Lucifer dormía serenamente bajo la gruesa capa de nieve que la cubría.

Pero la longitud del invierno y su oscuridad sin fin eran una continua tentación para el pastor que, una tras otra, no paraba de abrir botellas de vodka y empinar el codo. En los momentos de euforia etílica, acostumbraba a filosofar y a hablarle a Tanja de toda clase de cosas, entre otras de un nuevo modelo de sociedad que se le había ocurrido. Habría un dictador para todo el orbe, el cual sería elegido por sorteo de entre un grupo de diez mil candidatos de probada solvencia intelectual. El nuevo jefe de la humanidad tendría una especie de tutor, sin más poder que el derecho a veto sobre las actuaciones del dictador.

En el transcurso de sus investigaciones históricas, Huuskonen se enteró de que en Solovetski se hallaba la campana de la iglesia finlandesa de Manamansalo, que había sido rapiñada durante alguna de las guerras del siglo XVI entre Suecia y Rusia y posteriormente había sido depositada en el monasterio como botín. El pastor les sugirió a los monjes que devolviesen el precioso tesoro a Finlandia. Y, quién sabe, puede que incluso la Iglesia luterana estuviese dispuesta a compensarles por el gesto.

En qué estaría pensando Huuskonen cuando les soltó aquella ocurrencia… Las relaciones se enfriaron definitivamente, los monjes dejaron de ir a los entrenamientos de jabalina, e incluso se empezó a hablar de expulsar de la isla al finlandés chalado y también a su oso, naturalmente. Algunos rufianes fueron aun más allá en sus pretensiones, diciendo que aquello no bastaba y que lo que había que hacer era matar

a Huuskonen y de paso desollar al oso y quedarse con su piel, para vendérsela en Murmansk a los finlandeses o los noruegos. Además, sospechaban que el pastor tenía mucho dinero, porque estaban enterados de que había vendido su coche antes de venir a la isla. ¡A qué esperaban para cargárselo!

Ya era marzo. Por aquellas fechas terminaba el contrato anual de radiotelegrafista de Tanja Mihailova y la muchacha no se atrevió a pedir que se lo renovasen. También a ella habían empezado a tomarle tirria por estar liada, decían, con aquel cura finlandés medio chalado.

El Mar Blanco aun estaba helado, pero Tanja sugirió que despertasen a Lucifer. Seguro que había dormido lo suficiente y ya estaban en marzo. Era su oportunidad de escapar silenciosamente por el hielo hasta al continente. Si esperaban a que el oso se despertase por sí solo, el hielo se derretiría y cualquiera sabía cuándo aparecería algún barco, ni si admitiría a bordo a Oskari y a Lucifer.

—Tengo la sensación de que aquí las cosas se están poniendo muy feas —dijo Tanja.

También el pastor Huuskonen estaba más que harto de Solovetski y, por extensión, de toda la nación rusa. Así que se pusieron manos a la obra: Tanja empaquetó sus escasas pertenencias y Oskari hizo lo propio con las suyas. Luego lo cargó todo en un gran trineo, que recordaba un poco los que antaño se usaban en Finlandia para transportar barriles de agua. Tanja, mientras tanto, se dedicó a archivar en una carpeta el acordeón de papel impreso que había ido escupiendo la impresora a lo largo de aquel invierno. Y finalmente, una noche, cuando ya lo tenían todo listo, fueron al bosque de la carretera del Sekirnaya a despertar a Lucifer. El oso seguía tumbado en su confortable nido, sumido aún en un profundo letargo, y no mostró mucho interés por levantarse tan temprano a ver la llegada de la primavera. Huuskonen había retirado la nieve de la entrada de la osera con ayuda de una pala y se metió a rastras en su interior. Pronto tuvo que emprender la retirada, ya que la fiera no acertó a reconocerle y se puso a dar amenazadores rugidos. El pastor lo intentó entonces hurgando desde la entrada con uno de sus bastones de esquiar, pero lo único que logró fue otra sarta de bramidos y poco más. Tanja y él se pusieron a llamarlo por su nombre, pero tampoco.

—¡Hay que joderse! —exclamó el encolerizado pastor, metiéndose de nuevo en el interior de la madriguera. Esta vez la expulsión fue fulminante: Lucifer lo sacó de una patada, salió tras él escopetado y lo zarandeó a base de bien, enseñándole los dientes y dando unos rugidos que ponían los pelos de punta. Tanja corrió a ayudar y, metiéndose entre oso y amo, agarró al primero de una oreja y se puso a darle bofetones y a llamarlo a grito pelado por todos los nombres infernales habidos y por haber. No es de extrañar que, desde aquel mismo momento, a Lucifer lo empezasen a llamar Belcebú. Pero por fin el animal pareció volver en sí. Fue reconocerlos, y se amansó al momento. Avergonzado por lo que acababa de hacer, se puso a lamerles la cara —ora Oskari, ora Tanja— e incluso hizo un intento de mover el rabo, que pasó

desapercibido, ya que la cola de los osos apenas si mide una cuarta y está casi oculta entre su espesa pelambre.

—Se ve que al principio no me ha reconocido —le explicó el pastor a Tanja mientras ésta le sacudía la nieve de la ropa.

Tras atarle la correa a Belcebú, emprendieron el camino. El trineo, cargado con las maletas y demás trastos —entre otras cosas, la máquina de coser de Tanja y la tabla de planchar de Lucifer, perdón, Belcebú—, les esperaba sobre el hielo de la playa. Aguardaron a que oscureciese y entonces Oskari puso el trineo en marcha de un empujón. Tanja agarró al oso firmemente de la correa y guiándose por la brújula se encaminaron hacia el oeste. La ciudad de Kem, en la costa de Carelia, estaba a unos cincuenta kilómetros. Arropados por la oscuridad de la noche, los fugitivos se alejaron de la isla monasterio de Solovetski, también antigua fortaleza y prisión, nunca mejor dicho. No hubo ni ladridos de perros, ni fuego de metralletas.

El pastor recitó con voz profunda las estremecedoras estrofas del salmo 7:

Yahvé, Dios mío, a ti me acojo,
sálvame de mis perseguidores, líbrame;
que no me destrocen como un león
y me desgarren sin nadie que me libre.

La capa de hielo sobre la superficie del mar era aún muy gruesa y estaba cubierta de un manto de nieve, que las tormentas habían vuelto compacto. El trineo se deslizaba a la perfección y a Huuskonen apenas si le costaba trabajo empujar su carga. Tanja iba por delante, comprobando de vez en cuando la resistencia del hielo con un palo largo. Tras ella marchaba Belcebú, todavía un poco dormido y de mal humor por el madrugón. Bien entrada la noche se toparon con un cinturón de banquisas y el viaje se complicó. Las tormentas de principios de invierno habían fracturado el hielo —que entonces alcanzaba el medio metro de espesor— en multitud de placas, las cuales se habían ido amontonando y superponiendo unas sobre otras, formando unos bloques que las cortantes heladas de enero habían consolidado, formando una muralla de dureza pétrea. Huuskonen tiraba del trineo con todas sus fuerzas, pero las banquisas hacían la marcha desesperadamente lenta. Estaban a un paso de llegar a tierra firme y sin embargo en aquella oscuridad parecía imposible franquear la muralla que se alzaba ante ellos, así que decidieron esperar al día siguiente, descansando al resguardo del muro de hielo.

El pastor Huuskonen le ordenó a Belcebú que se echase y éste le obedeció de buena gana, tumbándose al abrigo de una banquisa. Luego su amo atravesó el trineo y lo puso perpendicular a él; Tanja sacó unas mantas de la carga y las extendió entre el animal y el trineo, dos sobre el hielo y dos por encima. Oskari y ella se metieron debajo y se arrebujaron contra Belcebú. Le pegaron unos buenos tragos a la botella de vodka, pero al animal no le dieron. Allí estaban los tres, calentitos y seguros. Los

osos resultan de gran provecho, sobre todo cuando uno se propone cruzar un mar helado.

Antes de dormirse, Oskari le preguntó a Tanja si se había acordado de meter en el equipaje los largos papelotes en los cuales se hallaban impresas las pedorreras intergalácticas que había ido captando aquel invierno desde la estación.

Tanja le aseguró que llevaban con ellos un tocho de por lo menos un kilo de papel perforado. Durante las últimas dos o tres semanas habían aparecido impresos en él —aunque ella no se había fijado mucho— algunos signos raros que no entendía.

El pastor se ilusionó de inmediato: ¿qué clase de signos?

Tanja le contó que el lunes anterior, mientras él estaba, como de costumbre, practicando el lanzamiento vertical con los tipos de la estación, unas curiosas señales habían aparecido en la pantalla del ordenador, similares a los códigos de barras que llevaban impresos los paquetes de comida occidentales, pero más grandes, claro. Y ahí estaban, impresos en el papel.

Oskari rebuscó de inmediato entre los trastos del trineo y, sacando una linterna, se puso a leer los papelotes. Un viento glacial se había levantado y poco faltó para que se los arrancase de las manos y los ansiados mensajes acabasen repartidos a todo lo largo y ancho de la superficie helada del Mar Blanco.

—Pero… ¡si es verdad! ¡Es verdad! —exclamó el pastor, y daba tales gritos de alegría que Belcebú se despertó y empezó a gruñir—. Es la primera señal de que existe vida inteligente fuera de la Tierra —concluyó Huuskonen. Para celebrarlo, le pegó un trago bien largo a la botella de vodka, invitando también al oso—. ¿Os dais cuenta? Tal vez nos hallemos ante el suceso más colosal de toda la historia de la humanidad desde sus orígenes, millones de años atrás —declaró solemnemente el pastor, ya más tranquilo.

Tercera parte
El oso devoto

26. DEL MAR BLANCO AL MAR NEGRO

El pastor Huuskonen, la operadora radiotelegráfica Tanja Mihailova y el oso Belcebú llegaron a Kem cuando empezaba a clarear el día. Tanja tiraba del oso y Oskari del trineo. La ciudad portuaria y ferroviaria aún dormía, y como no había posibilidad de conseguir un taxi junto a la central eléctrica —que era justamente el punto por donde habían subido a tierra desde el mar helado—, Oskari siguió tirando del trineo. Atravesando la ciudad, llegaron a la estación de ferrocarril. No resultó muy difícil porque las calles estaban descuidadas y resbaladizas, ya que nadie se había ocupado de echarles gravilla.

Tanja se encargó de ir a sacar los billetes y el pastor y Belcebú se quedaron esperándola al final del andén, en un lugar discreto donde no había movimiento alguno de personal, ni de viajeros…, ni tampoco de osos, ya que estamos. El rápido de Murmansk tendría que haber llegado ya, por lo que les dijo Tanja al volver de la taquilla, pero iba a retrasarse por lo menos una hora.

Belcebú, animalito, se puso a cagar en el andén de la estación de Kem. Era la primera vez desde el otoño anterior, así que se trataba del tapón intestinal. Una vez terminó de aliviarse —y de qué manera— estuvo olisqueando con gran fruición lo que había hecho, hasta que el pastor se cansó, mandó el zurullo a la vía de una patada y le ordenó que se comportara como un adulto.

Como no las tenían todas consigo, pensaron que era mejor no ser vistos dentro de la estación y se quedaron esperando el tren a cierta distancia, bajo la helada. Mientras tanto, Huuskonen fue descargando el trineo. Pronto comenzaron a llegar algunos viajeros y gente del personal y Tanja aprovechó para vender el trineo a un guardagujas de barbas de chivo, que dijo que le vendría de perlas para salir a pescar al mar helado. El tipo pagó por él, sin rechistar, dos mil rublos y una botella de vodka sin abrir. Huuskonen la abrió enseguida y le pegó un buen trago, invitando también a Tanja, que no quiso beber, y al de las barbas de chivo, que aceptó de mil amores.

En cuanto el rápido de Murmansk entró por fin en la estación cubierto de escarcha, el trío se apresuró a subir a él. Huuskonen y Belcebú llevaron el equipaje a uno de los vagones de segunda; el oso resultaba de mucha ayuda, porque manejaba las maletas con la maña de un sirviente experimentado. Aún tenía frescas las lecciones que había recibido el otoño anterior, al parecer. El oso tiene la fuerza de nueve hombres y el entendimiento de dos mujeres…

Huuskonen y compañía se hicieron los amos de un compartimento entero, tal era la cantidad de cachivaches que llevaban consigo: además de las maletas, la máquina de coser de Tanja y la tabla de planchar de Belcebú. El tren arrancó con una sacudida y entonces el pastor sacó de uno de sus bolsillos un librito, *Tiempo de oración*, y buscó la lectura del día. Era lunes 14 de marzo, y con gran tino se trataba de un fragmento del salmo 22: «Qué alegría cuando me dijeron: “¡Vamos a la casa del Señor!”»

En esto, la puerta del compartimento se abrió y un revisor asomó la gaita. Se quedó boquiabierto al ver a Belcebú, que iba tan formalito en uno de los asientos de ventanilla. Tanja le tendió los billetes, que les daban derecho a viajar hasta San Petersburgo. Había tres y uno era del oso, claro.

—Me parece que no es apropiado, ni legal, ahora que lo pienso, que una fiera como ésta viaje con personas en el mismo vagón. No morderá, ¿verdad?

Acariciándole la pelambre al oso, Tanja le explicó al revisor que no se trataba para nada de un animal salvaje, sino que estaba domesticado y era muy obediente.

—Bueno…, sigo creyendo que habría que llevarlo al vagón de carga.

Tanja se interesó entonces por saber en qué apartado de qué artículo de la normativa de ferrocarriles vigente se decía que las mascotas domesticadas no podían viajar en los trenes rusos.

—Pues vaya pedazo de mascota que se han buscado.

El pastor Huuskonen carraspeó para hacerse notar y le arreó un codazo a Belcebú, que soltó un gruñido sordo y prolongado. El revisor les picó los billetes en un santiamén y les deseó que tuvieran buen viaje.

Varios fueron los viajeros que intentaron meterse en el compartimento, pero al ver al oso sentado junto a la ventanilla, cerraban apresuradamente la puerta que daba al pasillo y se iban con viento fresco a otro vagón.

Al cabo de una hora el tren llegó a Bielomorsk, cuyo nombre original había sido en tiempos Sorokka. El pastor le contó a Tanja que durante la última guerra los finlandeses habían planeado su invasión.

—¿Y a santo de qué? Aquí no hay nada que valga la pena; fíjate, es el culo del mundo —se extrañó la muchacha.

Huuskonen le explicó que el de Sorokka había sido un importante nudo ferroviario, por el que pasaban los trenes de la ruta de Murmansk, la misma precisamente que había servido a los Aliados para aprovisionar a la Unión Soviética durante toda la guerra. Si la ruta se hubiese visto cortada, la Armada Roja no hubiera podido ser abastecida de materiales de guerra, ni tanques, ni aviones, cañones, munición, combustible, ni alimentos de ninguna clase.

—Ah, pues no tenía ni idea, ya ves.

—Los alemanes intentaron presionar a Finlandia para que lanzase una ofensiva contra Sorokka y se apropiase de la ruta de Murmansk. Es muy probable que la guerra hubiese tenido un final bien diferente si los finlandeses hubiesen ocupado Sorokka, ya que ésta se hubiese prolongado como poco un año más en el frente del este.

—Pues menos mal que no llegó a suceder —dijo Tanja con alivio.

Huuskonen le pegó un lingotazo a su botella de vodka.

—Pues sí…, el mariscal Mannerheim se negó a dar la orden de ataque, aunque eran muchos los generales que se lo exigían. Ya en la fase más temprana de la guerra, se dio cuenta de que Alemania estaba condenada a la derrota, de ahí que considerase

inútil atacar Sorokka. Mannerheim lo hizo también con la esperanza de que más tarde, cuando tuviesen lugar las negociaciones de paz, Stalin recordase que los finlandeses no habían cortado la ruta de Murmansk, aunque habían tenido grandes posibilidades de hacerlo.

Tanja le preguntó si al acabar la guerra Stalin había premiado a los finlandeses de algún modo, en agradecimiento por su gesto.

—Una leche. Finlandia tuvo que pagar unas reparaciones de guerra de aúpa y, para más inri, nos quitaron Carelia, Salla y Petsamo.

El pastor echó otro trago y prosiguió:

—Y, sin embargo, gracias a que la guerra fue un año más corta, se salvaron millones de vidas. Calculo que dos millones de alemanes, tres millones de los vuestros, un millón de ingleses y lo mismo de americanos y demás miembros de la Alianza. Y, quién sabe…, tal vez hasta un millón de japoneses.

Tanja echó la cuenta:

—En total serían ocho millones.

—Pues por ahí ronda —dijo el pastor con modestia.

—Deberías dejar de empinar tanto el codo, Oskari —le soltó Tanja, cortando así la conversación sobre las terribles consecuencias que hubiese tenido la invasión de Sorokka, de haberse producido.

El revisor pasaba de vez en cuando, insistiéndoles para que llevasen al oso al vagón destinado al transporte de animales, pero Huuskonen se negó en redondo una y otra vez. Pasaron todo aquel día de marzo en el traqueteante tren, atravesando Carelia Oriental, de Kem a Olonets. Huuskonen se pimpló lo que le quedaba de la botella de vodka, además del té que les sirvió el mozo del vagón, y luego se quedó frito. Belcebú también dormía. Tanja compró pan y unas latas de pescado en conserva de Estonia y preparó unos bocadillos. El oso estaba aún desganado, pero Huuskonen y ella se lo comieron todo con gran apetito.

Hacia el anochecer, atravesaron el río Svir y llegaron a Lodeinoje Pele, cuyo nombre finlandés era Lotinapelto. Huuskonen se espabiló y siguió con su rollo:

—Hasta aquí llegaron nuestras tropas conquistando tierra rusa —dijo con orgullo.

El ejército finlandés se quedó empantanado durante años en las tirrias de Lodeinoje Pele, a las orillas del Svir. Así, a toro pasado, había que reconocer que la ofensiva no había conseguido llegar hasta los Urales, precisamente.

—Aunque no nos faltaran ganas, ni lo hiciésemos tan mal, después de todo —farfulló Huuskonen, antes de volverse a quedar dormido.

Por la noche el revisor —tras conseguir reunir los arrestos suficientes y comprobar que Huuskonen y Belcebú dormían a pierna suelta— volvió al compartimento para exigir que trasladasen al oso al vagón de animales, añadiendo que, de lo contrario, echaría personalmente al oso de una patada en cuanto atravesasen alguno de los profundos bosques que rodeaban el lago Ladoga. Allí era donde tenía que estar aquella fiera y no en un tren lleno de gente.

—Shhhh, baja la voz, estúpido…, nunca hay que despertar a un oso que duerme —le advirtió Tanja lo más bajo que pudo.

Pero era demasiado tarde, porque el pastor y su peludo amigo se despertaron con el intercambio de pareceres. Belcebú, bruto como él solo, se cabreó, y de un mamporro mandó al revisor de regreso al pasillo, con la puerta del compartimento a modo de collar. El pobre hombre corrió todo lo que le daban las piernas para escapar del vagón, con el oso pegado a los talones. Tanja tuvo que intervenir gritándole a Belcebú que volviese a su asiento y le rogó a Huuskonen que lo llamase él también, a ver si les hacía caso.

—Que no muerde, mujer… ¿No ves que sólo está jugando? —la tranquilizó éste.

Al rato Belcebú regresó al vagón con una manga de la chaqueta del revisor colgándole de la boca. Tanja se la quitó y fue a devolvérsela a éste, pidiéndole encarecidamente que los disculpase por lo sucedido.

—Desde luego, los finlandeses sois un poco brutos —suspiró la muchacha una vez de vuelta, mientras intentaba volver a encajar la puerta del compartimento en sus bisagras.

Esa misma noche, ya tarde, el tren de Murmansk llegó a San Petersburgo, a la estación este de ferrocarriles, llamada Estación de Moscú. El pastor Huuskonen abrió la marcha hacia la parada de taxi más cercana, tambaleándose mientras arrastraba las maletas, y una vez allí preguntó por cuánto salía la carrera a un hotel medianamente decente y que estuviese cerca.

—Cien dólares —le contestó el taxista, con toda la cara del mundo.

En esto llegó Tanja y se puso a protestar, diciendo que aquello era usura, a lo cual el conductor les rebajó la tarifa a la mitad. Pero al ver aparecer a Belcebú, con sus andares de oso y una pesada maleta en una zarpa y la tabla de planchar en la otra, el corazón se le llenó de repente de generosidad y anunció que iba llevarles gratis a todos, faltaría más.

—No nos quedan habitaciones libres —les dijo con desgana el recepcionista del hotel. Llevaba un uniforme bastante raído al que, como a él, parecía hacerle falta un buen lavado. En cuanto Huuskonen le dio un codazo a Belcebú y éste soltó un leve gruñido, el tipejo les encontró en un santiamén una habitación espaciosa y, encima, dispuso que instalasen una cama supletoria para el oso. Dicho y hecho, cargó con las maletas deshaciéndose en amabilidades y las subió hasta el cuarto. El oso llevaba su inseparable tabla de planchar. Una vez de vuelta tras su mostrador, el recepcionista se quedó pensativo un rato y marcó el número de teléfono de la comisaría de *militsiya* más cercana. Tras un breve carraspeo, denunció:

—Que digo que acabo de alojar en el hotel hace nada a un oso vivo…, sí, vivo. Y con él viajan un cura finlandés medio trompa y una radiotelegrafista de aquí. ¿Por qué no venís por el bicho y lo metéis en una celda?

—Sí, claaaro…, o sea que el camarada ha alojado a un oso en su hotel… A ver, a ver, para no variar, ¿cuántos lingotazos te has echado al coleto en lo que va de noche,

compadre?

El recepcionista juró y perjuró que estaba sereno, lo cual no era del todo cierto, pero se aproximaba bastante a la realidad.

—Y anda sobre dos patas… y va con una tabla de planchar, así, debajo del sobaco, y…

—Que sí, hombre, que sí, lo que tú digas. Porque, a ver, dónde se ha visto que un oso ande a cuatro patas, ¿eh?

—Aquí pasan cosas raras y yo no me hago responsable de esa fiera, oiga.

—Mira, camarada, me haces el favor de colgar de una puñetera vez ese teléfono y te tomas veinte cafés, a ver si te aclaras el cebollón que llevas y dejas de dar la murga con tonterías. En este momento tenemos dos asesinatos por esclarecer, y la sangre y los vómitos de los borrachos que hay ahí fuera, en el pasillo, nos llegan a media corva… O sea que estamos ya la mar de entretenidos y no nos hace mucha falta, precisamente, que imbéciles como tú nos llamen, ¿estamos?

Mientras tanto, arriba, Belcebú se había dedicado a husmear cuidadosamente por la habitación, y hete aquí que encontró el baño, abrió el grifo del agua caliente y, tras comprobar que ésta salía en condiciones, se pegó un baño de padre y muy señor mío. Tanja le dio champú y el animalote, cómodamente sentado en la bañera, se enjabonó de arriba abajo. Y así estuvo casi una hora, en remojo y tan ricamente. Era su primera oportunidad después de medio año. Luego se levantó y se sacudió hasta la última gota de agua de la pelambre, salpicándolo todo. Mientras Tanja y Oskari se bañaban a su vez, Belcebú se secó con uno de los toallones del hotel; luego deshizo el equipaje, y colocó todo en los armarios con gran destreza. Colgó cada cosa en su percha y no olvidó dejar los zapatos en fila junto a la puerta. Una vez tuvo todo organizado, el oso se tumbó en la gran cama de matrimonio, convencido de que era la que le correspondía. Pero estaba muy equivocado, pobre, y en cuanto volvieron sus amigos, lo mandaron al catre.

Al día siguiente Tanja salió a comprar los billetes para Odesa. Había llegado a la conclusión de que no podía permitir que Oskari y Belcebú viajasen solos a través de Rusia y Ucrania, dada la situación de plena ebullición que había en ambos países.

—¿Es que te vas a venir con nosotros a Odesa? —le preguntó Oskari a la radiotelegrafista. Ésta le contestó que antes que quedarse sola en San Petersburgo, aguantando aquel tiempo frío y gris, prefería marcharse con ellos al Mar Negro.

Al atardecer, abonaron la cuenta del hotel y tomaron un taxi a la estación. Oskari llevaba a Belcebú de la correa y, una vez en su compartimento del coche cama, le ordenó a que trepase a la litera de arriba, que como estaba casi pegada al techo era angosta y confortable como una osera. Exactamente a las seis de la tarde, el tren arrancó con una sacudida y se pusieron en marcha. Su destino era Odesa, la lamosa ciudad portuaria del Mar Negro. Hacía falta día y medio de viaje para llegar allí y pasarían por Vitevski, Gómel y Kiev. El pastor tendría tiempo por fin de revisar el acordeón de papeles impresos en la estación de Solovetski. Se pasó varias horas dale

que te pego, hojeándolos e intentando desvelar el misterio que, según él, contenían, pero los códigos de barras continuaron siendo una incógnita a pesar de todo. Huuskonen intentó convencer a su incrédula amiga de que, con toda seguridad, lo que había en aquellos papeles era un mensaje del espacio interestelar, enviado desde algún planeta lejano. Otra cosa era que él no tuviese capacidad para interpretarlo, al menos por el momento.

—Por desgracia, la mente humana es muy limitada —dijo suspirando Huuskonen —. Voy a tener que ponerme en contacto con los astrónomos americanos del proyecto Serendip, por si ellos supieran descifrar estos garabatos.

Tanja opinaba que seguramente no eran más que las habituales interferencias que se producían en las comunicaciones por radio. Nada de mensajes interplanetarios, vamos, aunque Huuskonen se negó a conformarse con una interpretación tan de andar por casa.

—Hay que ver lo poco románticas que sois las mujeres —resopló—. ¿Acaso crees que en el espacio se habla ruso, finés o inglés? Yo estoy casi seguro de que lo que tenemos en nuestras manos es un mensaje de otro planeta, enviado tal vez hace miles de años luz, vale, pero ahora está aquí, ha llegado a la tierra y aquí se queda, por los siglos de los siglos, amén.

Tanja quiso saber en qué consistía el dichoso proyecto Serendip y Oskari le explicó que el nombre se debía a un viejo cuento persa: una vez, en la antigua Persia, vivían los tres príncipes de Serendip, jóvenes, guapos y en edad de casarse. Un día oyeron de la existencia de una mujer de belleza sin igual que vivía al parecer en un país remoto. Inmediatamente los tres príncipes se pusieron en camino para buscar a la hermosa doncella, cruzando un reino tras otro sin descanso y viviendo por el camino todo tipo de aventuras increíbles, tantas que en ocasiones estuvieron a punto de olvidar cuál era la verdadera meta de su expedición. Pero qué más daba, ellos siempre estaban dispuestos a lo que fuera.

—Actualmente, «serendipia» se ha convertido en un término científico, sinónimo de la capacidad para hacer hallazgos cruciales de manera casual. En los Estados Unidos tienen en marcha varios programas Serendip de investigación, concretamente de escucha de las ondas radioespaciales, lo mismo que yo me he pasado haciendo este invierno en Solovetski, sólo que al parecer ellos no han atinado aún y yo sí, como puede verse en estos garabatos.

—Sí que es un cuento bonito, sí —admitió Tanja con ironía.

27. LOS APÓSTOLES DE ODESA

El rápido de San Petersburgo llegó a Odesa el 16 de marzo por la mañana. El pastor Huuskonen se acordó de una vieja canción popular finlandesa, cuya letra decía algo así como que Odesa era la perla del Mar Negro. Y sin embargo aquella ciudad no tenía nada de romántica y ni siquiera se podía decir que tuviera playa. Más bien se trataba de un gran centro portuario e industrial lleno de hollín, eso era todo. Tanja Mihailova tomó una habitación para todos en un hotel barato del puerto, cuya clientela estaba formada principalmente por marineros. El cuarto era un cuchitril mal ventilado, pero Huuskonen quería gastar lo menos posible.

Como Tanja estaba dispuesta a seguir a Oskari en sus viajes por el mundo, se sacó también la cartilla de marino. No fue difícil, ya que la muchacha era radiotelegrafista, una profesión muy solicitada para la que había mucha demanda en las tripulaciones de los barcos.

Tanja y Oskari llevaron a Belcebú a la consulta de un veterinario, para que éste le hiciese un certificado de cuarentena. El médico, un tipo sudoroso de pelo negrísimo, se alegró enormemente al tener la oportunidad de examinar nada menos que un oso.

—Mis clientes habituales son perros y gatos, aunque a veces también me llaman de fuera de la ciudad para que vaya a algún establo a asistir a sementales y yeguas. Ésta es la primera vez que se me presenta un oso en la consulta.

El doctor auscultó a Belcebú y le tomó el pulso. Le hizo un análisis de orina y otro de sangre, y confirmó que el animal no presentaba indicios de triquinosis. Luego redactó un certificado garantizando que Belcebú estaba sano y en buena forma. Lo pesaron en una balanza para caballos: ciento veintisiete kilos, así que había adelgazado quince durante la hibernación. Huuskonen se pesó también y dio un resultado de ciento dos, lo cual no estaba nada mal.

Tras la caída de la Unión Soviética, la situación en Ucrania era extremadamente inestable. El tráfico del puerto de Odesa había pasado de escaso a casi inexistente. Raramente llegaban a él cargueros del extranjero y las líneas de pasajeros brillaban por su ausencia. Así pues, tenían tiempo de sobra antes de enrolarse, y lo dedicaron enteramente al entrenamiento de Belcebú. Comenzaron por repasar los conocimientos adquiridos el otoño anterior en Solovetski, especialmente los que tenían que ver con las habilidades domésticas. Belcebú era un mayordomo aplicado y muy dócil. También le dieron un repaso a las coreografías e incorporaron otras nuevas al repertorio. Pero donde Belcebú ponía más entusiasmo era en el aprendizaje de los rituales religiosos. Ejecutaba con gracia y convicción las liturgias de diferentes religiones, se ponía a cuatro patas mirando a La Meca y hasta gemía la llamada a los fieles como el mejor de los muecines. Se santiguaba repetidas veces con gran devoción, al estilo de los ortodoxos, y se sabía al dedillo los ritos católicos y luteranos, hasta con los ojos cerrados. Era mil veces más piadoso de lo que nunca lo había sido Huuskonen, que encima era un hombre, y cura, nada menos.

Se quedaron en Odesa con la esperanza de encontrar un barco de crucero en el que poder enrolarse, pero el puerto estaba como aletargado y en él sólo había atracados unos cuantos buques de guerra, algún que otro carguero polivalente y un par de petroleros. Les esperaba una larga temporada en el paro.

Oskari, que había adquirido desde su estancia en Solovetski la mala costumbre de empinar el codo, tampoco consiguió pasar mucho tiempo sobrio en Odesa, a pesar de los consejos y advertencias de Tanja. La cosa fue a mayores, ya que no dejaba pasar un día sin pillarse una cogorza, y su problema con el alcohol terminó convirtiéndose en motivo de bronca entre ellos dos. Muchas noches era tal la berza que llevaba, que acababa desplomándose en la cama del hotel y ahí se quedaba, despatarrado, roncando y oliendo como un verdadero gorrino. Era éste un comportamiento que incomodaba también al oso. Tanja temía que, a ese paso, el pastor acabaría matándose, pero ella no estaba dispuesta a quedarse para dar fe de ello.

—Deberías ocuparte en algo útil, Oskari, porque en este estado no sirves para nada.

Y era cierto. Oskari se sintió picado en su amor propio y se puso a pensar en qué podía invertir su tiempo con sensatez, en lugar de estar siempre puesto hasta las trancas, mientras esperaba a embarcarse. Pero ¿qué podía hacer un vulgar pastor en un lugar tan deprimente como Odesa?

—Y a mí qué me cuentas…, ponte a decir misa con Belcebú, ya que tanto os gusta a los dos —le respondió Tanja con acidez.

Resultó que, sin quererlo, la muchacha había atinado a encontrarles una ocupación en condiciones.

—¡Acabas de darme una idea excelente! Iremos de misión apostólica por los barrios del puerto. ¡Con la de pobres diablos desesperados que hay por estas calles, viviendo sin tener ni idea de lo que significan el consuelo y la misericordia del Todopoderoso!

Dicho y hecho, el pastor se puso a planificar la salvación de las almas de los desdichados habitantes de Odesa. Le rogó a Tanja que les hiciese de intérprete cuando salieran a evangelizar por las barriadas más míseras, pero ésta se negó. Por lo que a ella respectaba, los marineros de Odesa, los soldados borrachos, las fulanas y los delincuentes podían irse al mismísimo infierno de cabeza, ya que ellos mismos habían escogido su destino. Oskari no desistió y así fue como aquella misma noche el trío hizo su primera incursión apostólica. A Belcebú le pusieron al cuello una cadena con una cruz colgada, el pastor se puso su sotana y se pusieron en marcha.

No les costó mucho dar con los antros de perdición. Mendigos, putas, criminales, toda la flor y nata de la miseria espiritual salían de sus guaridas en cuanto oscurecía. Huuskonen y compañía comenzaron su labor misionera por las tabernas de mala muerte del puerto, donde no iba a faltarles público.

El comienzo fue espectacular. Tanja presentó en ruso al pastor y al oso y luego éstos anunciaron el mensaje de la Salvación: Huuskonen predicando y cantando

himnos y Belcebú santiguándose y rezando.

La parroquia contemplaba embobada aquel desenfreno litúrgico y algunos incluso prestaron atención al mensaje, aplaudiendo al oso con gran entusiasmo. Acabada la función, la embajada apostólica continuó su recorrido de taberna en taberna, mientras se iba extendiendo el rumor de que a Odesa había llegado un finlandés majareta, que insistía en salvar a los desgraciados cuyas almas se hubiesen extraviado por el camino de la perdición. Tras la exhibición, al pastor empezaron a servirle vodka y éste lo aceptó encantado. Llegados a ese punto, Tanja dijo que ella regresaba al hotel. La misión evangélica estaba tomando un tono demasiado profano para su gusto. Habían ido hasta allí justamente para lo contrario, para luchar contra el abuso del alcohol y demás pecados, y no para irse de farra, dijo, y dando media vuelta salió de la irrespirable taberna, abandonando allí a Oskari y a Belcebú.

Ya que la misión había empezado tan bien, el pastor pensó que quién era él para interrumpirla, así que prosiguió frenéticamente el recorrido tabernario con su oso, siendo acogido calurosamente por doquier. Hasta que, ya de madrugada, el pastor llevaba una cogorza como un piano. Belcebú, que estaba ya cansado, se metió bajo la mesa de la taberna de turno. Unos canallas malencarados empezaron a ponerse insolentes con él, dándole patadas y tirándole de la pelambre. Huuskonen, con la voz rota, soltó un discurso sobre la importancia del amor entre los diferentes pueblos y la gracia divina, bebiendo vodka al mismo tiempo, para darle más convicción a sus palabras. Para congraciarse, invitó a toda la chusma presente a una ronda que le fue cobrada multiplicada por siete y, encima, uno de aquellos mugrientos terminó arreándole un mamporro. Mal asunto. El pastor se derrumbó sobre la mesa, mientras la parroquia se partía el pecho de la risa. Luego alguien le metió a Belcebú una colilla de *makhorka* por el ojete y ahí fue el desmadre y las risotadas. Los dos amigos nunca habían caído tan bajo… Pero, por suerte, la paciencia del oso finlandés tiene sus límites.

Belcebú se apagó primero de un lametón el humeante ojete y luego pasó a hacerse cargo de la situación. Con la violencia de una explosión, vació el antro, liándose a guantazos con toda la canalla presente y arrojándola al callejón. Como colofón, despanzurró unas cuantas mesas y, ya satisfecho, despertó a su amo. Al pastor le costó un buen rato recordar el mandoble que le habían arreado y darse cuenta de que la irritación de su oso se debía a los malos tratos que había recibido mientras él se hallaba inconsciente. Se levantó y salió al exterior de la taberna, donde la chusma se había congregado a lamerse las heridas y a preparar una ofensiva para vengarse del pastor y de Belcebú. También había acudido la *militsiya*.

Si el viejo pastor hubiese tenido que pasar solo por aquella tesitura, con la tranca que llevaba, no se hubiese librado de la tunda, pero al ir en compañía de un oso joven, sano y sobrio, la situación era otra, así que le dio a Belcebú la orden de atacar.

Cuesta describir lo que vino a continuación, pero la noche de Odesa se llenó de gritos de horror, cosa que Huuskonen, por suerte, no recordó después, ni el oso le

pudo contar. Si los osos hablaran… Lo que todos recuerdan aún es el estrépito de cristales rotos, los gemidos y el pitido de los silbatos de la *militsiya*.

Bien entrada la madrugada, Belcebú llevó a su amo de regreso al hotel. Los osos tiene un olfato inigualable, así que el animal supo encontrar el camino sin ninguna dificultad. Huuskonen, a quien Belcebú llevaba a caballito en sus anchas espaldas grises, iba vociferando el salmo 7:

Si no se convierte el hombre,
afila su espada,
tensa y asesta su arco,
le preparan armas letales,
tizones serán sus flechas.
Vedle en su preñez de iniquidad,
malicia concibió, fracaso pare.

Tanja recibió aviso de que bajase al vestíbulo, cosa que hizo sin esperar un segundo, y se llevó a Belcebú y a Oskari al cuarto, donde éste terminó de berrear las últimas estrofas del salmo:

Cavó una fosa, cavó bien hondo,
mas cayó en el hoyo que él abrió;
se vuelva contra él su maldad,
su violencia recaiga en su cabeza.

El pastor se despertó a la mañana siguiente con una resaca de mil demonios. Les rogó a Tanja y al Señor que tuviesen compasión de él y se quedó todo el día acostado, vomitando y llorando su cruel destino, y sin poder levantarse hasta la tarde.

Al día siguiente, en la edición local del diario *Pravda* apareció una pequeña noticia: según fuentes oficiales de la *militsiya*, en el arrabal portuario de Odesa se habían producido unos disturbios de extremada violencia provocados intencionadamente por unos extranjeros. La cantidad de heridos era considerable y también se habían producido numerosos daños materiales. Las autoridades ya estaban investigando los hechos.

Tanja, muy enfadada, les dijo que ya se podían ir olvidando de sus misiones evangélicas y, sobre todo, de asomar la gaita por los arrabales del pecado.

Estaba claro que Oskari y Lucifer habían deambulado por los más infectas andurriales —eso es lo que hacen habitualmente los misioneros urbanos—, ya que a los pocos días el oso empezó a mostrar signos de irritación, no paraba de rascarse y de frotarse contra todo lo que pillaba y no había forma de que se durmiese. El pastor lo llevó al mismo veterinario que lo había examinado a su llegada y le había hecho el certificado de cuarentena.

—No habrá cogido la sarna, espero —preguntó el pastor muy preocupado.

Los síntomas eran muy similares a los de la sarna, pero los causantes de la comezón no eran los ácaros, sino las ladillas que el pobre animal tenía, que no eran pocas. El pastor se sintió desfallecer. ¿Tan borracho estaba aquella noche como para haber arrastrado a su pobre e inocente amigo por semejantes cuchitriles infectos? En alguno de ellos le habían pegado aquellos parásitos del demonio.

El veterinario le ordenó a Huuskonen que se bajase los pantalones hasta los tobillos y le examinó el vello púbico.

—Pues anda que no va usted bien servido, buen hombre —diagnosticó sin piedad alguna.

Quitarle las ladillas a un oso tan peludo como aquél no era ningún chiste y fue necesario casi un cubo de pomada para acabar con ellas. Oskari hizo uso de parte del medicamento, con discreción. No es que a Belcebú le hiciese mucha gracia el tratamiento, pero no quedaba más remedio: había que limpiarle la pelambre de parásitos, fuera como fuera.

Desde aquel día se quedaron en la habitación del hotel y no volvieron a salir, con excepción de Tanja, que se ocupaba de ir a la ciudad por lo imprescindible. Temían la visita de la *militsiya*, pero, por algún motivo, las autoridades no llegaron a dar con el escondite de Huuskonen y Belcebú.

28. EL ARMADOR QUE ROGABA AL CIELO

Hasta principios de abril no atracó en el puerto de Odesa el primer barco de pasajeros. Se trataba del renqueante y herrumbroso *Oihonna,* un buque mercante registrado bajo bandera panameña, que en realidad pertenecía a una pequeña naviera irlandesa. La nave había sido construida a principios de los años sesenta y tenía cien metros de eslora, trescientas plazas de camarote para pasajeros y una tripulación de cien hombres. Recién llegado del Mediterráneo, en su última singladura había efectuado escalas en Argelia, Túnez, Marruecos y el Mar Rojo, llevando a peregrinos de La Meca. La parada en el Mar Negro se debía a que los servicios de mantenimiento y reparaciones en los astilleros locales eran mucho más económicos. El *Oihonna* andaba falto de un buen carenado y en aquel momento las divisas extranjeras eran muy apreciadas en los países de la Comunidad de Estados Independientes. El capitán y principal propietario de la nave era el irlandés Ernie O'Connor, un tipo fornido de tez rubicunda, más o menos de la edad del pastor Huuskonen, un auténtico lobo de mar. El capitán y naviero condujo a Oskari y a Tanja al comedor de oficiales y los invitó a compartir con él unos sándwiches fríos, generosamente regados con whisky.

—Así que quieren trabajar en mi barco. Cojonudo, porque teníamos un radiotelegrafista, pero hará unos días, navegando por el Adriático, el tipo se atragantó con una raspa de tiburón y ahí mismo la palmó, pobre diablo. Bueno, señorita, que nos viene usted a huevo, vaya.

El armador se mostró dispuesto a enrolar también al pastor Huuskonen y a Belcebú. Tenía clarísimo que en el sector de los cruceros, con la competencia que había, era necesario y ventajoso proporcionar a los pasajeros distracciones fuera de lo común.

Tanja se convirtió en la intérprete de Ernie O'Connor, ayudándole a organizar los asuntos de su barco y la naviera en Odesa. Juntos fueron a encargar provisiones para abastecer la despensa del barco: carne de cerdo por toneladas, pescado, cientos de litros de aceite de cocina y vinos de la región del Mar Negro en abundancia. El perito ucraniano que inspeccionó el *Oihonna* recomendó que repintaran el casco, además de la completa puesta a punto de los motores principales. El jefe de máquinas, otro irlandés rubicundo y grandote, dejó subir a bordo al grupo de mecánicos encargados de desmontar y limpiar los grandes motores diésel de la nave. Como el barco había sido armado en Alemania, hubo que encargar de allí las piezas de repuesto necesarias y éstas les fueron enviadas por avión. Mientras tanto, el capitán confeccionó el plan de navegación para los próximos cruceros y la nave quedó blanca como la nieve una vez pintada. Sobre el mostrador del bar de la cubierta de popa colgaron un gran rótulo que decía:

A principios de mayo, el día 11, para ser más exactos, embarcó en el *Oihonna* una expedición de un centenar de judíos rusos, cargados hasta arriba de maletas y cachivaches. Eran emigrantes que se dirigían a Israel. Luego el práctico subió a bordo y soltaron las amarras.

Al llegar a Rumanía, el *Oihonna* echó el ancla en la ensenada de la pequeña ciudad de Sulina, frente a la desembocadura del Danubio. Una gran gabarra se les acostó y de ella subieron a bordo cien matronas, todas ellas limpiadoras, armadas de cubos de cinc, escobas y pastillas de jabón. Pusieron todo en orden, fregaron y frotaron hasta el último rincón de aquella bañera, cada camarote, cada salón, todo…, hasta la sala de máquinas. El olor a cerrado y a moho desapareció sin dejar rastro, y al caer la tarde el barco entero olía a limpio que daba gusto.

En cuanto las limpiadoras recibieron su paga y se marcharon, el *Oihonna* continuó su singladura por el Mar Negro, que a pesar de su nombre no era negro, sino de un azul profundo… y bueno, tampoco el Mar Blanco era blanco, sino gris. A lo mejor era que cuando había tormenta el Mar Negro se volvía negro, y el Mar Blanco le debía el nombre a la espuma que se formaba en su superficie durante las tempestades.

Belcebú se ocupaba del bar como un profesional, sirviéndole a su parroquia judía unas excelentes cervezas de grifo. El BelcePub empezó a producir pingües ganancias, cosa que satisfizo mucho al armador, que decidió pagarle al oso un sueldo acorde con la tarifa oficial, en concreto la correspondiente a un sobrecargo en prácticas. La mitad de la paga se iba en alimentarlo, porque zampaba enormes cantidades y engordaba a un ritmo demencial.

El pastor Huuskonen se dedicaba a darles clase de hebreo a los judíos rusos, ya que muchos de ellos no lo hablaban, mientras que él, como cualquier cura que se preciase, lo había estudiado en sus tiempos universitarios. Y de paso organizaba para sus alumnos oficios religiosos judíos, en los cuales le asistía el oso.

Belcebú daba cada noche dos funciones en la sala de fiestas, con el mismo programa que en el *Alla Tarasova*. El animal se tomaba su trabajo muy en serio y comprendía que los aplausos recibidos eran signo del entusiasmo que sus actuaciones despertaban en el público. Terminada la función, pasaba la gorra. Los espectadores se rascaban con gusto el bolsillo y le daban buenas propinas, que él se apresuraba a recolectar con gran mafia. Tal era la gracia con que lo hacía, que el pastor pensó que con razón en Finlandia se llamaba «osos» a los recaudadores de impuestos.

Antes de cada representación Belcebú se ponía muy nervioso, como suele sucederles a los artistas. Pero era empezar la función y en un santiamén desaparecía el pánico escénico y vivía su personaje con un talento natural digno de admiración.

Tanja le enseñó también a preparar el desayuno e incluso a freír huevos. A

Belcebú no es que le entusiasmaran, como tampoco le gustaban el café y el té, pero en cambio los panecillos untados de miel eran su perdición.

Tras unos días de travesía, llegaron al estrecho del Bósforo, un canal de unos treinta kilómetros, animado siempre por un tráfico incesante. El práctico subió a bordo del *Oihonna* y, guiados por él, llegaron a Estambul. Era una tarde calurosa y el sol brillaba, situado casi exactamente en el oeste. Justo cuando el *Oihonna* pasaba bajo el gran puente de Atatürk, cayeron con gran estrépito tres pacas de paja sobre la cubierta, a todo lo largo del barco: la primera en el castillo de proa, otra más junto a la chimenea y la tercera exactamente en el umbral del Bar del Oso, causándole un ataque de pánico al pobre Belcebú, que en aquel momento estaba sirviéndole una cerveza a una clienta judía, que por cierto estaba prendadísima de él. Se armó la de San Quintín. El oso soltó lo que tenía entre zarpas, y tras proferir un estremecedor rugido, se lanzó a galopar sin rumbo fijo por la cubierta de popa, sembrando el terror entre los pasajeros. Sólo se calmó cuando el pastor, que había corrido al lugar al oír el escándalo, se acercó a él y consiguió sujetarlo.

Desde el puente de mando llegó primero el aullido de la sirena y luego la voz del capitán O’Connor, que gritó:

—¡Aquí el *Oihonna*! ¡Dentro de una hora atracaremos en el muelle de pasajeros!

El capitán vociferó la información en varias lenguas, incluida la gaélica.

La circulación en el puente de Atatürk se hallaba completamente paralizada a causa de un aparatoso accidente, en el cual se había visto involucrada una carreta tirada por varias mulas cargada de pacas de paja. Desde la cubierta se oía un jaleo espantoso proveniente de arriba y de vez en cuando alguien se asomaba por la barandilla del puente dando berridos y haciendo aspavientos, cosa que no contribuyó a aclararles la situación a los del barco, que al poco rato se encontraba ya demasiado lejos.

El muelle de pasajeros de Estambul era uno de los más grandes de la región: la actividad que allí reinaba era febril y el ruido infernal, pero en total fueron casi cien los nuevos pasajeros que subieron a bordo del *Oihonna*. En su mayoría se trataba de comerciantes que iban a hacer la ruta del Mediterráneo, empezando por Chipre para luego ir, tal vez, más allá. También subió un pequeño grupo de refugiados bosnios que ignoraban cuál sería su destino final. El capitán los admitió en la nave sin pedirles un solo papel. Era de los que pensaban que los barcos estaban hechos para viajar y transportar personas, sin importarle absolutamente nada los motivos que éstas tuviesen para recorrer el mundo.

Al caer el sol, se presentó en el muelle una carreta tirada por una mula de andares cansinos, en cuyo pescante iba un abuelete que arrimó su vehículo al costado del *Oihonna* con la misma elegancia y dignidad que si se hubiese tratado de una limusina. Daba la casualidad de que el vejete y el carro en cuestión eran los mismos del accidente del puente de Atatürk, sucedido un par de horas antes. Tras atar la mula a un bolardo, se acercó a negociar con el capitán la devolución de las pacas de paja

que habían ido a parar a la cubierta del *Oihonna*.

O'Connor le dijo que subiera a bordo y le invitó a tomar un té mientras hablaban sobre el accidente. Por suerte la sangre no había llegado al río, pero algún gilipuertas se le había echado encima con el coche, tumbándole la carga en medio del puente. Con el desbarajuste, tres de las pacas habían salido despedidas por encima de la baranda, yendo a parar —menos mal— a la cubierta del *Oihonna*, que en ese preciso momento pasaba por debajo.

—Pues ya podría usted tener más cuidado al atar las cargas —le dijo el capitán algo mosqueado. Luego ordenó a unos cuantos hombres de la tripulación de cubierta que llevasen las pacas a la carreta del anciano.

Nada más marcharse éste, unos periodistas se presentaron de improviso en el barco. Les había llegado el rumor de que a bordo viajaba un oso místico, que trabajaba también de camarero y hacía números de cabaret, además de ayudar en misa. Al parecer, en Estambul los rumores corrían como la pólvora.

Ante su insistencia, el pastor accedió a celebrar con Belcebú un breve servicio religioso como muestra de su arte. Los periodistas se quedaron patidifusos ante lo que vieron y pronto Huuskonen y su oso se vieron apabullados por los fogonazos de las cámaras y las preguntas. El pastor —con la lengua suelta y envalentonado por las cervecitas y el vino que se había ido echando al coleto desde por la mañana— no escatimó palabras cuando le tocó dar su opinión sobre los asuntos de la fe.

Hubiera sido divertido quedarse unos días más en Estambul, pero así son los cruceros: uno no para de moverse… Los días empezaban a ser calurosos, tanto, que incluso en alta mar el aire se hacía a ratos irrespirable. Huuskonen se pasaba a menudo las noches en vela y aprovechaba para dar solitarios paseos por la cubierta, dedicándose a la contemplación de la estela plateada que el *Oihonna* iba dejando tras de sí. Durante una de aquellas noches de insomnio, cuando la media luna, inclinada de costado, iluminaba con su brillo el cielo del mar de Mármara, se presentó en la cubierta el capitán y naviero O'Connor. Se sentía solo y tenía ganas de charlar un rato con el pastor.

O'Connor le describió su país a grandes pinceladas, le habló de su historia, deteniéndose a referirle el terrible episodio de la Gran Hambruna del siglo XIX, provocada por la peste de la patata.

—Es lo que sucede cuando sólo se comen papas y cuando eso es lo único que el pueblo entiende cuando le hablan de comida —gruñó el capitán. Admiraba a su tatarabuelo, que con buen juicio y clara visión había fundado ya en aquellos tiempos la naviera, de la cual sólo quedaba aquella vieja bañera oxidada, el *Oihonna*—. El viejo metió a bordo a toda Irlanda, bueno, a los que quedaban…, y puso rumbo a América.

—Tampoco sería toda Irlanda… —repuso el pastor.

—Bueno, si no toda, por lo menos la mitad, muchos millones de irlandeses. Aquí donde me ve, yo procedo de una estirpe de navieros, aunque, desgraciadamente, ésta

no es una profesión que dé ya de comer. Los griegos y los italianos disponen de flotas mucho más modernas y sus precios son irrisorios.

El pastor Huuskonen pasó a referirle a su vez los años de la gran escasez, allá por 1860. Falta habrían hecho entonces buenos navieros que hubiesen llevado al empobrecido y hambriento pueblo finlandés hasta el otro extremo de los océanos, donde en vez de pan de corteza de pino habrían podido comer estofado de carne.

—Se sucedieron varios años de malas cosechas y los mendigos reventaban como perros, a montones, tirados en la nieve de las cunetas —subrayó Huuskonen, dejando claro que también su pueblo había pasado por tremendas pruebas.

Luego los dos hombres pasaron a evocar la capacidad bélica de las diferentes potencias mundiales: los irlandeses tenían de vecinos en el este a la gran Inglaterra, menuda panda de demonios, los ingleses. Pero también los finlandeses habían tenido que soportar durante siglos a Rusia, un país grande donde los hubiera y, en opinión de Huuskonen, tan cruel y riguroso como Inglaterra, cosa en la que O'Connor le dio generosamente la razón.

—Creo, sin embargo, que vosotros no habéis padecido ninguna guerra de religión.

El pastor reconoció que Finlandia, por poner un ejemplo, no había luchado en la Guerra de Invierno por defender su fe, aunque, para poder soportar su crueldad, los finlandeses hubiesen rezado más que nunca en toda su historia.

Ya que hablaban de religión, el capitán O'Connor le propuso a Huuskonen que, en cuanto ministro de Dios, rezase de vez en cuando por los pasajeros y la tripulación del *Oihonna*. La nave era ya vieja y los mares a veces resultaban impredecibles.

El pastor intentó hacerle ver que sus plegarias no servirían de mucho, pues él había abandonado su fe cristiana hacía tiempo y ya sólo confiaba en el sentido común, si es que algo quedaba sobre la faz de la tierra.

—Y, por otra parte, no he observado nada digno de preocupación en este barco. Bien majo que es…

El capitán le confesó que si el *Oihonna* seguía de una pieza era gracias a las múltiples y sucesivas capas de pintura que lo cubrían, nada más. Era una chatarra roñosa, había que reconocerlo, y ése era el único motivo por el cual habían hecho la parada técnica en Odesa, ya que allí era posible sobornar a los inspectores navales y, gracias a sus certificados, continuar navegando aún por algún tiempo.

—Pues si tu fe es débil, pastor, la hemos cagado, porque no veo cómo vamos a hacer para mantener la bañera esta a flote si no es apretando el culo y rezando.

El capitán opinaba que si Huuskonen tuviese conciencia real del estado de aquella chatarra moribunda, se arrojaría en brazos de la fe sin más dilación.

Huuskonen se asustó de veras. Si la nave se hallaba al borde del hundimiento, ¿cómo es que no la había llevado ya a desmantelar? ¡Estaban en juego muchas vidas humanas!

O'Connor admitió que últimamente no dejaba de pensar en ello ni un segundo. El

problema era que aquel verano ya tenían vendidos todos los pasajes del crucero por el Mediterráneo, que sería, además, el último que la nave llevase a cabo. En otoño iban a desmantelarla y a venderla como chatarra y ése sería el fin de la historia del *Oihonna*.

—Y yo pienso volverme a mi Irlanda natal a beber cerveza. Eso es lo que tengo intención de hacer hasta el fin de mis días y no pienso volver a contemplar el mar. Pero antes de eso no me queda más remedio que navegar este verano, aunque sea a fuerza de plegarias. Lo mejor sería que pusieras a ese oso tuyo a rezar por el viejo y leal *Oihonna*, estoy convencido de que ayudaría —le dijo O'Connor al pastor con el semblante muy serio.

29. UN PLANTÍGRADO COMO DIOS MANDA

A principios de junio, el *Oihonna* atravesó el estrecho de los Dardanelos en dirección al mar Egeo. Todo continuaba a pedir de boca y el capitán O'Connor parecía tranquilo. Oskari estaba convencido de que ello era debido a sus oraciones. En efecto, se había tomado la misión muy en serio, dirigiéndose noche y día al Todopoderoso, pidiéndole que, al menos por ese verano, permitiese a la vieja nave mantenerse a flote, a merced de vientos favorables. Belcebú seguía de camarero en el Bar del Oso, los oficios religiosos se celebraban como siempre y cada noche seguía deleitando a su público con entretenidas actuaciones. Mientras tanto, Oskari no se movía de la cabina de radio donde trabajaba Tanja, y permanecía fijo junto a ella, a la escucha de los posibles mensajes que llegaran del espacio. Disponía de copias de calidad de los registros efectuados en Solovetski y las estudiaba poniendo en ello una concentración absoluta: el pastor creía firmemente que en aquellas páginas se ocultaba un mensaje extraterrestre y había decidido resolver el enigma aunque en ello se le fuese el resto de su vida.

La prensa también acudió a recibir al *Oihonna* a su llegada a Chipre, e incluso se celebró un espectáculo religioso en el campo de fútbol de Limassol, al cual acudieron centenares de espectadores. Belcebú hizo una colecta considerable.

Oskari le pidió a Tanja que le enviase un telegrama a Saimi Rehkoila, diciéndole que tanto él como el oso se habían enrolado en un barco de cruceros llamado *Oihonna* y que, precisamente en aquel momento, se hallaban navegando por el Mediterráneo. «Saimi, nada nos gustaría más que te vinieras con nosotros a pasar unas vacaciones como Dios manda, aquí en el mar, si es que las labores del campo te lo permiten. Al oso le encantaría verte, seguro. Ahora lo llamamos Belcebú, porque ya está hecho todo un hombre.» Huuskonen le mandaba adjuntas, al final del telegrama, las fechas y la lista de puertos donde el *Oihonna* tenía previsto atracar a lo largo del verano: Chipre, Creta, Haifa, El Pireo, Salerno, Siracusa, Malta…

A su llegada a Creta, en el puerto de Heracleión, les esperaban, aparte de los ya habituales representantes de la prensa local, dos equipos de televisión que se habían desplazado hasta allí por avión, uno de los cuales venía de Italia. Oskari y Belcebú se comportaron ante las cámaras como actores consumados. El oficio religioso se celebró en tierra, ya que en el barco no había cabida para la multitud de curiosos que había acudido. Casi un millar de personas, deseosas de presenciar a costa de lo que fuera el milagro, de ver al oso devoto capaz de ejecutar cualquier truco. El dinero les cayó a espuertas, ya que no hubo número tras el cual Belcebú no volviese junto a su amo con la gorra hasta los topes de divisas: dracmas, liras, pesetas, dinares y hasta dólares.

En Haifa, Israel, la representación tuvo lugar en la inmensa playa. ¡Asistieron más de mil personas y la colecta ascendió nada menos que a cinco mil dólares! Era martes 20 de junio, y la lectura del día era la Primera Epístola de San Pablo a Timoteo,

capítulo 6, versículo 9, que así decía: «Los que quieren enriquecerse caen en la tentación, en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas que hunden a los hombres en la ruina y la perdición.»

En la playa de Haifa se hallaba también presente un fanático religioso, el cual acusó iracundo a Huuskonen de ser un blasfemo y exigió públicamente que fuera expulsado del Estado de Israel. Según aquel tipejo, no podía tolerarse que alguien pusiese de manifiesto el sentir religioso por mediación animal, menos aún si el bicho en cuestión era una bestia salvaje. Por no hablar de que, precisamente un pastor luterano, se estuviese dedicando a recorrer el mundo haciendo mofa de cualquier credo que le pusieran por delante, como y cuando se le cantaba. Era un sacrilegio de los más graves y una herejía de la peor especie. Para respaldar sus afirmaciones, citó algunas de las declaraciones —hay que decir que bastante contundentes— que Huuskonen había hecho a la prensa con ocasión de sus entrevistas. Al parecer, éste había alardeado delante de un periodista, diciéndole que su oso domesticado era la reencarnación del mismísimo Jesucristo.

Huuskonen no recordaba haber soltado semejantes despropósitos, pero Tanja le susurró al oído que mientras cruzaban los Dardanelos, había estado en la cabina de radio, delirando precisamente sobre aquello. Con una cogorza de mil diablos, era evidente.

—¡Me cago en todo lo que se menea, Tanja! ¿Y cómo no me tapaste la boca, mujer?

—En Rusia tenemos un viejo proverbio: «A un cura borracho no lo calla ni Dios.»

La cosa empezó a tomar mal cariz y el ambiente se puso tan extremadamente tenso, que algunos de los espectadores más fanáticos se fueron por Huuskonen con la clara intención de darle una paliza de no te menees, cosa que, por suerte, quedó sólo en un susto, gracias al bueno de Belcebú, que acudió al rescate de su amo en un santiamén. El oso se lanzó al ataque cual bola de cañón peluda y puso en fuga a los exaltados que querían zumbarle la badana al pastor. Al cabo de un rato, en la playa sólo quedaban las sandalias huérfanas que los fugitivos habían dejado tras de sí. Y menos mal que el pastor y sus amigos pudieron abandonar Haifa sin mayores percances.

El *Oihonna* volvió a Chipre casi de vacío, pero allí embarcaron nuevos pasajeros en el crucero. Para no perder la costumbre, el pastor Huuskonen y Belcebú dieron varios espectáculos religiosos en Limassol, con relativo éxito.

Además del pasaje, en Chipre embarcó en la cubierta de vehículos un camioncito polvoriento, un Bedford de los años setenta que transportaba en su plataforma una sauna finlandesa de troncos. La construcción, que sólo medía un par de metros de ancho por tres de largo, tenía además una terracita, una chimenea de latón y unos ventanucos ennegrecidos por el hollín. El tejado era de cartón embreado y la fachada estaba pintada de rojo. Una cabaña preciosa, realmente, pero ¿qué hacía tan al este del Mediterráneo, y en la plataforma de un camión? ¿Adónde la llevarían?

Huuskonen ya se había topado en el transcurso de su viaje con cosas bastante peculiares, pero aun no se había tropezado con una sauna finlandesa navegando por esos mares de Dios. En cualquier caso, la contemplación de tal curiosidad fue suficiente para despertar en él la nostalgia de su patria: hacía ya mucho que no se daba un buen baño de vapor.

Cuando el *Oihonna* largó amarras y puso proa hacia Creta y Malta, Oskari intentó enterarse de quién era el dueño del Bedford. No fue difícil averiguarlo, ya que aquella misma noche se presentó en el BelcePub un cuarentón con aire agotado, que nada más llegar le pidió al oso una jarra de cerveza fría. Resultó que el tipo era finlandés y el pastor, encantado de ver a un compatriota, se acercó a conocerlo.

El conductor del Bedford dijo llamarse David Sinkkonen, de profesión agente de comercio y representante en exclusiva de varios fabricantes finlandeses de chalés y saunas de madera prefabricados. Llevaba ya cuatro años recorriendo sin cesar el extranjero —primero los países nórdicos, luego Europa central y ahora la zona del Mediterráneo— con la intención de vender sus productos.

—En Alemania y Austria, y también en los Alpes italianos, he colocado chalés y saunas a porrillo, cincuenta por año, cuando empecé con el negocio. Pero luego se me ocurrió venirme al sur y debo admitir que ha sido un error. Esta gente del Mediterráneo no sabe apreciar la calidad con la que trabajamos la madera en Finlandia, ni siquiera saben para qué sirve una sauna.

Belcebú acudió a limpiarles la mesa y el pastor aprovechó para preguntarle a Sinkkonen si no le extrañaba ver a un oso haciendo de camarero.

El representante dijo que se la traía al pairo y añadió en tono fatigado:

—Cosas peores he visto en mi vida. Estos últimos cuatro años, especialmente, han sido de agárrate y no te menees.

David Sinkkonen era divorciado y no tenía hijos. Sus padres ya habían muerto y no tenía más familia. Y no quería ni acordarse de sus amigos finlandeses, porque le entraba una nostalgia horrorosa. A su soledad había que sumarle la escasez de recursos, pues casi no le quedaba un céntimo. La última vez que había vendido un chalé había sido en Bosnia —una preciosidad hecha de troncos perfilados, por cierto — y los soldados lo habían enterrado en la tierra fangosa de la montaña a fin de utilizarlo como puesto de tiro para las tropas de infantería. Y la factura nunca llegó a ser abonada, claro. El proveedor le dijo a Sinkkonen que, para que la experiencia no se repitiese, convenía que no se acercase mucho a los territorios en guerra para vender chalés, ni saunas, que eran dos tipos de construcciones de por sí más relacionadas con el ocio y la tranquilidad.

Sinkkonen apuró su cerveza y dijo que se iba a la cubierta de vehículos, a dormir en la sauna piloto. No tenía un céntimo con el que pagarse un camarote y ya hacía un año que vivía en ella, así que estaba más que acostumbrado. La verdad es que, para tratarse de una pieza de muestra, la pobre estaba ya un poco maltrecha, así es que tampoco iba a atraer con ella mucha clientela.

—Si le encontrase comprador, sería un milagro —dijo apesadumbrado, y tras desearle al pastor las buenas noches, se retiró a su humilde morada.

30. TARDE DE SAUNA FINLANDESA EN MALTA

El Pireo en Grecia, Salerno en Italia, Siracusa en Sicilia y, por fin, el archipiélago rocoso y apartado que se alzaba en medio del Mediterráneo: ¡Malta! Hasta allí habían llegado los rinocerontes en otros tiempos, cuando las islas de Malta y Gozo aún eran penínsulas africanas. Los continentes se separaron, sacudidos por temblores, y las islas, a la deriva por el mar abierto, se situaron entre África, Arabia y Europa, lejos de todo y de todos, como las olvidadas Solovetski en el gélido norte.

En la oscuridad de la noche, el *Oihonna* se acercó lentamente al grandioso puerto de La Valeta, bellamente iluminado, y a sus imponentes murallas, construidas en la Edad Media por orden de los cruzados que habían sido expulsados de Chipre y Jerusalén. En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, tanto las murallas como el impresionante puerto fueron bombardeados con mayor severidad que Pearl Harbour en el Pacífico, o Murmansk en el Ártico.

A lo largo de kilómetros, sus muros de arenisca color de miel brillaban bajo la luz de los proyectores cual si fueran de oro, y su largo reflejo almenado se proyectaba en el mar color turquesa. El aliento del oleaje era apenas perceptible en la plácida noche. La vista era de una belleza sobrecogedora y la tripulación y el pasaje del barco se reunieron en cubierta a contemplarla, incluidos, por supuesto, Oskari Huuskonen, Tanja Mihailova, David Sinkkonen y Belcebú, que apoyado en la borda con el hocico levantado hacia el cielo nocturno olfateaba los olores de la isla y de sus habitantes. Su trufa palpitaba y le temblaba el labio superior; por el aire llegaban toda clase de excitantes mensajes.

David Sinkkonen fumaba un cigarrillo y observaba con ojo crítico las murallas, que parecían mecerse, mientras los remolcadores arrastraban el *Oihonna* hacia el muelle mayor de Senglea. Con toda pachorra, afirmó lo irrefutable:

—Cuánta piedra.

Amarraron en el muelle y el *Oihonna* se quedó a la sombra de unos colosales buques cisterna. Parecía una cáscara de nuez rodeada de bañeras. Al ser ya de noche, no se permitió a los viajeros que bajaran a tierra, de manera que cada quien regresó a su camarote, y David Sinkkonen se fue a la cubierta de vehículos, donde le esperaban su sauna piloto.

Por la mañana se presentaron en el barco algunos funcionarios, que dieron por válido el certificado de cuarentena de Belcebú. Los aduaneros conocían el caso:

—Creyente o no, el bicho parece completamente normal.

Sin embargo, le manifestaron al pastor su deseo de que durante su estancia en Malta no congregara a las masas con fines religiosos, como en Chipre, Creta y Haifa. Las noticias habían volado hasta allí. Malta, en cuanto nación independiente y miembro de la Commonwealth, no deseaba convertirse en ningún centro de agitación. Ante todo, le prohibían que organizara escándalos litúrgicos de éxtasis colectivo, ya que por esos mismos días iba a celebrarse en la isla una importantísima conferencia

eclesiástica de índole ecuménica, cuya tranquilidad querían asegurar. Le explicaron a Huuskonen que esperaban la llegada de católicos y protestantes de numerosos países, además de un gran número de musulmanes, también de diferentes partes del globo. No deseaban que un oso creyente metiese sus hocicos en los asuntos de obispos y mulás.

El Estado de Malta tiene una población de cuatrocientos mil habitantes y está formado por dos islas, de las que Malta es la más grande y Gozo la más pequeña. Juntas tienen aproximadamente la misma extensión que el archipiélago de las Solovetski, en el Mar Blanco. La Valeta, su capital, está situada en un promontorio fortificado que se extiende por una península, al noreste de la isla principal. El *Oihonna* descansaba en el muelle de uno de sus tres grandes puertos, el Senglea, al sureste de La Valeta. Los hoteles, por el contrario, se hallaban en Sliema, al noroeste de la capital, y hacia allí se dirigió el comerciante de chalés de madera David Sinkkonen, al volante de su viejo Bedford. En la cabina iba la operadora de radiotelégrafos Tanja Mihailova, y en el banco de la sauna piloto, en la plataforma del camión, iban el pastor Oskari Huuskonen y su oso Belcebú. Ya en los primeros metros del trayecto estuvieron a punto de tener un accidente, dado que en Malta se conducía por la izquierda y Sinkkonen aún no se había percatado de ello. El chirrido de los frenos de la vieja cafetera resonó en los estrechos callejones del puerto de Senglea, la sauna se tambaleó peligrosamente en la trasera del vehículo, pero el representante se hizo con los mandos del camión y lo dirigió al carril izquierdo. Condujeron con precaución hasta la plaza central de la ciudad, donde pararon a comer. Alrededor del cascado vehículo se formó una masa de curiosos, que se hizo aún más numerosa cuando Huuskonen ordenó a Belcebú que saliera al porche de la sauna a zamparse su comida para perros. Ellos pidieron unas tortillas y, de paso, David Sinkkonen intentó hacer negocios con el populacho. Resultó que los malteses hablaban un excelente inglés, anacrónico y esmerado, pero a pesar de no tener problemas para entenderse, no consiguió encontrar comprador para un solo chalé de madera en la plaza central. En lugar de eso, apareció un amable —aunque estricto— policía, que les explicó que estaba prohibido circular en camión por las estrechas callejas de La Valeta. Dado que ya habían terminado su pequeño almuerzo, Sinkkonen puso en marcha su tartana y se marcharon. La gente corría tras el bamboleante vehículo a su paso por el paseo marítimo, a todo lo largo de la hermosa fortaleza. Por fin dejaron atrás La Valeta y llegaron a Sliema, donde Huuskonen tomó dos habitaciones en el Hotel Preluna. Una se la quedaron Tanja y él, y la otra fue para el representante. Aparcaron el camión en el patio trasero del hotel y acordaron que Belcebú tenía que ir acostumbrándose a tener su osera en la sauna piloto. Como carecía de fondos, David no podía pagarse una habitación, pero ardía en deseos de darse una ducha y dormir en una cama de verdad. Y Belcebú aceptó de inmediato su nuevo alojamiento.

La sauna piloto de Sinkkonen recordaba en todo a una madriguera, porque estaba

igual de sucia y olía a chotuno. Entre la ropa de cama sin lavar —un saco de dormir harapiento y una almohada con lamparones de sudor— y el resto de harapos que allí había, aquello parecía más un carromato de gitanos que el ejemplo de la eficaz actitud higienista en cuanto a baños de vapor de los pueblos nórdicos.

—Aquí hace siglos que no entra un mocho, por lo que parece —dijo Huuskonen, mientras el comerciante recogía sus escasas pertenencias para llevárselas a la habitación.

—La verdad es que he estado un poco desganadillo. Bueno, miento, que limpié… en enero pasado… o puede que fuera diciembre. Cuando fuera, qué más da. Limpié el banco, barrí el suelo y vacié de cenizas la estufa. Estaba en Grecia entonces, en la región de Macedonia. Allí tampoco vendí ni una escoba, así que no sé para qué la limpié.

El pastor Huuskonen no se atrevió a indagar cómo había sobrevivido, si no había hecho ninguna venta en tanto tiempo. El representante, intuyendo seguramente su mudo asombro, le refirió en un tono taciturno:

—Recogía desperdicios de comida en los mercados y vertederos de basura… y por las noches birlaba fruta en los naranjales. A veces los del aserradero me enviaban algún dinero desde Finlandia. Casi todo el tiempo he pasado un hambre canina y seguro que he perdido por lo menos quince kilos. La mayor parte del dinero se me va en gasoil y pasajes de barco. Me planchaba los pantalones yo mismo. Es decir, los ponía por la noche debajo del saco de dormir. Las camisas también me las lavaba yo. La corbata tiene unos brillos que está para tirarla.

Tanja llamó al capitán O’Connor al *Oihonna* y se enteró de que al día siguiente el barco realizaría un breve crucero por Sicilia, haciendo escalas en Palermo y Messina, y Reggio Calabria en la Península Itálica, para regresar a Malta vía Siracusa. Ernie estimaba que la excursión duraría una semana. Tanja le pidió librar por el tiempo que durara el crucero, de modo que a Huuskonen y compañía les quedó tiempo de sobra para conocer la isla. En primer lugar, Huuskonen se comprometió a arreglar la situación de Sinkkonen, ya que por suerte disponía de dinero y por una cuestión de principios deseaba sacar de apuros a un compatriota abandonado en el extranjero.

Acordaron que el representante —que estaba mugriento y extremadamente cansado por su largo viaje— se bañara a gusto y que después comiera bien y durmiera cuanto quisiese, y que cuando se sintiera más fresco, le acompañarían a comprarse ropa nueva y luego limpiarían entre todos la apestosa sauna. También había que ocuparse del maltrecho Bedford y para eso Malta era el lugar idóneo. Los autobuses de La Valeta, que en su mayoría databan de los años cincuenta, cuando la isla estaba bajo dominio británico, eran aun más viejos que el camión de Sinkkonen, pero todos estaban repintados de colores chillones y parecían estar en buen estado, a juzgar por la velocidad vertiginosa que alcanzaban por las empinadas calles amuralladas de la península. En cualquier taller local, el viejo Bedford pasaría por ser el último grito en tecnología automovilística.

—¿Merece la pena que os esforcéis tanto por mí? Decidme la verdad: lo mejor sería que me ahorcara… —murmuró lúgubremente el representante comercial. No sólo había perdido lo poco que tenía y la seguridad en sí mismo, sino también las ganas de vivir.

A la mañana siguiente, en el patio del hotel, el pastor Huuskonen y Tanja Mihailova le dieron a Belcebú su desayuno, que consistió en un pedazo de pan y un par de latas de medio kilo de sardinas. El oso se lo zampó todo, repantigado en el banco de la sauna. Dejaron dicho en el hotel que a David Sinkkonen le sirvieran el desayuno en su habitación y ellos se fueron a comer algo a un restaurante de las cercanías.

Antes de que Sinkkonen se despertara, Tanja y Huuskonen se deshicieron de los sucios harapos amontonados en la sauna piloto, así como de otros objetos, como latas vacías de sardinas o revistas pornográficas sobadísimas. Decidieron conservar los gastados folletos de las casas de madera, una carpeta que contenía la modesta contabilidad y la cartera de clientes, así como los papeles del vehículo y algunos borradores de contratos sin firmar. Cuando David Sinkkonen apareció descansado en el patio del hotel, Huuskonen le entregó un fajo de billetes y lo animó a que fuera a La Valeta a comprarse ropa nueva. Mientras tanto, ellos llevarían el camión a que lo arreglaran y, de paso, adecentarían un poco la sauna.

En Gzira, entre Sliema y La Valeta encontraron un taller en el que se ocuparon del camión. Mientras los mecánicos trabajaban con la tartana, Huuskonen, Tanja y Belcebú se pusieron a limpiar la sauna. Primero sacaron las cenizas del hogar de la estufa y deshollinaron la chimenea, después Huuskonen desmontó el banco y Belcebú lo llevó afuera, donde Tanja lo lavó rociándolo con agua y con jabón. También frotaron a conciencia las paredes y el suelo. Belcebú limpió el techo ya que, erguido sobre sus dos patas traseras, era el más alto del grupo. Por último limpiaron el camión por dentro y por fuera. Y en estos quehaceres se les fue toda la tarde.

Huuskonen condujo de vuelta al patio del hotel, donde David Sinkkonen ya los estaba esperando, ataviado con un traje nuevo y oliendo un pelín a cerveza. Alabó las excelentes tiendas de ropa de La Valeta y sus ventajosos precios. Después se interesó por su camión, que brillaba encerado en la zona de aparcamiento. El hombre se quedó admirado. Probó a arrancarlo y el motor se puso a ronronear con suavidad. Las marchas recién engrasadas iban como la seda. Pero lo que más llamó su atención fue la limpieza de la sauna: la pequeña construcción olía a fresco, la estufa brillaba. Habían frotado las tablas hasta dejarlas blancas, e incluso habían quitado de las paredes exteriores el polvo de la carretera.

—¿Y si nos damos una sauna esta misma tarde? —propuso Sinkkonen, emocionado—. Ahora mismo voy por leña y también voy a hacer un haz de ramas para sacudirnos con él en la sauna, aunque sea con eucalipto —prometió, y se fue de inmediato en busca del material necesario.

Tanja compró unas toallas de felpa, grandes y azules. Cuando Sinkkonen se bajó

del taxi en el que había regresado, llevaba un saco con dos brazadas de leña y otro con ramas para los haces de eucalipto. Mientras Huuskonen las ataba, el representante encendió el fuego en la estufa. Belcebú llenó la cuba de la sauna con agua de la piscina del hotel, que previamente había ido a buscar con un cubo. Tanja preparó unos bocadillos de salami y llevó al porche de la cabaña una nevera portátil repleta de botellines de cerveza local, que por cierto no estaba nada mal. Cuando la sauna estuvo lo suficientemente caliente, Sinkkonen dio marcha atrás al camión desde el aparcamiento hasta el paseo marítimo, de modo que el porche quedara frente al mar y pudieran bañarse.

Habían organizado una auténtica tarde de sauna finlandesa. Los recios golpes de los haces de ramas resonaban en el interior. Hasta Belcebú aguantó lo suyo, inmerso en el vapor. Todos se bañaron en el mar. De cuando en cuando se sentaban en la terraza y miraban más allá de la bahía, a las murallas de La Valeta, que se reflejaban en el mar. El ambiente era de una felicidad sosegada. Una mujer rusa desnuda estaba sentada en el porche, cepillándose el pelo recién lavado, mientras a su lado un oso pardo se atusaba la pelambre. Y en los escalones inferiores, dos hombres finlandeses, rojos como tomates, bebían cerveza y comían bocadillos. Mientras hacía un agujero en la arena roja con el dedo gordo del pie, como un niño, Oskari Huuskonen pensó que así de simples eran los momentos de verdarera felicidad.

31. UN COMBATE ECUMÉNICO DE LUCHA LIBRE

Durante toda la semana recorrieron en el Bedford la isla de Malta y su hermana menor, Gozo. Se iniciaron en su historia, admirándose por el incontable número de iglesias que en ellas había, fueron a la sauna y se bañaron en el mar. El oso creció y ganó peso, y su espeso pelaje se veía limpio y brillante. Tanja Mihailova tomaba el sol apaciblemente y el bronceado le sentaba tan bien, que pareció florecer. Era tal el entusiasmo que las vacaciones habían despertado en el pastor Oskari Huuskonen, que éste se olvidó incluso de dar la barrila con la famosa inteligencia superior del espacio sideral, capaz de explicarlo todo.

El agente comercial David Sinkkonen se pasaba el día atrayendo a posibles clientes por plazas, cafés, playas e iglesias. Habló con los alcaldes de los municipios, con comerciantes y propietarios de hoteles, pero nadie mostró el menor interés por comprar saunas finlandesas de troncos. Sin perder el ánimo, presentó incluso una propuesta para la construcción en madera del edificio de un club de golf situado al sur de la península, pero en vano. Otro de los proyectos que expuso consistía en levantar una nueva planta de sólidos troncos sobre el fuerte de San Elmo, en el extremo de la península de La Valeta, pero tampoco esta idea fue tomada en serio, ni la de ampliar la fábrica de cerveza añadiéndole un bar de cien metros de largo, hecho de troncos. Sinkkonen no consiguió vender siquiera una cabaña de las más enanas, a pesar de los grandes descuentos que ofrecía y de jurar y perjurar que las entregas estaban aseguradas. Tanto rechazo deprimió al representante, y al final de la semana estaba ya agotado y con la moral por los suelos. De nuevo comenzó a hablar de suicidio.

El *Oihonna* regresó de su periplo por Sicilia, y Tanja tuvo que volver a su puesto junto a la radio. La nave permanecería un par de días en el muelle de Senglea y después se haría de nuevo a la mar. Oskari Huuskonen se quedó en el hotel para hacer compañía a David Sinkkonen, cuyo ánimo se había vuelto funesto. Belcebú dormía en la sauna, como había estado haciendo durante los últimos días.

La semana anterior habían llegado a La Valeta cientos de sacerdotes, obispos y mulás para asistir a la conferencia ecuménica, convocada precisamente con el propósito de examinar sin fanatismos los puntos comunes que unían a las diferentes religiones, en lugar de las divergencias doctrinales que las separaban. Además de cristianos y musulmanes de tendencias diversas, al lugar acudieron también budistas, hinduistas, taoístas, confucionistas y sintoístas. Los participantes estaban allí a título personal y no como delegados de sus iglesias o comunidades religiosas. La idea era que no hubiera nadie que representase formalmente a ninguna autoridad superior de su comunidad religiosa y así se eliminaban las confrontaciones innecesarias. El objetivo primordial de la conferencia era evitar las desavenencias teológicas y que se produjese, en último lugar, una guerra de fe.

Con el fin de preservar y garantizar la imperturbabilidad de los debates, no se organizaron actos informativos, ni ceremonias interreligiosas. Huuskonen se enteró

del comienzo de la conferencia al toparse por las calles con decenas de altas dignidades eclesiásticas, vestidas con sus ropajes ceremoniales. Los sacerdotes se mostraron encantados de informar al pastor finlandés sobre la histórica conferencia, en la que tenían puestas grandes esperanzas, y le invitaron a participar también en los debates, donde cada cual era libre de manifestar su punto de vista sobre el respeto y equilibrio armónico entre las diferentes religiones.

En el Hotel Preluna, Oskari Huuskonen intentó levantarle la moral a David Sinkkonen, proponiéndole que practicaran juntos el lanzamiento vertical de jabalina. Le habló a su sombrío compatriota de la emocionante y revolucionaria disciplina deportiva, intentando que se animase a entrenar con él en las murallas de La Valeta. Seguro que a su sombra encontrarían excelentes lugares para el lanzamiento, dado que la altura de los muros proporcionaban un abrigo ideal contra el viento. Pero no hubo forma de que Sinkkonen se animase. No dejaba de reprocharse su estupidez al dejar su país e ir a dar con sus huesos en aquel lugar, entre gente extraña que nada tenía que ver con él, destruyendo así su vida.

A pesar de su evidente desgana, Huuskonen le propuso que le acompañase a la conferencia ecuménica internacional que se estaba celebrando en el Auberge d'Aragon, en la Plaza de la Independencia de La Valeta. Se llevarían a Belcebú y seguirían los debates religiosos entre las altas dignidades cristianas y los mulás. Cuando menos podía asegurarle que se trataba de una ocasión histórica.

—No me interesan para nada las letanías. Id vosotros solos y si pasáis por el *Oihonna*, dadle recuerdos y mi agradecimiento a Tanja. Es una buena persona.

Huuskonen le dio dinero a Sinkkonen y se marchó con Belcebú a la conferencia. Se puso la casulla, que afortunadamente se había traído en la maleta, y le colgó al oso al cuello su cadena con el crucifijo. ¿Debía ponerle el bozal? Después de todo, Belcebú era tan manso que no veía necesidad de estrangularle el hocico con semejante artefacto. Por si acaso, Huuskonen se lo llevó bajo el brazo.

Sinkkonen pidió un taxi, abrazó al oso y se despidió de Huuskonen dándole un largo apretón de mano. Esto hizo sonreír al pastor, divertido por lo solemne que se había vuelto de repente el pobre muchacho.

El Auberge d'Aragon, construido a finales del siglo XVI por los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén, parecía más bien un palacio; frente a él se encontraba la catedral anglicana de San Pablo. Huuskonen pagó el taxi y entró con Belcebú en el gran vestíbulo, donde mostró su pasaporte y dijo haber acudido en representación de las Iglesias del norte de Europa, en particular de las parroquias rurales finlandesas y, de ser necesario, también traía los más calurosos saludos de Rusia, de parte de los piadosos monjes del monasterio de Solovetski, en el Mar Blanco. Los organizadores de la conferencia habían oído hablar del oso, y ambos fueron conducidos al salón de actos, donde en ese momento se estaba produciendo un ardiente debate. Un pastor de Alemania vino enseguida a sentarse junto a Huuskonen y le contó que las diferentes comisiones de trabajo ecuménico se habían estado

reuniendo en completa armonía durante varios días y que, llevados por un unánime entusiasmo, habían formulado una propuesta de documento conjunto, sobre cuya aprobación se estaba debatiendo en ese preciso instante. Pero, como es habitual en las conferencias internacionales, parecía imposible alcanzar el acuerdo final. Las diferencias entre las distintas religiones del mundo eran demasiado grandes, sus doctrinas estaban fosilizadas y se habían quedado antiguas; llegada la hora de la verdad, ninguno de sus representantes se atrevía a un acercamiento honesto, más que nada por miedo a las sanciones que luego pudiesen recibir en sus países de origen.

Era el turno de réplica de un viejo canónigo británico vestido con una sobrepelliz roja, el cual denunciaba a grandes voces los peligros del islamismo radical: el fundamentalismo no era más que una obra de Satanás, concluyó exaltado el anciano. Muchos clérigos occidentales se pusieron a asentir con la cabeza. La situación se tensó lo indecible al tocarle el turno de subir al estrado a un vehemente mulá iraní, el cual se puso a su vez a leerles la cartilla al canónigo y a los representantes de las otras falsas religiones allí presentes, prediciendo a grandes voces el triunfo del islam en todo el orbe y llamando a los infieles al arrepentimiento. Y no le fueron a la zaga en sus furiosas respuestas el rabí judío, un sacerdote sintoísta y muchos otros que hablaron después de él.

Todo indicaba que no iban a ponerse de acuerdo en la redacción del acta de conclusiones finales de la conferencia. El pastor Huuskonen no pudo resistir su papel de mero observador en aquella situación. Poniéndose en pie, presentó a su oso creyente y pidió calma a los religiosos allí reunidos.

—Para apaciguar los alterados ánimos de los participantes en esta venerable reunión, mi compañero aquí presente y yo deseamos presentarles nuestro propio programa, un espectáculo de lo que podría denominarse «cabaret religioso», que hemos ido escenificando con gran éxito por todo el mundo durante más de un año. Valga también la ocasión para comunicarles los saludos del Gran Norte, de Finlandia, y del monasterio de Solovetski, en el Mar Blanco.

Sonriendo con alivio, el presidente de la asamblea, un ulema filipino, concedió el turno de réplica al representante del lejano norte.

Huuskonen y Belcebú se pusieron manos a la obra. Primero el pastor entonó un himno luterano finlandés y el oso rezó. Después el oso se santiguó y se puso a gatear con el hocico hacia La Meca, antes de ejecutar con entusiasmo el resto de las expresiones de devoción que tenía aprendidas. El pastor pronunció un breve sermón en varios idiomas, conforme a diversos credos, y terminó la función expresando su deseo de que por fin la humanidad se viera libre de la violencia y de las guerras causadas por la intolerancia religiosa. Belcebú, por su parte, terminó la actuación a su manera, bailando un animadísimo casatschok, dando muestra de su gran energía y espontaneidad.

Los venerables sacerdotes aplaudieron a rabiar, algunos incluso llegaron a ponerse en pie, considerando la mayoría de ellos que la obra no sólo no era una

blasfemia, sino que constituía un buen ejemplo de cómo promover el entendimiento ecuménico entre los pueblos del mundo.

Pero al reiniciarse el debate general surgieron de nuevo las discrepancias. Los turnos de réplica se sucedían, coléricos. Algunos de los congregados se exaltaron de tal manera que empezaron levantando el tono de voz y acabaron a grito pelado. Belcebú dio los primeros signos de nerviosismo. Al darse cuenta de que la situación seguía subiendo de tono, comenzó a gruñir sordamente, pero nadie le prestó la menor atención, al contrario: los intolerantes clérigos, casi en estado de éxtasis, esgrimían sus propios dogmas, berreando como posesos. El pastor Huuskonen se levantó entonces y con su poderosa voz de predicador, tronó como si estuviese aún en el púlpito de su parroquia de Nummenpää:

—¡En nombre del Señor, acabad con esta disputa diabólica! ¡En lugar de defender vuestras convicciones deberíais intentar comprender las creencias de los demás! ¡En todos los credos del mundo hay mucho de bueno, de humano! ¡Todos tienen sus dioses y por tanto son divinos! ¡Monstruos, perros sarnosos! ¡Dejad de regodearos en los errores ajenos y poneos en el lugar de vuestro prójimo! ¡Amén!

La intervención de Huuskonen había sido tan biliosa, que Belcebú entendió que había que meter en cintura a los más exaltados, igualito que en las misiones de Odesa. Saltando de su banco, echó del estrado a un viejo pastor anglicano canadiense y cuando éste, en su ignorancia, se le resistió, lo envió al otro extremo de la sala de un mandoble. De inmediato se abalanzó sobre varios mulás, espachurrándolos, y sobre un rabino muy impertinente que había intervenido en numerosas ocasiones. Se formó la de Dios es Cristo. Sacerdotes y mulás salieron en estampida, pisoteando en su huida a los más débiles. Huuskonen y Belcebú, que estaba cubierto de sangre, por fin se quedaron solos.

Dos vigilantes jurados entraron corriendo en la sala y no tardó en aparecer también una unidad de la policía maltesa.

El pastor Huuskonen ordenó a Belcebú que se tranquilizara. Le puso el bozal y salieron a la calle con los agentes, que luego los metieron en un coche patrulla. En dirección opuesta se acercaban dos ambulancias haciendo aullar sus sirenas.

Una vez en la comisaría central de La Valeta, se procedió al esclarecimiento de los hechos. El comisario, un hombre de aspecto cordial, señaló que, por los informes recibidos, el asunto en cuestión parecía muy lamentable y de mucha gravedad, por lo que era mejor que Huuskonen permaneciese temporalmente en las dependencias policiales para ser interrogado.

Pero ¿qué hacían con el oso? Eso representó todo un quebradero de cabeza para los malteses. No querían retenerlo en contra de su voluntad, ya que si el animal se ponía farruco y se resistía, las fuerzas de seguridad del pequeño país no iban a bastar para reducirlo. El pastor Huuskonen resolvió el problema al sugerir que podían llevar al oso a la sauna piloto de su compatriota, el agente comercial Sinkkonen, que estaba en la plataforma de un camión, en Sliema. El animal había pasado allí las últimas

semanas y estaba acostumbrado a vivir en ella.

Así se hizo, y condujeron a Belcebú a la sauna de Sinkkonen, donde se comportó con mansedumbre, acostándose dócilmente en el banco nada más entrar. Huuskonen quería ir a su habitación, pero no se lo permitieron: el percance acontecido durante la conferencia ecuménica estaba aún por esclarecer. Ni siquiera se sabía aún si había víctimas entre los curas y los mulás, pero, de ser así, el Estado maltés se vería en dificultades, ya que era el responsable de la seguridad de los participantes.

Las autoridades se lamentaban, porque jamás se les había pasado por la cabeza que sacerdotes y canónigos acabaran despedazados por un oso. No es lo primero que le viene a uno a la cabeza —menos aún en mitad del Mediterráneo…— al ponderar las medidas de seguridad necesarias para una reunión religiosa de carácter ecuménico e internacional.

Antes de que los guardias cerraran la puerta de su celda, Huuskonen les rogó que telefonearan al capitán del *Oihonna* y le informaran de que, por un cúmulo de fatalidades, se encontraba arrestado y encerrado en los calabozos de la comisaría de La Valeta; debían comunicárselo igualmente a la radiotelegrafista Tanja Mihailova. Luego lo encerraron.

Excavado en la roca de arenisca cientos de años atrás, el calabozo tenía un único ventanuco situado a ras del techo, por el que entraba la escasa luz que iluminaba el recinto. Había también un banco de piedra que hacía las veces de cama, una silla y una mesa pequeña. Nada más. Huuskonen no había tenido que entregar los tirantes de los pantalones ni sus documentos personales. Tampoco la cartera o el reloj, que marcaba las cuatro de la tarde. Estaba cansado. «El día ha sido bastante movido», se dijo antes del tumbarse en el duro lecho.

Esa misma tarde, de repente, se abrió la puerta de la celda y entró Tanja. Estaba consternada por todo lo sucedido, además del altercado de la conferencia ecuménica, y le traía muy malas noticias: David Sinkkonen se había suicidado, o por lo menos eso era lo que la policía creía. El capitán O'Connor la había mandado para decirle que el barco se haría a la mar esa misma tarde, pero que regresaría a Malta al cabo de una semana. Ernie confiaba en que se arreglaran las cosas para entonces.

—¿Dónde está Belcebú? —preguntó Huuskonen preocupado.

Tanja no sabía nada de la suerte del oso. Sinkkonen se había marchado al volante de su camión, con lo que probablemente Belcebú habría hecho con él el viaje suicida, si es que seguía encerrado en la sauna del camión.

La muchacha le ofreció un bocadillo a Huuskonen y ambos se pusieron a comer en silencio, mientras derramaban gruesas lágrimas. Tanja tenía que apresurarse para estar en su puesto del *Oihonna* antes de que éste zarpara. De alguna manera, aquella despedida parecía estar marcada por la fatalidad.

«¡Ay, Dios mío!», se dijo Huuskonen al quedarse solo. Qué avalancha de problemas… En primer lugar, lo habían encerrado en un calabozo. En segundo, se había quedado definitivamente solo, porque Tanja tenía que marcharse con el

Oihonna. Y, en tercer lugar, el suicidio de su triste compatriota…, por no mencionar la desaparición de Belcebú.

Al pastor lo acometió una sed lacerante. Se levantó del banco, se acercó a la puerta de hierro y comenzó a aporrearla con los puños, presa de una incontenible furia. Gritaba:

—¡Traedme vino! ¡Aguardiente! ¡Vodka!

Pero no hubo respuesta. Un profundo silencio se adueñó del interior de la pequeña celda. Con lágrimas en los ojos, Huuskonen recordó el libro de Joel, capítulo 3, versículo 3, que decía así: «Y todos los que invoquen el nombre de Yahvé se salvarán.»

Y sucedió el milagro: al lado de su plato del desayuno, junto al vaso de agua, Huuskonen encontró otro vaso más pequeño… de brandy maltés.

32. LAS ANDANZAS DE BELCEBÚ

Sentado en su banco de la sauna, Belcebú se puso a lamerse la sangre de los mulás y canónigos que se le había quedado en las garras, bebió agua fresca de la cisterna y se tumbó plácidamente. «Un día de lo más movido», pensó antes de cerrar los ojos. Al anochecer se despertó con un sobresalto: la sauna había comenzado a moverse. El comerciante David Sinkkonen, cegado por su deseo de morir, sacó el viejo Bedford del patio del hotel, enfiló la calle y pisó el acelerador. El banco de la sauna se zarandeaba como una cuna y nuestro amigo fue a asomarse por el ventanuco: qué bien estar otra vez en movimiento, para variar. Belcebú volvió a su banco y se tumbó, le gustaba la acción. Pero el adormecedor balanceo duró poco.

Sin comerlo ni beberlo, el mundo se puso patas arriba con un gran estruendo. Belcebú salió despedido contra el techo de la sauna y después se estrelló en el suelo y, haciendo un esfuerzo por espabilarse, se aferró con las garras a la pared con tal fuerza que casi deshizo en astillas la madera. La cuba de agua se volcó, los cristales de la ventana estallaron en mil pedazos. La chimenea se soltó de la estufa y rodó por el asfalto.

Belcebú forzó la puerta por el lado de las bisagras y miró a la calle, que pronto se convirtió en una estrecha carretera. Aferrado con ambas zarpas al techo del porche, contempló el paisaje. Parecía que lo peor ya había pasado. Arrojó el marco de la ventana y el de la puerta al borde de la carretera y se limpió el hocico.

De repente se produjo un frenazo de lo más brusco, seguido de un enorme estruendo. La sauna se hizo pedazos. Las junturas de las paredes cedieron y los troncos salieron volando por los aires. El camión se incendió y el tejado de la sauna y el oso volaron literalmente, hasta caer en el mar. El Bedford en llamas se estrelló de costado contra las rocas de la orilla, el morro aplastado y humeante dentro del agua. Flotando entre los restos de la superficie, se encontraban David Sinkkonen, completamente exánime, y también Belcebú, que lo agarró del cuello con los dientes y lo arrastró hasta la orilla. El representante parecía estar muerto. El oso le lamió las heridas, pero no sirvió de nada. Con el impacto había perdido una de las perneras del pantalón y tenía el rostro ensangrentado, ya que al salir despedido había atravesado el parabrisas. Belcebú intentó reanimarlo: incorporó al desdichado, sosteniéndolo como a un enorme muñeco por los sobacos, pero en cuanto retiraba las zarpas, éste se caía al suelo.

Los troncos de la sauna piloto flotaban como una balsa hacia alta mar. Los primeros curiosos comenzaron a acercarse, alertados por el estruendo, así que Belcebú decidió que era buen momento para alejarse y se adentró en un naranjal que había al borde de la carretera. Enseguida aparecieron en el lugar un coche de policía y una ambulancia. Acostaron a David Sinkkonen en una camilla y se lo llevaron. La gente seguía agolpándose para contemplar los efectos del accidente. Oscurecía. El sol se ocultaba más deprisa que en Solovetski, donde en verano no llegaba a ponerse

nunca, y acabó por ser noche cerrada. Belcebú andaba despacio. Guiado por su olfato, vagó hacia el interior de la isla. No sabía adónde dirigirse, ni qué hacer.

Los osos son animales inteligentes, pero en los últimos tiempos a Belcebú le habían pasado tantas cosas emocionantes, fascinantes, había sufrido tantas conmociones inexplicables y situaciones tan horribles, que ahora el pobrecillo se sentía completamente aturdido. Comprendía con claridad que tenía que encontrar a Huuskonen, a Tanja, a Sonja…, tal vez a Saimi. Tenía que dar con ellos. Pero ¿por dónde empezar a buscarlos?

Pasó la noche en el único bosquecillo de la isla, al sur de La Valeta, cerca de un campo de golf. No es que éste ofreciera una gran protección, pero la oscuridad y su instinto de conservación ayudaron a Belcebú a no ser descubierto. Sabía en su fuero interno que aquél no era el momento de dejarse ver demasiado. Lo sabía por experiencia: los seres humanos, aparte de raros, eran imprevisibles.

De madrugada, el bosque se cubrió de rocío. El oso se secó el pelaje de un par de lengüetazos y salió con precaución de su refugio entre los pinos. ¡Qué hambre tenía! Se paró a calmar su sed en la fuente que había en el patio de la iglesia de Qormi. Pero el agua no basta para apaciguar el hambre de un oso. Belcebú olfateó el aire y se dirigió hacia el oeste. Envuelto en la húmeda bruma matutina, le había llegado a las narices un curioso olor de animales.

¡Y estaba en lo cierto! Nuestro amigo acertó a encontrar una pequeña aldea donde había comida hasta decir basta. En Malta no había costumbre de encerrar a las gallinas ni a las ovejas en corrales durante la noche, ya que en la isla no hay depredadores, ni osos hambrientos. Hasta ese día, al menos… Belcebú se decidió por una gallina bien gorda que había en el patio de una granja, la atrapó hábilmente con las garras, le retorció el cuello sin hacer bulla y se alejó silenciosamente del lugar, con el bicho bajo el brazo.

Tenía comida, y vaya si le apetecía. En esos días y noches, el animal se cobró lo suyo de los rebaños de ovejas e hizo menguar algún que otro gallinero. De vez en cuando atrapaba algún sabroso pato, e incluso devoró un par de cerdos rollizos. Bebía agua en las piscinas de los chalés y de las fuentes de los parques. Durante el día, huía del calor refugiándose en los viñedos y campos de frutales, y durante la noche recorría la isla en busca de Huuskonen. Era un oso joven y fuerte, y en una sola noche, hiciera el tiempo que hiciera, era capaz de recorrer la isla de un extremo a otro. No tenía otra preocupación que la soledad: sentimiento extraño para un animal, aunque sea normal para el hombre. Buscaba con ahínco a Oskari y Tanja, sin comprender por qué se habían ido y lo habían dejado solo.

En los pueblos de Malta comenzó a hablarse de una bruja sedienta de sangre que se alimentaba de ganado menor: era una inmensa mujer de negra cabellera, un ángel caído siglos atrás, ávido de venganza, que se llevaba a su paso inocentes ovejas a las que les arrancaba las tripas, y que nunca se dejaba ver con claridad. Pronto empezaría a llevarse a los niños, arrastrándolos hasta su cueva sin que nadie llegara a saber

jamás dónde los había devorado… Se rumoreaba que podía tratarse de una antigua virgen de Malta, violada y asesinada en tiempos por los cruzados de la Orden de San Juan, la cual se había levantado de entre los muertos para, de la forma más siniestra y cruel posible, vengarse de los habitantes de la isla por su cobardía, al no haber defendido en aquel entonces su honor de doncella.

Otros pensaban que debía de tratarse de perros vagabundos; ya sólo por las molestias que estaban causando en la isla y pensando en su reputación turística, el *Times* de La Valeta exigió desde sus páginas que se tomaran medidas.

Belcebú era hábil, pero estaba muy triste y se encontraba solo en el mundo. Disponía de comida y agua en abundancia, era fuerte y sabio, pero ¿dónde estaba Oskari, ese cura loco? No era aún un oso adulto, aquél era apenas su tercer verano de vida. Por las noches, cuando ya había dado con algún campo de cítricos donde retirarse discretamente a dormir y había escondido algún pato o una gallina para desayunárselos al día siguiente, se preguntaba qué debería hacer. Apoyaba el hocico sobre las zarpas, suspiraba hondo un montón de veces y sus pequeños y brillantes ojos se le llenaban de añoranza. Y así se quedaba hasta dormirse, con la vista fija en la oscuridad, en la que no percibía el más leve olor de Tanja, de Sonja o de Huuskonen.

Pero en cuanto se hacía de noche, se levantaba de nuevo y continuaba en silencio su vagabundear. Mataba un cordero o atrapaba un puerco por aquí, se zampaba una gallina o un pato por allá, ocultando sus restos por la fuerza del instinto, pero no se quedaba a vigilarlos, sino que continuaba su camino. Era un gigante vagabundo, un oso fuerte y libre, único en su especie en todo el Mediterráneo, pero echaba de menos a su amo, del que nada sabía. Buscaba sin cesar al compañero de su vida, al hombre junto al que había crecido y al que se sentía unido por siempre.

Pasaban los días y el rastro de Huuskonen seguía sin llegarle a la trufa. Comenzó a buscar un barco blanco, su querido *Oihonna*, donde tenía su propio bar, el BelcePub. El oso se acercaba cada vez con más frecuencia a la mar espumosa, y si brillaba la luna, aguzaba la vista y miraba a lo lejos, bien adentro, para ver si éste se acercaba.

Después de vagar una o dos semanas por Malta, dio con el puerto de Senglea, y lo reconoció de inmediato. Tenía buena memoria y un repertorio infinito de olores. Encontró en la dársena el rastro familiar del aceite rancio, de la grasa de las grúas, de los cascos oxidados de los buques cisterna y del humo acre que desprendían las chispas de las soldaduras, y concluyó que en aquel lugar encontraría de nuevo su hogar, el *Oihonna*.

Al otro lado de la bahía, en La Valeta, se oía el tronar de los cañones, mientras que la procesión de clausura de la conferencia ecuménica desfilaba por las empedradas calles, túnicas y sotanas al viento. Pero Belcebú se escondió prudente y silencioso. Se pasó toda la noche errando por el puerto. Era muy cuidadoso y se dejaba guiar por su instinto milenario, heredado de sus ancestros, moviéndose

solamente por los almacenes del puerto y los hangares más sombríos del astillero. Durante las horas de calor, las más luminosas del día, se quedaba al abrigo de una cantera abandonada que había encontrado detrás de una colina cercana. De aquellas paredes rocosas, ahora llenas de cuevas, había salido durante cientos de años la piedra arenisca con la que se habían levantado por lo menos cien iglesias y decenas de kilómetros de murallas. El lugar se convirtió en el refugio diurno de Belcebú. Por las noches, el pobre oso solitario se colaba de nuevo en el puerto para esperar al *Oihonna*.

Al día siguiente de ser arrestado, uno de los representantes del concilio ecuménico, un tal Reinhold Rasmussen, sacerdote noruego, se presentó en la cárcel de La Valeta para comunicarle a Oskari Huuskonen que todo estaba en orden y mejor que nunca: la noche anterior habían llevado a los canónigos y mulás al hospital de las monjitas de Sliema, donde los habían curado. Cierto que Belcebú había hecho trizas alguna que otra sotana, que la sangre derramada por los exaltados había sido abundante y que había habido algún hueso roto: pero no hay mal que por bien no venga, ya que todos los contendientes habían enterrado sus hachas teológicas y se habían sentado pacíficamente a elaborar el acta final de la conferencia. El noruego le peló una naranja a Huuskonen y le ofreció brandy.

—Usted y su buen oso han logrado cambiar las tornas en lo que se refiere a futuras guerras religiosas. Calculo que por lo menos un millón, y puede que hasta diez millones de personas, habrán salvado la vida gracias a ustedes. No es una mala cifra, dadas las circunstancias.

Al regresar a su hotel, Huuskonen mandó su casulla a la lavandería y se aseó. Se vistió de paisano y pensó en su vida. Tanja se había hecho a la mar en el *Oihonna*, Sinkkonen se había suicidado y Belcebú estaba desaparecido.

El pastor se acercó a ver el lugar en el que Sinkkonen se había matado. En las rocas, a la orilla del mar, encontró el camión abandonado, engullido a medias por el agua. Era una visión perturbadora. Unos cuantos troncos de la sauna flotaban aún en el agua, pero las autoridades maltesas estaban intentando apilarlos en la orilla. Seguramente era la primera vez que se transportaban troncos por el agua en aquel país. Huuskonen estudió con detenimiento las huellas del accidente. Ni rastro de Belcebú. Llamó a su oso, pero los naranjales continuaron mudos y se acordó de cuando, siendo un osezno aún, se le perdió en Solovetsky.

Al regresar a su hotel ya entrada la tarde, Huuskonen se alegró lo indecible al entrar en su habitación y encontrarse en ella a la etóloga Sonja Sammalisto, que justamente se estaba pintando los labios. En la mesita, frente al sofá, había una copa de vino y un buen plato de gambas. Sonja le dijo que había volado hasta Malta porque, como era verano, disponía de tiempo para seguir estudiando a su oso.

—¿Dónde está nuestro Belcebú?

Huuskonen la puso al tanto de todo lo que había sucedido en los últimos tiempos.

Sonja reaccionó con tranquilidad. Qué se le iba a hacer si un desdichado representante elegía Malta para arrojarse al mar en su camión. Pero, bueno, seguro que iban a encontrar a Belcebú, y lo principal era que estaban de nuevo juntos. Además, la etóloga había llegado a la conclusión de que estaban hechos el uno para el otro.

—Ya…

Sonja le dijo que la noche anterior se había hospedado en el Sheraton y allí se había enterado del campeonato de lucha libre que había provocado Huuskonen en la conferencia.

—Había por lo menos cien curas hechos unos basiliscos, por culpa tuya y de Belcebú.

—No me extraña.

Oskari le preguntó cómo se le había ocurrido coger un avión a Malta.

—Tú me lo pediste. Me lo dijo Saimi —le respondió Sonja tranquilamente.

Oskari recordaba que era a la viuda Rehkoila a quien había invitado a pasar unas vacaciones en el Mediterráneo, pero, al parecer, era Sonja quien se había apuntado en su lugar.

—Saimi está mal. No vivirá mucho. Por cierto, ¿quién es la tal Tanja? Ya me he enterado de que en el extranjero te has soltado la melena…

Efectivamente, Tanja. ¿Y el *Oihonna*? ¿Cómo lo había encontrado Sonja en Malta? Había muchos asuntos por aclarar y, al parecer, la mayoría eran puro enredo.

La muchacha le dijo que no había tenido ningún problema para enterarse de sus hazañas: todos le tenían más que fichado en Malta, al igual que a esa golfa rusa, que se había estado aprovechando de él durante todo el invierno y parte del verano, para luego dejarlo abandonado a la primera de cambio. Bah, mujercitas como ésa las había a espuertas.

—Yo he venido a poner orden en tu vida.

El pastor explicó que él no tenía ningún problema, aunque Sinkkonen se había suicidado y Belcebú estuviese desaparecido. Tanja era la radiotelegrafista del *Oihonna* y estaba embarcada en aquel momento.

—Ya, ya… Y tú siempre te las apañas solito. Anda, que ya me sé el cuento.

Huuskonen dijo que el *Oihonna* volvería a Malta dentro de una o dos semanas, pero Sonja estaba mejor informada. Había llamado al barco nada más aterrizar en el aeropuerto y se había enterado de que la fecha de regreso no había sido fijada:

—Regresará cuando regrese, pero ahora tú a dormir, que la semana que viene ya buscaremos al oso.

Después Sonja le dio de comer y de beber y le dijo que la célebre radiotelegrafista se había enrolado en un ballenero ruso. Se lo había contado el borracho irlandés ese, el capitán del *Oihonna*.

33. HUNDIMIENTO DEL *OIHONNA*

Huuskonen alquiló un coche y se recorrió toda la isla con Sonja, en busca de Belcebú. Pasaron por pueblos y ciudades, y aunque todo el tiempo parecían estar pisándole los talones, el oso no aparecía. Si un día les contaban que se había llevado una oveja en el sur de la isla, al día siguiente oían que había ahuyentado del campo a unos golfistas cerca de La Valeta.

Además, eran días de desconsuelo. Tras la autopsia, las autoridades comenzaron con los trámites para enterrar a David Sinkkonen. Desde Finlandia les comunicaron que el representante no tenía parientes en el país. Huuskonen sugirió que lo enterraran en Malta, ya que ésa había sido la última voluntad del difunto. En una de las ocasiones en que habían compartido la sauna, Sinkkonen le había hablado de suicidio y le había pedido que lo enterrasen en suelo maltés. Las autoridades firmaron la debida autorización y el pastor Huuskonen pudo bendecir y enterrar a su infeliz compatriota según la costumbre luterana. Lástima que Belcebú no estuviera presente, hubiera podido pronunciar sus oraciones en la sencilla ceremonia a la que, además del propio Huuskonen, sólo asistió el cónsul de Finlandia en Malta y la etóloga Sonja Sammalisto. El entierro se celebró en un cementerio cerca de La Valeta. Además de las fórmulas habituales en estos casos, Huuskonen recitó el versículo 19 del salmo 34:

> Yahvé está cerca de los desanimados,
> Él salva a los espíritus hundidos.

El *Oihonna* regresó al fin unos días después de San Juan y amarró en el mismo muelle del puerto de Senglea. Oskari y Sonja corrieron al barco en cuanto las autoridades portuarias les informaron de su llegada. Era cierto que la operadora de radio Tanja Mihailova se había enrolado en un ballenero ruso que hacía la ruta de la Antártida. El capitán y naviero Ernie O'Connor calculaba que en aquellos momentos Tanja debía de andar ya lejos, en el extremo sur del continente. La muchacha le había tejido a Oskari unas manoplas, con sus iniciales y las de ella enlazadas. Al verlas, Sonja Sammalisto soltó un bufido. En su opinión, lo mejor que podían hacer todas las rusas, sin excepción, era buscarse un destino en el Polo Sur.

Tanja se había ido, Sinkkonen estaba bajo tierra y Belcebú continuaba desaparecido. Cansado, Huuskonen se dijo que la vida siempre terminaba por arrancarle lo que más quería. Se alojó con Sonja en su antiguo camarote, el mismo en el que había viajado con Tanja desde Odesa hasta Malta. Se entristeció al colocar el equipaje en los armarios, un trabajo que a Belcebú le hubiera encantado hacer. ¿Por dónde andaría ahora el pobre plantígrado? ¿Estaría aún vivo? Animalito…

Esa misma noche, Belcebú despertó a todo el pasaje al subir a bordo. Apartando

bruscamente al vigía de la pasarela, buscó ansioso el camarote de Huuskonen y Tanja. Conocía el camino, por supuesto, y el reencuentro fue puro júbilo. El pastor y el oso se abrazaron y estuvieron revolcándose un buen rato, practicando lucha libre. En un momento dado Sonja se hartó, obligando a ambos machos a que se tranquilizaran. Dieron de comer a Belcebú y lo llevaron a su propio camarote. Antes de acostarse, en el umbral de la puerta, el oso le hizo varias veces la señal de la cruz a Huuskonen.

Pasados unos días, el *Oihonna* se hizo de nuevo a la mar. Huuskonen fue a sentarse en la cabina de radio y se puso de nuevo a la escucha de los posibles mensajes del espacio sideral, con sus auriculares bien calados. Sin embargo, al nuevo operador no le hacía ninguna gracia su presencia, y tampoco Sonja comprendía su nueva afición, así que el pastor desvió su atención hacia otros menesteres y se dedicó a las ceremonias religiosas que celebraba con Belcebú en la sala de fiestas y sus demás representaciones. El *Oihonna* navegó por el sur del Mediterráneo durante todo el mes de julio y en muchos puertos se organizaron funciones al aire libre: Belcebú, el oso creyente, era la gran estrella, por supuesto. Desde el punto de vista económico, se trataba de una beatería de lo más lucrativa.

En Gibraltar, el jefe de máquinas, un ucraniano llamado Vasili, entró a tomarse unas jarras en el Bar del Oso.

—Esta bañera no seguirá a flote mucho tiempo —murmuró saboreando su cerveza.

—¿Y esooo? —le preguntaron sobresaltados los demás clientes.

—Lo que oís. Las juntas de soldadura están llenitas de fisuras, así que a espabilar y el que no sepa nadar que aprenda —dijo Vasili entre dientes, y entrechocó su jarra de cerveza con la del oso.

El pastor Huuskonen intentó tranquilizar los ánimos diciendo que no había nada que temer, que él no había dejado de rezar desde la travesía por el Mar Negro y todo había ido muy bien.

—Se agradece, muy bonito. Pero no es la fe lo que mantiene a flote un barco: el agua y el hierro son los elementos necesarios para la navegación moderna. Antiguamente bastaba con madera y agua.

Al día siguiente, ya en aguas del Atlántico, apareció un grupo de delfines a babor del *Oihonna*. Belcebú les gruñó amistosamente desde la cubierta de popa y los delfines le respondieron saltando alegremente. Sonja Sammalisto le explicó a Oskari que los seres más excepcionales del reino animal —después de los osos, por supuesto— eran los delfines. No dormían nunca, ni siquiera en invierno, y si alguien se atrevía a comer su carne, se condenaba inmediatamente y perdía su alma. Huuskonen repuso que también podía perder uno el alma sin comer nada de nada.

Luego pusieron rumbo al norte, siguiendo la costa de Portugal. El capitán O’Connor tenía planeado llevar el *Oihonna* a Inglaterra, donde sería desguazado. Los últimos pasajeros bajarían a tierra en Londres y desde allí tomarían un avión hasta sus puertos de origen.

El *Oihonna* navegaba con el casco bastante hundido y ya sólo los peces podían ver las líneas de calado que le habían pintado en Odesa. Bajo la cubierta de vehículos ya había, al parecer, unos mil metros cúbicos de agua marina y al jefe de máquinas no se le volvió a ver sobrio desde que se supo aquello. Las bombas de achique funcionaban sin descanso, pero aún no había peligro inminente de naufragio.

Sin embargo, al llegar al Canal de la Mancha el viejo barco se escoró, no de manera alarmante, pero sí unos buenos grados. El capitán O'Connor abandonó el puente de mando y se acercó a toda prisa al pastor Huuskonen, ordenándole que, sin más tardanza, su oso y él organizaran un círculo de oración extra. Era la hora de la siesta, pero la cosa no estaba como para tirarse a la bartola en una tumbona. Cerraron el BelcePub y O'Connor anunció por megafonía que se rogaba a los pasajeros que acudiesen a cubierta vestidos con ropa de sport o informal, ya que en breves instantes darían comienzo las maniobras de salvamento y a quien quisiera conservar intacto el pellejo le convenía seguir las instrucciones de la tripulación.

—Esto se va a convertir en un funeral de la leche —dijo sombrío el jefe de máquinas, quien junto con su ayudante había abandonado las profundidades de la bodega y subido a cubierta. La sala de máquinas era una piscina.

El pastor Huuskonen y Belcebú oficiaron la última celebración religiosa en el gran salón del barco. El oso se mostraba muy circunspecto y despedía un aura de piedad casi sobrenatural. Por una vez, el pastor no se dejó llevar por su falta de fe ni su escepticismo. Cantó por megafonía el himno «Poderosa fortaleza es nuestro Dios» y recitó algunos versículos del libro de los Salmos. Entonces el barco se escoró aún más y la radio enmudeció. Huuskonen y Belcebú corrieron a cubierta, donde las maniobras de salvamento ya habían dado comienzo. Sonja ayudaba a los asustados ancianos a ponerse los chalecos salvavidas. Anochecía, las rocas de la costa británica estaban cerca, pero eran inalcanzables a nado. A proa, las luces del puerto de Southampton brillaban en el agua. El jefe de máquinas, tan dicharachero como siempre, manifestó su siniestra opinión sobre la utilidad de arriar los botes salvavidas:

—En caso de naufragio lo mejor que uno puede hacer es pegarse un tiro —aseguró Vasili, y se encendió un cigarrillo.

El capitán O'Connor seguía desde el puente la catástrofe del *Oihonna*. En completa calma, con un brazo apoyado en el timón, examinaba las luces cada vez más cercanas de la costa.

—¡Huuskoneeen! ¡Cante un himno, se lo ruego! —le gritó O'Connor, mientras el viejo barco se hundía en las aguas del Atlántico. El buen pastor finlandés entonó con su profunda voz de barítono la segunda estrofa del himno 594, que decía así:

> Cuando las olas con furia se agiten
> y el mar bravío te quiera tragar,
> cuando tus fuerzas humanas se extingan
> en los procelosos senderos del mar,

recuerda a Jesucristo, hermano,
que a Pedro tendió su mano
en plena y fatal tempestad.

Belcebú ayudaba a que las mujeres, vestidas con trajes de noche, pudieran subir a los botes salvavidas. Estaba visiblemente entusiasmado con su papel, e intentaba tranquilizar a las aterrorizadas pasajeras dándoles lametones en la cara.

Con gran estrépito y fragor, el antiquísimo *Oihonna* consiguió llegar al costado de sotavento del dique del puerto de Southampton, donde se hundió hasta la chimenea. ¡Nadie se ahogó! El capitán y naviero O’Connor aseguró desde el puente de mando que ya no había mayor peligro.

—¡Son las 20.33, hora local, y en nombre de la compañía naviera doy las gracias a todos los pasajeros y a la tripulación por este sensacional crucero! —dijo a gritos, sumergido hasta medio cuerpo en el agua manchada de aceite.

34. EL ENTIERRO DE SAIMI REHKOILA

Triste, empapado y manchado de grasa, Belcebú estaba sentado en el muelle del puerto de Southampton, intentando limpiarse el pelaje a fuerza de lametones, aunque el alquitrán que se le había pegado sabía fatal. También Oskari Huuskonen y Sonja Sammalisto trataban, venga a frotarse, de quitárselo de encima. Por el muelle deambulaban los pasajeros del barco naufragado, a los que iban trasladando en autobuses a hospitales y hoteles. No se había ahogado nadie de la tripulación ni del pasaje, y tampoco había heridos graves. Calcularon que el oso, sin más ayuda que su buena disposición, había salvado por lo menos a veinte personas, ya que como era tan buen nadador, los había ido remolcando uno por uno hasta el dique, volviendo a ayudar a otro en cuanto dejaba al anterior a salvo.

El capitán y naviero O’Connor estrechó la mano de Huuskonen y Belcebú y les dio las gracias por sus excepcionales oraciones, gracias a las cuales se habían salvado a los pasajeros y la tripulación del barco.

—No hay de que… El *Oihonna* descansa ahora en paz, hundido en las aguas del puerto —se lamentó el pastor.

El capitán O’Connor opinaba que eso era lo mejor del caso: se había librado del viejo cacharro, y de qué manera tan honorable. ¡La tumba de un barco es la mar! Ahora podría cobrar la indemnización del seguro y coger un avión de vuelta a Irlanda, comprarse una buena casa y llenar el sótano de barriles de cerveza.

Huuskonen y compañía fueron alojados en un hotel. Ya era agosto y convenía ir preparándose para regresar a casa. El *Oihonna* se había hundido en Southampton y tenían que ir buscándole una nueva osera a Belcebú para que pasara el invierno. Sonja no quería volver al patio de la granja Rehkoila, porque ya no le era indispensable para sus investigaciones. Huuskonen iba a tener que construir un cubil mejor y más apañado, si es que quería tener compañía femenina.

Las compañías aéreas que volaban a Helsinki no admitían como pasajero a un oso adulto, por mucho que Huuskonen asegurara que era un bicho noble y mansurrón. Ya parecía que iba a ser imposible regresar en avión al norte para hibernar, cuando Huuskonen se enteró de que una compañía aérea irlandesa de transporte de mercancías volaba de vacío de Londres a Lübeck para recoger una carga de minisalchichas de cóctel alemanas. Huuskonen, Sonja y Belcebú consiguieron pasajes para el vuelo, toda vez que en él no habría otros pasajeros. Desde Lübeck resultó fácil encontrar una conexión a Helsinki, ya que había barcos de carga que navegaban continuamente desde el puerto alemán a Finlandia. El capitán O’Connor acompañó a Oskari y sus dos compañeros hasta el avión.

En el mar Báltico había una espantosa tormenta y el carguero *Hansa* se balanceaba de un lado a otro, enloquecido. Belcebú se mareó. Sonja estaba sorprendida: era una reacción desconocida para la ciencia. También se desconocía si los osos polares podían llegar a sentir náuseas a causa de una tormenta. Belcebú, por

descontado, limpió el estropicio, a pesar de sentirse muy débil.

Sonja intentó llamar desde el barco a Saimi Rehkoila para decirle que regresaban a Nummenpää. Como no cogía el teléfono, hizo varias llamadas más para saber de su paradero y el golpe fue tremendo cuando le dijeron que hacía poco menos de una semana que la anciana había fallecido de neumonía.

Cuando por fin llegaron a Nummenpää, se dirigieron en primer lugar a casa de los Rehkoila. Una empleada de servicio doméstico que se encontraba en la granja a cuenta de la parroquia, permitió al pastor y a sus amigos pasar allí la noche. La mujer se estaba encargando de organizar la casa y el sepelio, ya que la viuda carecía de parientes.

Sonja y Oskari la liberaron de sus obligaciones y se hicieron cargo de los preparativos del funeral. Contrataron a un cocinero de un pueblo vecino, dado que Astrid Sahari había muerto hacía tiempo. A los funerales asistieron cientos de vecinos. Sonja dijo que eso era así porque la mayoría de ellos lo que en realidad quería era ver a su antiguo e irascible párroco y comprobar si el mundo había cambiado en algo al viejo sacerdote.

Sari Lankinen, la antigua coadjutora de Huuskonen, era la nueva párroco de Nummenpää. Le pidió al pastor que pronunciara el sermón en el funeral del domingo, pero Oskari se negó: él ya no estaba a sueldo de la Iglesia. En lugar de ello, estaría encantado de poder darle las últimas bendiciones a la viuda Saimi Rehkoila.

La ceremonia de la bendición fue hermosa. El pastor habló en memoria de la difunta, se cantaron himnos y Belcebú rezó e hizo repetidas veces la señal de la cruz. A la ceremonia asistieron todos sus viejos conocidos: el industrial hormigonero Onni Haapala, que caminaba apoyándose en una muleta y había envejecido a ojos vista, la profesora Taina Säärelä, el consejero agrícola Lauri Kaakkuri y el doctor Seppo Sorjonen. Por supuesto, también estaba presente el jefe de los bomberos voluntarios Rauno Koverola, el operario forestal Jukka Kankaanpää, el inspector de obras Taavi Soininen y el agricultor Jari Mäkelä, inventor del lanzamiento vertical de jabalina. Este último alardeó ante el pastor de sus resultados, que había mejorado en más de treinta centímetros desde la última vez que se vieran. ¡Su marca era ahora de dieciséis metros y ochenta y un centímetros! La consejera de economía doméstica Emilia Nykyri pasaba ya con creces de los ochenta, pero seguía tan alegre y enérgica como siempre. A quienes no se vio por ninguna parte fue a la ex pastora Saara Huuskonen, ni al teniente coronel Hannes Roikonen, y tampoco nadie habló de ellos en el funeral. Sin embargo, la fama del pastor como adiestrador de osos creyentes y el rumor de que era un hombre adinerado habían corrido como la pólvora desde el Mediterráneo hasta el pueblecito finlandés. Oskari, ciertamente halagado, se empeñó en presentarles a todos a la etóloga e investigadora de osos Sonja Sammalisto, algo en realidad totalmente innecesario, ya que los parroquianos se acordaban a la perfección y con todo detalle de las labores de investigación que la señorita Sammalisto había realizado con Huuskonen en la osera un par de inviernos atrás. Quien sí causó el

asombro de todos fue Belcebú, que de ser un pequeño osezno se había convertido en un imponente oso macho adulto. Le preguntaron a Huuskonen dónde pensaba acomodar a su oso para que durmiera el invierno venidero. Era una cuestión aún por decidir. En el patio de los Rehkoila estaba la vieja y magnífica osera, pero a Belcebú se le había quedado pequeña, y ahora que Saimi había muerto, tampoco podría usarse sin permiso. El futuro de la granja era incierto y seguramente la finca de los Rehkoila se pondría en venta.

Mientras los hijos más pequeños de los asistentes al sepelio cabalgaban por el jardín a lomos de Belcebú, en el interior de la espaciosa casa de madera de los Rehkoila los invitados cantaron en memoria de la viuda las estrofas 1, 2 y 3 del himno 612, titulado «No eres tú, oh, pobre humano…».

Una semana después de los funerales, apareció un pariente lejano de los Rehkoila acompañado por un abogado. No había testamento, pero el recién llegado, el técnico de ventas Alvari Rehkoila, acreditó ser hijo del hermano del fallecido Santeri Rehkoila, por lo cual la finca le correspondía en herencia. Oskari no tuvo nada que objetar, ya que Sonja y él sólo eran amigos de la familia, pero le preguntaron si Belcebú podía pasar el invierno en la osera construida en el patio.

El heredero, que más parecía un ladrón de caballos que un técnico de ventas, repuso que le era imposible alquilarles la osera. Tenía intención de vender Rehkoila, y tener un enorme oso macho afincado en el patio seguramente no iba a animar a los posibles compradores de la finca. Un oso hibernando en el patio más bien los ahuyentaría y no quería verse obligado a bajar el precio de venta.

Enojado, el pastor Oskari Huuskonen prendió fuego a la osera. Sonja y él se calentaron las manos al calor de las brasas, hasta que éstas se apagaron y llegó la hora de despedirse de la acogedora granja de Saimi. No les quedaba otra que volver a hacer el equipaje —sin olvidarse de la tabla de planchar de Belcebú— y ponerse en marcha. Esta vez se dirigieron al norte. A Sonja se le había metido en la cabeza que el mejor lugar para que el oso hibernara era nada menos que Laponia.

35. UNA SILLA DE MONTAR PARA OSOS

Viajaron en tren hasta Rovaniemi. Mientras Huuskonen y Belcebú se instalaban en el Hotel Pohjanhovi, Sonja fue a informarse sobre las cabañas de madera que se alquilaban en diversos lugares de Laponia.

Según su costumbre, Belcebú abrió las maletas, colgó la ropa en los armarios y colocó camisas y faldas en los estantes. Después se dio una ducha y se lavó los dientes, tras lo cual llegó el turno del pastor Huuskonen para asearse. Justo cuando el pastor salía del baño, Sonja Sammalisto regresó de la agencia inmobiliaria. Rebosaba entusiasmo.

—¡He alquilado un chalet de troncos para todo el invierno!

Huuskonen era consciente que no sólo Belcebú, sino también él mismo y Sonja necesitaban un techo sobre sus cabezas para pasar la temporada, pero no se sentía preparado para una decisión tan repentina. Sonja no prestó atención a las dudas del pastor y se puso a encomiar su hallazgo: se trataba de una lujosa mansión de madera, prácticamente nueva y construida con sólidos troncos, muy al norte, en las faldas del monte Kälmitunturi. La casa era espléndida: cocina completamente equipada, magnífica sauna, baños alicatados, numerosas habitaciones, espaciosa sala de estar y hasta una torre con vistas a las montañas, tanto del lado de Finlandia como del de Noruega. Se hallaba a veintidós kilómetros al este de Nunnanen, en el municipio de Enontekiö. El monte Kälmitunturi estaba situado al sur del monte Korsatunturi, precisamente en el punto donde el trazado del parque nacional de Lemmenjoki hacía una curva pronunciada, cerca del nacimiento del río Ivalo. Por lo que el agente inmobiliario le había dicho a Sonja, el paisaje era precioso, y tratándose de un lapón bien podían creer en su palabra.

—Y fíjate: ¡el alquiler por todo el invierno de esta mansión de ensueño cuesta la mitad que el de las cabañas convencionales! —dijo con entusiasmo Sonja Sammalisto.

Huuskonen señaló que la cuantía del alquiler nunca le había preocupado: entre Belcebú y él habían ganado durante el verano sus buenos dineros navegando por el Mediterráneo.

—Ese dinero nos hará falta en primavera, cuando nos casemos y tengamos que comprarnos un piso de verdad —dijo resuelta Sonja.

Lo del casamiento era toda una noticia para Huuskonen. Eso no era precisamente lo que había planeado hacer con su vida, aunque por otro lado… tampoco le vendría mal. Bien pensado, lo de fundar una nueva familia no era una mala decisión. Pero no dijo nada sobre lo que pensaba del asunto y en su lugar le preguntó a su prometida más cosas sobre la casa que acababa de alquilar. Sonja le contó lo siguiente:

—La construyó una empresa de especulación inmobiliaria que, por lo visto, se ha ido a la quiebra. Llevaban allí a sus clientes en helicóptero y les invitaban, además, a alcohol y putas a discreción, como corresponde.

—¿Por qué los llevaban en helicóptero? ¿Y por qué la casa está justamente en Kälmitunturi? ¿Es que no había un lugar mejor y más cercano, en las proximidades de alguna carretera principal?

Sonja se armó de paciencia y le explicó que la gracia de la idea estaba precisamente en construir el putiferio en el rincón de la tundra que estuviese más aislado de Europa, para que fuera más especial. Las mayores extensiones de tierra deshabitada se encontraban precisamente en Laponia, en Kälmi. Si habían llevado hasta allí los materiales de construcción y, después, a los clientes en helicóptero, era porque al lugar no llegaba ninguna carretera, ni tan siquiera un sendero de renos. Y por eso ahora, en tiempos de crisis, el alquiler era tan barato. Pero tenía su propio generador a gasoil, y con un teléfono móvil Oskari podría llamar a donde quisiera.

Sonja había pagado el alquiler por anticipado y tenía las llaves y la dirección indicada en el mapa, además del número de la persona de contacto en Nunnanen, un criador de renos llamado Iisko Reutuvuoma. Decidieron elaborar una lista de provisiones y ropas para el invierno, antes de dirigirse a Nunnanen. Huuskonen le dijo a Sonja que esperaba que no hubiese contratado un helicóptero, porque saldría terriblemente caro.

—Por supuesto que no, tenemos que ahorrar.

—Pero ahora no hay nieve, ¿cómo vamos a acarrear todo lo que necesitamos para el invierno hasta esas tierras tan apartadas?

Sonja también había pensado en una solución para el problema. Belcebú era un oso macho grande y fuerte. Con un arnés le engancharían unas albardas a los lomos y de esta manera, sin mayor esfuerzo, podrían transportar cientos de kilos de una sola vez. Como bióloga, Sonja conocía la fuerza que tenía el animal y calculaba que sería capaz de trotar portando una carga completa desde Nunnanen hasta el monte Kälmitunturi y volver incluso dos veces en un mismo día si era necesario. Más tarde, cuando Belcebú estuviera hibernando, irían a buscar lo que les hiciera falta en una motonieve, que para eso había una en el chalet.

Se repartieron los trabajos: Sonja salió con la lista de la compra a adquirir lo necesario para el invierno y Oskari y Belcebú subieron a un taxi y se dirigieron al barrio de Korkalovaara para visitar el taller de Mauno Oikarinen, un guarnicionero que hacía sillas de montar y arreos. Oikarinen vivía en una casa unifamiliar y trabajaba en el garaje. Afortunadamente no tenía perro, por lo que la presencia de Belcebú no despertó demasiado revuelo cuando se presentó con Huuskonen para que le tomaran las medidas.

—Anda que no llevaré yo cosidos sillas y arreos para todo tipo de bestias, pero ésta es la primera vez que le hago unos arneses a un oso —dijo divertido Oikarinen.

El guarnicionero comenzó a medir a Belcebú. Al oso esta labor le hacía sentirse un poco incómodo, pero dejó que el hombre gateara bajo su vientre y por su espalda.

—Da un poco de canguelo, el bicho este… Aquí el amigo no morderá, ¿verdad? —preguntó el artesano.

—No…, normalmente.

Huuskonen se acordó de lo sucedido en la conferencia ecuménica de Malta, pero decidió no relatarle el caso al guarnicionero.

Oikarinen prometió tener lista la silla en un plazo de tres días, por ser un caso especial, y dada la prisa que tenía el cliente por salir de viaje. Cuando, transcurrido el tiempo acordado, Huuskonen y Belcebú se presentaron para probarle al oso los arneses, comprobaron que éstos eran excelentes: las alforjas delanteras eran amplias y quedaban ajuaradas a la altura de las paletillas del oso mediante un cinturón en el vientre y una ancha correa de cuero que pasaba entre sus cuartos delanteros. Confeccionadas en cuero de reno, llegaban más o menos hasta las axilas del animal y quedaban a suficiente altura del suelo. Sobre un cinturón que se ajustaba en la cruz del espinazo, Oikarinen había hecho una firme silla de montar. El pastor Huuskonen le echó un vistazo y comprobó que el generoso trasero de Sonja cabría en ella a la perfección. Las alforjas posteriores quedaban perfectamente sujetas, tanto por un ancho cinturón bajo el vientre, como por una fuerte correa que iba atada a la silla de montar, además de por una serie de correas laterales más finas; el artesano pensaba que estas últimas serían necesarias si, por alguna razón, el oso se alzaba sobre sus dos patas traseras, como le había visto hacer a menudo.

—En función de la carga, calculo que en las alforjas cabrán entre cien y doscientos kilos —aseguró Oikarinen. Les contó que había fabricado alforjas para renos, que antiguamente solían utilizarse en verano en Laponia—. Pero con éstas el animalico podrá acarrear lo que diez renos juntos —aseguró.

Huuskonen pagó al artesano por la silla y los arneses y le dio las gracias por su excelente trabajo y por su diligencia en ejecutarlo. Al poco rato, Sonja Sammalisto se presentó a recogerlos en la furgoneta que había alquilado. El vehículo iba atiborrado hasta el techo de recipientes y cajas de cartón, que contenían las provisiones con las que, según Sonja, se apañarían todo el invierno. A Huuskonen le había comprado unos auriculares y un juego de cables para poder escuchar las señales del espacio interestelar: en la casa del monte Kälmitunturi había, al parecer, una antena de gran potencia.

36. UN ESTREMECEDOR MENSAJE DEL ESPACIO

En Nunnanen se pusieron en contacto con Iisko Reutuvuoma, un criador de renos sesentón con pinta de bellaco. Había estado a cargo del mantenimiento del chalet en el monte Kälmitunturi desde su construcción, cuando aún era propiedad de la sociedad de inversiones inmobiliarias Potente S. A. Reutuvuoma les echó una mano a los recién llegados para repartir la carga en las alforjas del oso, asombrado por la cuantía de la misma. A ver cómo iba a poder el bicho con esa barbaridad de botellas de champán, carne ahumada, fruta en conserva, libros y maletas…

—¿Y para qué quieren una plancha en esos bosques desiertos, que están donde Cristo perdió el gorro? Esto es la repanocha, oigan. Y cinco jabalinas, ¿para quéee?

Huuskonen le contó que practicaba el lanzamiento de jabalina en vertical:

—Esos palos que usted ve, los lanzo para arriba.

—Pues vaya… Desde luego, sitio no le va a faltar allí para tirar lo que le venga en gana —reconoció el criador de renos.

Era una fría mañana de principios de septiembre. Los encendidos colores del otoño resplandecían en las faldas de las montañas cubiertas de bosque y en la margen de las turberas. Al frente, a paso lento, caminaba Reutuvuoma. Tras él, Huuskonen llevaba de la correa al cargado oso. Sonja cerraba la fila asegurándose de que no se cayera nada de las alforjas. Al atravesar las pantanosas turberas, Sonja se montaba en la silla del oso y así cruzaban sin problemas. Belcebú avanzaba a paso regular y firme, como si desde cachorro hubiera estado acostumbrado a ser un oso de carga. A mediodía llegaron al monte Kälmitunturi. El pastor Huuskonen estaba completamente agotado: siendo el suyo un trabajo espiritual, sus músculos no estaban hechos a semejantes caminatas. Sonja y Belcebú, por el contrario, aún se sentían con fuerzas, al igual que, por supuesto, Iisko Reutuvuoma, curtido en innumerables caminatas por las extensas turberas laponas. Oskari sugirió que Iisko fuera con Belcebú a buscar el resto de las provisiones a Nunnanen.

—¿Y si mato al Belcebú este cuando nos quedemos solos? —murmuró Iisko para sí. Le parecía contrario a las leyes de la naturaleza traer más osos a los bosques lapones, sólo porque así se les antojara a aquellos finlandeses del sur. Había osos para dar y tomar por aquellos pagos, causando todo el tiempo problemas en las zonas donde se criaban los renos—. En cuanto llegue la primavera querrá comerse a las crías de reno y se zampará no menos de cien, de eso estoy seguro.

Sonja Sammalisto se subió a la grupa de Belcebú y dijo que ella los acompañaría, no fuera que al criador de renos se le ocurriera pegarle un tiro.

—Bien pudiera ser que venga de todas maneras a pegárselo antes de la primavera. Aunque esté domesticado, es una fiera corrupia, eso se lo digo yo.

Huuskonen le advirtió que sería mejor que ni lo intentase: Belcebú se sabía un sinnúmero de diabólicas triquiñuelas.

—Si le arreo un tiro no hay truco que valga —refunfuñó el viejo.

El pastor le confesó que Belcebú también sabía disparar. Él mismo lo había adiestrado hasta hacer de él un tirador excepcional.

—En Malta, sin ir más lejos, estuvimos cazando aves acuáticas juntos. Este oso, ahí donde lo ve usted, se lió a tiros con una bandada de flamencos en pleno vuelo, y a cada disparo caía uno de aquellos patilargos. No vea la espuma que formaban en la superficie del mar con sus pataleos.

Esta información dejó pensativo al criador de renos Iisko Reutuvuoma. Más tarde, en una cervecería de Enontekiö, maldeciría a los pastores destripaterrones, auténticos diablos que enseñaban a sus osos a disparar contra los inocentes criadores de renos.

La casa de madera de Kälmi se encontraba en un lugar extraordinario, en la falda suroeste del monte, poco antes de la línea que dibujaban los árboles, en un paisaje despejado, junto a un «prado del diablo», esto es, un pedregal de granito cubierto de musgo. Abetos antiquísimos se extendían a los pies de la casa y llegaban hasta el valle. Los colores del otoño cubrían los arbustos de gayuba negra y los abedules enanos, tiñendo de tonos rojos, azulados y amarillos la ladera del monte con tal claridad, que contemplarlos producía una extraña sensación de despilfarro: tal riqueza de colores no debería agotarse jamás, tan increíble era su hermosura. Al norte se alzaba el monte Korsatunturi y tras él, en la lejanía, las ondulaciones blanquecinas de los montes de la Laponia noruega. Al sur, en el valle del monte Ounas, se dividían las aguas formando arroyos, y en las extensas áreas deshabitadas de Hanhimaa ondulaban las turberas de un gris verdoso y sus bosques vírgenes. Y allí abajo, donde arrancaba el abetal, Sonja, a lomos de Belcebú, desapareció tras los pasos de Iisko Reutuvuoma, que ya se había adentrado en el bosque.

El pastor Oskari Huuskonen tenía la sensación de haber encontrado al fin su hogar. Había realizado una larga peregrinación junto a su oso, dando la vuelta a todo el viejo continente. Lo había hecho guiado por el azar, sin destino predeterminado, y sin embargo, describiendo una lazada, había recorrido el camino que iba desde el mar Báltico hasta el mar de Barents a través del Atlántico, continuado por el Mar Blanco, atravesando la inmensa Rusia hasta Odesa y el Mar Negro, para luego navegar a lo largo y ancho del Mediterráneo, subiendo después por el Atlántico, hasta regresar al Báltico y llegar, finalmente, hasta allí: el último territorio virgen que el viejo continente podía ofrecerle al hombre.

Una odisea que no estaba al alcance de cualquier vicario y ni siquiera de un obispo. Brillaba toda ella con un resplandor divino, pero también estaba salpicada de infernales y poderosos combates.

La casa de Kälmi no era excesivamente grande, pero tenía unas cuantas habitaciones, una amplia sala de estar, una torre con sauna y una cueva excavada en la ladera del monte, donde había un motor de gasoil, un generador portátil y una bodega. Detrás, a mayor profundidad aún, había un refugio antiaéreo, y al fondo del mismo, unos catres, un televisor y una pila de revistas pornográficas.

Más arriba, en el pedregal, tras la pista de aterrizaje para helicópteros, vibraba al

azote del viento una antena parabólica, pintada de gris, del tamaño de una piscina infantil. Huuskonen decidió desviarla de los satélites artificiales y orientarla de manera que pudiera recibir los mensajes de otras civilizaciones del espacio exterior.

En la repisa de piedra de la chimenea encontró el libro de invitados con las firmas y dedicatorias de los visitantes que habían pasado por allí: «Recuerdos inolvidables de la firma Potente S. A. desde el año 1989.» Contenía todo tipo de estupideces, obscenidades de dudoso gusto y chistes malos.

«Hala, para encender la chimenea», se dijo el pastor.

Por la tarde, Sonja y Belcebú regresaron de Nunnanen, ahora sí, cansados, tanto la mujer como el oso. Huuskonen había puesto a calentar la sauna y preparado la cena. Se dieron un buen baño, cenaron y se acostaron.

Durante los días siguientes fueron instalándose sin prisa en la casa. Sonja y Belcebú colocaron sus enseres en los diferentes armarios y roperos e hicieron una buena limpieza. Huuskonen subió sus libros a la torre, donde también conectó los cables de recepción para la antena. Preparaban comidas ricas y saludables: reno asado con arándanos rojos recogidos por ellos mismos y regado con buenos vinos, pues Sonja, sabiamente, había tenido la precaución de comprar varias cajas en Rovaniemi. Belcebú ya prácticamente no comía nada, tan sólo bostezaba preparándose para hibernar. Sonja le preparó la osera en el refugio antiaéreo, con musgo seco y racimos de gayubas negras que llevaron hasta allí. Limpiaron los conductos de aire y dejaron la puerta abierta. Belcebú se acostumbró enseguida a su nuevo hogar, y un día de mucho viento, a finales de septiembre, se acercó a Huuskonen y le tiró de la manga: había llegado la hora de acostarse. Llevaron al oso a la cueva en cuyo interior, siempre fresco, tendría un lugar tranquilo y seguro para dormir durante todo el invierno. Sonja le tarareó a su fiel montura estas estrofas de una hermosa nana:

> Duerme, duerme pajarillo volandero.
> Descansa, descansa, eres tú lo que más quiero.

Huuskonen escribía sin parar artículos para varias publicaciones europeas: una serie de crónicas sobre las peregrinaciones de los Caballeros de Malta, memorias de sus viajes por los confines de Europa y un artículo más extenso que había titulado «Revelaciones sobre la desaparición de los dinosaurios y la construcción de las pirámides». En dicho texto, el pastor Huuskonen presentaba una hipótesis según la cual, ya en el paleolítico, se habría desatado una guerra nuclear, en la que precisamente habían muerto los gigantescos animales. Los seres humanos de la época se cobijaron en los refugios nucleares con forma piramidal que habían construido y se hicieron con todas las cuevas del planeta, en las que se refugiaron de las radiaciones; obviamente, se llevaron con ellos a los animales más pequeños —mamíferos e incluso insectos, en grandísimo número—, además de vegetales, desde musgo hasta semillas del colosal pino rojo de Laponia. De ahí provenía muy probablemente el

mito del arca de Noé, exponía Huuskonen.

La destrucción nuclear había acabado con la civilización más avanzada de la época, y los dinosaurios habían perecido, ya que no cabían en las cuevas. Pero decenas de miles de años después el hombre aún recordaba la conveniencia de la construcción de cámaras de piedra; en otras palabras, ni las pirámides de Egipto ni las de los incas habían sido edificadas, en un principio, con el fin de ser sepulcros para la realeza. Se trataba de antiquísimos refugios nucleares que la civilización humana, guiada por una memoria heredada, había construido miles de años después, a pesar de que su función original había quedado olvidada.

Sonja Sammalisto, como mujer curiosa e investigadora, además de elaborar su tesis doctoral, se había leído en secreto los documentos que Oskari había impreso tiempo atrás en Solovetski. En uno de ellos podía apreciarse una serie de rayas uniformemente espaciadas que lo atravesaban longitudinalmente, como si se tratara de un lenguaje codificado. La etóloga se rompió la cabeza, dándole vueltas al posible significado de las malditas rayas, y llegó a la conclusión de que respondían a algún tipo de clave matemática. Analizadas según el sistema decimal, obtenía siempre las mismas cifras: 2, 4, 14, 6. Por supuesto, podía tratarse simplemente de una interferencia de algún radioaficionado ruso o el mensaje de un marinero borracho. Fuera cual fuese su significado, Sonja decidió averiguarlo. Disponía de todo el invierno para ello.

Por las tardes encendían el fuego en la chimenea y también ponían velas. Se daban una sauna, se relajaban calentitos en la sala de estar y escuchaban el aullido de los lobos de Korsatunturi. Cayeron las primeras nieves, la luz verde amarillenta de la aurora boreal rielaba el cielo, brillaba la luna, y apenas si se oía, procedente de las entrañas del monte, el grave murmullo del motor de gasoil, que con tanta diligencia proporcionaba electricidad a la feliz pareja, refugiada en la soledad de los bosques lapones.

Pero una fisura —en forma de veterinario municipal en cumplimiento de sus funciones— vino a producirse en medio de aquel idilio. Una tarde de octubre, hundiendo sus pasos en la nieve, brújula en mano y sonándose la nariz, se presentó en el lugar un tal Torsti Nieminen, diplomado en veterinaria. Venía por un asunto oficial, dado que, al parecer, según el número de registro del ministerio 1194/007, Huuskonen era propietario de un oso que había sido introducido en el país sin respetar el período de cuarentena. No quedaba otra que sedarlo y enviarlo para su observación a un zoológico, para que pasase allí los cuatro meses de rigor bajo vigilancia.

—Pero ¿cómo vas a sedar al oso, si ya está dormido? —se resistió Huuskonen.

No sirvió de nada que Sonja Sammalisto fuera bióloga e investigadora especializada en plantígrados. El funcionario exigía comprobar si el oso tenía triquinosis, o alguna otra enfermedad contagiosa de las que padecían los osos que retozaban por Europa. Sonja lo previno:

—No se le ocurra despertar a un oso.

Sin hacer caso de las objeciones, el veterinario municipal se abrió paso hasta el refugio nuclear. Tras unos instantes de silencio sepulcral, se oyó el gruñido de Belcebú, y la puerta de hierro vibró al paso del pobre veterinario, como si se tratara de un *steel pan*, uno de esos enormes tambores metálicos de Trinidad y Tobago. Arrastrando una pierna, el funcionario municipal regresó a la planta destinada a los humanos y rellenó el formulario de cuarentena. Y no sucedió nada más digno de reseñar, a no ser que, para cuando llevaron al renqueante veterinario de vuelta a Nunnanen, al cabo de una semana, Sonja y Huuskonen ya se habían contagiado de su gripe.

A la llegada del Adviento, comenzaron a atrapar perdices nivales siguiendo las instrucciones del presidente de Estonia, Lennart Meri. Éste había formado parte en los años cincuenta de una expedición a la península de Kamchatka, en el transcurso de la cual se había topado con Äiteki, pastor de renos y diestro cazador koriak, que usaba las botellas de champán ruso como cebo para cazar perdices nivales. Tras dar cuenta de su contenido, las llenaba de agua caliente, les ponía el tapón y, al depositarlas sobre la nieve y derretirla, dejaban en su superficie unos agujeros con la forma de la botella. En el fondo de éstos, Äiteki echaba unas sabrosas bayas, que las perdices acudían presurosas a comer, pero cuando querían salir de los agujeros en forma de botella de champán, ya no podían, porque las paredes estaban heladas. Äiteki recogía después las perdices y las metía en un saco.

El pastor Oskari Huuskonen y la bióloga Sonja Sammalisto pusieron en práctica esta sensacional técnica de caza en el monte Kälmitunturi: cada día se pimplaban un par de botellas de champán —de las que el sótano estaba a rebosar—, las llenaban de agua hirviendo y salían esquiando a cazar al estilo de Äiteki. Las presas eran siempre magníficas, y después de sus exitosas expediciones, era habitual que tomasen más champán para acompañar las deliciosas perdices asadas. Verdaderamente no sólo de pan vive el hombre, o por lo menos no en las desoladas regiones polares, lejos de la mirada de Dios. Sonja y Oskari eran felices y comían perdices.

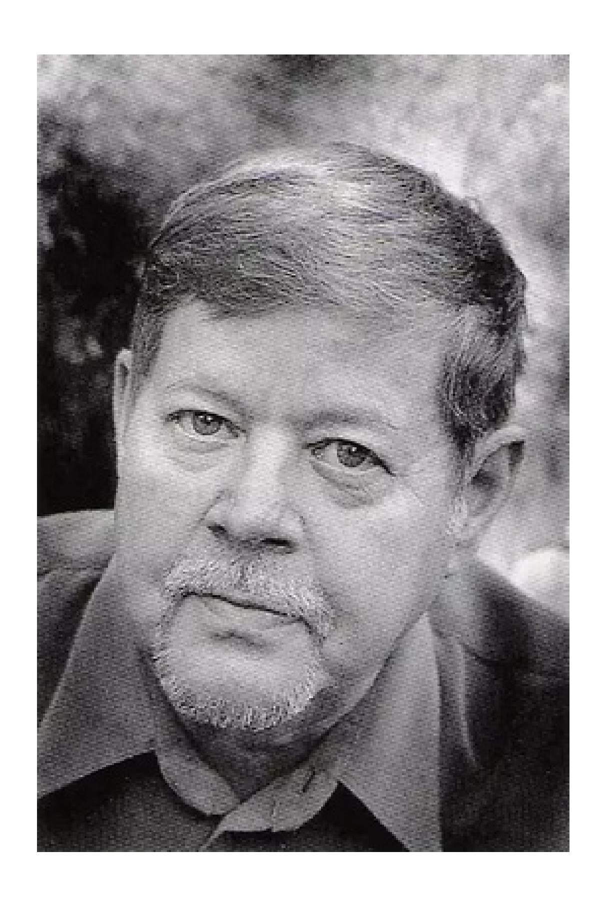
Como era tan creyente, poco antes de Navidad, a Sonja se le ocurrió que la serie de números que estaba investigando tal vez pudiera tener algo que ver con la numeración bíblica. En realidad todo era de una sencillez infantil: la primera cifra señalaba si se trataba del Nuevo o del Viejo Testamento, la segunda se refería a los libros de la Biblia, la tercera a los capítulos y la cuarta a los versículos. ¡Eso era! La Biblia era el libro más difundido entre los hombres, por lo que era absolutamente normal que las inteligencias superiores del espacio exterior se basaran en ella para transmitir sus mensajes. En tal caso, iba a ser fácil traducir el código al finés con ayuda de la gastada Biblia de bolsillo de Oskari. Sonja decidió compartir con él su estremecedor descubrimiento cuando llegara la Nochebuena. Sería el regalo perfecto para su futuro marido y, al mismo tiempo, para toda la humanidad. Luego, Huuskonen podría ponerse a predicar la palabra del espacio exterior, si así lo deseaba.

Trabajo iba a tener hasta el fin de sus días.

El día de Nochebuena por la tarde, antes de la cena, Sonja leyó el Evangelio de Navidad. Tras recibir como regalo de Huuskonen una alianza de oro, ella le entregó el suyo: le dijo que había descifrado el mensaje del espacio que él había captado en Solovetski. Era parte del Nuevo Testamento (2), Evangelio según San Juan (4), capítulo 14, versículo 6.

—¡Increíble! ¡Tiene que ser eso! ¡El mundo nos agradecerá eternamente este mensaje de salvación! ¡Por los siglos de los siglos, amén!

Y así, al anochecer de aquella Nochebuena, a la luz de las velas y de la lumbre de la chimenea, el pastor Oskari Huuskonen abrió su Biblia y leyó con su poderosa voz el estremecedor mensaje: «Yo soy el camino, la verdad y la vida.»



ARTO PAASILINNA, nacido en Kittila en 1942, es un autor de extraordinario éxito en Finlandia y también en sus numerosas traducciones por su humor original y su capacidad de contar de la manera más cómica las historias más desconcertantes. Sin duda, un autor que crea adicción. En esta colección ha aparecido *El molinero aullador*: «Mucho más que una sátira: es también una magnífica novela de aventuras clásica de ritmo trepidante y guiños a la tradición» (Ferran Llauradó, *Revista de Libros*). También *El bosque de los zorros*: «El lector no puede más que dejarse llevar por la corriente de aire fresco y disfrutar de uno de los momentos más divertidos de la literatura de la temporada» (Silvia Pons, Revista de Libros). Después, *Delicioso suicidio en grupo*: «Novela desopilante sobre la muerte» (*Mercurio*); «La razón primordial de tanto éxito (de Paasilinna) es que son novelas indudablemente divertidas, pero no por ello insustanciales; su sentido de lo cómico recuerda, de alguna manera, el cine mudo, en concreto la actitud impasible de Buster Keaton frente a la tontería. Una de sus narraciones más corrosivas» (Francisco Solano, *El País*). Y *La dulce envenenadora*: «A caballo entre la farsa y el género negro. Su vena cáustica, además de proporcionar un buen entretenimiento lector, deja entrever muchas de las llagas de una sociedad temerosa y aburrida a partes iguales» (Fernando Martínez Laínez, *ABC*); «Excéntrico, ácido, y a ratos despiadado, se sirve de la parodia para revelar la chifladura que nos rodea en forma de cruda normalidad. Sus libros tienen algo terapéutico, y sin duda contribuyen a que sus compatriotas resistan mejor los largos inviernos» (*El Correo Español*).

Notas



[1] Todas las citas bíblicas proceden de la «Biblia de Jerusalén», edición de 1998. *(N. de la T.)* <<